

**HAREL FARFÁN MEJÍA**

AUTOR DE EL ABOGADO DEL NARCO



**LA FUGA  
DEL GRAN**

**NARCO**

UNA NOVELA DE TRAICIÓN Y VENGANZA

**B**



**HAREL FARFÁN MEJÍA**

AUTOR DE EL ABOGADO DEL NARCO

**LA FUGA  
DEL GRAN  
NARCO**

UNA NOVELA DE TRAICIÓN Y VENGANZA

**B**

LA FUGA  
DEL GRAN  
NARCO

B

HAREL FARFÁN MEJÍA

LA FUGA  
DEL GRAN  
NARCO



MÉXICO · BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS  
MADRID · MONTEVIDEO · MIAMI · SANTIAGO DE CHILE

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## **ADVERTENCIA**

Aunque en esta historia se usan nombres reales, todo es una invención del autor.

A mi hermano Enrique Farfán Mejía por cada segundo que estás a mi lado y por todo el apoyo que me has dado a lo largo de mi vida. Para ti, Carnal...

## **AGRADECIMIENTOS**

A mi madre Catalina Mejía Mancera, mi sobrina Minerva de María Farfán Alcántara y mi cuñada Teresa Alcántara Ortiz.

A mis amigos y a cada uno de ustedes que amablemente me leen.



**GRANADA, ESPAÑA. 15 DE AGOSTO DEL 2000**

8:05 h

Finalmente, la llamada telefónica que lo haría volver a México despertó a López Lorenzana esa mañana de otoño. Sin abrir los ojos, respiró profundamente y sintió la brisa proveniente de Sierra Nevada descendiendo hasta sus pulmones.

Sin aliento, dejó que la saliva refrescara su garganta antes de sujetar con su mano el aparato que no paraba de vibrar.

—Diga —atento a la solicitud de Valente Zaqueda, Lorenzana escuchó a lo largo de diez minutos los ambiciosos retos del futuro presidente de México quien, a lo largo de su campaña, se ufano de poder solucionar cada uno de los problemas del país en cuestión de minutos—. ¿Y para qué me necesita si todo lo tiene controlado, señor presidente? —a pesar de escuchar una ola de argumentos engreídos que no lo convencieron, el abogado prolongó la llamada más de lo acostumbrado y el sudor apareció en su frente—. Deme un par de días y le hago saber mi respuesta. Sigo delicado de salud y necesito hablar con mi doctor para no quedarle mal.

Sin argumento que agregar, Valente se despidió de manera breve y cortó la comunicación, mostrando cierta molestia en su voz. Él esperaba que el ex consejero presidencial aceptara su oferta, consciente de que era un boleto de primera clase para regresar a México y vengarse de quienes lo habían traicionado.

Al mirar en el reloj de su muñeca —eran las once menos diez—, Lorenzana hizo a un lado el edredón y bajó los pies en busca de las pantuflas. Su respiración se escuchaba entrecortada y el golpeteo de sus manos, sacudiéndose el sudor encima del buró, hizo más notorio el arrastre de sus dedos al tomar los lentes.

Caminó con cierto desequilibrio, entró al baño, giró la llave de la regadera y comenzó a desvestirse. Al verse desnudo en el espejo, su mirada se postró en el par de cicatrices sembradas entre el hombro y el costado izquierdo del pecho. Con rencor, pasó la yema de los dedos sobre la erosionada piel, mientras recordaba la cara de Refugio sosteniendo la 9 mm.

Al sentir una ligera punzada en donde el par de balas se habían albergado, se auxilió del toallero para no caer. Quieto, sostuvo la postura hasta que el vapor producido por el agua caliente lo cubrió en su totalidad; en ese momento el abogado sonrió al recordar los ojos de Caño surgiendo de la parte trasera del avión. En minutos, el guardaespaldas obligó a los pilotos a trasladarlo a Houston, donde los doctores del Methodist Hospital le salvaron la vida.

Agradecido, Lorenzana graduó la temperatura del agua y se reconfortó cuando las cálidas gotas recorrieron su piel. Al cerrar los ojos trató de encontrar una respuesta a la solicitud del recién elegido presidente de México. No lo consiguió. El teléfono fijo empezó a sonar y se vio en la odiosa necesidad de tener que salir a contestarlo.

Sujetando la toalla alrededor de su cintura, caminó lo más rápido que su respiración le permitió hasta llegar a la mesa de centro en donde reposaba el antiguo aparato

—Diga.

—Buen día, licenciado.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames licenciado, Manuel? —reprendió a su guardaespaldas y amigo, al escuchar su voz.

—Lo siento, pero es la costumbre.

—Pues a la mierda la costumbre, ¿vale? —relajando el tono, el abogado se acomodó la toalla que resbalaba y aprovechó para tomarse una de las doce pastillas que metódicamente emplearía el resto de su vida.

—¡Vale, vale! Procuraré que no se me olvide, Pepe.

—Eso espero y, cambiando de tema, necesito hablar contigo.

—Tú dirás.

—Por teléfono no, te veo en una hora y media en La Fábula.

Al concluir la llamada, el abogado retornó al baño en donde se lavó el cabello antes de cerrar la llave de la regadera y entrar al vestidor.

En silencio se amarró los zapatos de ante café, para darle oportunidad al pantalón de mezclilla azul claro de respirar y revisó que en la camisa rosa no habitara arruga alguna. Sin motivo, sonrió al tiempo que avanzaba hasta el ropero donde seleccionó un jersey azul, de sus preferidos. Esparciendo como brisa de mar una abundante porción de Zegna sobre su rostro, se dio un par de palmadas en las mejillas antes de tomar del buró su cartera Mont Blanc.

A pesar de contar con un Ferrari 250 GTO de color rojo, un Lamborghini Veneno azul metálico y la más reciente Land-Rover Holland & Holland en su

garaje, Lorenzana abandonó su lujoso chalet ubicado a las faldas de la Alhambra para dirigirse caminando a la calle de San Antón, donde se ubicaba el restaurante ganador de una estrella Michelin.

**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 15 DE AGOSTO DEL 2000**

1:30 h

Al ver a Valente dejar caer el auricular sobre el aparato, Miriam se apresuró a servirle una copa de tequila, previo a hablar con él, y enterarse de la respuesta de José Ángel López Lorenzana.

Ella esperaba tener en él a un futuro aliado, y por ese motivo le sugirió, al ahora recién electo presidente de México, que lo buscara.

—Aquí tienes, Valente.

Al colocar el caballito en la mesa de centro, la mujer, que desempeñaba el puesto de coordinadora de comunicación del equipo de transición, se colocó frente a él.

—¿Y qué buenas nuevas tenemos desde España? —con cautela, el hombre que prefería usar botas y sombrero texano levantó el caballito y se lo llevó a la boca.

A diferencia de su primera esposa, con la que había sostenido un constante dialogo, con su amante pasaba todo lo contrario: prefería callar a pesar de que sentía una gran rabia por la actitud del abogado. Valente no podía aceptar que un exiliado lo tratara con esa soberbia. De no ser por Miriam, él jamás lo hubiera contactado para invitarlo a trabajar en su gobierno.

—Tu amigo lo está pensando —respondió finalmente, después de sentir como la bebida bajaba lentamente por su garganta—. Al parecer tiene mejores cosas que hacer.

—¡No digas eso, Valente! Seguro que hay algo más.

—Que me haya dicho, no.

—Pepe es muy discreto y eso muchas veces se malentiende —sin querer entrar en un debate, Miriam argumentó—: No olvides que él ha sido consejero de cinco presidentes.

—¡Bueno, ya nos enteraremos ahora que me dé su respuesta! —exclamó incómodo Valente Zaqueda al sentir que su amante se ponía del lado del abogado.

Astuta, como siempre había sido, al darse cuenta de la actitud del futuro presidente cambió el tema de la plática y le comentó sobre la serie de obsequios que habían llegado desde que recibió su constancia como ganador de las elecciones. Con maldad resaltó que muchos eran de sus detractores, quienes seguramente se alineaban en busca de conseguir un hueso que les permitiera seguir amasando fortuna.

—Francisco Videgaray me habló ayer para preguntarme si habías recibido su regalo.

—¿Qué me mandó?

—Un Rolex, presidente.

—Mmm...

—¿Te parece mal?

—Me parece poco de mi futuro secretario de Hacienda —al escuchar la reveladora noticia, la coordinadora del equipo de transición se llevó la mano a la cabeza y disimuló arreglarse el pelo para no mostrar su enojo.

—¿Entonces borro de la lista a Carlos?

—¿Castro?

—Sí. Ya ves que él ha sido un colaborador cercano y...

—Para el cargo de secretario de Hacienda sí bórralo. Ese puesto lo designó la gente del grupo.

—Querrás decir Nassali —lo corrigió Miriam con cierta agudeza.

—Pero quizás podríamos contemplar a Castro para Agricultura.

—Por lo visto ya tienes una lista del futuro gabinete, la cual desconozco —enojada, afirmó—. Así que mejor me ocupo de algunos pendientes.

Vencido por su afecto, Zaqueda le pidió que se sentara mientras él le comentaba los nombres de quienes trabajarían a su lado. No era lo que hubiera preferido, pero no pensaba pasar una noche lejos de ella.

—Sánchez va a Gobernación, Clemente Vázquez a la Defensa...

—Muy buena elección, el general es muy confiable.

—Pérez González a la de Marina, Carbajal Manero a Seguridad Pública.

Al sentir la garganta reseca, el futuro presidente hizo una pausa y bebió un poco de agua

—Como ya mencioné, Videgaray Díaz a Hacienda, Alina a Desarrollo Social —continuó.

Al escuchar el nombre de la exdiputada, Miriam no pudo contenerse más al

saberse vencida y salió de la oficina para dirigirse a su despacho, donde ya la aguardaba el coctel de antidepresivos que la acompañaría los siguientes seis años.

**GRANADA, ESPAÑA. 15 AGOSTO DEL 2000**

11:30 h

En cuanto puso un pie en la acera, Lorenzana transitó a orillas de la carretera de Murcia sabiendo que en cincuenta metros doblaría a la izquierda. Cabía la posibilidad de que ése fuera uno de sus últimos paseos por la bella ciudad que lo había acogido y trató de no perder detalle de todo lo que lo rodeaba.

Al ir distraído, el abogado se encontró frente al mirador de San Cristóbal, por lo que tuvo que desandar algunos metros para retomar su viaje. Avanzó por las estrechas callejuelas de la calle Pages y recorrió dos kilómetros para llegar a la plaza Salvador, donde hizo una pausa para secarse el sudor con su pañuelo de seda. La ciudad sufría un sofocante calor de treinta grados que obligaba a los granadinos a recluirse en los negocios que había al paso.

Aprovechando la cuesta, López Lorenzana aumentó el ritmo, huyendo literalmente de los rayos solares que lo acosaban. Fue hasta que se encontró a un costado de la Alhambra cuando se arrepintió de no haber realizado el viaje en auto.

Valoró entonces las palabras de Angelino, su doctor, cuando le recomendó en más de una ocasión recuperarse al cien por ciento antes de embarcarse en una actividad física.

—¿Lo puedo ayudar? —al verlo parado frente a la estatua de los Reyes Católicos, un joven policía se acercó a él.

Agradecido por la atención del motociclista de llevarlo a su destino, Lorenzana abordó la Yamaha XJ6 SAP que lo trasladó hasta el hotel Villa Oniria, donde ya lo aguardaba Manuel Caño. En cuanto se quitó el casco se encontró con la mirada del único hombre en quien confiaba, que estaba de pie en la entrada de un hermoso edificio de arquitectura colonial.

—Mi querido Manuel —mientras le daba un corto abrazo a la altura de los hombros, el abogado saludó a su amigo—. Disculpa por la tardanza, pero ya estoy aquí.

—No te disculpes, Pepe, prácticamente yo también acabo de llegar. Lo que

en realidad me tiene preocupado es verte llegar en una motocicleta de la policía. ¿Todo está bien?

—Sí, todo bien. Sólo necesitaba espacio y tiempo para aclarar algunas ideas.

—¡A eso me refiero! Nada bueno ha de ser lo que vas a contarme para verte con el ceño fruncido y la mirada endurecida. Me haces recordar viejos días que intento olvidar —sin justificar los cambios físicos que empezaba a sufrir, el abogado lo tomó del brazo y lo conminó a entrar en el lugar.

Prefería la intimidad de la terraza acompañado con un tinto a estar parado a un par de metros de la recepción del hotel que aloja a La Fábula.

—Buenas tardes, don José Ángel. Qué gusto tenerlo aquí en su casa —lo saludó Norberto Iglesias al recibirlos—. Ya tenemos lista su mesa de siempre.

Avanzando al ritmo de los comensales, el encargado de la sala hizo el tiempo necesario hasta llegar a una de las mesas de la terraza, justo a un costado de la fuente rectangular y del lado contrario a la enorme palmera que se ubica en el centro.

—En un momento le mando al mesero —con una ligera acentuación, el abogado agradeció al gerente sus atenciones y tomó el celular de la bolsa de su bléiser.

—Vaya caminata que he hecho, Manuel.

—Bastante.

—Buenas tardes, don José Ángel. ¿Le dejo la carta o gusta que le sirva antes un aperitivo?

Sin prevenir la llegada del mesero, al estar distraídos, ambos dieron un pequeño brinco ante la voz frente a ellos.

—Quizá más tarde, Javier. Mientras tráenos una botella de Pesus.

—Con mucho gusto, caballeros —le contestó el hombre moreno y de ojos azules, producto de la mezcla de dos culturas—. En un momento regreso.

Al verse nuevamente solos, Caño se levantó de la silla y, tropezándose con una de las patas de la mesa, ocupó un asiento más cercano a su jefe y amigo con la intención de que las personas que se encontraban cerca no escucharan su plática.

Al ver la ansiedad con la que se conducía su jefe de escoltas, por maldad, el abogado alimento su estado y le quitó la pila a su celular antes de colocarlo sobre la mesa.

—No pensé que fuera algo tan grave —agregó Manuel, quien ni tardo ni perezoso ya tenía su pila en la mano.



Listo para platicarle a Caño lo que había pasado por la mañana, Lorenzana tuvo que aguardar a que el mesero sirviera una pequeña porción de vino en su copa. Tras paladear por unos instantes el sabor afrutado, le ordenó que llenara las copas y se retirara.

—Hoy por la mañana pasó lo que tantas veces me dijiste que nunca iba a ocurrir —al escuchar el motivo de la reunión, Caño levantó su copa de vino y prácticamente terminó el contenido de un trago—. Me hablaron de México, quieren que regrese.

—¿Y vamos a ir?

—Aún no lo he decidido —con tono distante, Lorenzana le aclaró a su subordinado que antes quería saber qué pensaba él.

—¿Quieres mi opinión?

—Eso dije —sin voltear a verlo, el abogado le indicó al mesero que llenara su copa.

Por el momento le haría caso a su doctor y no encendería un habano para aligerar la tensión que empezaba a agobiarlo.

—Pues a mí me queda claro lo que quiere esa gente.

—¿Y, es? —preocupado por la salud de su jefe, Caño contuvo su instintiva respuesta y le solicitó a Javier que le cambiara la copa: había roto la base de la que ahora portaba en la mano y no podía reposarla sobre la mesa.

—Bueno, tampoco estoy tan seguro y creo que lo más sensato es que tú tomes la decisión directamente —al escuchar la respuesta, como un resorte que se liberara tras estar sometido a una enorme tensión, Lorenzana se levantó, sin proponérselo, y arrojó una silla al suelo bajo la mirada temerosa de los comensales que lo miraban de reojo.

Apenado por lo ocurrido, pero a la vez molesto, abandonó la terraza dando largas zancadas y no tardó en estar nuevamente frente a la recepción del hotel, en donde le solicitó a uno de los *bellboys* un vaso con agua para tomarse la pastilla de la presión.

**CIUDAD DE MÉXICO. 15 AGOSTO DEL 2000**

9:15 h

Apresurada, ante el sonido del celular, Miriam hizo a un lado la almohada y contestó la llamada. Prefería seguir en comunicación constante con su compadre, a que él pensara que ella se había echado para atrás en el trato. Si esto ocurría, podría caerse el negocio que la haría ganar más de cincuenta millones de dólares, de tajo.

—¿Qué paso, prima! ¿Cómo va todo?

—¡Bien, bien, primo! Ya sabes, con mucho trabajo.

—Me alegra, prima. ¿Y sobre mi asunto qué has visto?

Mostrando un gran ánimo, Miriam Gunsáh le comentó a Joaquín sobre las diversas citas que había tenido con las personas correctas para que su fuga se pudiera llevar a cabo.

Desde el inicio de las conversaciones, un año atrás, ella tuvo el cuidado de no comprometerse con su primo y no asegurarle su libertad. Él tenía claro que su participación con recursos en la campaña de Valente era el primer paso, de muchos, para así poder plantearle, siendo presidente, la posibilidad de su fuga del penal de Puente Grande.

—Hoy por la tarde veré a uno de los cercanos de la Maestra, quien tiene el cargo y los operadores para facilitarnos las cosas.

—¿Y has hablado con Lorenzana como te lo pedí?

—Valente ya lo contactó.

—¿Y qué le respondió? ¿Aceptó o no?

—No ha dado su respuesta.

Al escuchar la situación y una probable negativa por parte del abogado, Guzmán bajó el celular a la altura de sus piernas e inhaló profundamente.

—Pues, prima. Si Pepe no acepta apoyarnos, da por hecho que seguiré recluido en esta pocilga.

Preocupada al escuchar la afirmación del capo, Miriam le brindó ánimos y lo

hizo ver que gente muy importante ya se encontraba involucrada en su asunto. Para avalar su dicho le citó a Torres Peón, Giménez Luna y Bolaños Linares, con quien conversaría por la tarde.

—No te quito los ánimos, prima. Pero mientras Lorenzana no esté de nuestro lado, veo pocas posibilidades de que se concrete mi asunto.

—¿Y por qué estás tan seguro, primo? —consternada le replicó—. Si escuchaste bien, contamos con gente de primer nivel, y que son responsables de las áreas que necesitamos.

—Te lo voy a decir prima. Pero no te me agüites —dijo el capo con gran seriedad—. La gente correcta le responde a Pepe...

—¿Cómo quién? —lo interrumpió Miriam Gunsáh de manera ansiosa.

—Suárez Villalobos —contestó Joaquín Guzmán tras un silencio de medio minuto.

Sin quitar su tono alegre al aceptar que no contaba con el apoyo del comisario general, como signo de confianza ella le preguntó si había algo en lo que le pudiera ayudar antes de despedirse.

Le dictó una corta lista que contenía, en su mayoría, artículos personales y un llamado al director del penal para que alargara sus estancias en el patio de recreo. Joaquín terminó la llamada tras hacerle saber a su prima que el resto del dinero acordado lo recibiría por la noche en su casa, como ella se lo indicó.

**GRANADA, ESPAÑA. 15 DE AGOSTO DEL 2000**

12:30 h

Como Caño lo previno, Lorenzana regresó a la mesa y ocupó su lugar.

—Déjate de pendejadas y dime lo que piensas, Manuel. ¿Acaso no somos amigos? —insistió al romper el silencio.

El Gabacho, como lo habían apodado en México, mantuvo su postura cauta y se sirvió un poco más de vino antes de responder.

—No estoy seguro del todo, pero, por lo que he leído en los diarios, las cosas allá están de lo mejor con el cambio de poder y quizá...

—¡Uy, Manuel! Tú bien sabes que los diarios mexicanos no son una fuente confiable. La mayoría de los periodistas maman del gobierno y si no, se mueren de hambre —al ver que su hombre se cohibió con su interrupción, Lorenzana le abrió una rendija para que pudiera seguir expresándose—. Aunque quizá tengas razón y ese sea uno de los problemas a los que el futuro presidente tenga que enfrentarse.

—¿La prensa?

—Sí, ellos no lo respetan.

—Pero las cosas pueden cambiar ahora que ocupe la presidencia, ¿no crees? —inocentemente, el vallisoletano se acomodó en el asiento esperando escuchar, más que una respuesta, un cuento para dormir.

Al ver la actitud infantil de su ex jefe de escoltas, y pasando por alto su propia seguridad, el abogado comenzó a enumerarle la serie de payasadas que Zaqueda hizo en los medios para ganar y convencer a un pueblo sin cultura y con hambre. Sobre todo, resaltó la libertad de prensa que promovió y las consecuencias que eso traería en su vida como presidente. Algo que ya no podría cambiar.

—Y si hablamos de los compromisos que adquirió con las altas cúpulas del poder para ser electo, tendremos que anticipar que vienen seis años de dolores de muelas —dejándose llevar por el momento, Lorenzana adelantó que Zaqueda sería un presidente de tránsito—. La realidad es que Nassali aún no ha elegido

quién ejecutará las reformas y transformaciones en beneficio de los gringos—. Es más, no estoy seguro si para el siguiente sexenio este personaje ya tome el poder, pero es un hecho que no tardará más de dos sexenios en instaurarlo.

—¿Y qué esperas que ocurra en México?

—Lo peor, ya que los mexicanos vivirán una época de pobreza parecida a la de la Revolución.

—¿No lo hacen ya?

Riendo ante el comentario hecho por su guardaespaldas, el abogado le hizo una seña al mesero para que se acercara.

La charla había dado varios giros y esperaba que tras una buena comida y un pretencioso postre lograra concretar con su hombre el motivo de la reunión.

—A sus órdenes don José Ángel.

—Javier, tráenos por favor una ensalada de bivalvos, rulo de ternera y unas empanadillas.

—Con gusto don José Ángel.

—Al centro si eres tan amable.

Sin decir otra palabra, el mesero desapareció a través del pasillo que conducía a la cocina, mientras un aroma a violetas invadía la mesa en donde estaban sentados.

—Me permite —se escuchó en el salón, al tiempo que una mujer de pelo largo y grandes ojos pardos, que resaltaban sobre sus carnosos labios carmesí, se sentaba en la mesa de junto.

—¿Más vino, Pepe? —al no recibir una respuesta, Caño tomó la botella y llenó las copas de ambos, mientras veía de reojo quién había provocado en los ojos de su amigo un brillo anacrónico—. Guapa la tía.

—Sí, me recuerda a...—en silencio, con el rostro descompuesto, el guardaespaldas recordó la tarde, dos años atrás, en que tuvo que viajar a México para cumplir una promesa, faltando por ese motivo a la primera cena de navidad de Sofía, su hija...

El año de la gran nevada. Tras visitar al abogado en el hospital Teknon, el día que sería operado por tercera ocasión para retirarle la bala que se había almacenado a dos centímetros del corazón, dejé a mi primo Santi como encargado de su protección, mientras yo atendía un compromiso en un pasillo de terapia intensiva. La realidad era que la decisión tomada resultaba un suicidio, ya que nadie se arriesgaría a matar a Calderoni en Ciudad Juárez, pero, como una promesa es sagrada, no tuve de otra más que cumplirla.

Un día después, desde el aeropuerto del Prat, abordé el vuelo AM-4 con destino a Ciudad de México.

—¿Gusta alguna bebida, señor? —deteniendo el carro de servicio frente a mí, la trigueña azafata me sonrió mientras con su mano izquierda realizaba un muletazo para mostrarme las bebidas.

—Un botellín de agua si es tan amable.

Al cumplirse las ocho horas de vuelo, los ruidos en el interior se resumieron a ronquidos y murmullos, por lo que creí conveniente ponerme a estudiar el grueso expediente de Calderoni que Aguilar mandó un mes atrás a la casa de Lorenzana. Sin pestañear, observé en repetidas ocasiones una docena de fotos, y concluí que los seis hombres que resguardaban su seguridad utilizaban principalmente la formación diamante y no sería fácil acercarme para dispararle en el rostro.

Así que tendría que pensar en otra forma de evitar el chaleco antibalas que portaba el excomandante.

—*Ladies and gentlemen. Please fasten your seatbelts, in brief moments be landing at Benito Juarez airport in Mexico City. Thank you* —dándose la autorización, empleando su ronca voz, el piloto despertó a los pasajeros al anunciar que nos encontrábamos prontos a aterrizar en tierra azteca.

Con el tiempo suficiente para cenar antes de tomar el siguiente avión que me llevaría a Ciudad Juárez, me senté en la barra de uno de los tantos restaurantes que visten la terminal y ordené unas enchiladas verdes: era de la poca comida mexicana que extrañaba y no pensaba posponer más mi antojo.

Tras terminar de cenar dos órdenes de enchiladas y un par de cocacolas, el momento de continuar mi viaje llegó, por lo que cogí la mochila en donde se encontraba guardado el ordenador y me encaminé a la zona de abordar.

—Su boleto por favor.

—Aquí tiene —a diferencia del viaje desde Barcelona, tomé una siesta la mayor parte del vuelo, por lo que no sentí la fuerte turbulencia de la que se quejaron el resto de los pasajeros al ir descendiendo del avión.

En la sala de llegadas, de un solo tirón tomé mi maleta de la banda de equipaje y en menos de quince minutos me encontraba en la recepción del hotel Camino Real, solicitando la reserva que había hecho desde España.

Para hacer tiempo, ya que mi cita con el procurador del estado era en una hora, acomodé mi ropa en el ropero, tomé una ducha y vi algo de televisión en lo que daban las diez de la noche, hora en la que, de acuerdo a lo indicado por su secretario particular, pasarían por mí.

—¿Manuel Caño? —el más cabezón de los dos sujetos malencarados que me aguardaban en la recepción me abordó en cuanto las puertas del elevador se abrieron.

—El mismo.

—Acompáñame.

Sin hacerles alguna pregunta seguí al par de hombres obesos hasta una camioneta Suburban que se encontraba estacionada frente a la entrada del hotel; en el camino, sin que lo notaran, amartillé mi arma por si se suscitaba un imprevisto.

—Buenas noches, Manuel —en cuanto abordé la unidad me saludó Hugo Barrientos Beltrán—. ¿Cómo estuvo su vuelo?

—Tranquilo, señor procurador.

—Llámame Hugo. Esos pinches formalismos no van con los amigos.

—Se lo agradezco, Hugo.

—Y qué tal el hotel.

—¡Bien, bien!

—¡Si quieres que te cambiemos sólo dilo! —me indicó de manera golpeada el procurador, quizá motivado por mi incierta respuesta.

—No, está perfecto, gracias —sin insistir, Barrientos Beltrán le indicó al chofer que avanzara.

Cerca de media hora duró nuestro recorrido; atravesamos la ciudad, hasta que finalmente la camioneta entró a un rancho llamado Los Girasoles, donde

descendimos rodeados por una docena de hombres que portaban armas de alto calibre. Animado, sin saber el motivo, el procurador caminó delante de mí hasta llegar a una habitación morisca donde tomamos asiento en la robusta sala. Fuimos atendidos por una atractiva joven morena de ojos negros, quien nos preguntó si deseábamos algo de tomar.

En mi caso, terminé sujetando un vaso con agua mineral y un par de hielos, mientras en el reloj las manecillas me hacían saber que habían pasado cerca de cuarenta minutos antes de escuchar una docena de pasos acercándose, acompañados por risas.

—Buenas noches —al escuchar una voz conocida me quedé congelado. La posibilidad de poder defenderme se había ahogado en el humo del puro que emanaba de la boca del procurador—. ¿Los están atendiendo bien?

—¡Claro que sí, compadre! ¡Como siempre!

Levantándose del sillón, como un resorte, el arrastrado de Hugo Barrientos Beltrán abrazó efusivamente a Valente el «Viceroy» Carrillo, quien de reojo me observó.

—¿Y a ti te han tratado bien, Manuel? —encarándome sin titubear, el hermano de Amado Carrillo, en paz descanse, me dio la bienvenida.

—Todo bien, gracias.

—¿Y qué tomas? ¿Vodka?

—Agua mineral —intervino el procurador, soltando una famélica carcajada.

Sin hacerle coba, el capo le indicó a la joven que nos estaba atendiendo que llevara tres güisquis en las rocas.

—¿Cuántos años tiene que no nos vemos, Manuel? —sin chistar, el capo empezó a preguntarme pendejadas para tratar de hacer más cómodo nuestro encuentro—. Dos o tres años, ¿no?

—Algo así.

—Pero se ve que te ha ido bien, me alegra.

—Gracias, tú también te ves muy bien.

—No te dejes engañar por la fachada, Manuel. Han sido tiempos difíciles y... —la llegada de la morena de corta mirada detuvo la avalancha de preguntas y comentarios absurdos con los que Valente trataba de ganarse mi confianza. Callado, el hermano de Amado aguardó a que la casi adolescente colocara las copas en la mesa antes de continuar—. ¡Pues salud, caballeros! —no teniendo otra opción, levanté la copa que habían colocado frente a mí y choqué el vaso en repetidas ocasiones.



Para ser honesto, las sutiles provocaciones del capo ya empezaban a molestarme, pero me encabronaba más el cuatro que me había puesto el procurador al llevarme a la casa de los Carrillo.

Sólo esperaba que no me saliera con que Valente era quien me ayudaría a acercarme a Calderoni.

—Pues al grano o nos la amaneceremos, Manuel.

—¿Y cuál es el problema? —sin ser tomado en la plática, Barrientos intervino—. ¡Digo, estamos entre amigos!

Mirando al procurador de manera retadora, el Viceroy le dio otro trago a su bebida y sacó del bolsillo de su camisa una pequeña bolsa de plástico que contenía, aproximadamente, cinco gramos de cocaína.

—Tienes razón, Hugo, estamos entre amigos —disimuló el capo al ocultar su molestia—. Pero aquí el Gabacho tiene un encargo por hacer y nada más le andamos quitando el tiempo, ¿o no?

—Por mí no tengas pendiente, Valente. Yo puedo esperar.

Riendo ante mi respuesta, levantó la vista y nos indicó que lo siguiéramos hasta su estudio.

Sin hacer comentario alguno durante el recorrido, caminamos alrededor de cincuenta metros hasta llegar a una lujosa habitación custodiada por un par de hombres sin armas visibles.

—¿Has escuchado hablar de los Zeta, Manuel? —en cuanto nos acomodamos en los diversos sillones, el hermano de Amado Carrillo disparó su pregunta.

—Lo siento, Valente. Pero desde que nos fuimos de México poco sé de lo que ocurre en este país.

—¿Y de Osiel Cárdenas?

—A él si tengo el gusto de conocerlo.

—Pues estamos en guerra con él, y los Zeta son su ejército —intervino el procurador, al dejar su copa sobre el escritorio.

Sin comprender el motivo por el que me contaban aquella historia, me mantuve atento a los comentarios que emitía el capo.

—No te cuento esto para que Lorenzana nos ayude, sé bien que él no quiere saber de nosotros, el motivo es para prevenirte de esta gente.

—¿De los Zeta?

—De ellos meros.

—¿Y qué tienen que ver ellos con Calderoni?

—Todo, él se encargó de reclutarlos, por orden del expresidente Nassali. Así que para llegar a él tendrás que pasar sobre ellos —como si algo le preocupara y no pudiera encontrar las palabras para decírmelo, Valente inhaló un par de líneas de cocaína—. Esos hijos de la chingada no son gatilleros o mercenarios. Los Zeta son exmilitares.

—¿Oficiales o tropa?

—He ahí el problema, Manuel. Ellos son fuerzas especiales —no aprendiendo de sus errores, el procurador volvió a intervenir.

—Cabrones entrenados en Israel, Alemania, Francia y otros campos de capacitación del mismo nivel —detalló el Viceroy—. Las autoridades han hecho creer a la sociedad, a través de los medios, que se trata en su mayoría de soldados y anexan a un par de tenientes, cuatro subtenientes, tres sargentos y cabos. Pero pura verga, esos batos son puro chingón.

—¿Y por qué razón Carlos te sustituyó tras la muerte de tu hermano, Valente? —sorprendido por la pregunta que le hacía al capo, Hugo Barrientos se levantó de la silla y en silencio se dirigió al baño.

En cambio, sin hacer ningún tipo de sobresalto, el hermano de Amando se sirvió una copa más de whisky y regresó a su lugar.

—Pepe tiene la creencia de que nosotros fuimos los que tratamos de matarlo en Mazatlán, ¿no es así, Manuel? —buscó averiguar el Viceroy al retomar la charla.

— Y, ¿no?

—¡Por supuesto que no, cabrón! ¡Al contrario, nosotros...! —al ver mi rostro, el capo entendió que su justificación estaba de más y prefirió no continuar—. Si así están las cosas, mejor que así se queden.

En silencio, Valente tomó una pequeña libreta de uno de los cajones del escritorio y me la entregó. Al revisarla, encontré en una de las hojas el itinerario que Calderoni seguiría los próximos dos días, en los que visitaría México. Con el pedazo de papel oculto en la bolsa de mi pantalón, me despedí de los presentes y caminé hasta el porche, donde abordé una de las camionetas que pertenecían al capo.

Cerca de las tres de la mañana arribé al hotel y noté inmediatamente que la recepción se encontraba vacía, por lo que aproveché el bello silencio que me rodeaba para tomar el teléfono y contactar a Pepe.

—¿Cómo estas, Manuel? —mostrando un tono cansado al hablar, mi patrón atendió mi llamada desde su cama—. ¿Qué dice mi México?

—Regresando de una junta y no te imaginas con quién.

—Perdona que no hable mucho, Manuel. Pero me acaban de quitar la sonda y me duele la garganta —al tomar conciencia del error que cometía, me concentré en ser breve y le hice saber a Lorenzana los pormenores de mi estancia en Ciudad Juárez.

—Valente me enfatizó una y otra vez que debía de quitar de en medio a los Zeta antes de llegar a Calderoni.

—Aléjate de ellos, Manuel —resbalando las palabras entre susurros, el abogado me repitió su orden para estar seguro de que lo había escuchado—. Ésa es una pelea de los Carrillo y no vamos a caer en su juego... —en ese momento las palabras se transformaron en cortos espasmos de tos y tuve que alejar rápidamente la bocina—. En cinco minutos revisa tu correo, mejor te escribiré lo que necesito que hagas.

Con la llamada concluida, encendí una de las computadoras que ahí se encontraban e ingresé a mi cuenta. Oprimiendo cada treinta segundos la tecla «enter», actualizaba la información y así me la pasé, cerca de doce minutos, antes de que se escuchara el típico tintineo que me hacía saber que el correo había llegado.

En segundos, descargué el archivo en el disco duro y esperé a que abriera, mostrando finalmente una lista de órdenes a seguir cronológicamente. Conforme las iba leyendo, el rostro se me fue tensando al grado de que más de una arruga desapareció de mi frente.

«Contacta a Guzmán Decena y dile que necesitas hablar con él. Utiliza mi nombre si es necesario». A pesar de estar atento a mi lectura, descubrí detrás del mostrador la mirada de la joven recepcionista observándome con sus profundos ojos cafés. «Prométele todo y acuerda con él lo que te pida. Necesitamos que se hagan a un lado y dejen solo a ese puto de Calderoni». Pensativo, al tratar de adivinar el plan del abogado, cogí una botella de agua que se encontraba abandonada en una mesa de centro. Tras romper el sello de garantía, di un largo trago antes de continuar. «Márcale a José Aguilar Hernández e indícale que con Suárez Villalobos te vean hoy a la hora del almuerzo». Ansioso de saber que vería nuevamente a Aguilar Hernández, pospuse leer la tercera indicación y tomé el teléfono que se encontraba a mi lado.

En una conversación que duró alrededor de quince minutos, logré acordar con el ahora comisario de la Policía Federal Preventiva y el exsecretario del abogado, una reunión exprés en el restaurante de mi hotel a las nueve de la mañana. Entusiasmado de contar con el apoyo de tan importantes hombres, le

llamé a mi patrón desde mi nueva habitación, cumpliendo de esta manera su tercera orden.

Con las manecillas del reloj apuntando las cinco de la mañana, me di cuenta de que necesitaba dormir un par de horas: todo en mi cabeza era un torbellino que necesitaba ser aterrizado y tomé la decisión de marcarle a López Lorenzana antes de acostarme.

—Enfócate en lograr una alianza con Suárez, Manuel. Es vital que él esté de tu lado.

—¿Y si no consigo convencerlo?

—Ésa no es una opción que debas considerar. Al menos si quieres seguir vivo.

Cinco minutos después finalicé la llamada con más preguntas que respuestas, por lo que decidí recostarme y trasladar mi pensamiento a España y a la pequeña Sofía: en un par de días viviría su primera cena navideña.

Acostumbrado a despertar al amanecer, abrí los ojos diez minutos antes de las siete de la mañana y subí a la alberca del hotel a nadar los dos kilómetros de todos los días. Necesitaba espabilar mi mente y terminar de afinar la postura con la que me presentaría ante Suárez Villalobos: nunca había estado en la posición de negociador y mi corta experiencia se limitaba a lo que había visto y aprendido con mi patrón.

Como lo ameritaba la situación, me vestí con el traje Zegna azul que había colocado en mi maleta, y lo acompañé con unos zapatos Ferragamo. Combinación que le vi lucir al abogado en más de una ocasión.

—Buenas días, Manuel —me saludaron el par de hombres al verme llegar a la mesa.

Sin recato, compartí mi posición y pensamiento a lo largo de un tibio desayuno, con el propósito de que la ayuda que les solicitaba no se evaporara junto con la taza de café.

—¿Y tienes la estúpida idea de que te apoyaré en esa acción suicida, Caño? —en cuanto arrojó el tenedor al plato, el comisario de la PFP me encaró con la peor de las actitudes —. ¿Sabes que Calderoni tiene un ejército a su cargo? — con un corto movimiento de cabeza, le hice saber a Suárez que estaba enterado de la existencia de los Zeta.

No comprendiendo mi necesidad de morir, el comisario general de la PFP trató de involucrar a Aguilar, con quien mantenía una relación de años.

—¿Manuel sabe que los Zeta son una herencia de Carlos Nassali, José?

—Creo que sí.

—¡No importa, ellos no me impedirán matar a ese puto...! —intervine, al olvidarme de mantener una conducta relajada.

—¡Pues sí estás muy pendejo, cabrón! —molesto por mi conducta, Suárez me contestó de manera alterada—. ¡Sólo recuerda que juegas con fuego y que terminarás quemado! —molesto por mi necedad, Villalobos alzó la voz para intentar callarme.

—Esperaba otra respuesta de su parte, comandante. Pero si los años de amistad con el abogado no le son suficientes para brindarle su apoyo, lo comprendo. Al menos yo lo hago —le recriminé de manera airada.

Sentado a la mesa, cuchareando la taza de té, el coordinador de la PFP se quedó pensativo, mientras elegía las palabras que me hicieran recobrar la confianza en él. Algo que no sucedió ya que, tras darle un sorbo a su manzanilla, me repitió el mismo discurso en el que me etiquetaba como un suicida por el solo hecho de pensar matar a Calderoni.

—Creo que es tiempo de terminar la reunión —sugirió Aguilar sorpresivamente, dejándome con la boca abierta—. Y confío en tu discreción.

—Su equipo trabaja en *diamante*, Manuel —me dijo Suárez Villalobos sin levantarse del asiento y sin quitarme la vista.

—Lo sé, comandante...

—Por eso te sugiero que le dis pares a distancia y, de preferencia, desde un sitio alto. Así tendrás tiempo para esconderte...

—Sí, pero...

—... por nada del mundo pienses en huir. Los Zeta van a sitiar la ciudad antes de que consigas llegar a tu auto y tu única opción es esconderte.

—Escucha lo que te dice Nico, Manuel. Escúchalo porque en ello te irá la vida.

—Todo eso lo sé, José. Por eso necesito del apoyo de ambos para darme una oportunidad de sobrevivir.

Sin hacer caso a mi comentario, que más bien parecía súplica, el comisario de la PFP se levantó de golpe y aguardó a que lo acompañáramos. Era requerido en la Ciudad de México y le urgía tomar un avión.

—¡Suerte, Manuel! —exclamó al darme un abrazo de despedida.

Con su dedo índice, Aguilar Hernández me indicó que lo aguardara en lo que acompañaba a Suárez Villalobos hasta la puerta del hotel.

Al verme solo alcé la mano para encender un habano y saqué mi celular. No

le había llamado al Zeta 1 y tenía que darme prisa si quería verlo ese mismo día.

—¿Guzmán Decena? —sin perder el tiempo en pretextos absurdos, me identifiqué con el narcotraficante; al confirmar su identidad, le solicité una cita.

Para ser honesto tenía la estúpida idea de que aceptaría al momento mi solicitud, pero grande fue mi sorpresa cuando me citó al otro día, nueve de la mañana, en el *lobby* del hotel.

—¿Qué piensas, Manuel? —sentándose a un costado mío, Aguilar murmuró al regresar a la mesa—. ¿Quieres seguir con tu encomienda o simplemente tomar el primer avión que se dirija a tu tierra? Bien sabes que Lorenzana jamás te culparía si tomas esa decisión.

—Me quedo —afirmé categóricamente—. En mi pueblo una promesa es bendita.

—Entonces dime qué necesitas.

—Un distractor para mañana por la tarde cerca del Abelini —al escuchar mi solicitud, el exsecretario de Lorenzana comprendió que tenía que resolver mi necesidad y comenzó a jugar con el celular.

A Hernández no le era fácil involucrarse en el asesinato de Calderoni, ahora que vivía una época distinta a los años de corrupción y muerte que experimentó al trabajar para el abogado.

Sabía que su riqueza se la debía, pero había una extraña sensación en su estómago que lo hacía dudar.

—Me despido, Manuel. Necesito pensar en un sitio más tranquilo qué locura haré para distraer a esa gente —agradecido con Aguilar Hernández, subí a mi habitación a recostarme un par de horas: necesitaba elaborar en mi mente el plan que ejecutaría.

Cerca de las cinco de la tarde el hambre me despertó y traté de levantarme de la cama, lo que conseguí media hora después, cuando de plano tuve que correr para llegar al baño. Adormilado y sin la vejiga jodiendo, me puse la chamarra de piel y caminé en dirección a la puerta del cuarto. Necesitaba ponerme a trabajar si quería asesinar al hijo de puta que me tenía alejado de mi familia.

A los pocos minutos me encontraba tomando un taxi para que me llevara al cruce entre Tecnológico y Rancho Aguacaliente, donde durante dos horas caminé por los alrededores estableciendo una ruta directa hasta el aeropuerto del Paso Texas. Sabía que la 45 me sacaba prácticamente a la garita de la 110, pero estaba seguro de que los Zeta la cerrarían y podría quedar atrapado.

Borrando de la lista la posibilidad de cruzar por el Puente, la calle Stanton o la Juárez, entré al restaurante a cenar y así disimular mi verdadero propósito.

—Buenas noches. ¿Gusta algo de beber? —se acercó el mesero.

—Una Corona.

Sin solicitarla, el joven dejó la carta de comida sobre la mesa y se alejó rápidamente en dirección a un refrigerador que se ocultaba detrás de un muro.

Aprovechando que me encontraba solo, me grabé la posición de las mesas y los espacios que podía usar para escapar. En un momento, mi recorrido visual se detuvo en un mueble desgastado de madera que sostenía una pantalla de plasma adornada con papel crepé. «Seguramente una niña fue la autora de esta genialidad», pensé al ver la llegada del mesero.

—¿Gusta ordenar?

Curiosamente, al escuchar la invitación, me di cuenta de que no había comido desde la mañana y sentí un vacío en el estómago.

—Tráigame una bruschetta truffata, vongole alla azzi y salmone corleone —ordené a primera vista.

—¿Gusta acompañar su comida con algún vino de mesa?

Al azar ordené un merlot y esperé a que Marcial, el joven mesero, retomara su viaje a la cocina.

Sin darle importancia al buen sabor de la comida, las dos horas que siguieron las utilicé para terminar de planear la forma en la que al siguiente día asesinaría a Calderoni. He de confesar que al final del postre estaba un poco temeroso: mis probabilidades de sobrevivir eran muy bajas.

Al no tener otro motivo para permanecer sentado en tan modesto restaurante, solicité un taxi. El sueño empezaba a vencerme y en la mañana tenía que estar en las mejores condiciones.

—Al hotel Camino Real —sin abrir los ojos durante el recorrido, el ajetreo del auto no me permitió conciliar el sueño y tuve que aguardar hasta llegar a mi habitación para descansar rodeado de media docena de almohadas.

Cerca de las siete de la mañana desperté y encendí la televisión: necesitaba mantenerme con los ojos abiertos para que el tiempo no me presionara. A diferencia del día anterior, en cuanto salí de la ducha me vestí con un pantalón de mezclilla y una camisa a cuadros: ropa que los narcos mexicanos utilizan comúnmente. Quería que los Zeta se sintieran a gusto y eso les permitiera hablar más «al chile», como ellos dicen.

Doce minutos antes de las nueve de la mañana, bajé al *lobby* del hotel teniendo la seguridad de que ya me estaban esperando.

—Sí, Manuel Caño para servirles —le hice saber a uno de los

guardaespaldas que me interceptó—. Aquí tiene mi pasaporte para que lo compruebe.

—No es necesario, Gringo —al escuchar el sobrenombre con el que me había llamado, fijé la vista en los ojos del hombre que me mantenía con el brazo extendido—. ¿Vienes armado?

—No. Pero si quieres revísame —sin hacer caso a mi afirmación, un tipo de ciento veinte kilos y dos metros de altura se colgó su TAR-21 al hombro y caminó delante de mí en dirección al restaurante del hotel—. Pensé que íbamos a la casa de tu jefe.

Sin decir media palabra, el Gorila mantuvo el paso hasta toparnos con la mirada siniestra de un par de gatilleros flacos como vacas en el desierto y de ojos hundidos, que resguardaban la doble puerta de madera. Sin poder ocultar mi preocupación, quizá por miedo, asombro o qué se yo, entré al corto salón en donde ya se encontraban sentados Arturo Guzmán Decena, el Zeta 1, y nada menos que Osiel Cárdenas, ambos, luciendo ropa de corte militar.

Dándonos un corto apretón de manos, me senté frente a ellos y guardé silencio para escuchar las amenazas que pensé iban a decirme antes de hablar. Para ser honesto iba preparado para escuchar todo tipo de estupideces de parte de Osiel, sólo no iba a permitir que me hicieran desistir de la promesa que le había hecho al abogado segundos antes de entrar al quirófano.

Para mi sorpresa, la primera media hora Arturo Guzmán Decena se mantuvo callado mientras el Mataamigos trataba de establecer una alianza con mi jefe a través de mí. Sin el menor de los recatos, habló de López Lorenzana como si fueran grandes amigos y como si la traición de la ahora esposa de Calderoni nunca hubiera ocurrido.

—No entiendo cómo les puede ayudar mi patrón —les advertí, cuando las adulaciones cesaron—. ¿Sí saben que no vive en México desde hace tiempo?

Mirándome como si el diablo se le hubiera salido por los ojos, Guzmán Decena escupió al suelo el resto del puro y azotó la Glock 17 sobre la mesa con el riesgo de que se disparara.

—Sabemos que Lorenzana, a pesar de no estar viviendo en México, sigue operando a través de sus poderosos amigos. No nos creas tan pendejos, compa.

—Nunca lo dije ni lo pensé, Arturo.

—Y necesito de ellos —agregó Osiel de manera firme.

Sin perder la paciencia, escuché la oferta económica que el capo le ofrecía al abogado si él aceptaba ayudarles a destruir a los Carrillo. Alimentando el acto de venganza que mi patrón guardaba contra sus enemigos, Cárdenas me mostró



diversas cuentas bancarias que supuestamente el Viceroy empleó para pagar a los que debieron matar a Lorenzana en Mazatlán. Fue en ese momento que me resultó demasiado notoria su cercanía con el expresidente Nassali y en mi cabeza comenzó a desfilar un encadenamiento de opciones y posibilidades que hicieran emanar sus verdaderas intenciones.

«¿Cuáles son los planes a futuro de estos cabrones o, mejor dicho, cuál es el plan del expresidente?», pensé al brindar con ellos por tercera ocasión. Era un hecho que no necesitaban de mi patrón al ser apadrinados por el expresidente.

—Bueno, ya quedamos en que mi patrón los ayudaría, pero es tiempo que ustedes escuchen el costo para cerrar el trato.

—Te escuchamos —ansioso, quizá por la cocaína que aun habitaba en su asquerosa nariz peluda, Osiel prácticamente dio un salto en su silla para increparme.

Como el momento lo exigía, alcé mi copa y le di un breve trago antes de desatar el infierno en la mesa.

—El abogado está dispuesto a ayudarlos siempre y cuando...

—¡Ya déjate de mamadas y dime qué te traes!

Molesto por la actitud de Arturo Decena, permanecí callado unos segundos para que el capo controlara la situación. Era imposible hablar con el Zeta 1 en ese estado.

—Continua, Gringo —me solicitó el Loco tras hablar en secreto con su brazo derecho—. Pero no te andes con tanto rollo.

—Lorenzana quiere a Calderoni muerto. Ése es el precio que tienen que pagar si quieren tener una posición privilegiada.

—Claro que el orejón tuvo que entregar alguno de sus alfiles para que mi patrón aceptara no matar a los pinches culeros de la DEA que el Negro detuvo frente a la casa del patrón. Verdad, Osiel.

—Pinche güerito, puto —pronunció el Mataamigos al intervenir—. No más vio la 45 del patrón y se cagó. Claro que ellos percibían que la tenían librada, pero no así el puto de José Ángel, a quien no le quedó otra más que echarle huevos.

—¿El periodista? —pregunté con cautela.

—¿Lo conocías?

—Sí —le hice saber al capo, al escuchar mi respuesta el rostro de ambos cambió y asumieron una actitud fría. Se notaba su molestia y tuve que intervenir para tratar de que su confianza se restableciera—. Fue el abogado quien le

aconsejó al expresidente que ustedes lo mataran.

Sorprendidos ante mi revelación y del conocimiento de esa muerte, los dos retomaron su actitud bonachona.

—Recuerdo que el Negro les gritó a los gringos que quiénes chingados eran, al pararse a un costado de la Bronco blanca con placas diplomáticas —siguió contando el Zeta 1 al relajarse la tensión—. Al reconocerlos, el hombre de confianza de mi patrón les dijo: «¡Pinches gringos cagados!». Pero no así el Roger, un exteniente de la Marina, jefe de seguridad de Osiel, quien le gritó al Negro que les diera piso a esos cabrones.

—Afortunadamente eso no sucedió —agregó Osiel.

—Pero fue gracias a que ibas bajando de tu auto y lo detuviste con un estruendoso grito, si no...

—¿El Lincoln negro que conocí? —pregunté para hacerme notar. Aunque, para ser honesto no sirvió de mucho ya que ambos hombres continuaron con su conversación unos diez minutos, hasta que los volví a interrumpir—: A todo esto, ¿en qué quedamos con lo de Calderoni? —con la quinta copa de whisky sobre la mesa, vi el momento oportuno para ejecutar el plan que López Lorenzana me había indicado—. No hemos hablado ni media palabra sobre ese asunto y ya me tengo que ir —a pesar de que era obvio que ellos evadían el tema, al estar enterados del motivo de mi visita a Ciudad Juárez, no tenían otra opción más que darme una respuesta—. El abogado me mandó a matarlo y tengo que saber si ustedes nos apoyarán, como lo han repetido a lo largo de la reunión, o sólo fueron palabras.

En silencio el capo intercambió miradas con Guzmán Decena antes de darle un último trago a su bebida. Al parecer el momento que tanto trataban de evitar les había golpeado de lleno.

—Nos la pones cabrona, Manuel —Arturo se dirigió a mí, tras encender un cigarro de marihuana—. El comandante es una pieza clave para la organización, pero, sobre todo, es como un padre para mi gente.

Sin mostrar molestia me incorporé y estiré el brazo para despedirme de ellos. Al ver que había tomado su respuesta como una falta de compromiso de su parte, el Mataamigos me solicitó que volviera a ocupar mi lugar en el sillón. En ese momento supe que la partida la tenía ganada.

—Sé de la chingadera que el comandante le hizo a tu patrón, Manuel —al ser el único autorizado para hablar sobre el tema, el capo buscó la forma de llegar a un buen acuerdo para evitar la muerte del comandante—. Pero no es el momento para que lo asesines. Al igual que tú, hay mucha gente interesada en verlo

muerto, pero...

—¿Como Félix Gallardo? —con esa simple pregunta callé a Osiel el «Loco» Cárdenas y aproveché para hacerles saber que la muerte de Calderoni era una promesa que cumpliría con su apoyo o sin él.

Realizar varias exhalaciones le ayudó al narcotraficante para plantearme una opción que nos permitiera salir a ambos bien librados, o al menos así lo pensó, desafortunadamente para él yo quería ver muerto a Calderoni ese día y no dentro de dos años, como ellos me lo prometían.

—Me vas a disculpar, Osiel. Pero sólo hay de una sopa.

—¿Seguro, Gringo? —preocupado y con los ojos llenos de ira, Arturo el «Mataamigos» Guzmán Decena levantó su copa y propuso un brindis—. Dalo por hecho, compa. Nosotros nos haremos a un lado —hasta ese momento, el hombre moreno regresó la pistola a su cintura y se acomodó en el asiento—. Sólo no olvides que Calderoni trae su propio equipo de seguridad y ahí no te podemos ayudar.

—Eso lo entiendo y les agradezco la solidaridad que nos manifiestan.

—¿Cuándo te vas de Juárez? —aprovechando el momento, Osiel me preguntó con la intención de saber qué día intentaría matar al comandante.

—Mañana..., mañana me voy a primera hora.

—¿Tan pronto, Gringo? —intervino el Zeta 1—. Si mañana teníamos pensado invitarte al rancho a un asado. ¿Verdad, patrón?

—Lo siento, pero el abogado espera noticias mías.

—Así ni hablar —despidiéndome de ambos con un fuerte apretón de manos, abandoné el lúgubre privado dando largas zancadas.

Satisfecho, a pesar de mis dudas, por el voto solidario que me brindó el capo, caminé hacia el elevador del hotel. En cuanto mis zapatos volvieron a sentir la rugosa alfombra carmesí que cubría la recepción, cambié de rumbo y me dirigí a la computadora empleada el día anterior para contactar a mi patrón. Sentí la obligación de comunicarme con él y ponerlo al tanto.

Mientras esperaba que el abogado contestara mi saludo en el chat, abrí la página de American Airlines para imprimir mi boleto con destino a Nueva York. Mi escape lo realizaría desde El Paso y debía tener todo preparado.

«Dime, Manuel», escribió Lorenzana finalmente. «¿En qué quedamos, Manuel?».

Al leer su respuesta supe que estaba mejor de salud, algo que me animó.

«Lo siento. Pepe. Vengo de la cita con Arturo Guzmán Decena y Osiel

Cárdenas».

«Supuse que iría ese cabrón, ¿qué pasó?».

En un corto párrafo resumí los pactos que los Zeta deseaban acordar con él y le informé que habían aceptado quitarse de en medio. Lo que omití fue la inseguridad que sentía sobre la palabra empeñada por el Mataamigos.

«Sigue con el plan, y si el Loco te vuelve a pregunta dile que sí a todo». Para confirmar la siguiente petición, el abogado tardó en escribir: «Si ayer entendí bien, hoy matarás a ese puto, ¿es así, Manuel?».

«Sí, señor». Al confirmar mi afirmación, los lapsos de silencio se hicieron eternos y decidí simular que se había perdido la señal y me desconecté.

Pensativo, me dirigí a mi habitación y le hice una seña a un *bellboy* para que me siguiera. Aprovecharía para revisar mi 9 mm en lo que él bajaba el equipaje a la recepción. En una hora tenía que estar sentado en el Abelini para aguardar la llegada de mi objetivo.

—¿Se retira, señor? —con cierto tono decepcionado la recepcionista me cuestionó—. ¿Acaso encontró algún inconveniente en nuestra atención?

—¿Por qué lo dice? —ahora fui yo quien la interrogó ante la insistencia de querer saber por qué abandonaba el hotel.

Ante el silencio de la bella mujer, confirmé que ella era la oreja de los Zeta y formulé en mi mente una respuesta que los dejara tranquilos. Al menos eso intenté un minuto antes de abandonar el Camino Real.

Con el temor de ser descubierto, o en su defecto seguido, caminé hasta la parada del camión y aguardé alrededor de cinco minutos para que éste llegara. Por falta de espacio en el pasillo, me vi en la necesidad de llevar la maleta en mis piernas, lo que provocó que se me adormecieran.

—¿Lo dejo sobre la Tecnológico o en la esquina de Aguacaliente? —a todo pulmón, gritó el chofer para averiguar dónde se detenía.

En cuanto coloqué la maleta sobre la acera, le hice una parada a un taxi para que se llevara mi equipaje al aeropuerto de El Paso. Sin permitirle hacer alguna pregunta, le ordené al obeso hombre que las llevará al mostrador de American Airlines y las documentara a nombre de Hugo Sánchez Márquez.

Ligero de peso, recorrí la escasa cuadra para llegar a la entrada del restaurante en donde ocupé la mesa elegida el día anterior. Ahora bastaba que Calderoni se situara cerca de mí para vaciarle el cargador en la cabeza.

—Buenas tardes, patrón. ¿Le traigo su cerveza? —me preguntó el camarero que me había atendido el día anterior, mientras limpiaba la mesa.

—Y un Herradura.

—¿Blanco?

—¿Hay otro? —molesto por la actitud pendeja del mesero, ya que, según yo, los reposados los beben las mujeres, me puse de pie al contestar.

Por la experiencia que había adquirido, el crio salió corriendo en dirección de la cantina y, como si en ello le fuera la vida, colocó un caballito sobre la barra y lo llenó de una botella recién abierta.

Escuchando la siguiente hora y media música de banda, di fin a tres cervezas y un par de tequilas con su respectiva sangrita. Para ese momento, las dos con veinte minutos, la mitad del restaurante se encontraba ocupado y restaban unas seis mesas para que estuviera lleno. Gracias a esto pude percatarme de que una mesa, justo al centro, a unos doce metros de donde me encontraba, estaba reservada. Seguramente sería la que el comandante ocuparía en cuanto llegara.

—¿Le traigo otra ronda? —sin poderlo detener, un limón rodó sobre la mesa y cayó al suelo—. ¿Una botana o le traigo la carta? —justo en ese momento, cuando el mesero trataba de controlar la ansiedad que yo le provocaba, pasó frente a mi Guillermo Calderoni acompañado de tres hombres de su escolta: Alejandro Garza Delgado, Marcelino García Rizo y Jaime Yáñez Cantú.

—Una fría —alcancé a contestar antes de que mi boca se pusiera seca como desierto.

Sin fijar la vista en él, observé al comandante espabilarse como pavorreal frente a todos los comensales. Sentado en su silla, el muy puto trató, haciendo las mil y un payasadas, de jalar las miradas de la gente que se terminaban ocultando detrás de un vaso o un tenedor que sostenía la comida.

Atento, durante los siguientes cuarenta minutos pude localizar en las mesas al resto de los hombres que acompañaban a Calderoni. Camuflados, a su entender, ya fuera por una copa de whisky o una botella de cerveza, los seis gatilleros distribuidos en tres mesas estaban atentos a las personas que entraban o salían del restaurante. Para mi mala suerte, el par de veces que fui al baño no pude ver si en la calle o en el estacionamiento se posicionaba personal del comandante: algo que me generaba una desventaja; por otra parte, no podía estar seguro de que ningún zeta se encontrara presente y eso incrementó mi adrenalina.

Como lo planeé, al dar las tres y media me levanté de la silla y caminé hasta la rocola recargada en la pared de la entrada e introduje una moneda de diez pesos. En cuanto el tablero se iluminó seleccioné la canción «El veredicto», de los tigres del Norte, y esperé a que comenzara para acercarme y dispararle a

Guillermo Calderoni, quien seguía alzando la voz para que todos se enteraran de lo chingón que era.

—¡Ay, dolor! ¿Cómo me traes? —gritó el comandante al escuchar los primeros acordes—. Con todas las agravantes de la ley... —comenzó a cantar a pecho abierto.

En ese momento di un par de pasos al frente para colocarme a la misma altura de la mesa en donde, abrazado al que supuse su jefe de seguridad, el puto levantaba su copa.

Sin alzar la vista, para no llamar la atención de los guarros, avance un par de metros mientras le quitaba el seguro al arma que llevaba oculta en la bolsa derecha de mi chamarra. El saber que contaba con un solo tiro para asesinar a ese hijo de puta provocó que me empezara a sudar el dedo.

En ese momento todo a mi alrededor comenzó a pasar lentamente y supe que el momento se acercaba. De reojo vi las mesas en las que se encontraban sentados los seis hombres y supe, al verlos, que no reaccionarían a tiempo. Al fondo del restaurante, junto a la cantina, el joven mesero, como si algo supiera, se protegía con la puerta del refrigerador, simulando estar sacando un par de cervezas.

«Un metro más y le disparo a la cabeza», pensé al escuchar la desafinada voz de Calderoni retumbando en mis oídos.

—Sin consideración, directo al corazón. Hundiste la navaja...

Con suavidad, dejé que la 9 mm se deslizara sobre la suave piel y la coloqué a un costado de mi pierna que se ponía rígida por la tensión. Apretando el frío acero, alcé el brazo y lo dirigí en dirección de la cabeza del comandante. A punto de jalarle al gatillo, la voz de una mujer llamando a Calderoni provocó que girara la cabeza noventa grados y me encontrara con los ojos de Refugio. Extrañamente, por el corto tiempo que ha pasado, ella no me reconoció y regresó su vista en dirección a donde la voz de su marido la llamaba airadamente.

Como era presumible no sólo giró ella, mis pupilas volvieron a focalizar la cabeza de mi objetivo, pero era demasiado tarde. Los dos segundos que me mantuve observando a la exesposa de López Lorenzana le permitieron a Alfredo Garza Delgado darle un jalón a su patrón, provocando que la bala entrara en su hombro derecho.

—¡Quiero a ese puto vivo! —les ordenó Calderoni a sus hombres, al estar escondido detrás de la mesa—. ¡¿Me escucharon?! —afortunadamente, en ese momento yo ya tenía sujeta del cuello a Refugio y el arma enfriaba el costado derecho de su sien.

—¡No te muevas o te mato, pinche pelón!

—¡Suelta el arma, ya valiste verga!

Como ese tipo de amenazas escuché otra media docena mientras me iba dirigiendo a la salida del restaurante. Por el momento tenía controlada la situación, al tener a los ocho hombres que trataban de rodearme bajo la custodia de mis ojos; pero el problema radicaba en que no sabía qué peligro me aguardaba en la calle.

—¡Das un paso más y le vuelo el cerebro a esta pinche puta, cabrón! —le grité a Marcelino García, al tenerlo a menos de tres metros de distancia—. Y tú, camina, pendeja.

Los siguientes seis metros, hasta salir del restaurante, estuvieron acompañados por un silencio fantasmal y miradas asesinas persiguiéndome. Los diez hombres no dejaban de apuntarnos con sus armas y la hija de puta de Refugio iba cansando mi brazo al arrastrar los tacones de sus botas sobre la madera.

—Mata a este hijo de la chingada, Guillermo —empezó a gritar la mujer del comandante como histérica, al sentir que yo empujaba la puerta con el zapato—. ¡No dejes que me lleve con él!

Para ser sincero, pensé que la gente de Calderoni acabaría conmigo en ese momento, y levanté el cañón del arma para tener un ángulo que le asegurara la muerte.

Al verme parado en el estacionamiento giré para ambos lados: a mi lado derecho me topé con el par de láminas recargadas sobre una corta barda de malla. A mi costado izquierdo observé a un hombre vestido con camisa blanca y pantalón de mezclilla, lavando su auto. Por la hora, la carnicería ubicada junto al restaurante ya se encontraba cerrada, pero, afortunadamente, el negocio de comida china estaba abierto y una moto de repartidor me aguardaba, cómplice para mi escapatoria.

—Mira pendeja, a la primera estupidez que intentes, te mueres, ¿estamos? —le advertí a Refugio al tomarla ahora del brazo y avanzar hacia el Lay Wen Yen.

«Martes de Combo: 70 pesos. 2 guisados y arroz frito». Leí en silencio al colocarme frente al restaurante chino.

—¡Ya te cargó la chingada, pelón! —pensando que me encontraba atemorizado, la vieja puta de Calderoni se atrevió a advertirme—. Mejor suéltame y huye antes de que sea tarde. No seas pendejo.

A pesar de que el comentario de Refugio me pareció tentador, no me distraje ni un segundo, y cuando ella se dio cuenta ya la había montado en la moto

delante de mí.

Observando la salida de la gente del comandante del Abelini, aceleré buscando llegar a la calle Rancho Aguacaliente que me llevaría a Tecnológico. Ese movimiento haría creer a Alfredo Garza que me dirigía a la 110, buscando llegar a la garita aduanera de El Paso.

Como lo planeé, en cuanto entronqué con Tecnológico, fui en contraflujo hasta la Teófilo Borunda, en donde di vuelta a la izquierda y avancé hasta el boulevard Francisco Villareal, donde me detuve en la gasolinera que hace esquina con Ejército Nacional.

—Llévalo —le ordené al despachador, incrédulo porque la moto robada tenía apenas un par de litros de combustible—. ¡Pinches chinos de mierda!

Furioso por mi situación, cometí el error de bajarme de la unidad dejando la llave pegada y provocando que la puta tuviera la iniciativa de tratar de escapar.

—¡Cuidado con la manguera! —gritó el despachador cuando la moto avanzó estrepitosamente.

Al ver el inminente impacto, caminé hasta la entrada de los baños, en donde no tardé en recoger de los pelos a mi acompañante, quien ahora era presa de un miedo contenido que la dominaba. En ese momento, volví a preguntarme qué me detenía para matarla. Sabía que Lorenzana no se molestaría por ello, ni tampoco me lo agradecería. Era una de esas situaciones en que la vida te da todos los elementos para que la resuelvas a tu conveniencia, pero por alguna extraña razón, odio tal vez, quieres hacerla perpetua.

—¡Bájate! —le indiqué a un joven que conducía un Honda plateado—. Y no pienso repetirlo.

Introduciendo a Refugio por el lado del chofer, bajé el arma a la altura de mi pierna y me senté frente al volante. Al ser de transmisión automática, pude colocar la pistola en la costilla izquierda de la pinche puta.

—Tú eres el pistolero de mi exmarido, ¿verdad? —tras mirarme unos minutos, Refugio averiguó, por no decir afirmó—: Eres quien estaba hablando con él en el jardín antes de ir a recoger el cuerpo de Amado.

—Si se refiere al día que trató de matarlo. Sí, soy él.

—¡Ah, sí! Ya ni me acordaba. Hace tanto de eso —callada, la muy hija de la chingada, permaneció unos segundos como dándome coba para que hablara—. ¿Y cómo está, Pepe?

—Vivo.

—Me alegra.



—Pues, aunque lo hagas, eso no te va a salvar.

—Eso no me preocupa...

—Gringo.

—Eso no me preocupa, Gringo. Toda mi vida ha sido caminar en la delgada línea que divide la muerte de la vida. ¿Tendrás un cigarro? —al no recibir respuesta de mi parte, Refugio revisó con cierta ansiedad la guantera y el compartimiento que divide los asientos. Afortunadamente para ella, encontró un paquete de Camel con un par de cigarros dentro—. ¿Y lumbre?

De manera impaciente, ella aguardó a que el encendedor del auto se botara para poder saciar su vicio. Vicio que dejó durante los nueve meses de su embarazo.

—No te voy a matar, Refugio —le hice saber al tomar Ejército Nacional—. En cuanto lleguemos al aeropuerto de El Paso te voy a dejar encerrada en el maletero. Sólo te pido que cooperes.

—¿Sabes qué sigo sin entender, Gringo?

—No.

—¿Cómo fue que tu patrón quedó vivo? —al exhalar el humo del cigarro, se acomodó en el asiento—. Le metí tres tiros a menos de dos metros de distancia y el muy cabrón siguió respirando.

—Mala suerte para ti, Refugio.

—¿Por qué lo dices?

—Un día amanecerás muerta junto con tu marido.

Meditando mi respuesta, la cabrona encendió el segundo cigarro y arrojó por la ventana la colilla del primero.

Viajamos en silencio los siguientes diez minutos, lo que me permitió observar si a nuestro alrededor circulaban camionetas sospechosas. Por lo visto los Zeta habían respetado nuestro acuerdo y en ese momento supe que lograría escapar.

—Las cosas han cambiado en México, Gringo —utilizando un tono de voz suave, Refugio retomó la conversación—. ¿Sí sabes que mi hombre fue obligado a salir del país?

—Pues qué pronto regresó.

—El presidente no sabe que estamos en Juárez, en realidad sólo venimos a que atendiera unos negocios, pero hoy mismo nos regresamos.

—¿Y para qué me dices esto?

—Quiero que Pepe se olvide de mí, de lo que le hice.

—Eso no pasará.

—Por eso te lo digo, para que hables con él y lo convenzas —al escuchar la propuesta de Refugio por poco suelto la carcajada, pero me contuve, ya que si quería saber sus intenciones tenía que seguirle la corriente—. Como sabes tengo una hija y no quiero que ella viva este mundo. Yo ya pagué por ella todos los errores que he cometido, y es tiempo de que vivamos en paz.

Al ver la vulnerabilidad de la puta, detuve el auto cerca del puente de Zaragoza. Sabía que podría obtener información valiosa.

Estacionado frente al hospital Zaragoza, coloqué la palanca de velocidad en punto neutro y, con el motor encendido, recargué mi espalda en la puerta para quedar frente a ella.

—Dime exactamente las palabras que debo usar con el abogado.

—No lo sé —me contestó Refugio sin pensar.

—¿Entonces?

Al ver que la mujer de Calderoni se quedaba callada, regresé a mi posición inicial y avancé sobre Waterfill hasta llegar a la garita aduanera, donde, para mi sorpresa, me estaba aguardando Arturo Guzmán Decena.

—Cumplimos, Gringo —pronunció Enrique Rejón al acercarse a la ventanilla—. Ahora dile a tu patrón que le toca su parte.

—Eso es un hecho —con un rostro de muerte, el Zeta 1 me pidió que abriera la puerta del copiloto en lo que él se pasaba del otro lado del cofre—. ¿Todo está bien?

—¡Cómo van estar bien las cosas si esta puta me vio contigo! —inflado del coraje, el exmilitar gritó alterado—. Bájate, cabrona.

Sin quitar las manos del volante, vi cuando Arturo bajó a Refugio del auto y sin decir otra palabra cerró la puerta. Era un hecho que los días de la esposa del comandante habían llegado a su fin y no me pareció oportuno entrometerme. Al menos no si quería seguir con vida.

Los siguientes veinte minutos que tardé en llegar al aeropuerto de El Paso fueron de una tensa calma, acompañados de un dejo de culpabilidad que no me dejaba concentrar. Seguramente el nacimiento de mi hija me había ablandado y una fuerza interior me gritaba que regresara a México y rescatara a la exesposa de Lorenzana. Pero no lo hice, en cuanto aparqué el auto me dirigí a la sala de American Airlines a recoger mi equipaje y el pase de abordar. El vuelo que me llevaría a Nueva York salía en menos de media hora y tenía el tiempo justo para documentar.

A bordo del avión me coloqué el cinturón de seguridad y le solicité a la aeromoza una copa de tequila. Con todo y que no era usual que sirvieran alguna bebida antes del despegue, el ir en primera clase y un corto discurso sobre un posible ataque de ansiedad fue suficiente para que en cinco minutos estuviera relajando los nervios.

Con tres horas y media de vuelo cumplidas, tomé el teléfono que se encontraba a un costado del asiento y me comuniqué con López Lorenzana. Era tiempo de que le reportara lo ocurrido y de mi fallo, al no poder matar a Calderoni.

—Ya sé que fallaste, Manuel —dijo el abogado sin perder el tiempo, en cuanto me contestó me puso a temblar—. Te veo en mi casa en cuanto llegues.

Sin poder decir ni media palabra, la llamada se cortó al tiempo que escuchaba la voz del piloto informándonos que en breves minutos aterrizaríamos en el aeropuerto John F. Kennedy.

**GRANADA, ESPAÑA. 15 AGOSTO DEL 2000**

12:32 h

—... ¿A quién? —al darse cuenta de que habían pasado un par de minutos y no había respuesta por parte de Lorenzana, el corpulento hombre sofocó la tensión del momento.

—¿Cómo dices, Manuel?

—Te pregunto a quién se parece la muchacha.

—Este... a una novia de la adolescencia —generando desconcierto con su respuesta, el abogado rompió con la creencia de Caño—. Claro que ella no tenía los ojos pardos, los tenía verdes.

—¿Gusta que la invite a la mesa a acompañarnos?

—Lo pensé, pero no creo que a su compañero le haga mucha gracia.

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma retadora en que me mira ahora.

—¿En serio?

—Tan en serio que me estoy orinando del miedo.

Riendo por el comentario de su jefe, Manuel Caño se levantó de la mesa y se dirigió a la recepción donde le solicitó al gerente que distrajera al joven que se encontraba en la mesa del rincón. Orden que fue acatada, mientras el vallisoletano se acomodaba en uno de los asientos cercanos, por si tenía que intervenir.

Decidido, correspondiendo a su papel, el mozo se acercó a la mesa, donde conversaba la joven pareja.

—Señor, lo buscan en la recepción.

—Alberto.

—Lo siento. Señor Alberto, lo busca el gerente en la recepción —sin entender la razón para ser solicitado. El joven treintañero se levantó y caminó detrás del mozo bajo la mirada desconcertada de su acompañante.

Al tener el camino libre, el abogado se preparaba a abordar a la joven mujer

que lo había cautivado, cuando su voz le hizo levantar la vista.

—Hola, ¿cómo estás?

—Eeh... Bien.

—Me sorprendió verte aquí —al escuchar la naturalidad con que ella le hablaba, Lorenzana hizo un ejercicio de memoria para averiguar de dónde lo conocía.

—A mí también...

—Isabel.

—¡Por supuesto, Isabel!

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —al sentir que había caído en una trampa, el abogado sonrió y bajó la cabeza al aceptar su culpa. Riendo de manera sensual, ella tomó el brazo del López Lorenzana de manera sutil y se acercó a su oído—. La Cala.

Tras escuchar el nombre del café a donde acostumbra ir por las tardes a tomar té, a la mente del abogado vino la imagen de la joven leyendo, sentada en una de las mesas, ocasionalmente acompañada por un joven.

—¿Acaso eres la lectora apasionada de Joan Kron y Suzanne Slesin? —sin responder, ella regresó a su mesa, donde ya se encontraba su acompañante.

—¡Está buenísima, la tía! —viéndola partir, Manuel interrumpió de manera festiva al volver con el abogado—. Seguro se la vive en el gimnasio.

Molesto por el comentario de su guardaespaldas, Lorenzana rellenó su copa y de un trago terminó el contenido.

—¿Ya viste la actitud del cabrón? —le indicó Lorenzana a Caño, al retomar la charla—. Es un hecho que busca conquistarla y tiene la estúpida idea de que lo conseguirá.

—¿Eso qué tiene de extraño?

—Los gestos en la cara de ella me dicen otra historia.

Sin guardar distancia en sus comentarios hacia la pareja, ambos terminaron el bizcocho de chocolate blanco con nueces caramelizadas que habían ordenado como postre y, como una especie de premonición, ordenaron la cuenta al mismo tiempo.

Encontrándose en la entrada del hotel, el abogado se despidió de manera cortes de ambos, segundos antes de que la pareja abordara un Seat amarillo con rines negros.

—¿Y ya sabes qué le responderás a Zaqueda, Pepe? —al quedarse solos, el guardaespaldas aprovechó el momento e insistió con el tema que lo tenía

preocupado.

—No, Manuel. Así que estás a tiempo de orientarme.

Haciendo caso omiso a la solicitud, Manuel tomó del brazo al abogado y caminó con él algunos pasos en dirección a su camioneta.

—¿Regresarías conmigo a México?

Al escuchar la pregunta, el recuerdo de lo ocurrido en Ciudad Juárez regresó a la mente de Caño, quien comenzó a sentirse ansioso.

—Si es necesario, lo haría por usted, señor.

Sin corregir a su hombre por la forma en que lo había llamado, Lorenzana pateó una piedra segundos antes de parar su marcha. La confesión de éste lo había conmovido y decidió refrescarse con su pañuelo.

—¿Qué te parece si le dejamos esa decisión a tu mujer, Manuel?

Riendo ante la propuesta, ambos avanzaron por el camino adoquinado hasta abordar la Porche Carola.

Recorrieron la ciudad a media velocidad por iniciativa de López Lorenzana. La charla giró en torno a la noche en que el abogado le salvó el pellejo al futuro presidente de México. Época en la que aquél era director de una empresa refresquera y su exmujer seguía utilizando sus relaciones para que su marido no se quedara sin empleo...

—Al parecer, una vez más, quieren la cabeza de mi marido, Pepe —le confesó Liliana mostrando cierta preocupación—. No para de hacer pendejada tras pendejada.

—¿Y ahora qué hizo mi compadre?

Lorenzana era padrino de Rommel, el último hijo adoptado por ellos.

—Confió en unos delincuentes que lo engatusaron y le sacaron cien mil dólares como adelanto por una operación de azúcar.

—¿Pensó contrabandear azúcar? —incrédulo por tal estupidez, le preguntó directamente.

—Cien mil toneladas eran su intención. Hazme favor —tomando un par de copas más de champaña, el abogado le sonrió a la preocupada dama, quien ocupaba el puesto de secretaria particular de Valente.

Sin tocar nuevamente el tema, Lorenzana le preguntó por sus cuatro hijos y sobre las vacaciones que habían pasado en Aspen durante el invierno. A lo largo de la charla, el abogado no le quitó la vista a Valente, quien se encontraba sentado en una de las esquinas del salón rodeado por un par de hombres y tres mujeres, todos ellos directivos de la empresa refresquera.

—¿Me ayudarías en un negocio, Liliana? —le propuso finalmente José Ángel—. A cambio yo le ayudaría a tu marido con el problema que tiene.

—Te escucho, Pepe —dijo haciéndole ver que ella era más que una simple secretaria.

Seguro de que había encontrado al prestanombres correcto, Lorenzana le hizo una seña al general Rivera para que se acercara. La prudencia le hacía saber al abogado que no podía hacer un negocio de esa talla él solo, y lo prudente era repartir el pastel con la gente correcta.

—Buenas noches, Liliana —la saludó Edgar Rivera al cerrar el círculo.

Tras comentarle al general del papel que desempeñaría la esposa de Valente, la charla se situó en el día de la subasta del par de ingenios azucareros por parte de Hacienda. Era necesario que la dama comprendiera que ya se tenía el arreglo

con el secretario y sólo era un trámite su participación.

Acordado el negocio, los tres regresaron con sus respectivas parejas, que ya los miraban molestos. La prudencia de Liliana hizo que Zaqueda nunca se enterara de quién lo había sacado del problema de contrabandear azúcar, y en un mes su cabeza ya no peligraba; todo lo contrario, ahora era el consentido del presidente mundial de la refresquera.

En cuanto los ingenios azucareros estuvieron en su poder, Lorenzana entregó al secretario de la Defensa y al de Hacienda veinte millones de dólares que se repartieron proporcionalmente. Por una recomendación de su contador, el abogado decidió no venderlos e hizo un trato con otro grupo para venderles la producción de diez años con pago por adelantado. De esta manera, él obtuvo de golpe ciento veinte millones de dólares que ingresó a sus cuentas bancarias.



**GRANADA, ESPAÑA. 15 AGOSTO DEL 2000**

1:45 h

Al pasar frente a la plaza Isabel la Católica, Lorenzana tomó un cigarro de la cajetilla que se encontraba entre los asientos y lo llevó a su nariz.

—¿Quieres lumbre, Pepe? —sin responder, el abogado mantuvo la postura un par de minutos después de que la camioneta avanzó. Para muchos la actitud del ex consejero presidencial sería indicio de preocupación o temor, no así para el hombre que lo había mantenido con vida los últimos tres años—. ¿Y qué pasó con Zaqueda después que su mujer lo salvó?

—¿Cómo dices? —respondió Lorenzana distraído al regresar la mirada al interior de la camioneta—. ¡Ah, eso! Pues se convirtió en presidente. ¿No te has enterado?

Al percatarse del modo irónico en que el abogado le hablaba, Manuel regresó la mirada al frente y tocó con suavidad el acelerador para llegar al chalet y compartir con su jefe y amigo, una última copa antes de regresar a casa al lado de la pequeña Sofía, su hija.

CIUDAD DE MÉXICO. 15 DE AGOSTO DEL 2000

17:30 h

Acomodándose en uno de los sillones del privado que había solicitado en el restaurante Bellinis, Miriam Gunsáh colocó la *laptop* frente a la mesa y esperó a que encendiera. Llegó a la cita acordada con Bolaños media hora antes para revisar la lista de los nombramientos que Valente le había hecho llegar a su correo antes de avisarle por el celular.

Esa actitud de parte de Zaqueda le preocupaba y la hacía sentir débil.

—Veamos —verbalizó al pisar las primeras teclas para abrir su correo.

Con tranquilidad, la jefa del equipo de transición suspiró de manera inusual y comenzó a leer el pliego que, en algunos casos, iba en contra de sus intereses.

—¿Gusta que le sirva algo, señorita?

—Por el momento no, esperaré a mi acompañante.

—Como usted ordene.

Alejándose sin hacer ruido, el mesero se deslizó como serpiente sobre la alfombra y en segundos se encontraba fuera del salón. La orden del gerente, de mantenerse sólo lo necesario en el salón, había sido muy precisa, y el joven originario de Tonalá la cumplió al pie.

Contenta de ver que su amigo Carlos Castro ocuparía la Secretaria de Relaciones Internacionales, Miriam apretó el botón para llamar al servicio. Quince segundos después, el chico pecoso se paró delante de ella.

En cuanto anotó la orden, dio un giro de ciento ochenta grados y se apresuró a entregarla en el bar.

—Ocho de diecinueve —pronunció al terminar de revisar la lista.

No podía decir que Valente la había obedecido, pero sí le asignó cuatro de las Secretarías más importantes.

—Aquí tienes, Miriam —le hizo saber Miguel Ángel al colocar la copa de vino tinto sobre la mesa—. Espero que no te haya interrumpido.

Vacilante, ella cerró la *laptop* de manera abrupta causando que el director de

Prevención de Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación se incomodara. Situación que políticamente hablando fue un gran error por parte de ella.

—¡Vaya susto que me has puesto, Miguel! —gritó ella al abrazarlo, buscando atenuar su error—. ¡Pero siéntate, hombre!

—Con gusto, Miriam —aguardando a que la jefa del equipo de transición ocupara su lugar, Bolaños le dio un trago al vaso con whisky que traía cargando desde que entró al salón—. ¿Dime para qué soy bueno?

Con cautela, la influyente dama buscó estrechar lazos con el funcionario, lazos que le permitieran hacer una propuesta tan fuerte como la ejecución de una fuga.

—¿Y cómo está la Maestra, Miguel? ¿Sigue celebrando el triunfo?

—Trabajando, ya la conoce.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo ven en Gobernación la llegada de Valente?

—¿Para eso me citó, Miriam? —preguntó con respeto, pero mostrando su experiencia política. Bolaños fue el encargado de poner el escenario para escuchar la petición de la que en unos meses ocuparía un puesto de peso dentro del gobierno del nuevo presidente.

—Me agrada que no te guste que te hablen con rodeos, porque yo soy igual.

En segundos, Miriam le hizo saber sus pretensiones sobre Joaquín Guzmán Loera, y que para conseguir su fin necesitaba reunir a las personas correctas que la ayudaran. En su caso, él encabezaría al grupo que se encargaría de planear una fuga lo más real posible.

—¿Y en quién ha pensado?

—Ya cuento con el apoyo de Torres Peón y Giménez Luna —al escuchar los nombres del par de funcionarios, Miguel Ángel comprendió que ella no estaba jugando respecto a su propuesta y tenía que ir pensando una justificación para no aceptar su invitación—. Y estoy en tratos con José Ángel López Lorenzana para que nos apoye.

—¿Pepe va a regresar a México? —al momento, el director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación buscó averiguar.

—Eso parece. ¿Tienes algún problema con ello?

—¡No, ninguno! —justificándose, Miguel quiso hacer notar que él no tenía problema alguno con el abogado—. Al contrario, me alegra que venga a integrarse al nuevo gobierno. ¿Y qué te respondió Pepe sobre lo de Guzmán?

—Sigo en negociación con él. Pero yo espero que acepte, ya que el mismo

Valente fue quien le habló.

—¿Él le propuso lo de la fuga?

—¡No, no! ¿Cómo crees? —alarmada, la intensa mujer perdió la compostura al darse cuenta del error que estaba a punto de cometer—. Él quiere que participe en otras actividades.

—Entiendo, éste es un negocio familiar tuyo —al escuchar la palabra «familiar» conjugada con negocio, Miriam comprendió que Bolaños estaba enterado de su parentesco con el capo y no tenía sentido tratar de enredarlo.

—Podría decirse que sí.

—Eso cambia todo, para ser honesto no iba aceptar tu propuesta. Pero, siendo una petición personal cambian las cosas.

Al escuchar la forma tan abierta en que el funcionario le hablaba, Miriam, abriéndose de capa con el colaborador de la Maestra, le hizo saber sus intenciones de entrevistarse con Suárez Villalobos para integrarlo al grupo.

Preocupado, al enterarse de que no había tenido ningún tipo de trato con el comisario, ni sabía de su carácter, Bolaños le sugirió hablar antes con Hugo González, director de la PFP.

—Por lo que me dices sería la forma de controlar e involucrar a Villalobos.

—Digamos que, al menos, no intervendría —convencida de la sugerencia de Miguel Ángel, Miriam buscó ahora consolidar que el funcionario se convirtiera en la cabeza del equipo. Ella no quería aceptarlo, pero, a pesar de tener el poder, no tenía a las personas a quienes transmitirlo para su cometido—. ¿Contamos con recursos vastos o hay que ajustarnos a un presupuesto?

—Dame una cifra y yo lo arreglo.

—De antemano te digo que no puedo comprometerme o asegurarte que lograremos sacar a Joaquín de la cárcel.

—¿Aunque consigamos que Villalobos esté involucrado?

—No, ni así.

—¿Y si convenzo a Lorenzana?

—¿Qué te digo, Miriam? —arrojando la servilleta a un costado Miguel Ángel se recargó en el respaldo del sillón—. Sí él participa es un hecho que sale.

Estupefacta ante la afirmación, la jefa del equipo de transición del nuevo presidente comenzó a tener una idea del poder que el abogado aún tenía en el país.

—Pues así quedamos, Miguel —le comentó Miriam al reponerse de las palabras del director de Prevención y Readaptación Social de la Segob—. En

cuanto tengas una cifra, me avisas.

—Lo haré, Miriam. Y no olvides hablar con González. Por el momento no es conveniente que te acerques a Villalobos.

Levantándose para despedirse del protegido de la Maestra, la siniestra mujer le dio un abrazo y un ligero beso en la mejilla, dejando en él una brisa de su perfume, que lo acompañaría hasta su camioneta.

Al verse nuevamente sola en el salón, y con una nueva copa de vino en la mano, Miriam tomó su celular y marcó el número que el día anterior Madrazo Cuéllar, actual procurador, le hizo llegar con su particular.

—¿Licenciado Villalobos?

**GRANADA, ESPAÑA. 22 AGOSTO DEL 2000**

10:00 h

Cuatro días después a su regreso de Barcelona, tras la visita mensual al doctor, López Lorenzana tomó un taxi en el aeropuerto de Granada que lo llevaría a su chalet en Albaicín.

Sin motivo alguno, sólo por el placer de no sentirse amenazado, decidió no informarle a Manuel Caño del viaje que realizó. El ofrecimiento del nuevo presidente de México le dejaba claro que sus antiguos enemigos no atentarían contra su persona.

—¿Y cómo le fue al Granada el domingo? —alegre de saber que se encontraba en perfectas condiciones de salud, el abogado le hizo la plática al chofer.

—¡Del coño! —exaltado, sin quitar los ojos en el camino, el hombre de gafas gruesas contestó—. El Betis nos ha metido tres en el primer tiempo.

Para evitar aumentar la euforia del hombre al volante, Lorenzana cambió el tema y sacó de la cajetilla el penúltimo cigarro.

—¿Quiere un cigarro? —tras comentarle al abogado que no fumaba, el taxista abrió las ventanas permitiéndole a las brisas gélidas inundar el pequeño auto.

Sin apagar el cigarro, a pesar de no darle una sola fumada, las calles comenzaron a tener un sentido de familiaridad y Lorenzana sacó su celular del pantalón.

—Buenas tardes, señor presidente.

—¡Ya era hora, Pepe! He tratado de dar contigo y pareciera que la tierra te trago.

—Aquí me tiene a sus órdenes, señor.

—¿Y qué has pensado de mi propuesta?

—De entrada, le comento que cuenta conmigo, pero, si me lo permite, me gustaría comentarle algunos detalles a considerar.

—Te escucho.

Con la precisión que lo caracterizaba, Lorenzana le informó que se encontraba en un tratamiento médico que lo obligaba a viajar mensual o quincenalmente a Barcelona para ser atendido. Adelantándose a Valente Zaqueda, le contó la falsa historia de que había intentado que el cuerpo médico se instalara en Granada sin conseguirlo a pesar del elevado sueldo y las condiciones que les ofreció.

—Pues si tienes que viajar, viajarás. Eso sí, no me descuides los asuntos que te encargue.

Acordó con el presidente electo su llegada a México el día en que tomaría posesión del cargo. El taxista se detuvo frente a la entrada principal del chalet y apagó el motor.

—Son cincuenta euros del servicio.

—Baje mis maletas y póngalas junto a la farola —molesto por la interrupción, el abogado le ordenó al hombre mal humorado que no protestó—. Sí, señor presidente. Que tenga buen día.

Dejando que el vigilante y uno de los sirvientes se ocuparan de su equipaje, Lorenzana se dirigió a su recámara para darse una ducha. Los asientos del avión siempre le causaban repugnancia y necesitaba quitarse esa sensación.

Al ser agosto, tenía tres meses para preparar su viaje y dejar todos los pendientes al corriente. Su estancia en Europa, principalmente en España, le había sido de gran ayuda para su recuperación, pero era tiempo de saldar cuentas.

—Necesito que vengas a mi casa, Manuel —con la toalla en la cintura, el abogado le ordenó a su jefe de escoltas—. Ha llegado el momento de que platiquemos de nuestro viaje a México.

—Voy en camino.

Preparado días atrás para el momento, Caño colocó el auricular en su sitio y caminó despacio para tomar su chamarra.

Atento a la hora, Lorenzana comenzó a vestirse para que los treinta o cuarenta minutos que tardaría en llegar su guardaespaldas le fueran suficientes para recibirlo en la biblioteca.

Sosteniendo un libro de Luis Spota en su regazo, el abogado alcanzó a observar en una de las cámaras de vigilancia la camioneta de Caño estacionándose en la entrada principal, por lo que dejó el libro junto a la lámpara y se levantó para tomar de la cava un puro Behike.

Con la lumbre avivándose entre las delicadas hojas forjadas por una mano experta, Caño arribó a la iluminada habitación mostrando cierto nerviosismo,

algo que no era común en él. Por un momento Lorenzana pensó que era causado por falta de la práctica que una ciudad como la Ciudad de México hace que no pierdas.

—Sírrete una copa y te vienes a sentar junto a mí —en silencio, el abogado aguardó a que su hombre se situara frente a él—. Como ya sabes, vamos a México.

—Sí, señor.

—No me interrumpas, por favor —le solicitó de manera solemne—. Tenemos que partir el 30 de noviembre para estar presentes en la toma de Zaqueda como presidente. Por lo que, si prefieres quedarte con los tuyos, es el momento justo para que me lo hagas saber —aguardando la respuesta, el abogado se llevó el puro a la boca y lo mantuvo ahí.

Escuchando una serie de solicitudes por parte de Caño, durante los siguientes minutos la lista fue creciendo hasta que las palabras se empezaron a repetir. Fue justo en ese momento que el abogado tomó la voz y le hizo saber a Manuel que le depositaría un millón de dólares para los gastos de su familia.

—¿Conforme?

—¿Cómo no estarlo, Pepe?

—Entonces es momento de empezar a trabajar.

—Tú dirás —con el humo del puro inundando la habitación, los dos hombres realizaron un recuento de los acontecimientos ocurridos en el último año del mandato de Zorrilla...



Tras la muerte de Amado Carrillo y lo ocurrido en el avión, donde estuve a punto de ser asesinado por Refugio, le perdí la pista al general Rebollo, con quien compartía una amistad cercana: por una cuestión de negocios turbios y una mala decisión de Ernesto Zorrilla, ordenó detenerlo a pesar del consejo que le di de no hacerlo.

Afortunadamente, gracias a que Lilia, la esposa del general, me avisó a tiempo, pude impedir que el alto mando fuera asesinado en el hospital militar por orden del general Cervera: el suegro del presidente le pidió el favor de ejecutar al general Rebollo y no se pudo negar.

Convaleciendo en mi casa de Granada, tuve que negociar con Cuauhtémoc, el consentido de Zorrilla, que ya no tocaran a Rebollo ni a su familia. Sin andarme con pendejadas, le hice saber a Esteban que tenía en mi poder todo el material que el general le había hecho llegar al procurador y no dudaría en hacerlo llegar a los diarios europeos.

—¿Y qué problema que tenía el suegro con el general, Pepe? —  
aprovechando una pausa que hice para aspirar el humo del puro, Manuel Caño buscó recabar más datos con sus preguntas.

—Fernando Velazco no lo perdonó por el desaire que le hizo al no asistir a la boda del primo del expresidente, que se celebró en Colima.

—¿Fue la fiesta dónde estaban los Amezcua?

Riendo por las preguntas acertadas de mi hombre de confianza, lo que demostraba la experiencia adquirida, continué platicando.

—Así es, Manuel. Mi amigo me hizo llegar una serie de audios y documentos, recabados en esa fiesta, en los que se comprueba la participación de la ex primera dama, Nicol Padilla, en negocios con los Amezcua.

—¿Y aún los tienes?

—Entre muchas cosas, Manuel.

A partir de esa fecha se vino la contienda presidencial y el secretario de Gobernación se olvidó del asunto del general Rebollo para armar el fraude

electoral. Como era predecible, usé todos mis contactos para tratar de sacar a mi amigo, cosa que no conseguí, ya que Ernesto le había entregado datos falsos a la DEA en los que involucraba al general con los Carrillo—. ¡Pinches gringos, sin tener los pelos en la mano culparon por sus huevos al general!

Fue entonces que denuncié al expresidente en la Corte Internacional por lo ocurrido en Acteal, Aguas Blancas y El Charco. Pero al momento no ha servido de mucho, ya que su secretario personal, Luis Sáenz, detuvo todo usando sus influencias.

—¿Y sobre el asesinato del excandidato no hablaron?

—No, Manuel. Si lo hubiera querido amenazar por ese lado, muchos nos hubiéramos visto involucrados.

Así que seguro del triunfo de Valente, lo que haría que las cosas cambiaran en el país, al menos así lo creí, me dediqué a mejorar mi salud.

**GRANADA, ESPAÑA. 23 DE AGOSTO DEL 2000**

9:30 h

Con las almohadas aún prensadas entre sus brazos, el abogado contestó el teléfono que se encontraba en el buró y repiqueteaba en la habitación; para su mala fortuna, Lorenzana había tenido un descanso intermitente a lo largo de la noche.

—Diga.

—Ya sé para qué te quieren en México, Pepe —se escuchó de pronto en el auricular, provocando que el abogado abriera los ojos—. Quieren que planees la fuga del Chapo de Puente Grande.

Sin comprender por qué el futuro presidente de México necesitaba de sus servicios para llevar a cabo un acto que él podía ordenar sólo con levantar la bocina del teléfono. El abogado se mantuvo más atento que nunca al resto de la información que le hacían saber.

—¿Estás seguro de lo que me dices, Suárez?

—Tan seguro que hace media hora terminé una reunión con la jefa del equipo de transición.

—¿Miriam Gunsáh?

—Sí, ¿la conoces? —con cautela le preguntó el comisario.

—Algo así.

Le informó que sólo una vez la había saludado en un evento del expresidente Nassali. Lorenzana le solicitó a su viejo amigo que lo pusiera al tanto de los intereses de la dama.

Sin omitir detalle, Suárez Villalobos le narró que alrededor de las siete de la noche recibió una llamada por parte de ella solicitándole una entrevista. Una entrevista que pretendía postergar lo más que pudiera, pero afortunadamente a su mente vino la solicitud que le había hecho por la mañana. «Averigua qué planes se trae Valente conmigo. ¿Por qué me buscó?». Y fue entonces que Suárez recordó que ella era una persona muy cercana a él y la citó en su oficina a las nueve de la mañana.

En cuanto ella escuchó que la había agendado para el día siguiente, interrumpió a Villalobos y le extendió una invitación a cenar a las nueve de la noche en el Bellinis. Al ser una persona sumamente precavida —el trabajo así lo exige—, en cuanto su secretaria le informó que lo buscaba la coordinadora del equipo de transición del nuevo presidente, Suárez dio la orden al encargado de comunicación de rastrear la llamada. Antes de colgar, él ya estaba enterado de que Miriam se encontraba en un reservado del restaurante y tuvo la sensación de que le estaban tendiendo una trampa, por lo que mandó a un equipo de su confianza para que verificara si corría algún riesgo al asistir.

Media hora después, el comisario fue informado de que todo se encontraba en calma en el Hotel de México y, por informes del gerente, que ella había sido visitada una hora atrás por el licenciado Bolaños Linares. Como era predecible, en ese momento dejó a un lado los pendientes y se preparó para ir a la cena agendada.

—Te comento, Pepe, antes de que me salgas con que a mí Miguel Ángel me caga y por eso asistí a la cita, no fue así. Si acudí fue porque sospechaba que el perro de la Maestra tenía que ver con tu regreso a México.

—¿Y así fue?

—En parte —ávido de platicarle la cita con Miriam Gunsáh, Suárez le pidió al abogado que no lo interrumpiera hasta que terminara de contarle lo ocurrido con la señora.

Sentada frente a su computadora, la elegante dama acompañaba su espera con una taza de té y una rebanada de pastel que se encontraba a la mitad. Al ser informada por el mesero de la llegada del comisario de la PFP, ella le ordenó que le permitiera pasar. Tiempo que aprovechó para bajar el monitor de la *laptop* y cortar un pedazo al postre de chocolate.

—Adelante, Nicolás —con toda celeridad, ella se colocó de pie en cuanto lo vio entrar—. Te agradezco la atención de venir con esta premura.

—No tiene por qué agradecerlo, Miriam. Para eso estamos. Dígame, ¿para qué soy bueno?

Al percatarse del comportamiento tan directo del comisario, ella reuló en su actitud tan confianzuda y lo invitó a sentarse.

Platicando durante media hora de la emoción que vivía el recién electo presidente, apareció sobre la mesa una botella de Glenfiddich 40 años, ordenada por ella. Por lo visto la secretaria particular de la jefa del equipo de transición se

había informado sobre los gustos y preferencias del funcionario y eso le permitía sacar ventaja.

Por inercia, al solicitarle al mesero que se acercara y le sirviera una copa más, ella le preguntó a Villalobos si conocía al general Miranda de la Concha. Cautó, mostrando su experiencia como policía, el comisario le contó algunas anécdotas en las que convivió con el general, ya fuera en una fiesta o alguna ceremonia.

Entrando en algunos detalles, le hizo saber de la predilección de Miranda por el tequila y los chiles rellenos.

—Aunque en algunos casos ordena enchiladas de mole.

—¡Uy, mismos gustos que Valente!

Sonriendo de manera educada, Suárez Villalobos tomó su copa y le dio un breve trago.

A pesar de la fina atención de Miriam, él no tenía la intención de beber más allá de dos copas, y ya llevaba una.

—¿Y dígame para qué soy bueno, Miriam? ¿En qué le puedo ayudar? —cansado de escuchar anécdotas pueblerinas, el comisario colocó su bebida frente a él y la abordó nuevamente.

Al mirar el reloj en su muñeca, ella se dio cuenta de que no tenía caso seguir postergando su solicitud y comenzó a dar giros verbales hasta que, tras cinco minutos de halagos incoherentes, lo invitó a participar en la fuga del Guzmán.

—Sólo me faltas tú para tener completo el equipo que planeará y operará la escapatoria. Si así puede llamársele.

Sin respirar, al tiempo que le mostraba una mirada vacía, Villalobos comenzó a girar la copa con sus dedos. A leguas se veía que el comisario pensaba una respuesta adecuada o al menos respetuosa, ocasionando que la cercana a Zaqueda palideciera.

—¿Se puede saber con quiénes colaboraría?

—No, Nicolás. Y bien sabes los motivos.

—¿Al menos cuántos somos?

—Contigo, seis —realizando un simulacro mental, Suárez repasó en su mente los hombres y nombres que él elegiría si tuviera esa encomienda. En un momento de su reflexión, se preguntó qué ocultaba la jefa del equipo de transición del futuro presidente, si con una llamada de Valente el capo pondría los pies fuera de Puente Grande.

Fue cuando el comisario entendió que era un negocio de ella y comenzó a

dudar en participar.

—Me tiene muy sorprendido su propuesta, Miriam. Y necesito pensarlo muy bien antes de darle una respuesta —con la mirada fija en su rostro, el funcionario de la PFP le solicitó tiempo—. Usted sabe que vienen los cambios y...

—Por eso no te preocupes, Nicolás. Ten por seguro que usted seguirá colaborando con *mi* gobierno.

Al escuchar la forma tan soberbia y engreída en la que ella se manifestaba, tras haberlo interrumpido, la preocupación de Villalobos creció y no tuvo otra forma de escapar de su acoso que solicitarle al menos un nombre de su equipo. Sin permitirle hablar, le hizo ver que necesitaba saber con quiénes contaría antes de darle una respuesta.

Consciente de que no podía decir nombre alguno, Miriam eligió uno al azar entre los que Zaqueda manejaba. Si lo que necesitaba Suárez para aceptar era un nombre, ella con gusto se lo daría.

—José Ángel López Lorenzana. ¿Lo conoces? —esa pregunta le hizo ver al comisario que Miriam le estaba mintiendo, al menos respecto al abogado, y sonrió al imaginarse, en solitario, tratando de fugar a Joaquín.

—Hace mucho lo traté, pero desde hace dos o tres años no sé de él.

Sin saber que cometía un error más, ella le contó de una supuesta serie de llamadas que había tenido con Lorenzana; en ellas, el consejero presidencial respaldaba su deseo de sacar al capo de Puente Grande.

—En cuanto llegue a México se integrará al equipo que he formado.

—Pues con ese dato, Miriam, te puedo decir que no me necesitas.

Ante tal afirmación, sin poder corregir su equivocación, la jefa del equipo de transición alzó su copa y brindó de manera festiva.

—No te quito más tu tiempo y espero tu llamada, Nicolás —mostrando cierta ansiedad, ella se incorporó de golpe dando por terminada la reunión—. Espero que Valente y yo podamos contar contigo.

Sin dar una respuesta, el funcionario de la PFP abandonó el salón; en el camino apretó el botón lateral de su radio para informarle a su equipo de seguridad que estaba dirigiéndose al elevador.

—Y, así las cosas, Pepe. ¿Cómo ves?

—Para ser honesto contigo no me extraña que la dama trate de embaucarnos, lo que sí me preocupa es no saber qué hay detrás de su deseo de sacar a Joaquín

—con la firme idea de no meterse en problemas con Miriam, Nicolás prefirió callar a contarle del apoyo económico del capo a la campaña del ahora presidente de México.

En más de una ocasión el comisario pensó en denunciarlo ante el IFE para que el «partido del bolillo» perdiera el registro y Zaqueda se fuera directo a la cárcel, pero la orden de Carlos Nassali fue otra, así que archivó todos y cada uno de los informes que Hacienda, el Cisen, el Ejército y la DEA le entregaron. Contaba con que algún día le servirían.

—¿Y ya tienes un plan, Pepe?

—No, aún no, Nico.

—Te lo comento porque mañana tengo que darle una respuesta.

Comprendiendo la situación que vivía Suárez, Lorenzana le comenzó a platicar que vivió una situación parecida, pero, afortunadamente, él ya lo había resuelto: regresaría a México el 1 de diciembre.

—¿Y qué vas a responderle a la señora cuando te proponga entrarle al asunto de Joaquín? Te advierto que mi respuesta depende de la tuya.

La línea telefónica se mantuvo en silencio unos segundos antes de que la voz del abogado se volviera a escuchar.

—Entonces, hablaré por los dos —de manera formal y con voz firme aclaró—. Estamos dentro, Nico.

GRANADA, ESPAÑA. 23 DE AGOSTO DEL 2000

18:30 h

Después de comer un bouillabaisse acompañado por una ensalada de sabores ácidos, López Lorenzana tomó su chaqueta corta de textura brillante y abandonó su residencia acompañado del libro de la semana: *El esclavo*, de Isaac Bashevis. Le faltaban menos de veinte páginas y ya deseaba conocer el final. Aguardar ese momento es uno de los placeres de la lectura que pocos saben disfrutar.

Tras un breve recorrido sobre la avenida Constitución y San Juan de Dios, apareció el café La Cala y el abogado cruzó la calle para entrar y tomar asiento en la mesa que acostumbraba. Para su fortuna, la mayoría de los comensales preferían sentarse en las sillas que se encontraban sobre la banqueta, formando una discreta terraza.

Tras ordenar un café expreso italiano, José Ángel dejó su chamarra sobre el respaldo y se preparó para dar fin a las escasas hojas. Fue en ese momento, al sostener sus lentes con la mano derecha, que descubrió un rostro conocido que miraba con nostalgia el pasar de la gente.

Sin quitar la vista de ella, trató de adivinar a la distancia el color de sus ojos y dudó tantas veces que decidió olvidarlo y fijar su mirada en la taza que hacía unos diez minutos reposaba en la mesa.

Dándole un corto sorbo a su bebida, aceptó que la temperatura no era la indicada y, apenado, le solicitó a una de las muchachas del servicio que le prepararan otra. Le comentó a la simpática trigueña, ante su corta excusa, que no tenía ningún inconveniente en esperar a que atendieran a la multitud que de la nada abarrotó el lugar.

—«Caen las hojas, pero las ramas quedan; el tronco conserva sus raíces» — murmuró Lorenzana al abrir la página doscientos setenta y tres y ver la frase resaltada con marcador amarillo.

—Aquí tiene, caballero —escuchó delante de él, al tiempo que el sonido de la taza al golpear la mesa lo distraía—. Lo he sacado de contrabando.

Al ver que una sonrisa se formaba en el rostro del hombre que había llamado



su atención días atrás, la mesera aguardó una invitación que no llegó, ya que en ese momento escuchó una voz detrás de ella.

—¡Hola, Pepe! Milagro que te dejas ver —al no tener más opción que regresar a trabajar, el camino quedó libre para que la recién llegada, en segundos, ocupara la silla frente al abogado—. Veo que te he salvado a tiempo.

—¿Por qué lo dices...?

—Isabel. ¿Ya olvidaste mi nombre tan pronto?

—Jamás podría olvidar tu nombre ni tu rostro, Isabel.

Al escuchar el piropo, ella se puso de todos colores y tuvo que darle un corto sorbo al café para disimular.

—¡Auch, está caliente! —sin tener tiempo para leer el destino de Jacob, personaje del libro, ambos emplearon las siguientes dos horas para intercambiar anécdotas de aventuras con amigos y así tratar de darse a conocer.

Lorenzana sabía que no era lo usual ni lo mejor, ya que podría haber consecuencias irreparables a la larga, pero ante la inseguridad que ella le provocaba no pudo pensar una mejor forma de que ella se enterara de la vida que estaba dispuesto a dejar si ella, remotamente, se fijaba en él.

—¿Y desde cuándo eres arquitecta? —al sentir que la plática se había focalizado en él, el abogado dio un giro inesperado—. Veo que dejaste hoy a Joan Kron decorando la casa.

—El departamento.

—¿Cómo dices?

—Vivo en un departamento —dijo asombrada de que un hombre que a leguas se veía alejado de la arquitectura le hiciera mención de la diseñadora que había descubierto el High Tec junto a un antiguo decorador de interiores—. Fue durante un verano, mientras caminaba por la universidad de Yale, que Joan observó un Sonotube y pensó: «Oh, Dios mío, ¿qué es eso?». Entonces se dio cuenta de que podía haber un montón de otras cosas exóticas por ahí, de que podría trabajar en los hogares. ¿Te queda claro? —reviró al ver en su rostro un gran signo de interrogación.

Apenado, el abogado comenzó a dar vueltas a su cuchara dentro de la taza, hasta que se decidió y, tras respirar profundamente, le hizo saber que no entendía qué era un Sonotube. Como si le hubieran contado un estupendo chiste, Isabel comenzó a reír abiertamente sin importarle el rubor que ahora habitaba en la cara de su compañero de charla.

Absorto ante la mujer que le quitaba la respiración, Lorenzana no pudo

apartar sus ojos del hermoso rostro femenino; no había gesto o rasgo en ella que le desagradara, y comenzó a sentir que el corazón latía más lento. No podía decir por qué las manos le sudaban, era la primera vez que unos ojos color verde —fue lo primero que averiguó en cuanto se sentó delante de él— lo tenían literalmente paralizado.

—Es que...

—Sí, Pepe. Ya comprendí que no sabes qué es un Sonotube, pero no pasa nada. Es un simple cilindro de fibra que es utilizado para verter hormigón en las construcciones de puentes y carreteras.

Pasada la vergüenza, el abogado se sumó a la risa de Isabel, quien no dejaba de tocarle el brazo derecho con insistencia.

—¿Te puedo invitar a cenar? —con la manecilla corta del reloj anunciando que eran las nueve de la noche, Lorenzana trató de hacer el momento lo más prolongado posible.

—Lo siento, hoy no puedo.

Alarmada ante la hora que era, ella tomó súbitamente su bolso y, dándole un par de besos en la mejilla, abandonó la cafetería sin que él tuviera tiempo de pedirle su teléfono.

**CIUDAD DE MÉXICO. 12 DE SEPTIEMBRE DEL 2000**

12:30 h

Motivada por la nueva situación, la señora ordenó que el almuerzo se sirviera en la terraza. Tendría la primera reunión con el líder del equipo que había conformado.

—Señora, acaba de llegar su invitado.

—Pásalo y dile que en un momento lo alcanzo —dándose los últimos toques en el rostro, Miriam tomó el atomizador que contenía el Chanel Grand Extrait N° 5 y lo esparció por todo su cuello un par de veces.

Mirando en el espejo que su vestido no luciera arruga alguna, lo estiró lo suficiente con ambas manos y se dirigió a la puerta. En segundos se encontraría frente a frente con uno de los operadores destacados de Carlos Nassali.

—¿Todo bien, Juan? —sin detener su paso, investigó con su mayordomo al atravesar el salón que conducía a la terraza.

Complacida al saber que Gabriel ya se encontraba tomando café, le sonrió y caminó los últimos metros que la separaban de conocer en vivo al hombre que la ayudaría a cumplir el acuerdo adquirido meses atrás. Ella estaba consciente de que no le esperaba un almuerzo fácil, pues sabía que el coordinador de Operación de Inteligencia para la Prevención de la PFP era catalogado como un mercenario, así que inminentemente el asunto iría por la cuestión del dinero.

—Señora, un placer —sin darle tiempo a presentarse, Gabriel Giménez Luna se levantó de su silla mostrándose fraternal con ella. Cualquiera que lo hubiera visto pensaría que la conocía de años—. Aquí me tiene, a sus órdenes.

Con gran calidez, ella lo convino a ocupar su lugar mientras le indicaba a la muchacha del servicio que le sirviera café.

—Si le parece bien, Gabriel, como dice el dicho, empecemos por el principio.

—Como usted mande, señora.

—Dime, Miriam. *Señora* me hace sentir muy vieja

Apenado por su falta de educación, el coordinador de la PFP emitió algunos

halagos sin que tuvieran buena recepción.

—Me comentaste hace tres días, cuando hablamos por teléfono, que ya tenías la lista de las personas que integran el equipo con el que trabajaremos. ¿Estoy en lo correcto? —continuó ella.

—Aquí la tienes, Miriam.

Tomando la hoja doblada en cuatro que le entregaba el funcionario, la señora comenzó a desdoblarla hasta que finalmente pudo colocarla a la altura de sus ojos.

Con movimientos suaves pero estables repasó cada uno de los nombres hasta que levantó la mirada. No estaba convencida del todo sobre algunos de los citados, pero no le veía caso contradecir a una persona especialista en labores de campo.

—¿Y todos ya están de acuerdo en participar en la fuga del Chapo, o sigues convenciéndolos?

—Perdón que se lo diga de esta manera, Miriam. Pero si aún me encontrara convenciéndolos no le hubiera pedido que nos reuniéramos.

Sin mostrar ningún gesto de molestia, ella bebió un poco de café para darse tiempo de preparar su siguiente pregunta. En realidad no le había molestado la actitud engreída del coordinador de la PFP, al contrario, se sentía intimidada ante el uniforme que portaba y la rigidez de sus rasgos faciales.

—¿Y de cuánto dinero estamos hablando, Gabriel?

—El dinero que pidió cada uno de ellos por participar varía, pero...

—Al grano, comandante. Al grano.

Al ver la ansiedad de la señora, Giménez Luna no se sintió seguro de involucrarse en un negocio tan riesgoso con ella y exhaló al tiempo que se recargaba en el respaldo de la silla.

Molesta por el error que había cometido, sobre todo por causarle esa inseguridad al que era su jefe de equipo, le solicitó a Gabriel que lo esperara un momento en lo que pasaba a los servicios. Necesitaba tomarse de manera urgente una dosis de Ativan acompañada por una línea de cocaína. Desde que probó esa combinación conseguía mejores resultados.

Refugiada entre las asfixiantes paredes que la rodeaban, Miriam aguardó a que el efecto del medicamento la dominara antes de regresar a la mesa de negociación. Para su mala fortuna, en ese momento el celular comenzó a vibrar.

—¡Chingada madre, primo! —espetó con los dientes trabados en la quijada al ver que se trataba del Chapo—. Tú sí que tienes mal tino para llamar.

—¡Prima! —en tono festivo, la llamó el capo al escuchar su voz.

—¡Primo!

—¿Cómo van las cosas con mi asunto? Cuéntame, que por acá andan diciendo que me quieren extraditar.

Resoplando a un costado del celular, al escuchar la pésima noticia sintió que el mundo conspiraba en su contra y sumergió sus narices en la bolsa de polvo blanco que se encontraba dentro del lavamanos.

—Tú tranquilo, primo. Yo estoy dándole con todo a lo tuyo.

—Y ya sabes que te lo agradezco, pero, quieras o no, estas noticias calan a uno estando encerrado.

Sin otra opción, para poder brindarle cierta tranquilidad, Miriam hizo de su conocimiento que se encontraba almorzando con quien comandaría su fuga. Omitiendo el nombre del personaje, como una precaución, giró astutamente la plática y le hizo saber que se encontraban discutiendo la cuestión del pago.

Como era predecible, Joaquín le hizo ver que por esos detalles no se preocupara, en cuanto le informara sobre el dinero que necesitaba hablaría con Archivaldo para que se lo hiciera llegar.

—Te comento que el funcionario me está hablando de muchos ceros, y no de pesos, sino de verdes.

—¡Tu sácame de esta ratonera, prima! —le reiteró mostrando cierta angustia—. Y además te digo esto para que se lo hagas saber al señor Valente, escúchame bien. Ya estando afuera denme protección y yo me encargo de hacerlos muy ricos —sin agregar comentario, la señora se despidió del Chapo argumentándole que tenía que regresar a la mesa, y que por la noche lo contactaría para hacerle saber cómo quedaban las cosas.

GRANADA, ESPAÑA. 12 DE SEPTIEMBRE DEL 2000

21:30 h

Finalmente, tras varias pláticas sobre moda, arte y películas en La Cala, Isabel aceptó la invitación de Lorenzana para cenar. Al no ser informada a qué restaurante acudirían, ella tuvo que decidirse por un *outfilt* casual, elegante, deportivo, como solía decir entre sus amigos cuando le preguntaban cómo se vestiría. A pesar de que le había presumido al abogado sobre su puntualidad, la realidad es que el tiempo iba en su contra y en el reloj del celular eran ya las siete menos diez y aún no se había terminado de planchar el pelo.

Por inercia más que conocimiento, trató de apresurar el alaciado aplicando un poco de presión a las tenazas. No funcionó. Justo a las siete de la noche se escuchó el timbre llamando a su puerta.

—Dame diez minutos, ahora bajo —le indicó a López Lorenzana mientras se ponía la blusa negra encima del sostén—. Me lavo los dientes y te alcanzo.

Al no recibir respuesta, ella asumió que él había atendido su indicación y se encontraba bajando en el ascensor, por eso no había escuchado el resto del mensaje.

Quince minutos después, luciendo un vestido negro que resaltaba su bella figura, Isabel abrió la puerta y se topó con un enorme arreglo de flores.

—Son para ti —se escuchó detrás de las eustomas que ocultaban el rostro de un hombre enamorado—. ¿Puedo pasar o prefieres que las cargue toda la noche? —le indicó el abogado en son de broma ante el silencio de ella.

—¡Perdón! Sí, adelante; pasa y ponlas en...

Al ver que dudaba, Lorenzana se percató de que algo no estaba bien y se asomó por un costado del arreglo para ver el rostro de ella.

—No te gustan las flores, ¿verdad?

Muda, apenada y con la risa contenida, fue como Isabel le hizo saber a su acompañante que efectivamente no era una apasionada de las flores; podría decirse, sin temor a equivocarse, que la molestaban.

Comprendiendo su error, Lorenzana caminó de regreso a la puerta y colocó

el arreglo a un costado del elevador. Pensó que al menos embellecería por unos días el corto espacio.

—Lo siento, pero...

—¿Nos vamos? —con la mano sosteniendo la puerta metálica, el abogado le hizo saber que era tiempo de continuar con la velada. La reservación había vencido y tenían que darse prisa para tratar de rescatarla.

Al encontrarse en la calle Molinos no tardaron en tomar la carretera de la Sierra para dirigirse a Ruta del Veleta, restaurante en donde pasarían las siguientes tres horas.

—¿Quieres que maneje, Pepe? —al ver que traía las luces altas puestas, pensó que por su edad la vista le podía estar fallando y no quería arriesgarse a verse involucrada en un accidente.

—¿Lo dices por las luces?

—¡No! —respondió apenada—. ¿Cómo crees? Te lo digo porque me gusta conducir de noche.

—Es que no acostumbro manejar esta camioneta y desconozco dónde está el maldito botón para que se normalicen.

Atravesando la mano sobre su pierna derecha, ella comenzó a apretar y desplazar palancas a diestra y siniestra, bajo la voz vigilante de la computadora que le pedía que confirmara o cancelara el comando.

Con la camioneta circulando sin luces por breves segundos, Isabel desistió y regresó a su lugar. Desde el cómodo asiento de piel vio cuando la Land Rover se estacionaba frente al muchacho del valet.

—Buenas noches, señor —sin contestar el saludo, no por falta de educación o menosprecio de la profesión, Lorenzana trató de llegar a la puerta del copiloto y abrirla.

Acostumbrada a valerse por sí misma o a la falta de cortesía por parte de los españoles, cuando el abogado llegó la joven ya se encontraba de pie tratando de colocarse el abrigo. La cercanía con Sierra Nevada hacía que la noche fuera fría.

—Al menos permíteme ayudarte con esto.

Entrando al edificio Mudéjar de manera lenta —los casi quince centímetros de tacón no le permitían caminar de otra manera—, Isabel le comenzó a explicar algunos detalles arquitectónicos que provocaron que López Lorenzana viera el lugar con otros ojos.

—El arte mudéjar no es grandioso, sino peculiar, Pepe.

—¿Peculiar?

—Sí, esta peculiaridad es debido a su carácter fronterizo entre el norte cristiano y los musulmanes. Si observas bien, el uso del ladrillo nos hace saber que es una arquitectura medieval...

Sin importarles el viento frío que teñía sus labios de un cereza mortuorio, ambos permanecieron alrededor de veinte minutos charlando sobre el maravilloso edificio que albergaba al elitista restaurante. Fue hasta que las manos no soportaron más el frío que, acompañados de Miguel Pedraza, uno de los dueños, entraron al salón principal que se encontraba repleto.

Continuando su trayecto, arribaron a la terraza en donde ya los aguardaba una elegante mesa, a tres metros de la farola de seis focos, en la parte central. Al percatarse de que no se encontraba ninguna otra persona acompañándolos, ella miró extrañada a su acompañante.

—Pepe, Pepe —murmuró en un par de ocasiones para llamar su atención—. Te has fijado que no hay otra mesa a nuestro alrededor.

Para seguir con el juego, Lorenzana giró la cabeza en todas direcciones comprobando lo dicho por ella.

—Joder, es verdad.

—Es muy extraño, ¿nos habrán confundido con alguien importante?

—Nosotros somos importantes, Isabel —rectificó Lorenzana sin gesto de haberse ofendido.

—Me refiero a... —al darse cuenta de su error, alcanzó a callarse—. ¿Qué hacemos, Pepe?

—¿Te parece bien si cenamos? —al escuchar la propuesta del abogado, Isabel sonrió y se inclinó unos centímetros hacia atrás para permitir que el mesero le acomodara la servilleta sobre las piernas.

Como el protocolo lo exige, el *sommelier* se acercó con la carta de vinos y la extendió para que él la tomara. En estos casos —una cena romántica— hubiera sido una descortesía entregársela a ella.

—Sírvanos un Alto Ribera del Duero cosecha 2012 —ordenó el abogado sin abrir la lista de vinos.

Tras aguardar unos instantes para quedarse solos, Lorenzana comenzó a platicarle cómo era México, situación que a Isabel le extrañó, ya que en otras ocasiones él había sido renuente a hablar del tema.

Con las copas de vino delante de ellos, Isabel no perdió detalle de la descripción de su interlocutor. En segundos, ella se imaginó el Zócalo del país escoltado de la catedral barroca, el Palacio Nacional, con sus partes



neocoloniales, al igual que el edificio de Gobierno.

—He visto en fotos que también los *aztecas* viven cerca.

Sin quitar la mano de su boca para no dejar escapar el tinto, el abogado fue desinflando las mejillas al controlar la risa.

—¿Dije algo mal?

—No, para nada, Isabel —le aclaró apenado—. Es muy cierto lo que dices, sólo que hacía mucho que no escuchaba ese apelativo.

Sin omitir detalle, le hizo saber sobre las ruinas aztecas que se encuentran a un costado de la catedral, y en donde se han hallado diversas esculturas con diferentes mitos grabados. Al observar que la botella estaba a punto de consumirse, López Lorenzana le indicó al mesero, con un imperceptible guiño, que llevara otra, mientras él terminaba de platicar a su fascinada acompañante sobre el origen del universo de acuerdo a su cultura.

Utilizando un tono de misterio, le comentó a Isabel que para los aztecas se estaba viviendo la quinta era o quinto sol.

—¡Vale, vale, espera, Pepe! ¿Lo que vos me dices es que antes ya hubo otros cuatro soles?

—Sí.

—¡Pues ahora menos comprendo, tío!

—Calma, guapa. Te explico... —sin poder quitar sus ojos de ella, él le contó la leyenda del dios Ometecuhtli y su esposa Omecihuatl—. Así fue como concibieron a cuatro dioses que representaban tierra, fuego, viento y agua, y quienes luchaban por la supremacía del mundo, empleando cada uno su propia fuerza. Mientras esas potencias se mantuvieran en equilibrio, el mundo estaría en orden y podría existir la era de un sol; sin embargo, si se producía un desequilibrio cósmico, ese sol, con los humanos, desaparecerían.

—¡Vaya enredo que se montaron los tuyos, Pepe!

Sin poderse contener, Lorenzana se sumó a las carcajadas de su acompañante. No le veía caso mantener una postura seria al hablar de un tema que poco conocía.

Convencido de que era tiempo de cenar, José Ángel cambió la expresión de su rostro y le solicitó al capitán de meseros que le llevara las cartas. Sosteniendo con ambas manos la carpeta que contenía el menú, Isabel abrió los ojos como tecolote al ver la sofisticación de los platillos. No muy segura de lo que iba ordenar, su mirada fue más allá de las hojas y observó los zapatos lustrados del empleado.

—Queremos de entrada la gamba roja y el mosaico frío de pulpo —indicó Lorenzana, al rescate de su acompañante—. Enseguida el bizcocho de cacao y, como plato fuerte... —al no sentirse seguro de los gustos de ella, alzó la vista para saber qué deseaba.

—Lomo de bacalao.

—Será entonces un lomo y una coca de sardina.

—Enseguida, señor.

A pesar de que Isabel sabía que podía ocurrir en algún momento de la noche, no pensó que pasaría justo cuando el atento hombre tenía un par de metros de distancia entre ellos.

Ruborizada al escuchar decir a su acompañante lo hermosa que lucía, ella blandeo su cabellera rubia permitiendo que el brillo de sus ojos emanara acompañado de los carnosos labios que el abogado había deseado besar desde el primer momento en que los vio. Fue entonces, sin pensarlo, que algo ocurrió en el corazón del abogado y un sentimiento reprimido lo obligó a platicarle de la orfandad que había vivido a los veintisiete años. A manera de confesión, le hizo saber que su madre, profesora de primaria, le enseñó principios éticos y morales, pero que la vida se había encargado de hacer que los traicionara. Por eso, a la muerte de ella, la vigilia había sido su compañera de cama, y ni las pastillas que le recetó el doctor hacían que pudiera concebir más de un par de horas de sueño al día.

—Nunca he platicado de esto, Isabel y... —dándole un toque dramático a sus palabras, Lorenzana regresó la mirada al frente para ver el rostro de ella—. Pero creo que eres la persona correcta.

Al ver en los gestos de ella cierta incomodidad, Lorenzana confirmó que a Isabel poco le importaba lo que le decía.

—La mañana que mi madre murió yo me encontraba en su cuarto acompañándola y...

—¿Tu madre qué?

—... y en el momento que vi sus ojos sin vida, levanté mi radio del buró y le avisé a mi jefe de escoltas que asesinara a los cuatro doctores que la habían operado.

Pálida, con la respiración entrecortada, ella tuvo el reflejo de levantarse de la mesa y salir corriendo al escuchar aquel desahogo. Afortunadamente, el miedo se lo impidió.

—¿Las entradas son para compartir? —con el par de platos reposando en una charola de plata, la voz del mesero rompió brevemente la tensión que se vivía en

la bella terraza—. ¿Le sirvo un poco más de vino, señorita?

Con la mano temblando, sin poder controlarla, Isabel adelantó unos centímetros su copa.

—Enseguida aumentamos la temperatura de los calentadores.

Muda y cobijada por el temor de ser asesinada, ella tomó un tenedor y ensartó un pedazo de pulpo para llevárselo a la boca. Trataba de todas las formas posibles de controlar su aprensión. En ese momento hubiera deseado tener una de esas pastillas que no le funcionaban a Lorenzana.

—Era una broma —enunció el abogado al ver el arribo de los platos fuertes—. Disculpa que no te lo haya dicho antes, pero al ver tu rostro me congelé.

Terminar el resto de la cena fue un martirio para ambos y los pequeños fragmentos de pescado les generaron la sensación de estar comiendo una ballena. En más de una ocasión Lorenzana buscó encontrar un tema que hiciera hablar a Isabel de manera natural, pero ella se veía abrumada y con la firme intención de terminar pronto su plato.

Sosteniendo la taza de café en alto, el abogado sacó la experiencia por delante y colocó su mano sobre la de ella. Él sabía que en ese tipo de situaciones el contacto ayudaba para recobrar la confianza en las personas.

—Perdóname por la broma, sé que fue cruel de mi parte relacionarla con la muerte de mi madre, pero es la primera vez que lo cuento.

Sonriendo de manera tierna, ella entrelazó los dedos con los de él y llevó las manos a su boca.

—Te entiendo, Pepe. Yo he pasado por lo mismo, pero prefiero no hablar de ello —al escuchar su desahogo, Lorenzana se sintió un idiota y llevó ahora las manos entrelazadas a sus labios.

—Lo siento, Isabel —musitó al comprender el error de haberla etiquetado como una persona frívola—. Me equivoqué contigo.

Al escuchar que se estaba refiriendo a ella, extrañada, ella le preguntó en qué se había equivocado.

Para evitar contestar su duda, el abogado aprovechó que el cuarteto de cuerdas estaba tocando un vals para invitarla a bailar. No era el mejor de los bailarines, pero la reconfortante sensación que le generaba sentir el roce de su piel con la suya le daba ánimos para exponerse al ridículo.

Cinco piezas después, a pesar de escucharse el último acorde deslizarse sobre el viento, Lorenzana no detuvo su movimiento y continuó alrededor de un minuto y medio, sintiendo el rostro de Isabel en su pecho.

**GRANDA, ESPAÑA 15 DE SEPTIEMBRE DEL 2000**

22:00 h

A pesar de los gritos desentonados por parte de los invitados, Isabel no paró un segundo de contarle al abogado lo ocurrido por la mañana mientras impartía clases de diseño en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Granada. Sin poder contener la risa, ayudada por el vino tinto, le relató el inadecuado comentario de su colega de materia con los alumnos.

—¡Pero dime a quién se le ocurre decir que sufre de estreñimiento! —repitió al creer que José Ángel no la había escuchado—. Sólo espero que ellos no me cataloguen de la misma manera que a Ernesto.

Sin poder quitar la vista de los ojos de ella, el abogado escuchó anécdotas de todo tipo, al tiempo que las manecillas del reloj avanzaban jubilosas. Rodeados de cientos paisanos que animosos cantaban la canción «Cielito lindo», él le explicó cómo estaban elaborados los diferentes platillos típicos mexicanos que se encontraban en la mesa, así como previniéndola de sus sabores. Para sorpresa de Lorenzana, Isabel tuvo predilección por los platillos picosos, como el chile relleno y el mole negro. A pesar de tener las mejillas coloradas y los labios ardiendo, ella no dejaba respirar por un segundo el bocado y lo mordía, una y otra vez, hasta que podía tragarlo.

Tras dar un sorbo al jarro con pulque estuvo a punto de vomitar al sentir la espesura del brebaje, pero logró contenerse.

—¿Te gustó la bebida de los dioses hecha con maguey? Se llama pulque y era la bebida sagrada de tus amigos los aztecas.

Molesta por el comentario, volteó a verlo de manera retadora pensando que bromeaba nuevamente.

Al darse cuenta de que no era otra broma, ella sacó la lengua e intentó quitarse con una cuchara los restos de la espesa bebida.

Juan Bremer hizo su aparición acompañado de Marcela Sánchez, su esposa.

—Buenas noches a todos —saludó el embajador al colocarse frente a la concurrencia—. Es un honor para la embajada mexicana, a la que represento,

recibirlos en una fecha tan importante —tras dar el grito enunciando a media docena de héroes nacionales, el sonido de las trompetas, el guitarrón y las guitarras se escuchó a lo ancho del patio en donde se celebraba la noche mexicana.

Sin dejar de sonreír, el distinguido político fue avanzando entre cruces de mano y abrazos que no correspondían, hasta el sitio donde López Lorenzana se entretenía susurrándole al oído a Isabel algunos de los motes de los presentes.

—Creo que te hablan, Pepe —le indicó Isabel para que volteara.

Al encontrarse con la mano de Bremer, el abogado la tomó inmediatamente antes de darle un cálido abrazo. Era notoria la amistad que tenían y ella no comprendía cómo un abogado podría relacionarse con un diplomático tan importante.

—Tocayo, te presento a la arquitecta Isabel Ortiz.

Acompañados por sus parejas, los dos hombres se dirigieron a un reservado dentro de la embajada.

Servidas las copas de champaña, al principio la charla giró alrededor de los dos hijos del embajador y el tiempo que había pasado desde la última vez que el ex diputado federal visitó Jalisco, su tierra. Pero como Lorenzana lo esperaba, no tardó en preguntarle sobre la opinión que tenía del presidente recién electo.

Con la sensatez que lo caracterizaba, él le hizo saber al embajador que Valente era un hombre confiable, con valores y de una moral muy severa. Al darse cuenta de que el abogado conocía su relación con Zaqueda, Bremer lo tomó del brazo y lo llevó a su oficina.

—¿Qué ocurre, tocayo?

—Dame unos minutos a solas, Pepe. Quiero platicar contigo algunos hechos que están ocurriendo en México y me preocupan.

—Te escucho, Juan.

Sin miramientos, el embajador le hizo saber al abogado su preocupación por la llegada de Miriam al poder.

Ansioso, le confesó un rumor que corría como reguero de pólvora en ciertos niveles de élite de la sociedad mexicana y cada vez tenía más fuerza: el posible matrimonio entre Valente y ella.

—¿Tú qué sabes de eso?

—Nada —le contestó Lorenzana con gran sinceridad—. Me imagino que ya sabes del contacto que tuve con Zaqueda, ¿verdad?

—Es mi trabajo, Pepe. Nada personal —con suavidad, el embajador levantó

su copa y dio un breve trago—. Agradable tu compañera.

—Mucho.

—¿Y tienes planes?

—Casarme con ella.

—Me da gusto saber que ya superaste a Refugio, Pepe.

Para no contestar, el abogado se encaminó al sitio donde lo aguardaba la mujer que lo hacía sentir vivo. Con suavidad, Lorenzana colocó su mano en la cintura desnuda de Isabel para comunicarle que ya había regresado y era tiempo de seguir disfrutando la velada.

Dándole un corto beso en la boca, ella lo tomó de la mano y lo condujo a la terraza, donde comenzó a interrogarlo. No entendía cómo él, un abogado retirado, había logrado ese tipo de relaciones tan importantes.

Atenta a cada una de las anécdotas que Lorenzana le contaba, supo de las reuniones que tuvo con Brenet en Jalisco, la Ciudad de México y otros estados, siempre relacionadas con negociaciones con los americanos y algunos operadores. De voz del abogado supo sobre una cadena de negocios que el gobierno mexicano tenía para controlar al pueblo. Como era conveniente, él no tocó el tema del narcotráfico, principal fuente de ingresos de muchos estados de la república, en donde él era un barón. Con gran ingenio, el abogado le respondió puntualmente cada una de las dudas que ella le formulaba, pues tenían la misión de conocerlo más a fondo. Isabel estaba sintiendo algo especial por él y no podía permitirse errar nuevamente.

—¿Y por qué estás viviendo en Granada?

—Me gusta más que Barcelona —le hizo saber sin pensarlo—. Prefiero la cultura antigua a lo moderno.

—¿Te pregunto qué haces en España?

—Te buscaba, Isabel —con cariño él acarició su rostro y fijó su mirada en los ojos de ella.

Finalmente, Lorenzana le dio un largo y amoroso beso que fue correspondido con la misma pasión. Para el abogado ese acto tenía dos misiones: dar por concluida la charla del día y abrir un nuevo ciclo en su vida.

**CIUDAD DE MÉXICO. 1 DE OCTUBRE DEL 2000**

13:30 h

Tras leer por quinta vez la cifra que costaría fugar a su primo de Puente Grande, Miriam apretó los labios hasta sangrarlos. Le molestaba depender de Giménez Luna, no veía con buenos ojos tener que aceptar a ciegas cada una de las condiciones que el funcionario había adicionado en un corto pero conciso pliego que anexó. Además, no podía garantizarle sus solicitudes ya que la mayoría dependían del futuro presidente de México.

—Malas noticias, primo —sin miramientos, Miriam la soltó en cuanto él contestó—. La situación está de la chingada.

Como si tuviera una soga alrededor del cuello, Joaquín se quedó mudo durante algunos minutos, en los que la señora le explicó las solicitudes de cada uno de los funcionarios. Desde el principio le hizo saber al capo que no se trataba de dinero, a ese nivel político se manejaban otros intereses y no sabía si podría cumplirlos.

—¿Y cuánto dinero quieren?

—¿No me escuchas? Ya te dije que ellos quieren posiciones que yo no puedo darles.

—¡Qué me des el monto, Miriam! —enfurecido, el Chapo perdió el control y sin importarle que le hablara a su prima, le gritó a todo pulmón—. Ya veremos qué tan caros se creen esos cabrones —a pesar de no verle sentido, ella le dictó la cifra solicitada.

En segundos se escuchó por el auricular una sonora carcajada e insultos cortados al estarse moviendo el celular. Al parecer los doce millones de dólares que se habían solicitado eran como una mentada de madre para el capo, quien no paraba de reír.

—Te escucho, Joaquín —a pesar de que el tono de su prima era otro, al Chapo no le importó y siguió con su postura engreída.

Si el capo hubiera sido un poco sensible, se hubiera disculpado y solicitado a la señora que insistiera sobre su fuga. En cambio, puso sobre la mesa la cifra de

cien millones de dólares como una altanería de su parte, ocasionando que Miriam colgara sin despedirse de él.

—¿Todo bien, Miriam? —al verla pensativa, Valente detuvo su andar y se acercó a ella. A él no le gustaba verla en ese estado, y con el poder que ahora tenía, seguro podría solucionar cualquier cosa.

—Sí, Valente.

—Te veo agobiada.

—Algunos compromisos empiezan a sofocarme.

—¿De qué tipo de compromisos me hablas?

Como un acto de desesperación, ella caminó hasta su escritorio y tomó el folder en donde venían los nombres y los deseos de cada uno de los involucrados en el proyecto de escape.

Con las hojas entre sus dedos, Zaqueda analizó con detenimiento cada uno de los cargos que le solicitaban a Miriam para planear y ejecutar la fuga del Chapo. Desde que tomó el par de hojas estaba convencido de querer ayudar a su amante, pero al leer las pretensiones del cuarteto, en su rostro se formó una gran arruga que atravesaba su frente.

—¿Y qué piensas, Valente?

—Lo que disfrutaré ahora que me chingue a estos hijos de la chingada —le hizo saber el futuro presidente sin alterar el tono de su voz—. Y de una vez te digo que me vale madre que Giménez Luna sea protegido de Carlos, también me lo voy a chingar.

Callada, prácticamente escondida detrás de la lámpara, la señora aguardó una reprimenda por andar metida en este tipo de negocios. Para su sorpresa, Zaqueda comenzó a cuestionarle sobre la cantidad que había aportado Joaquín Loera en su campaña. Ella tenía la estúpida creencia de que él no sabía de los donativos provenientes del narcotráfico, y esta revelación hizo que comenzara a sudar.

Por un segundo tuvo la trágica idea de que sería relevada de cargo de coordinadora de transición de presidencia.

—Calculo que invirtió cerca de ciento veinte millones.

—¿De pesos?

—Verdes.

Abriendo los ojos como tecolote, Valente se acercó al escritorio y dejó caer las hojas.



Se sentía entre la espada y la pared. Por una parte, no podía dejar a Miriam con ese compromiso, y por otra, se resistía a complacer a ese cuarteto de buitres.

—¿Y el abogado qué vela tiene en este entierro, Miriam? —colocándose a su altura, la tomó de las manos.

—Mi primo insiste en que sólo él puede sacarlo de Puente Grande —a pesar de la molestia que le género escuchar que López Lorenzana era la única opción del capo, demeritando su figura, Zaqueda se incorporó y le solicitó a la señora que lo acompañara a comer. Más tarde se comunicaría con el abogado para encargarle la liberación del Chapo en cuanto pisara suelo mexicano.

**MADRID, ESPAÑA. 1 DE OCTUBRE DEL 2000**

23:00 h

Con discreción, Lorenzana colocó su mano detrás del respaldo de la silla de Isabel e hizo un corto, pero suficiente avance hacia ella. Alrededor de ellos el cadencioso sonido del bajo, acompañado del piano, provocaba que los presentes agitaran los dedos involuntariamente.

—Miles Davis siempre me ha parecido un perverso. ¿No te parece, bebé? —ante aquella observación, el abogado encogió los hombros provocando que su acompañante le diera una roedora mordida en la mejilla—. Siéntelo, bebé...

—Lo hago, pero...

—El jazz es como una hoja de naranjo que cabalga sobre un viento rebelde, que la hace girar y girar y girar por siempre.

Al recrear en su mente la imagen, Lorenzana cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos los templados acordes de «So What» le habían provocado una erección.

—¡Joder, bebé! ¡Qué esta noche a poner a Miles toda la noche! —gritó ella al darse cuenta de lo que había ocurrido.

Apenado por el momento bochornoso, el abogado cruzó la pierna y llamó al mesero para ordenarle una copa más de whisky: como una cortesía para su pareja había dejado los puros en el cuarto de hotel y tenía que buscar otra forma de controlar los nervios.

—Sí —de manera despreocupada, al no percatarse que la llamada que recibía en el celular era de Valente Zaqueda, López Lorenzana contestó.

—Buenas noches, Pepe. Espero no te haya despertado —en cuanto reconoció la voz del presidente electo, el abogado se incorporó de su asiento y se dirigió al *lobby* del restaurante, ante la mirada curiosa de Isabel.

—Lo escucho, señor presidente —percatándose al momento de que Lorenzana era una persona de instituciones, Zaqueda cambió de actitud y lo disculpó como una cortesía.

—Necesito que llegues a México antes de la fecha acordada, tengo un encargo que hacerte —a pesar de saber que esa solicitud la recibiría, el abogado

no tenía lista una respuesta—. Es un poco delicado y prefiero tratarlo en persona.

Por primera vez, yendo en contra de su profesionalismo característico, Lorenzana le indicó sin tapujos que le era imposible adelantar su viaje. Se encontraba concluyendo algunos negocios y no podía abandonarlos.

Al ser la segunda vez que el exconsejero presidencial lo menospreciaba, Valente colgó el teléfono y arrojó al suelo el caballito que tenía en su mano derecha.

Sin hacer caso al berrinche del presidente electo, el abogado regresó al lado de Isabel, quien no dejó de observarlo durante el tiempo que duró la llamada.

—¿Todo bien, bebé? —ante el silencio de su pareja, ella tomó la iniciativa de abordarlo.

—Sí, Isabel. Todo bien —al no sentirse en el *mood* de seguir escuchando jazz, le propuso a su bella acompañante abandonar el hotel y caminar por las calles de Madrid.

Tomados de la mano, en cinco minutos ya se encontraban cruzando la Paseo del Prado en dirección a la Plaza Mayor donde, sin tener conocimiento, se celebraba un festival de música indie. Por iniciativa de ella hicieron un alto antes de atravesar la calle de Fernanflor para observar el Palacio de Cortés, que alberga la cámara de diputados.

—Neoclásico del siglo XIX —pronunció Isabel, mientras con la mano hacía un barrido a la fachada—. Fue construido por el afamado arquitecto Narciso Pascual Colomer e inaugurado por la Reina Isabel II en octubre de 1850. Qué opinas, Pepe, ¿te gusta?

—Opino que tener como novia a una arquitecta tiene sus ventajas.

—No sabía que tenías novia. A ver qué día me la presentas.

Ante la desdeñosa declaración, Lorenzana miró, y encontró su perfil seco.

Sin caer en su juego, que seguramente los conduciría a una pelea tonta como las que habían tenido últimamente, el abogado le preguntó si el edificio había sufrido alguna modificación. Pregunta que fue contestada de mala gana, y eso lo puso a temblar: temía que en cualquier momento empezaran las malas palabras que a él le disgustaba escuchar.

Sin hablar, llegaron hasta la plaza Puerta del Sol donde se detuvieron en la tienda de Apple para leer un gran letrero que anunciaba el lanzamiento, para el próximo año, del iPod.

—¿Quieres uno, mi amor? —en tono meloso, Lorenzana quiso complacerla.

—Sale para el 2001, Pepe. Así que mejor ponte tus lentes para que leas bien.

Molesto por el agresivo comentario, tomó el celular de su saco y se alejó algunos metros para que no escucharan su conversación.

Al no permitirle entrar de lleno en su mundo, tenía que seguirle ocultando mucho de lo que era; no lo hacía porque quisiera, lo hacía porque ya había probado el sabor de la traición y casi le cuesta la vida.

—Listo, ¿nos vamos? —rodeada de cientos de madrileños, Isabel entró en pánico, pues sufría de agorafobia, y tomó la mano del abogado de manera firme.

Con ánimo festivo, Lorenzana salió de la tienda y caminó el resto del viaje a la Plaza Mayor tarareando canciones que no conocía, pero que le sirvieron para relajar el rostro de ella, que empezaba a sonreír.

—¡Joder, son los Lesbianos! —emocionada, Isabel gritó al tiempo que corría en dirección al escenario—. ¡Apúrate, bebé! —insistió al ver que él se quedaba atrás.

En minutos ambos lograron colocarse a un par de filas de la valla de seguridad y los brincos y empujones agobiaron al abogado, quien comenzó a sentirse molesto por el exceso de sudor.

Por supuesto, era la primera vez que él vivía una experiencia de ese tipo y la incomodidad lo abrumaba.

—«Y pienso en Bonnie and Clyde, juntos supieron morir...» —cantó Isabel, abrazando a Lorenzana del cuello— ... «Mientras tú y yo, la noche eterna sin fin».

Tras soportar estoicamente media hora de todo tipo de empujones, finalmente el abogado se sintió estresado y le pidió que se fueran a sentar a la terraza de un café y desde ahí terminaran de ver el concierto. Ante la negativa de ella, él tomó la decisión de abandonarla y le indicó que la esperaba en El Soportal. Al verla brincar entre la multitud, se preguntó cómo ella, siendo agorafóbica, podía soportar estar apretada como sardina.

Media hora después, mientras saboreaba un tinto de verano, Isabel arribó a la terraza, y con una actitud molesta tomó asiento. Sin emitir el mínimo comentario, le hizo una señal al mesero para que se acercara a tomar la orden. Para no intervenir en la actitud que tendría con el joven madrileño, el abogado tomó un puro de su saco y lo colocó entre sus dientes.

Viendo cómo se alejaba el mozo, Lorenzana se acercó a ella y le dio un beso profundo y lento, de esos besos a los que Isabel no estaba acostumbrada, y fue notorio cómo su cuerpo se paralizó: el aire no corría con regularidad por sus pulmones y sintió que se desmayaba.

—¿Te sientes bien, amor? —al ver su semblante pálido, el abogado la miró

preocupado.

—Sí, bebé. Pero me gustaría irme al hotel.

Al firmar la cuenta, y sin recoger la tarjeta de crédito que había entregado, él intento cargarla, pero el peso de ella y la debilidad de él no lo permitieron.

Afortunadamente, en menos de media hora ya se encontraban caminando por el pasillo que los conducía a su habitación. El rostro de ella tenía un color normal y las bromas aparecieron nuevamente calmando el corazón de Lorenzana.

Al entrar en el cuarto, Isabel no le permitió encender la luz y lo abrazó con cierta fuerza mientras le susurraba al oído «Te extrañé, bebé». Sin comprender del todo el porqué de la frase, él se dejó llevar por el momento y apretó con fuerza su cintura y parte de sus bien formadas nalgas de gimnasio.

Al pasar un par de minutos, en los que Isabel se movía suavemente, el pene del abogado se puso firme y ella se percató. Por la ventana de la habitación una ligera luz neón se escurría silenciosamente y proyectaba con sus cuerpos una estrecha sombra en la pared.

—¿Qué es esto que siento, bebé? —preguntó ella al girar sorprendidamente, colocando su espalda contra el pecho masculino.

—No sé —respondió mientras contenía las ganas de bajarle el pantalón. Él sabía que ella no usaba calzones y el roce de su vagina contra su miembro ayudaba un poco.

Abrazándola fuertemente, Isabel continuó moviéndose lentamente al tiempo que Lorenzana metía la mano dentro del pantalón para sentir el clítoris.

Él supo lo que ella deseaba gracias a las miradas intermitentes de Isabel hacia su rostro, y la apretó del cuello para asfixiarla unos segundos.

—Te quiero, bebé.

—Dime José o Ángel. Pero bebé no me agrada, al menos no en estos momentos.

—Sí, bebé.

Sin controlar su deseo ni un segundo más, él le bajo de golpe el pantalón y la recargó contra la mesita de noche que se encontraba a un costado.

Lorenzana besó las atléticas piernas femeninas con el firme propósito de llegar a la vagina, y ella las abrió permitiendo que la lengua de su amante recorriera los rincones más recónditos y oscuros de su naturaleza de mujer.

**CIUDAD DE MÉXICO. 10 DE OCTUBRE DEL 2000**

18:30 h

Con la mirada puesta en la lluvia, la señora trataba de pensar la forma de convencer a Valente de darle a Gabriel Giménez Luna, y a su banda de secuaces, los puestos que exigían como pago por llevar a cabo la fuga de Joaquín. Desde su itinerante forma de ver la situación, no veía ningún problema en complacerlos, total, en un año o dos a lo mucho los remplazaría con personal de su confianza y todos a gusto.

Claro que ella, al no ser la futura presidenta de México, no tendría que afrontar el escándalo que generaría en los medios la fuga del narcotraficante.

—Señora, acaban de llegar sus invitados —el mayordomo le comunicó al verse obligado a entrar a la habitación. Llevaba cerca de cinco minutos tocando la puerta sin recibir respuesta, y tener de pie en el recibidor a tan importantes funcionarios lo obligó a hacerlo.

—Pásalos a la biblioteca, Juan. Y diles que en un momento los alcanzo —secándose el sudor con la mascada, la señora tomó de su bolso la cosmetiguera y se retocó la nariz y pómulos.

Por ningún motivo permitiría a ese cuarteto de víboras saber la difícil situación que estaba viviendo. Su primo no dejaba de marcar —tres veces al día — e insistir con la ayuda prometida por apoyar a Valente para la grande. La situación empezaba a ser insoportable.

Con paso firme avanzó hasta que tuvo que darle un fuerte empujón a la puerta para entrar.

—¡Miriam, qué gusto! —gritó con alegría Giménez Luna al recibirla—. ¿Cómo has estado?

—Bien, Gabriel. Muchas gracias

—Me alegra. Te tengo muy buenas noticias.

Invitando al visitante a ocupar su lugar, ella le ordenó a Juan que le sirviera un martini seco. Por lo regular ella le daba ese tipo de encomiendas a Pedro, el barman particular, pero hizo una excepción por la confidencialidad de la reunión.

Situada frente a los cuatro jinetes del apocalipsis, la señora respiró profundamente y sacó del portafolio, que su asistente había dejado ahí con anterioridad, un folder que contenía cuatro hojas membretadas con los rótulos de Presidencia y con la supuesta firma de Valente Zaqueda, en donde se nombraban los cargos solicitados.

Ella sabía que ese albur podía ser su última jugada dentro de la política mexicana, al menos durante los siguientes seis años, pero tenía que correr el riesgo, a su pesar.

—Aquí tienes, Gabriel. Lo prometido.

Sin mostrar un gesto de incomodidad o vergüenza, el funcionario levantó las hojas y comenzó a distribuir las entre los presentes de acuerdo a su nombre.

Permitiría que cada uno de ellos revisara el contenido y, lo más importante, se hicieran responsables de la firma que plasmarían al lado de la que pensaban que era del presidente electo de México. En el caso de Jorge Tello Peón, quien solicitaba ser nombrado director de Seguridad Pública de la Secretaría de Gobernación, en menos de un minuto firmó y regresó el oficio a Luna, quien lo miró molesto al interrumpir su lectura. Alrededor de diez minutos fue el tiempo que Miguel Ángel Bolaños Linares, quien deseaba el cargo de procurador de la república, Gabriel Luna, secretario de Seguridad Pública y Enrique Pérez Rodríguez, director del Cisen, se tomaron antes de regresarle a la señora el folder.

En el rostro de ellos se podía ver claramente la satisfacción de su triunfo y se escuchó el chocar de los vasos en el aire, sonido que molestó a la señora, pero, a pesar de ello, levantó su copa y se felicitó por el futuro escape de Joaquín Guzmán.

—¡Bueno, Miriam! Es hora de que te dé las buenas nuevas —comentó Giménez Luna mostrando una sonrisa altanera—. Ya contacté a Dámaso López y está dispuesto a ayudarnos.

—¿Y él quién es?

—El director de seguridad del penal —extrañado por la duda de la señora, Tello Peón intervino para informarla.

—Así es, Miriam. El día de ayer me entrevisté con él en Guadalajara y, tras presentarle el plan que ejecutaremos, me dio el positivo. ¡Claro! Con sus condiciones.

—¿Cuánto?

Atento al tono que ella había empleado, el funcionario de la PFP se dio cuenta de que no sería una buena opción incrementar los doce millones de dólares ya

solicitados, e inteligente dio un paso atrás.

—A mi compadre lo cubro yo. Por eso no se preocupe, Miriam.

—Sí, señora. A nuestra gente la cubrimos nosotros —intervino nuevamente Tello Peón tratando de apoyar las palabras de su futuro jefe.

Al escuchar el comentario de Jorge, Miguel Bolaños realizó una mueca reprimida que sólo Enrique Pérez observó. Y era lógico que el brazo derecho del ahora director de Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación lo notara, ya que lo conocía desde años atrás en Veracruz.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó con rostro firme la señora—. Me gustaría saberlo, ya que soy la principal implicada en este asunto.

Meditando si era conveniente tenerla al tanto de los pasos que darían, por su parentesco con Joaquín, Luna levantó la copa y de un trago dio fin al contenido. En seguida se levantó y caminó hasta el carro de barman que se encontraba en una de las esquinas. Con sosiego, colocó un par de hielos dentro del vaso y sirvió dos onzas de whisky.

—Lo vamos a sacar disfrazado de personal de seguridad —le hizo saber finalmente—. Todos los días, alrededor de las dos de la tarde, hay un cambio de la guardia que vigila por fuera el penal y aprovecharemos ese momento para fugarlo.

—¿Y quién o dónde lo recogerán?

—Ese día por la mañana Jorge y Enrique harán una visita al penal y lo subirán con ellos a la camioneta.

No muy convencida del plan, por lo fácil que sonaba, ella pensó en cuestionar a Gabriel sobre la forma en que evadirían los controles externos, pero se abstuvo. De cierta manera sabía que ellos eran profesionales y tenían la fuerza para hacerlo con esa facilidad gracias a las posiciones que ocupaban en el gobierno.

Sin hacer comentario o pregunta que extendiera la reunión, Miriam se incorporó de la silla, como una manera de avisar que el llamado había llegado a su fin, y comenzó a despedirse de cada uno de ellos de beso en la mejilla. Ante todo, tenía que prevalecer la diplomacia, y ella lo sabía.



**GRANADA, ESPAÑA. 25 DE OCTUBRE DEL 2000**

9:00 h

Tras tres semanas en las que visitaron Madrid, Barcelona y París, López Lorenzana e Isabel Cardenal Ortiz regresaron a Granada, exhaustos por las cenas en los diversos restaurantes con estrellas Michelin o por las prolongadas visitas a los mejores bares y discotecas que los hacían dormir tres o cuatro horas al día. En sus rostros se reflejaba el cansancio y, sin proponérselo, ella optó por quedarse a dormir los siguientes días en casa del abogado. Aunque no lo aceptaba, se estaba acostumbrando a la suave cama y a los brazos conciliadores y reconfortantes.

Esa mañana Isabel se levantó para aprovechar el muy bien equipado gimnasio que el abogado tenía en casa. Desde la primera vez que lo visitó tuvo el deseo de entrenar en solitario, pero aún no habían formalizado la relación y no se sentía con la confianza de pedírselo.

—¿Me acompañas al gimnasio, bebé?

—Si prometes no llamarme así, voy contigo —le propuso Lorenzana desde la cama, al tiempo que observaba su atuendo—. Me gusta cómo se te ven esas licras.

Después de brindarle una gran sonrisa, ella aceptó el trato y le comentó que aguardaría en la cocina a que se vistiera. Quince minutos después, luciendo un conjunto deportivo negro Lacoste, él arribó al cuarto en donde se encontraba su pareja y tomándola desprevenida la jaló por la cintura y comenzó a besarle el cuello.

A diferencia de otras ocasiones Isabel no le correspondió: quizá la forma tan tierna en que la tomaban no era de su agrado.

—Te sigo —con esa simple frase, él aceptó su derrota y tomando su mano se dirigió al ala derecha del chalet.

En dos horas que duró el entrenamiento, Lorenzana efectuó diversos ejercicios que lo dejaron exhausto y tomó la decisión de utilizar la tina de hidromasaje en cuanto tomara una ducha. Los músculos de todo el cuerpo le

dolían y necesitaba recuperarse para la hora de la cena.

Cerca de las ocho de la noche ambos arribaron al restaurante Ruta del Azafrán, a orillas de del Darro, en donde los aguardaba un espectáculo de tablao. Todo mientras disfrutaban una cena de cinco tiempos y un delicado Doncel de Mataperras para acentuar el sabor del bacalao con romesco.

—Me gusta cómo se ve la Alhambra desde aquí.

—Sí, la terraza es el mejor sitio de este lugar.

—¿Estás bien, Pepe?

—¿Por qué lo preguntas?

—Te veo distraído, bueno no, como melancólico.

Ante las palabras de Isabel, José Ángel hizo un ligero gesto que intentó ser una sonrisa. No estaba seguro de si era una buena idea intimar cosas personales con ella y necesitaba unos segundos para pensarlo.

—Mi madre me llamó —sorprendida ante aquella revelación, ella abandonó la copa en la mesa y se acomodó en la silla—. Dice que todo va bien en casa, que se encuentra bien de salud y me agradeció por el dinero que le deposité para la construcción del albergue de la congregación a la que pertenece.

—¿Y por qué tienes esa cara de tristeza?

—Tengo casi tres años de no verla, quizá sea por eso.

—Pues vayamos a verla. ¿Vive en México?

—No —al escuchar la forma tan cortante en la que el abogado le respondió sobre el paradero de su madre, Isabel cogió la copa de agua y se refrescó la boca.

Conocía a José Ángel hacía apenas dos meses, pero si algo había aprendido era a notar lo que le molestaba y no hablar de ello. Tonterías como llamarlo «bebé» podía tolerarlas hasta cierto punto, pero era la primera vez que él le hablaba de su familia.

—¿Qué tal está tu entrecot, Pepe?

—Muy suave la ternera, me gustó —sin hacer otro tipo de comentario, los minutos avanzaron hasta que sobre la mesa se encontraba la tarta de chocolate. Fue en ese momento que Lorenzana retomó la charla—. Siento que mi madre me oculta algo y eso me está preocupando. Clara, su dama de compañía, cada semana me reporta a detalle la situación en casa, ya sabes, lo que se le antoja comprar y no me dice, si quiere ir de viaje a algún lado, qué le dice de mí. Las cosas banales como los gastos los resuelvo pagando su tarjeta de crédito y realizo depósitos cuando veo que en su cuenta no hay más de cien mil pesos.

—¿Puedo saber cómo se llama tu mamá? —al ver que Isabel no quitaba el

dedo del renglón, el abogado tomó un puro de la bolsa interior de su saco y ordenó un café americano. Necesitaba pensar si habían llegado el momento y la persona correctos para hablar de algo tan personal—. Lo siento, Pepe. No era mi intención extralimitarme en mis preguntas, sólo quería saber más de ti.

—Catalina.

—¿Cómo dices?

—Así se llama mi madre —con apenas un par de preguntas formuladas, la siguiente media hora Isabel escuchó algunos pasajes de la infancia y adolescencia de Lorenzana.

Ella estaba asombrada, nunca se imaginó la feliz infancia que él tuvo al lado de su hermano mayor, quien lo cuidó como un padre, haciendo más fáciles los seis años del colegio menor. Fue en ese periodo que José Ángel tuvo sus primeros noviazgos, pero el que más recordaba era con una niña de nombre Antonia, una pequeña de pelo rubio y ojos verdes con la que se tomaba de la mano durante la media hora del recreo. En ese entonces, Lorenzana sufrió las primeras reprimendas por parte de una autoridad externa a sus padres, y vivió su primera separación con una pareja.

—¿Y a esa edad en qué te fijabas para elegir a la niña?

—En que fuera popular, creo —le hizo saber de golpe—. Aunque si lo pienso bien, diría que en sus ojos...

El sonido de la guitarra y el golpeteo de los cascós en el tableado interrumpieron la charla provocando que ambos voltearan hacia el interior del salón para apreciar el show de flamenco que daba inicio.

—Es María la Canastera —pillada, Isabel anunció mientras sentía un escalofrío recorrer sus manos—. Desde niña la he admirado y sólo espero que toquen «La mosca».

Al abrir el repertorio con «La alboreá», el piso empezó a retumbar y Lorenzana se imaginó a las tropas de Castilla acechando el costado izquierdo de la Alhambra. Con suavidad, el abogado echó la cabeza hacia atrás y recordó la tarde en que lloró en los brazos de su madre al sufrir por primera vez, a sus cortos seis años, un ataque de ansiedad.

El tema de la muerte era su peor pesadilla, y desde que su tío Pablo se lo instauró en el pensamiento, sufría frecuentes ataques.

—Para ser honesto, yo era una calamidad para mi familia, la oveja negra, como suelen decir.

—¿Por qué dices eso, Pepe? ¡Mírate! Eres todo un triunfador.

—Eso vino después.

—¿Qué cosa?

—El éxito —dijo complacido al percatarse de que Isabel estaba más pendiente de su charla que de las bailarinas, quienes para esa hora ya habían colmado el escenario. Decidió seguir contándole su adolescencia—. Primero me dio por querer jugar fútbol profesionalmente, luego armé una banda de rock y finalmente hice mis intentos como escritor, pero nada funcionó. Creo que mi destino era ser abogado.

—¡Y mira, eres un gran abogado! —le recalcó para elogiarlo—. ¿Sólo tienes un hermano, Pepe?

—Sí.

—¿Y también es abogado?

—No —le informó al tiempo que soltaba la carcajada—. El sí es un hombre de bien, no un cabrón como yo.

Al sonar «La cachucha», la mirada de ambos se ubicó nuevamente en el espectáculo y las copas de vino se llenaron una y otra vez durante las siguientes dos horas en las que, para asombro de Isabel, José Ángel se levantó a bailar a invitación de una de las bailarinas que terminó poniendo de pie a la mayoría de los comensales de la terraza.

**GRANADA, ESPAÑA. 1 DE NOVIEMBRE DEL 2000**

11:00 h

Al cumplir una semana de hacer ejercicio, Lorenzana sintió que algo bueno estaba pasando en su cuerpo y, animado, le ordenó a José que le preparara dos batidos de proteína, ya que en menos de media hora entrenarían.

—Te llaman, Pepe —desde la escalera, le gritó Isabel con cierta premura.

—¿Es Manuel?

—No. Alguien que dice ser el presidente de México —extrañado por la llamada, el abogado se apresuró a contestar; en cuanto tuvo en sus manos el celular tapó la bocina y se encerró en la biblioteca.

No olvidando activar las medidas de seguridad que su guardaespaldas le había instalado, apretó el botón que ponía todo en funcionamiento y se preparó para escuchar las malas nuevas provenientes de México.

—Buenos tardes, señor presidente.

—Buenas tardes, Pepe. Espero no interrumpirte.

—A sus órdenes, presidente.

—Necesito ponerte al día sobre el asunto que te comenté.

Con gran cinismo, Valente le hizo saber, en calidad de secreto, el arreglo que su coordinadora de transición había hecho con los cuatro funcionarios. Al momento, el futuro presidente de México le hizo de su conocimiento que ella no estaba informada que él sabía de su trato, y le pidió la mayor de las discreciones.

—Miriam es muy temperamental y muchas de sus acciones son poco pensadas.

—¿Y usted está dispuesto a ratificar los cargos que ella acordó?

—No, Pepe. Por eso te llamo, necesito que desenredes este grave problema en el que estoy metido.

—¿Sin importar las consecuencias?

—Tampoco te estoy pidiendo que los asesinen, esa sugerencia ya me la hizo mi general Vega y por el momento será mi última opción.

—Me refiero a la señora, presidente.

Tras escuchar los argumentos a los que se refería Lorenzana, Zaqueda le indicó que por ningún motivo deseaba que ella saliera perjudicada.

Ante todo, le ratificó que pensara en la opción propuesta por Clemente Vega, y si era necesario se ejecutaría de acuerdo a sus planes. Claro que primero los encarcelaría por algún delito mayor y, si eso no funcionaba, y no quedaba de otra, les darían *plan fuga*.

Aún con las palabras de Valente resonando en su mente, Lorenzana pensó, por un segundo, en decirle al *sombrerudo* que Gabriel Giménez Luna era un protegido del expresidente Nassali, y lo mejor era no meterse con él y su equipo, pero se contuvo al aceptar que él podía descontrolarse con la noticia y hacer muchas estupideces. Lo que el abogado sabía del futuro presidente eran situaciones en su etapa de empresario, cuando Lilian manejaba su vida pública.

—Llegando me ocupo de esta situación, señor presidente —le hizo saber de manera muy formal—. Le pido por favor que usted se desentienda del asunto de Joaquín, ahora es un problema mío y yo sabré rendirle buenas cuentas.

Satisfecho con la respuesta de su ahora consejero, Valente le hizo saber que iba en camino la invitación a su toma de protesta como presidente de México, y que esperaba que lo acompañara a la cena que se serviría después. De manera humilde, como había decidido comportarse desde la primera vez que escuchó su voz, López Lorenzana no paró en agradecimientos y elogios, hasta que colgó. Era tiempo de alcanzar en el gimnasio a la única razón por la que seguía en España.

**SAN FRANCISCO DEL RINCÓN, GUANAJUATO. 2 DE NOVIEMBRE DEL 2000**

17:30 h

Encerrados durante más de ocho horas en la biblioteca recién terminada del rancho La Estancia, los hombres que conformarían el gabinete se encontraban exhaustos tras sesionar con el presidente electo los cambios que se efectuarían durante el primer año de su gobierno. Al actuar como moderadora, la coordinadora de transición de Presidencia sintió el poder de la «silla» y en su rostro se podía ver la satisfacción que la embargaba.

Desde su creencia, ya tenía resuelto el asunto de su primo, y en un mes y días estaría al frente del gobierno. Un sueño que pocas personas lograrían conseguir, y ahora ella estaba a un suspiro.

—¿Y cómo va el asunto de tu pariente, Miriam? —al encontrarse solos, Valente la abordó de manera inesperada—. Hace días que no me has contado nada al respecto.

Con cierto tartamudeo, intentó convencer a su pareja de que todo estaba bajo control, lo que no sucedió ni sucedería, y desató una crisis nerviosa en ella que la obligó a ir a su habitación para tomar un par de ansiolíticos. De otra forma seguiría dando giros verbales, sin dar una explicación aceptable, que lo alejará de la verdad. Por ningún motivo podía provocar que él supiera de los documentos falsos que ella le entregó, días atrás, y era ese temor lo que la había descontrolado.

Lo que el presidente no consideró al jugar con la mente de Miriam, fue la reacción que terminó ocasionando una inestabilidad en su grupo de trabajo durante la siguiente semana. Ella, sintiéndose asfixiada, contactó a Gabriel Giménez Luna en cuanto se quedó sola en la biblioteca, y le solicitó que la recibiera el lunes para que le mostrara los avances del plan que le había mostrado.

**GRANADA, ESPAÑA. 15 DE NOVIEMBRE DEL 2000**

12:30 h

Al continuar con el riesgo que había decidido correr, Lorenzana tomó la mano de Isabel y la condujo por la vereda que llevaba a la entrada principal de la Alhambra. Rodeada de árboles y del dulce aroma de los naranjos, el abogado le platicó algunos pasajes de su vida como estudiante universitario. Con cierta pretensión, le relató la mañana en que llevó a cabo su examen profesional y el excelente resultado que obtuvo, provocando que fuera contratado por una persona cercana al regente de la ciudad. Sintiendo vergüenza, le contó que durante más de un año estuvo trabajando como espía para el gobierno federal y que entregaba al regente cada semana un reporte de las actividades del maestro Carlos Hank.

De esa manera consiguió el enganche para su primer departamento en la colonia Narvarte.

—Pero como ocurre cuando pensamos que todo es perfecto, un día las cosas se salieron de control y tuve que tomar la decisión de elegir un bando.

—¿Y qué ocurrió?

—Después de esa tarde, cuando salí de la oficina del maestro, mi vida cambió radicalmente y tuve que empezar a hacer algunos movimientos que a la larga terminaron por convertirme en un hombre solitario.

—¿Y así tenía que ser? ¿Acaso los tuyos corrían algún peligro?

—Nunca estuve seguro de eso, pero no podía arriesgarme.

—Entonces preferiste el dinero y el poder.

—Es una manera muy simple de ver las cosas, ¿no crees?

Con la firme intención de no generar un pleito, Isabel se colocó frente a él y le dio un profundo beso. Era la primera vez que se sentía segura al lado de su hombre y no quería que esa dulce emoción desapareciera. Por otro lado, el estómago le reclamaba alimento y pensó en unas patatas a lo pobre acompañadas de vino blanco.

—¿Vamos a comer?



Abrazados, ambos recorrieron alrededor de kilómetro y medio para llegar a La Mimbres, donde se acomodaron en la acogedora terraza que brindaba una espectacular vista al pie de la Alhambra.

Rodeados de flores y aromas que provocaban que los sentidos se agudizaran, Lorenzana fijó su mirada en el rostro de Isabel y respiró lentamente; sin que ella lo notara, finalmente recobró la tranquilidad perdida después dos años y medio, que fueron de días nublados y amargas traiciones.

Al sentir cómo su cuerpo y mente reconstruían la esperanza de creer en una mujer, el abogado esbozó una sonrisa mientras rozaba con sus dedos la mano derecha de ella.

—¿Te he dicho que te amo?

—No, ¿me amas?

—Eres el amor de mi vida.

La llegada del mesero rompió con el momento y los labios tuvieron que esperar un mejor momento para unirse.

El sol dejó ver entre los árboles un brillo en una de las esquinas de la muralla. Acariciando su pelo, Isabel le hizo saber a José Ángel que se estaba enamorando de él y le contó que tenía una hermana que vivía en Valladolid, al igual que sus padres.

—Se llama Carmen y tiene dieciocho años. Es un poco introvertida, pero de un corazón tan dulce como la miel —en ese momento, para sorpresa de Lorenzana, Isabel sacó un cigarro de su bolsa y tomó el encendedor que se encontraba en la mesa—. ¿También vas a fumar? —lo cuestionó al ver que se lo solicitaba.

Informada de que la intención del abogado era un gesto de caballerosidad, ella le hizo saber que no era necesario y le dio el golpe al Marlboro.

—¿También será arquitecta?

—Mi padre es la persona que más amo en el mundo —continuó ella, dejando la pregunta de su pareja al aire—. Y mi mamá es mi mejor amiga.

—Si no es indiscreción, ¿qué haces viviendo en Granada?

—Me vine a estudiar, eso, y necesitaba un poco de oxígeno.

—Y...

—Cuando terminé la carrera decidí quedarme porque mi mundo ya habitaba en esta ciudad: mis amigos, el trabajo, los lugares que me gustan.

A pesar de que se encontraban comiendo, Isabel prolongó la plática sobre su familia hasta que el vino hizo sus efectos y giró el tema a pasajes de su vida

social. Punto que desencadenaría una serie de dudas en el abogado, quien entrenado en perfiles psicológicos empezó a formularse una serie de preguntas que calló por el momento.

—Tengo que irme a vivir a México y quiero que vayas conmigo, Isabel —a días de su partida, el abogado ya no pudo posponer el momento—. El presidente electo me invitó a participar en su equipo de trabajo, y acepté.

—¿Es en serio, Pepe? —a punto de ahogarse con un pionono, le preguntó con desconcierto.

—Así que me gustaría platicarte un poco de mi vida en México —amable pero firme, él continuó sin quitar el dedo del renglón—. ¿Te parece?

Sin contestar la solicitud, Isabel se fue enterando a lo largo de dos horas de algunas de las actividades comerciales que Lorenzana tenía en México y estaban siendo administradas por una persona de su confianza. No obstante, a pesar de que cada uno de esos negocios eran limpios, la variedad de los giros la tenía confundida y comenzó a preguntarle cómo era que decidía invertir. Sin entender el punto, él comenzó a darle una serie de respuestas de corte económico que terminaron por enredarla más. Observando la luna sobre ellos, Lorenzana se quitó la máscara, al sentirse cansado, y le murmuró al oído que había lavado varios millones de dólares al adquirir esos negocios.

**CIUDAD DE MÉXICO. 7 DE NOVIEMBRE DEL 2000**

10:30 h

En cuanto la puerta se cerró, la señora empezó a revisar cada una de las hojas albergadas en un sobre plastificado con las siglas de la PFP. A pesar de no ver ni su sombra, sabía que Giménez Luna la observaba, y eso le causó cierta incomodidad. Pero continuó analizando el plan que le presentaban, tratando de medir el riesgo.

Lo primero que confirmó al leer las líneas iniciales, fue que su primo no le mintió al informarla de que personal de la Secretaría de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación lo había visitado en Puente Grande.

—¿Qué le parece, Miriam? —al ver que ella recargaba la última hoja sobre su regazo, el funcionario de la PFP la cuestionó—. Me refiero al plan, obviamente.

—Tengo mis dudas, Gabriel.

—Dígamelas y trataré de aclarar cada una de ellas.

—Por lo que entendí, su idea es sacar a Joaquín vestido con uniforme de seguridad del Cereso, ¿estoy bien? —al ver que el federal afirmaba con la cabeza, ella revisó las hojas en busca de un dato—. Lo que me preocupa, y quiero saber, es cómo van a pasar el filtro de los militares. Digo, la cara del capo es muy conocida, y dudo que pase desapercibido para ellos.

Sorprendido ante la duda de la señora, Gabriel se colocó frente a ella y le sonrió. De alguna manera tenía que ocultar que Miriam había dado con el punto débil del plan y trató de brindarle una falsa seguridad. Si no lo hacía, ella podría seguir machacando lo que hasta ahora había construido, y no había tiempo de replantear.

—A nosotros no suelen revisarnos, Miriam.

—Pero, ¿qué pasará si eso ocurre?

Con paso firme, Gabriel caminó hasta su escritorio y sacó de su cajón una credencial y una pistola 9 mm.

—Ésta me sirve para abrir candados, Miriam —le hizo saber antes de arrojar el portacredenciales sobre la fina cubierta de madera—. Y esta otra para que nadie me pregunte a dónde voy o quién me acompaña.

Al comprender el mensaje, la señora regresó las hojas al folder y se lo entregó, dándole las gracias por su hospitalidad.

A pesar de tener años en la política, era la primera vez que se encontraba frente a un arma al estar en una reunión de trabajo, cosa que le desagradó, y sin otro tema para conversar abandonó la ostentosa oficina del coordinador de la PFP.

**GRANADA, ESPAÑA. 29 DE NOVIEMBRE DEL 2000**

16:30 h

Sentado en la terraza, Lorenzana disfrutaba de un puro acompañado por una copa de coñac. En el aire se podía percibir el aroma de las naranjas proveniente de la Alhambra y cierto aire de un largo invierno. En su cabeza una docena de preguntas rondaban, pero una en particular mantenía el noventa por ciento de su atención en Isabel.

Isabel, la mujer que lo había enamorado en días, ahora se resistía a acompañarlo a México y esa situación le generaba una gran inestabilidad a un par de días de su viaje. «¿Cómo voy a poder vivir alejado de ella?», se preguntaba una y otra vez, mientras el sol se tornaba rutilante delante de sus ojos. «Y si le hablo a Valente y le informo que no aceptaré su oferta». Lo contempló durante unos minutos, pero al final aceptó que no era una opción viable. Tomar esa decisión sólo provocaría que tuviera que esconderse durante el sexenio del *Cocacolo*, como el abogado lo había apodado, ya que le representaría un problema muy serio al estar informado de su plan para fugar al Chapo Guzmán.

Desde su cómoda silla de mimbre, frente a la alberca que representaba un cultivo de Cartago, Lorenzana escuchó la llegada del Ford Fiesta rojo que Isabel manejaba y apagó el puro. No quería discutir con ella sobre el daño que el tabaco le hacía a su corazón.

—Hola, bebé —sin importarle la mirada de pocos amigos que el abogado le brindó al llamarlo así, ella se sentó sobre sus piernas y mordió sus labios al tiempo que introducía la lengua en su boca—. ¿Por qué tan pensativo, amor?

—Así suelo ponerme cuando pienso en ti, Isabel.

Con la astucia innata que tenía, ella comprendió que volverían a tocar el tema del viaje a México, estiró el brazo para tomar el vaso con whisky y darle un trago final.

—Te escucho, Pepe —sentándose en la silla contigua, Isabel se preparó a debatir la siguiente hora un tema que para ella estaba cerrado.

—¿Me amas?

—Sabes que sí. Pero...

—¡Espera! Déjame terminar.

Al tener que contenerse, ella tomó un cigarro de su bolsa y lo encendió.

—Quiero contarte sobre alguien que en su momento fue una mujer importante en mi vida —continuó el abogado.

—¡No, no quiero saber! Ése es tu pasado y yo tu presente.

—Es necesario que te platique sobre ella para que finalmente sepas qué hago en España, quién soy y por qué te necesito conmigo en México.

Absorta, las siguientes dos horas Isabel escuchó en voz de su amante sus inicios como abogado del grupo de poder que mandaba en México. De manera acotada, se enteró de algunas operaciones de negocios en las que él participó y las personas con las que se relacionó a lo largo de más veinte años. Con cierto temor, Isabel preguntó sobre Amado Carrillo, García Abrego y los Arellano. Sobre algunos expresidentes y colaboradores cercanos que conocía. En cada una de sus respuestas Lorenzana era sumamente cuidadoso para evitar sacar a relucir los términos «narcotráfico», «droga», «crimen», «delincuentes». No podía confiar del todo en ella, pero sí podía hacer de su conocimiento lo suficiente para que entendiera su trabajo.

Finalmente, llegó al día en que Refugio intentó matarlo. A partir de ese punto, los ojos de ella no pestañaron más de cinco veces durante la media hora que duró el ir y venir de preguntas y respuestas.

—¿Entonces ella era tu esposa formalmente?

—Sí, me casé con Refugio en 1986 y Miguel España, el expresidente, fue nuestro padrino de bodas.

—Lo que no entiendo es por qué te disparó.

—Para matarme.

—¡Sí, ya sé que fue para matarte! Pero no me has dicho el motivo.

—Ella era amante de un federal con el que iba a tener un hijo.

—Pero...

—Todo el tiempo me estuvo engañando. Me hizo creer que me amaba; no era la primera que jugaba a decírmelo, pero a ella le creí. Como ahora lo hago contigo.

Al escuchar que las baterías de su hombre giraban hacia ella, intuyó que se acercaba el momento y se sirvió una copa de whisky.

—Necesito que vengas a México conmigo, Isabel. Te amo y te quiero a mi

lado.

—Yo también te amo, Pepe. Pero...

—¡Entonces, si me amas y yo a ti, el problema está resuelto! —de manera festiva y dándolo como un hecho, el abogado alzó la voz—. No es necesario que lleves muchas cosas, en México comprarás lo que te haga falta.

Al darse cuenta de que no era escuchada, Isabel se levantó de la silla y comenzó a caminar alrededor de la alberca. En su rostro se percibía que experimentaba una gran catarsis y esa fue la causa por la que Lorenzana permaneció sentado, observándola. Algo sabía de la naturaleza femenina y, a pesar de que aún no escuchaba la respuesta de Isabel, se dirigió a su habitación para terminar de empacar.

Al siguiente día, a primera hora, Manuel Caño pasaría por él para trasladarse a Madrid, en donde abordarían un avión que los llevaría a México.

**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 1 DE DICIEMBRE DEL 2000**

8:30 h

—¿Te encuentras bien, Pepe? —mientras desayunaban, Caño cuestionó a su jefe al verlo abstraído en la taza de café.

—Sí, sólo pensaba en las palabras que Isabel me dijo la noche anterior a venir a México —conociendo a detalle la forma de ser del abogado, su guardaespaldas se mantuvo callado—. Te juro que no logro entender a las mujeres.

—Me pasa lo mismo.

—No entiendo cuál es su desconfianza de venir conmigo a México cuando prácticamente vivimos juntos —molesto, bebió un poco de café antes de continuar—. No sabes cuánto me arrepiento de haberle contado mi pasado. Debí quedarme callado y seguramente estaría aquí.

Al enterarse que su jefe había abierto la herida por amor, Caño resopló largamente sin que él lo notara y pensó por un segundo en las posibles consecuencias que vendrían al encontrarse distante de ella. Lo primero que se le vino a la mente fue en el irritante carácter que tendría el abogado durante su estancia en México. En segundo lugar, podrían verse afectadas las decisiones que tomara. Incluso pensó por un momento que Lorenzana regresaría a su vida nocturna rodeado de mujeres exuberantes y copas de champaña. Pero rápidamente se dio cuenta de que estaba equivocado y pudo saber lo que en realidad ocurriría: un eterno ir y venir entre España y México.

—Ganaremos muchas millas de vuelo.

Al escuchar el comentario de su jefe de escoltas, Lorenzana levantó la vista y sonrió al descubrir que le había leído el pensamiento.

—Sólo espero que no me llevé mucho tiempo convencerla, Manuel. Después de que se concrete la fuga del capo no seré una persona grata para Valente.

—¿Por qué dices eso, Pepe? —lo cuestionó Caño ante el alarmante comentario—. Y más cuando el mismo presidente fue quien te suplicó que te involucraras.



—No me había percatado hasta ahora, Manuel, pero el único interés que tiene Valente hacia mí es mi habilidad para sacar a Guzmán de Puente Grande y para pisar a las víboras que están apretando el cuello de su mujer.

—Pero, ¿por qué tú?

—Obvio, no soy gente de su equipo y nunca lo seré. Así que para él soy alguien desechable y un excelente responsable de la fuga de Joaquín.

Ante argumentos tan avasalladores, Manuel Caño se dio cuenta de que sólo restaba pedir la cuenta y buscar la camioneta militar que los conduciría a la Cámara de Diputados donde, en un par de horas, el nuevo presidente de México tomaría protesta.

A cada paso, el guardaespaldas caminó siempre detrás del abogado observando atentamente a las personas con las que se cruzaba. No confiaba en el equipo de seguridad que el Estado Mayor asignó para su protección y extremó precauciones: su 45 Commando no tenía puesto el seguro y se encontraba amartillada.

—Tendré que ir un poco aprisa, licenciado. Ya lo están esperando en uno de los privados de la Cámara —le informó el sargento segundo que iba al volante, al cerrarse la puerta de la camioneta.

Con las sirenas encendidas de las motos que les iban abriendo camino, el trayecto de Reforma a San Lázaro duró menos de veinte minutos, tiempo durante el cual Lorenzana sostuvo una llamada telefónica con la Miriam, quien le agradecía haber aceptado la invitación de Valente Zaqueda. Predeciblemente, ella no tardó en tocar el tema de Joaquín Guzmán y mostrar la soberbia contagiada por Gabriel Giménez Luna.

Desde su particular forma de apreciar la situación, la fuga del capo ya era un hecho consumado y en un par de semanas cien millones de dólares se reflejarían en su cuenta bancaria.

—Pero me da mucho gusto que estés en México y ojalá pronto podamos reunirnos, Pepe.

—El gusto será mío, Miriam —al colocar el celular nuevamente en la bolsa de su saco, el abogado observó que en el tablero de la camioneta se encontraba una cámara de vigilancia y le ordenó al militar que la desconectara.

Informado de que su solicitud no estaba al alcance del sargento segundo, arrojó su saco contra el lente y atravesó el asiento para subirle al radio. Necesitaba hablar con su guardaespaldas sobre lo que ocurriría en la cita a la que acudiría.

—Escucha bien, Manuel —le asentó Lorenzana en murmullos—. Me

conducirán a un salón en donde ya se encuentran Valente Zaqueda, el expresidente Carlos Nassali, el general Rivera, el embajador J. R. Ewing y Amado Carrillo.

—¿Amado Carrillo? —pasmado al escuchar el nombre del difunto capo, involuntariamente Manuel se hizo algunos centímetros hacia un costado, quedando sus ojos a centímetros de los de su jefe.

—Pensé que te había quedado claro que la muerte de Amado fue la forma de quitarlo del radar de la DEA; mi muerte confirmaría su identidad.

Al ver que a Caño se le caía la quijada, Lorenzana se preguntó cómo era posible que alguien tan cercano a su atentado no lo supiera.

—Como te decía, seré llevado a la reunión en donde me preguntarán sobre la forma en que pienso sacar al capo, pero, sobre todo, si estoy de acuerdo. En la respuesta que dé me estaré jugando la vida, Manuel.

—¿Y qué has decidido?

—Te juro que aún no lo sé —le confesó—. ¿Tú qué harías en mi lugar?

Al verse entrampado, el guardaespaldas se arrepintió de su pregunta y cerró los ojos. Esta vez, por la gravedad del momento, tenía que dar una respuesta.

—Piénsalo por un segundo, Manuel; mientras, si llego a morir, quiero pedirte que aceptes trabajar para ellos cuando te lo propongan. De no hacerlo te matarán y debes pensar en mi ahijada.

—Entonces, si así están las cosas, debes aceptar, Pepe —de manera involuntaria le indicó Manuel Caño al ver el panorama que se le avecinaba—. Valente hará lo que la mujer le ordene, y por más que Nassali le indique qué sí y qué no hacer, ahora él es el presidente electo y va a tener el poder de meterlo a la cárcel, en el mejor de los casos.

Complacido por la respuesta y la justificación de su guardaespaldas, Lorenzana bajó de la camioneta, que tenía alrededor de un minuto detenida frente a las escalinatas que conducen al recinto, y se colocó el saco.

Tal y como el abogado lo predijo, una escolta de alrededor de cinco militares condujo a José Ángel López Lorenzana por los pasillos del edificio hasta que, finalmente, se detuvieron frente a una puerta doble, custodiada por hombres vestidos con el uniforme de la Marina norteamericana.

—¡Adelante, Pepe! ¡Adelante! ¡Qué gusto tenerte de vuelta en tu país! —dijo el general Rivera ejecutando su función de anfitrión, lo abrazó y le dio un par de palmadas—. Pero siéntate, que estamos entre amigos.

Antes de ocupar su lugar, el abogado saludó de mano a cada uno y cruzó

algunas palabras de agradecimiento con ellos.

Al parecer sólo había atinado a tres de cinco, y para su fortuna a los presentes los conocía perfectamente, por lo que se sintió cómodo para platicarles durante algunos minutos sobre su estancia en Europa, siempre con el cuidado de aparentar ser un habitante de hoteles y burdeles.

—Espero que no hayas contado qué pasó en el avión —sin ningún recato y respeto, Amado gritó al entrar acompañado de Valente Zaqueda.

Al ver que Lorenzana guardaba silencio para no estallar en cólera, el embajador Ewing se incorporó y caminó hasta un mueble *buffet* en donde se encontraba una botella de coñac rodeada por ocho vasos. Con el cuerpo relajado y un ritmo sostenido, colocó dos cubos de hielo en cada vaso y tres onzas con licor.

—Permítame ayudarlo, señor embajador —para sorpresa de todos, el expresidente Nassali se acercó a él y se ofreció como mesero.

Rodeado por los cinco hombres, que consideró estarían en la reunión, Lorenzana omitió responder a lo dicho por el *difunto* narcotraficante, y se predispuso a escuchar el corto y bien formulado cuestionario.

Por ningún motivo seguiría haciéndoles saber más aspectos de su vida y no correría el riesgo de que el amor que sentía por Isabel fuera notado por ellos.

—Los escucho, señores.

—Tranquilo, Pepe. No estamos aquí para enjuiciarte —pronunció Rivera al ver su postura rígida—; al contrario, nos gustaría que nos cuentes cómo piensas sacar a Guzmán de Puente Grande.

—Sí, abogado —intervino Amado Carrillo—. Queremos saber tu opinión sobre el Chapo. ¿Ves conveniente sacarlo?

Satisfecho por haber adivinado las intenciones de los poderosos hombres que lo flanqueaban, el abogado les confirmó su acuerdo para dejar libre al capo, pero reuló y les solicitó que lo informaran sobre los planes de Gabriel Giménez Luna.

Para hacerlos sentir cómodos, hizo notar que era una cuestión de logística, que, por cierto, si no la tenían bien controlada podría generarles un serio problema.

—No te podemos decir mucho sobre ese tema, abogado —le aclaró Valente—. Mi coordinadora de presidencia es quien está al tanto y no podemos hacerle saber que tenemos un plan B.

Abriendo su carpeta, Lorenzana se preparó para especificarles la manera en

que pondría a Guzmán en la calle cuando fue interrumpido por el general Rivera.

Tras ser autorizado por el expresidente, el militar le informó que el coordinador de la PFP ya se había puesto en contacto con Dámaso López Núñez, encargado de seguridad de Puente Grande, y pensaban sacar al capo vestido como vigilante externo del penal. El primer paso, previo a la fuga sería trasladar a Joaquín, un par de días antes, a Ingreso, bajo el pretexto de que sería reubicado en el dormitorio tres. Posteriormente, Dámaso iría por él para llevarlo a la zona de vestidores, donde ya se encontrarían veinte hombres encargados de la seguridad del penal. Ahí, después de que el Chapo se vistiera con uno de los uniformes, lo moverían a la aduana en donde Ernesto Rodríguez y Torres Peón lo subirían a la camioneta que lo llevaría al aeropuerto.

Al llegar a ese punto, el general giró la vista en dirección a Nassali.

—Pues bien, José Ángel, creo que es tiempo de saber tu plan —con su típico sonsonete, de caricatura, al terminar la explicación del general, el expresidente le pasó el balón a Lorenzana—. Ya te han informado lo suficiente, y es tu turno.

Con una sonrisa dibujada en el rostro, el abogado cerró su carpeta para sorpresa de los presentes y les hizo ver que estaba de acuerdo con el plan que Gabriel Giménez Luna había elaborado. Sin ocultar su única preocupación, les preguntó si el general Claudio Vega, futuro secretario de la Defensa, estaba de acuerdo en que los soldados que cuidan los alrededores del penal dejaran ir a Guzmán.

Ver el rostro de cada uno le bastó a Lorenzana para obtener la respuesta, y fue hasta ese momento que se preguntó por qué una persona tan importante como el secretario de la Defensa no se encontraba presente.

—Lo único que le solicitaré, Carlos, y espero no sea un problema, es que Silva Villalobos se encargue de los Ceferesos a nivel nacional lo más pronto posible —sin rodeos, omitiendo al títere que estaría en los Pinos, el abogado hizo su jugada.

—Pero, ¿qué beneficios son los que esperas con esto, Pepe? Te recuerdo que la persona que me recomendó Gabriel Giménez Luna hasta el momento ha hecho bien su trabajo.

Sin ser imparcial y buscando sacudir el compromiso adquirido por la señora con los funcionarios, el abogado le hizo ver al expresidente que la fuga del Chapo sería una bomba, y que los primeros en ser señalados responsables serían Giménez Luna y su equipo cercano.

Por estrategia, resaltó que ese nombramiento les quitaría fuerza y, a su parecer, terminarían doblándose ante Miriam.

—A esto hay que sumarle la experiencia del ahora comisionado de la PFP y los años de lealtad al grupo.

Con apoyo unánime por parte de los presentes, Carlos aceptó la propuesta de Lorenzana, quien se regodeó por dentro y sintió un gran alivio al estar seguro de que en días Joaquín estaría en las calles. Claro que no sería gracias al pésimo plan de Luna, la no inclusión del general Vega hacía saber a Lorenzana que no funcionaría.

Era un gran error del general Rivera dejar fuera a su compañero de armas por cuestiones personales.

—Es tiempo de ir a la ceremonia —les comentó el embajador J. R. Ewing al consultar su reloj—. En menos de media hora estarás al frente de este gran barco, Valente. ¿No estás emocionado?

Con una sonrisa a medias dibujada en su rostro, típica de la gente de campo, Zaqueda se levantó de la silla y se dirigió a la puerta, que se abrió sin necesidad de tocarla.

—¿No piensas acompañarnos, Pepe? —cuestionó Carlos Nassali a Lorenzana al voltear y verlo sentado en su silla—. ¿Todo está bien?

—Sí, señor. Sólo estaba descansando un poco. Ayer llegué de España y aún no me recupero —dándole unos minutos al abogado para que recuperara el aliento, los cuatro hombres abandonaron el salón y se dirigieron a sus respectivos lugares.

Al verse solo, Lorenzana tomó el celular de su pantalón y se comunicó con Silva Villalobos. El tiempo avanzaba y no podía esperar a que la ceremonia terminara para concertar una cita con él.

**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 1 DE DICIEMBRE DEL 2000**

13:00 h

A media voz, para no ser escuchado por los infantes de marina que cuidaban la entrada, el abogado esperó pacientemente a que el comisario atendiera la llamada. Cabía la posibilidad de que se encontrara en el recinto y no pudiera contestar.

—Te escucho, Pepe —musitando, se escuchó la voz de Silva.

—¿Estás ocupado?

—No, ¿y tú?

—¿Entonces por qué nos estamos siseando, cabrón? —carcajeándose por el momento absurdo, ambos se permitieron unos segundos para desahogarse.

En cuanto recuperaron la postura, Lorenzana le explicó en un breve resumen el pésimo plan de Giménez Luna para liberar al Chapo. Atento a cada uno de los pormenores, el comisario iba anotando en una hoja los puntos que él consideraba débiles y había que fortalecer. Al igual que el abogado, Villalobos no tardó en preguntarse cuál sería la postura del Ejército en cuanto el narcotraficante saliera de la prisión.

Informado de que el general Vega no participaba en el plan de fuga, una mirada de preocupación apareció en el rostro del comisario de la PFP y le sugirió al abogado que se comunicara con el secretario de la Defensa y lo involucrara.

—¿Entonces, no hay forma, Pepe?

—No, Nicolás. Por alguna razón, que desconozco, Carlos no lo quiere dentro. Fíjate que al principio pensé que era cosa del general Rivera, pero más tarde comprendí que estaba equivocado. Algo oscuro esconden esos dos.

—¿Entonces?

—Pues tendremos que pensar en una forma real de sacar al capo. Eso que propone Luna son puras mamadas.

Al estar de acuerdo con Lorenzana sobre el plan propuesto por el coordinador, Villalobos leyó los puntos que había anotado para así dar un escenario global. De esta manera les sería menos complicado hallar en dónde

tenían que concentrarse.

—Creo que la salida es la parte esencial —afirmó el abogado al cumplirse diez minutos de llamada—. De por sí Guzmán ya anda por el penal a su antojo, pero otra cosa es afuera.

—Estoy de acuerdo, Pepe.

—Recuérdame cuántos círculos de seguridad hay.

—Reales, ocho; que se noten, seis —al escuchar el número, Lorenzana empezó a dibujar en el periódico el tiempo que, aproximadamente, les llevaría saltarlos todos—. ¿Qué piensas?

—No podremos sacarlo por tierra, habrá que volarlo.

—Definitivamente, Pepe.

—¿Tenemos a nuestra disposición algún Black Hawk?

—Sí, pero hay que mandarlo antes al taller.

Extrañado por la propuesta de Silva, Lorenzana le preguntó la razón.

Enterado de que era el protocolo correcto para no dejar huellas, el abogado avanzó en el plan y le hizo la propuesta a Villalobos de que asistiera al penal el día de la fuga y estando ahí le avisara. Él se comunicaría en ese momento con el general Vega para solicitarle su permiso de aterrizar en Puente Grande y recogerlo por una supuesta urgencia.

—Una gran idea, Pepe. ¿Pero no crees que el general se huela algo luego? Digo, al darse el reporte de la fuga se armará un desmadre.

—Seguramente así será, Nico. Por eso lo sacaremos alrededor de las dos de la tarde y veremos que uno de sus hombres lo cubra.

—¿El Chito?

—No sé quién es ese güey, así que tú decídelo.

—¡Oye, Pepe! Y sobre el asunto que me encargaste de Caño, ¿qué ha decidido?

—Adelante con eso, pero sé discreto.

—Cuenta con ello —sin otro punto por detallar, Lorenzana se despidió de Villalobos para dirigirse al recinto de la cámara de Diputados donde ya había dado inicio la toma de protesta del nuevo presidente de México.

**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 1 DE DICIEMBRE DEL 2000**

15:30 h

Una hora después de que se le colocó la banda presidencial, el ahora mandatario de México se regodeaba con sus colaboradores cercanos en uno de los salones del hotel Regis, por el triunfo avasallador que tuvo sobre su rival más cercano: el licenciado López Ortiz.

A simple vista, Lorenzana pudo percatarse del círculo de gente nefasta que apoyaría a Valente en sus decisiones los siguientes seis años, y dio gracias de que pronto regresaría a España. Sabía que no podía hacerlo antes de atender el asunto del narcotraficante, porque lo matarían, pero nada ni nadie le impedirían tomar el avión al siguiente minuto de poner en un lugar a salvo a Guzmán.

Al estar distraído, el abogado no pudo anticipar la llegada del expresidente Nassali, quien lo cogió del hombro al saludarlo.

—Pepe, ¿cómo estás? ¿Qué te pareció la ceremonia?

—Emotiva, Carlos —contestó López Lorenzana a bote pronto—. Me parece que desde hace mucho no veía al pueblo mexicano unido.

—Ahora que lo comentas, tienes mucha razón, nuestro nuevo presidente lo ha unido de muchas maneras. Mírate aquí de regreso en México.

—Ya que lo mencionas, me gustaría hablarte en privado del tema, Carlos.

—¿Te parece bien mañana? Hoy estamos de fiesta —sin permitirle dar una respuesta, el expresidente se unió al pequeño grupo de elegidos que rodeaban a Valente.

El tiempo de comenzar a exigir sus pretensiones había llegado, y empresarios como Guillermo Azcurra y Sergio Pliego, dueños de las dos cadenas de televisión, estaban formados en primera línea.



**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 1 DE DICIEMBRE DEL 2000**

19:50 h

—Buenas noches, Isabel —pronunció Lorenzana al escuchar su voz—. Perdona que no te haya llamado antes, pero...

—¡No me des una excusa, Pepe! —irritada, la joven española explotó ante el intento de disculpa—. Esperaba tu llamada desde anoche y casi veinticuatro horas después te da la gana llamarme.

Con voz suave, rodeado por más de mil invitados, el abogado trató de explicarle que no había tenido un segundo de descanso, incluso en ese momento se encontraba en medio de un evento.

Sin bajar la guardia más de lo necesario, ella dejó de ser tan dura con José Ángel al darse cuenta de las circunstancias que vivía. A pesar de la enorme distancia que los separaba físicamente, hasta su modesto departamento en Granada sentía la densa vibra que lo envolvía.

—Que sea la última vez, Pepe.

—Te lo juro —a pesar de que rompía con el protocolo social, Lorenzana se mantuvo en la línea la siguiente media hora platicando con su novia sobre su sentir ahora que se encontraba distanciado de ella.

Con cierta molestia, él le insistió para que regresara al chalet y durmiera en su habitación. Le hizo saber que si no deseaba llamarle a Jacinto para que le abriera la puerta, un juego de llaves se encontraba dentro de una de las tres cajas que le entregó antes de viajar a Madrid, y era tiempo de que las usara.

Por una cuestión de tiempo, el abogado no insistió más de lo habitual para convencerla de viajar a México y le prometió que en un par de semanas regresaría a España para verla.

—El licenciado Villalobos necesita hablar contigo y te está esperando en la entrada, dentro de su camioneta —consciente de que su jefe estaba hablando con su novia, Manuel ingresó a la habitación—. No quiso entrar.

—Te marco a mediodía de España, mi amor —alarmado, se apresuró a poner fin a la llamada.

Al cerrar el celular, el abogado se lo entregó a Manuel Caño y se dirigió a la salida a paso discontinuo; los doscientos metros para llegar a la unidad fueron una prolongada ansiedad que Lorenzana prefirió suplantar recordando el día que Silva Villalobos, en distintas ocasiones, trató de advertirle de la trampa que Amado Carrillo le había montado y en la que él estaba cayendo...

**CIUDAD DE MÉXICO. 1 DE JULIO DE 1997**

—Hazme caso y no vayas al rancho, Pepe —me insistió nuevamente Silva—. Pinche Amado, algo se trae y te puedes ver involucrado.

—Siempre me veo involucrado en los asuntos de Amado, y lo sabes, Silva.

—Sí, Pepe. Pero tengo un mal presentimiento.

—Acompáñame mejor.

Seguro de que no era una buena idea, el subprocurador de la PGR se despidió, no sin antes desearme la mayor de las suertes.

Al regresar mi pensamiento al plato con huevos que desayunaba, alcé la vista y miré a Refugio acariciarse cadenciosamente la panza de embarazada. Tras ver tan peculiar y tierna imagen, una sonrisa se dibujó en mi rostro antes de llevarme la taza de café a los labios.

—¿Pasa algo, amor? —me preguntó Refugio al notar cómo la miraba.

—No, sólo pensaba si era conveniente ir a la fiesta de Amado.

—¿Por qué no lo iba a ser?

—Me preocupa tu estado —insistí ocultando la verdadera razón.

—Si no quieres ir sólo, dilo, no es necesario que me uses de pretexto —al sentirme descubierto, apresuré el desayuno y le comuniqué a Refugio que en media hora partiríamos.

Sin contratiempos, arribamos en menos de una hora al rancho La Luz, donde se celebraba la fiesta de Amado Carrillo. Un minuto antes de bajar de la Suburban en la que viajaba, el celular empezó a sonar.

—Regrésate a México, Pepe —me indicó Silva—. Algo está ocurriendo a nivel muy alto y me preocupa que no lo sepas.

—¿A qué te refieres? —le pregunté alarmado.

—En esa fiesta hay gente muy cabrona, y es por una razón que desconozco, y no me gusta.

—¡Tranquilo, Nico! Ya sabemos que en las fiestas de mi compadre hay gente de primera línea.

—Esto es diferente, Pepe. ¡Créeme y regrésate!

Sin hacerle caso a mi amigo colgué la llamada y bajé de la unidad para tomar la mano de Refugio y caminar en dirección a las mesas que se encontraban al

fondo del rancho.

Fue hasta el otro día, cuando veníamos de regreso a la capital, que al llegar a Tres Marías recibí el tercer aviso por parte del subprocurador, solicitándome que tomara unos días fuera de México. No había recibido los informes completos por parte de su personal para poderme asegurar los hechos, pero al parecer, la noche anterior, en el rancho, Amado había fallecido.

Contrario a la intención de Villalobos, esa noticia hizo que me aferrara más a querer permanecer en la ciudad, por si los Carrillo requerían de mis servicios, como así sucedió, y para darle el adiós a mi amigo.

Ése fue el último aviso que recibí de Silva; las llamadas que tuvimos los dos días siguientes fueron de negocios y no de amistad.

**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 1 DE DICIEMBRE DEL 2000**

20:30 h

—¿Dime para qué soy bueno? —lo cuestionó el abogado en cuanto se acomodó en uno de los sillones.

—Me enteré de algo muy cabrón y necesitaba verte.

—Pues tú dirás.

—Refugio está muerta.

—¿Y para decirme eso tenías que hacer tanto drama? —molesto, le reclamó a Silva—. Bien sabes que a mí esa pinche vieja me vale madre, y no encuentro motivo para que me saques de una celebración para decirme eso.

Paciente, como siempre lo había sido, el subprocurador le pidió a Lorenzana que lo escuchara. Cada una de las situaciones que le informó ya las conocía, pero el buscarlo era por otra situación.

—Manuel sabía de esto.

—¿Pues igual lo escuchó en algún lado? Se la pasa asistiendo a reuniones conmigo —le hizo ver Lorenzana buscando restarle importancia a la afirmación de Villalobos.

—Él estaba ahí cuando eso sucedió —al escuchar las palabras de Villalobos, el abogado palideció—. Ocurrió cuando vino a tratar de matar a Calderoni —al hacer memoria, López Lorenzana se ubicó en una cama de hospital rodeado de media docena de aparatos que lo mantenían vivo.

No encontrando una razón para que su guardaespaldas, amigo y compadre, le hubiera ocultado lo ocurrido con Refugio; el abogado se recargó en el asiento y aguardó a escuchar el resto de la noticia.

—Fue el Zeta 1 quien la mató, y no te imaginas por qué —al aguardar unos segundos para que Lorenzana interviniera, el comisario se mantuvo callado—. Manuel llevaba secuestrada a Refugio cuando pasó al lado americano. Nunca esperó que en la garita lo estuvieran aguardando y, menos, el brazo derecho de Osiel.

—¿Es todo lo que me tienes que decir, Nico?

—Sí, Pepe.

—Pues te agradezco, y antes de que te deje seguir atendiendo tus asuntos, te comento que le solicité a Nassali que te nombren responsable de los Ceferesos.

Al escuchar la noticia, el comisario torció la boca y resopló al mostrar su inconformidad, la que duró un par de segundos ya que, al ser un hombre de línea, agradeció al abogado por la confianza y le solicitó solamente un par de semanas antes de que se le asignara su nueva comisión.

Dándole un ligero golpe al cristal, López Lorenzana le ordenó a Manuel Caño que le abriera la puerta. Era tiempo de retornar a la cena en donde ya lo buscaba el personal del Estado Mayor Presidencial por orden del primer mandatario de México.

**CIUDAD DE MÉXICO. MÉXICO. 1 DE DICIEMBRE DEL 2000**

21: 00 h

Al encontrarse en la habitación del hotel donde pasaría hospedado el siguiente mes, el abogado se aflojó la corbata y arrojó el saco contra el sillón individual de la sala. Se encontraba fastidiado de tanta mentira e intentos de puñaladas al descubierto. En otra época al menos se tenía la hipocresía de sonreír al enemigo, pero ahora eso había cambiado y le empezaba a preocupar. Más que nunca debía tener la guardia arriba y no exponerse a situaciones que lo podrían llevar a la muerte, eso sería imperdonable, ya que de nada hubiera servido su experiencia de más de veinticinco años, ni su regreso a México.

Con la toalla húmeda sobre su rostro, Lorenzana tomó el teléfono de la mesa y se acostó sobre la cama.

—Soy yo, mi amor —le hizo saber, al escuchar su voz adormilada—. Perdona que te despierte, pero no tardo en dormir y no quiero que te hagas de ideas tontas.

—Son las seis y media de la mañana, Pepe. ¿Qué te pasa? —al escuchar su queja, él aceptó que ella estaba dejando de ser la mujer dulce que lo enamoró, y lo atribuyó a la distancia—. Bien sabes que necesito descansar, por el ejercicio —al cumplirse un minuto de llamada, con los teléfonos nuevamente reposando, el abogado supo que era tiempo de preparar su regreso y se comunicó con Manuel Caño a su habitación. Esperaba que su guardaespaldas fuera otra víctima de su insomnio.

—Voy en camino, Pepe —sin permitirle hablar, le indicó Caño en cuanto levantó la bocina.

Acompañados con whisky y habanos, la conversación rápidamente se asentó en el plan que había elaborado junto con el comisario. A pesar de la importancia del tema, para sorpresa de su escolta, éste duró apenas quince minutos y pronto se vieron hablando de su regreso a España.

De manera sorpresiva el abogado le ofreció a Manuel volver para las fiestas decembrinas y llevar algunos presentes a la pequeña Sofía, su ahijada.

—Yo necesito quedarme a atender algunos detalles con Giménez Luna, sé que esto me ocasionará serios problemas con Isabel, pero no puedo arriesgarme a que lleve a cabo la fuga durante mi ausencia.

—¿Y por qué no le dices a ella que venga?

—Ya lo intenté, pero no accedió. Está muy irritada desde que supo que vendría a México.

—Es porque está enamorada.

—No lo creo, si así fuera entonces hubiera venido conmigo —melancólico, Lorenzana levantó el vaso y lo chocó en el aire—. Entonces, mañana empacas tus cosas y te regresas. Sólo no olvides que te necesito aquí el dos de enero.



**CIUDAD DE MÉXICO. 31 DE DICIEMBRE DEL 2000**

21:50 h

—Ya tengo el día en el que se llevará a cabo la fuga, Silva —se escuchó en la biblioteca de la casa presidencial, mientras la fiesta seguía en el salón—. Será el diecinueve de enero.

—¿Sabes la hora, Pepe?

—Alrededor de las dos de la tarde.

—En este momento giro la instrucción para que manden un helicóptero a Toluca.

—¿No tienen alguno allá?

—Sí, pero veo conveniente tener una orden de mantenimiento, así no levantaremos sospechas —complacido por la eficacia con la que se desenvolvía Silva, antes de colgar Lorenzana le hizo saber al comisario que personalmente iría por Guzmán a Puente Grande.

López Lorenzana regresó al salón presidencial justo a tiempo para levantar su copa y acompañó a los elegidos del sexenio.

—¡Feliz año nuevo a todos!

—¡Feliz año nuevo señor presidente! —gritaron todos al unísono.

**CIUDAD DE MÉXICO. 1 DE ENERO DEL 2001**

11:15 h

Sin importarle que fuera el primer día del año, el comisario citó al abogado en su oficina de la PGR. Era el único lugar donde se sentía seguro, y por la información que le daría a su amigo, era el mejor sitio.

—Pásale, Pepe, toma asiento —le indicó Silva sin moverse desde su lugar.

Delante de él tenía una carpeta cerrada que no dejaba de tocar con los dedos de su mano izquierda.

—Te escucho, Nico. Y por favor no te andes con rodeos —percibiendo el sentir del subprocurador, Lorenzana buscó hacerle las cosas fáciles. Obedeciendo las indicaciones, Villalobos le extendió una serie de fotos en donde se veía a Isabel acompañada de Caño. En ninguna de ellas se apreciaba una cercanía entre ellos, por lo que el abogado pensó que nuevamente Nicolás estaba señalando a su amigo de manera infundada—. ¿Es todo lo que tienes?

Atento a la reacción del abogado, Silva pudo percatarse de la ansiedad que sufría y colocó una serie de hojas con los registros telefónicos. Sin pasar de la primera página, Lorenzana se comenzó a sentir incómodo por las insinuaciones que hacía el subprocurador y se levantó de su silla para fumar.

—El resto son reportes de mi hombre, informándome la serie de noches que él ha pasado en el departamento de ella.

Al no poderse contener, el abogado golpeó el respaldo del sillón de la sala y salió de la oficina sin despedirse.

**CIUDAD DE MÉXICO. 1 DE ENERO DEL 2001**

19:15 h

Como se lo indicó el abogado, Manuel Caño descendió del avión y en cuanto recogió las maletas se dirigió al hotel donde ya lo esperaba López Lorenzana. A pesar de no conocer la fecha de cuándo se llevaría a cabo la fuga, sabía que era cuestión de días o semanas, a lo mucho.

En cuanto abordó el taxi, el guardaespaldas se comunicó con su jefe para hacerle saber que iba en camino. Por algún extraño motivo la ciudad se encontraba desierta y el recorrido se redujo a la mitad de lo acostumbrado.

—¿Sabe por qué casi no hay autos? —con curiosidad, Manuel ya no se pudo resistir más y le preguntó al chofer.

—Por el partido, señor. Está jugando México —al escuchar el motivo, Caño se refugió en su celular para avisarle a Isabel que ya se encontraba en México y en unos minutos vería a Pepe.

Al detener el auto en la entrada del hotel, los *bellboys* se acercaron a bajar las maletas, mientras el guardaespaldas se apresuraba a subir a la habitación de López Lorenzana. Por el tono de voz con el que le habló, sabía que algo grave estaba ocurriendo.

—Buenas noches, Pepe —pronunció Manuel con cierta festividad—. Me alegra verte.

—A mí también, amigo. Pero siéntate.

Asumiendo una postura rígida, el guardaespaldas se colocó frente a él atento a sus indicaciones.

—En dos semanas ejecutamos el plan —continuó el abogado.

—¿Tenemos día exacto?

—El diecinueve.

—¿Y cuál será mi labor en la fuga?

—Tener listo todo para nuestra huida.

—¿Cómo dices? —preguntó Manuel con la idea de confirmar lo dicho.

Sin sentir la misma confianza de antes, Lorenzana le dictó una serie de indicaciones a realizar los siguientes días. Las manecillas del reloj estaban girando y pronto llegarían a la meta. Cuando eso ocurriera, tendrían que estar listos los boletos de avión y el escaso equipaje en camino a Granada.

**CIUDAD DE MÉXICO. 7 ENERO DEL 2001**

9:05 h

A pesar de no reconocerlo abiertamente, la actitud de Lorenzana cambió desde la mañana en que Silva le informó que su novia podría estar teniendo un romance con el hombre que le salvó la vida. Situación nada fácil de sobrellevar para un hombre que había mandado a asesinar por la mitad de lo que ahora estaba pasando.

—¿No te pones feliz, Isabel? —le reclamó el abogado tras informarle que pronto regresaría a España—. Ahora que, si lo prefieres, me quedo en México y te mando a Manuel a cuidarte.

—¿Por qué me dices esa tontería, bebé? Sabes que sí estoy feliz de que regreses, sólo que estoy preocupada por el asunto del Chapo.

—¿Qué te preocupa, amor?

—Que te vaya a matar, bebé —al escuchar la inquietud de Isabel, un dejo de tristeza se vislumbró en el rostro del abogado, al confirmar que había hablado del tema con Caño. Sólo él y nadie más que él podía hablarle en ese tono para que ella se enterara del riesgo que estaba corriendo en México.

—Tranquila, amor. La situación la tengo controlada.

—¿Seguro?

—No tengo por qué mentirte, amor, tú sólo prepara las maletas para irnos de viaje en cuanto llegue —conmovida, al sentirse protegida por López Lorenzana, Isabel tronó un beso en el auricular. Antes de colgar, le dijo a su hombre que lo amaba.

**CASA PRESIDENCIAL, CIUDAD DE MÉXICO. 15 DE ENERO DEL 2001**

14:20 h

—¿De qué me quieres hablar, Miriam? —con el café delante de sus manos, el presidente abordó a su vocera—. Te veo preocupada.

No estando segura de su propuesta, Miriam comenzó a darle vueltas a la cuchara que se encontraba dentro de la taza de té. Parecía que buscaba las palabras precisas o algo había caído en su bebida.

—Te quiero proponer algo, a ver qué opinas.

Sin hablar, sólo mirando a su pareja. Valente se preparó para escuchar otra de las ideas locas de ella.

—Debemos deshacernos de López Lorenzana.

—¿Te refieres a regresarlo nuevamente a España?

—No, Valente. Hablo de mandarlo a una mejor vida —le aclaró ella sin miramientos. Con cierta curiosidad, el presidente meneó la cabeza, de arriba para abajo, para darle ceba a que su vocera siguiera hablando—. Me siento insegura con él caminando por la calle, portando esa información; si te das cuenta, ni es de nuestra gente, y la probabilidad de que nos chantajee es alta.

—Miriam, estás hablando de un hombre que ha trabajado con cuatro presidentes. ¿Estás consciente de eso?

Sin entender razones, la vocera insistió en asesinar a López Lorenzana como una forma de dar fin a un cáncer que los empezaba a invadir.

Sin compartir la posición de su amante, Valente le solicitó a su secretaria que mandara llamar al general Ruiz, secretario del Estado Mayor Presidencial. Era notorio que Miriam no desistiría de su deseo y de alguna manera él compartía su desagrado por el ex consejero presidencial.

—A sus órdenes, señor —cuadrándose ante el jefe supremo, Ruiz hizo su aparición en el comedor.

Resumiendo su intención de desaparecer al abogado, el presidente le solicitó al general su opinión sobre cuál sería el mejor momento para hacerlo. Al final él terminaría ejecutando la orden y lo más justo era que lo planeara a su gusto.

—Si usted lo deja a mi consideración, señor, yo lo asesinaría tres días después de la fuga del Chapo; así podríamos hacerlo responsable de su escapatoria.

—¡Magnifico plan, general! —emocionada y mostrando su lado psicópata, la señora aplaudió—. ¡Hagámoslo!

Acorralado, Valente terminó su taza de café antes de dar una orden tan descabellada. A pesar de su poder, sabía que si fallaban y el abogado se enteraba de que fueron ellos los que intentaron matarlo, empezaría una guerra en el país.

—¡Hagámoslo! —concluyó al terminar su disertación.

**PUENTE GRANDE, JALISCO. 17 ENERO DEL 2001**

11:50 h

Sin escoltas que lo acompañaran, Nicolás Villalobos descendió de su camioneta y se reportó con Becerril Santana en su oficina. A pesar de que el comisario en tres días sería su jefe, lo trató con el mayor de los respetos y esa atención fue bien correspondida por el director del penal.

—Entonces, lo que me estás pidiendo es extraoficial, ¿es así, Silva?

—Así es, Becerril. ¿Hay algún problema con eso?

—Ninguno mientras tú lo avales el lunes con un documento.

—Entonces alza el teléfono y ordénale a Dámaso que trasladen a Guzmán a Ingreso en lo que llegamos para entrevistarnos con él.

De acuerdo a las circunstancias, Santana se comunicó inmediatamente con el director de seguridad interna y le indicó lo solicitado por el comisario de la PFP. Atendiendo al momento la orden del director del penal, en menos de cinco minutos ya se encontraba una escolta de doce hombres rodeando al capo, quien, sorprendido, no paraba de preguntar a dónde lo llevaban.

El Chapo tenía la indicación de su prima de que, antes de su fuga, recibiría una llamada de ella.

—Siéntenlo —les indicó Santana al entrar en la celda—. Y pueden salir.

Al estar los tres en la reducida habitación, Silva le solicitó a Santana que lo dejara solo con el narcotraficante. No era conveniente que escuchara lo que se iba a decir en unos minutos dentro de esas cuatro paredes.

Aguardando un par de minutos para que el director de Puente Grande acatara la orden, el comisario le acercó al capo una botella de agua.

—Aquí te vas a quedar hasta te vayas, Joaquín —sin saludarlo, Villalobos lo comenzó a instruir—. Más tarde el Chito te traerá las cosas que tienes en la celda.

—¿Cuándo me voy?

—No está dentro de mis funciones darte esa información, pero relájate, Lorenzana ya opera tu fuga.



—Por eso estás aquí, ¿no? —enfadado por ser tratado como un idiota, Joaquín se mostró irónico—. Y por eso me colocas en un sitio vulnerable.

—Quizá.

Sin emitir otro comentario, Silva se despidió del capo, y cuando estaba a punto de abandonar la celda, volteó para decirle que más tarde lo visitarían Torres Peón y Ernesto Rodríguez. Ambos vendrían de parte de la señora y quizá ellos podrían darle mayor información.

**CIUDAD DE MÉXICO. 18 ENERO DEL 2001**

17:48 h

—Pensé que te habías olvidado de mí, prima.

—¿Cómo crees, primo? Al contrario, ando trabajando para ti.

—Sí, ya me enteré que andas chingándole con todo —pronunció entusiasmado Joaquín—. ¿Y para cuándo me voy, prima? Ninguno de tus muchachos me ha querido decir madre alguna.

Enterada de que sus hombres la habían obedecido, la señora le dio un trago a su taza de café y, con la mano derecha, le hizo una seña a su ayudante particular para que se acercara.

—Si las circunstancias cambian mañana, primo.

Al escuchar la noticia, el corazón de Joaquín Guzmán comenzó a latir más rápido y tuvo que encender un cigarro de mariguana para controlarse. Finalmente tenía una fecha en su mente y eso lo hacía respirar nuevamente.

—¿A qué hora vienen por mí?

—Alrededor de las diez de la mañana ya andará mi gente por allá, pero calculamos que a las dos de la tarde —consciente de que no podía andarse con pendejadas ahora, la señora le aclaró sus dudas al momento—. Ya te irás dando cuenta, por los movimientos, en qué momento vas para afuera.

—¿Y la salida cómo será?

—Por tierra, primo.

—¿Por tierra? —preguntó preocupado.

—Sí, por tierra. ¿Te preocupa que sea de esa manera? —no permitiendo que el capo comenzara a cuestionar el plan elaborado, la señora lo enfrentó.

Al no encontrar motivo para dudar de su prima, y menos por la posición que ahora tenía, el Chapo se retractó de su duda y le propuso verse en cuanto saliera. Los negocios los aguardaban y él sabía que, con el apoyo de ella, antes de terminar el sexenio podría fincar en el país el imperio que siempre había soñado.

**PUENTE GRANDE, JALISCO. 19 DE ENERO DEL 2001**

10:20 h

Al bajar de la camioneta que los había llevado desde el aeropuerto hasta el penal, Torres Peón y Rodríguez seguían haciendo bromas sobre el tartamudeo de Giménez Luna. En la televisión la aparición del personaje llamado Sammy había contribuido a las burlas y las imitaciones eran el pan de todos los días.

—Entonces en lo que acordamos, Javier —le indicó Rodríguez al bajar de la camioneta—. Nos dedicamos a distraer a Santana en lo que Dámaso se dedica a mover a Guzmán por el penal. Cuando nos informe que ya lo tiene en los vestidores de los custodios nos movemos para allá.

—Ya me lo has repetido como un millón de veces, tranquilo —en silencio, los dos hombres entraron al penal e inmediatamente se dirigieron a la celda de Guzmán.

Antes de presentarse con Becerril Santana platicarían con el Chapo para que se tranquilizara. Por los informes que les habían dado el día anterior, se encontraba demasiado ansioso y tuvo que ser asistido por el médico, quien le aplicó un par de sedantes.

—Buenos días, Joaquín —lo saludó Torres Peón al abrirse la puerta—. Nos informaron que andas un poco alterado y hemos venido a platicar contigo para que te relajes.

—Así es, Guzmán. Necesitamos que estés al cien al rato que vengan por ti. No queremos que sufras una situación médica que nos haga suspender tu salida. ¿Me comprendes?

Con un simple movimiento de cabeza, el capo les hizo ver que había comprendido sus indicaciones.

Por cortesía, ambos dejaron a Guzmán arreglando sus pensamientos y se dirigieron a la oficina, donde ya los aguardaba Becerril Santana.

**PUENTE GRANDE, JALISCO. 19 DE ENERO DEL 2001**

12:18 h

A pesar de que el sol golpeaba su rostro, Silva se asomó por la ventana de la camioneta para comprobar los anillos de seguridad alrededor del penal. Sólo por curiosidad quería averiguar las posibilidades de que Giménez Luna y su personal trataran de sacar al capo por tierra sin la venia del secretario de la Defensa.

Guardó sus comentarios para sí mismo, ya que lo acompañaba Hugo, aún su jefe, quien seguramente estaba involucrado. Subió el vidrio y fijó la mirada en el horizonte. El comisario no dejaba de pensar en la cara que pondría Joaquín cuando el abogado bajara en el helicóptero y los trasladara a Toluca, evadiendo de esa manera los anillos de control.

—¿Qué piensas, Nico?

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—Tu rostro me dice otra cosa.

—Pues, no pienso en nada. Pinche calor me tiene apendejado.

Riendo por el comentario, Hugo se desabrochó el cinturón y se alistó para abandonar la unidad. A dos metros de ellos se encontraba el director del penal.

De manera fraternal ambos saludaron a Santana, quien no paraba de hacer bromas buscando la gracia de ambos. Para la mala suerte del funcionario, tanto Hugo como Silva se encontraban desvelados y hacía demasiado calor para tener ganas de reír.

—Empezamos la visita, Leonardo —caminando prácticamente a paso marcial, los tres funcionarios se dirigieron al bloque uno, donde se encontraba hospedado el Güero Palma.

Silva Villalobos tenía la tarea de alejar al director del penal de la zona de ingreso durante dos horas. Tiempo que ocuparía Peón para quitar los cartuchos de las videocasetas y trasladar al capo a la aduana, donde él los sorprendería infraganti.

**PUENTE GRANDE, JALISCO. 19 DE ENERO DEL 2001**

13:30 h

—¡Vámonos para afuera! —gritó Dámaso al abrir la puerta de la celda—. ¡En chinga, compadre! ¡La cosa anda caliente!

Incorporándose de la cama con visibles huellas de sudor en la frente, Joaquín olvidó tomar su mochila, donde llevaba sus cosas personales, y avanzó por el corredor dando pasos gigantes.

—¿Por qué dices que la cosa está caliente?

—Anda uno de la PFP revisando cada uno de los bloques y ya mandó trasladar tanto al Güero como al Tex a otra zona con más seguridad.

—Pero... Pero, ¿Becerril no se opuso?

—No había forma, el lunes se hace cargo de los reclusorios federales —ante la noticia, Joaquín comenzó a experimentar un ataque de ansiedad que no le permitía respirar.

Sin oportunidad de pasar a la enfermería y solicitar un ansiolítico, bajaron la escalera que conducía al comedor, donde se encontraba un grupo de reos preparando la comida.

—Tranquilo, Joaquín —le murmuró el comandante al ver cómo temblaba la mano del capo—. Esos putos me obedecen a mí —iluminado por el metal de las B&T, los dos pasaron frente a los tres custodios que se cuadraron ante su jefe.

Sin quitarle la vista al narcotraficante, los hombres de negro retornaron a sus ocupaciones, vigilantes de que no hubiera alguna anomalía. De por sí les resultaba muy extraño que el Chapo anduviera escoltado por Dámaso.

—La vimos cerca.

—No pasa nada, ya te dije que aquí dentro yo mando —le contestó el jefe de seguridad del penal tratando de mostrar su poder—. Ahora deja de saludar a los putos reos o valdrá madre.

—Ya se las olieron, así que no la hagas de pedo compadre.

Al ver que había mucho tráfico por el pasillo, de presos que venían de las rejillas de práctica, Dámaso hizo un alto para escuchar el reporte que le daban.

A pesar de encontrarse a menos de doscientos metros de su destino, el saber que Silva estaba merodeando por el complejo le causó un malestar al jefe de seguridad, quien no dejó de golpear el muro con sus dedos.

—¿Anda sólo? ¿No? ¡Habla fuerte, chinga, no te escucho, Chito! —alterado por el ruido que lo rodeaba y la posibilidad de ser descubierto, Dámaso López sacó un cigarro y lo encendió.

Luego de ofrecerle uno al Chapo, ambos se encontraron arrojando bocanadas de humo al techo. En los ojos de los dos se reflejaban los escasos metros que los separaban del punto acordado, y eso comenzó a ser un tormento.

—Caminemos hasta los vestidores sin voltear atrás, compadre —le propuso Joaquín cansado de esperar—. ¡Total, si aparece el puto de la PFP, le callamos el hocico con un fajo de dólares! —sin informarle que ese viejo truco no funcionaría con Nicolás, el jefe de seguridad de Puente Grande le dio una suave palmada al Chapo un segundo antes de avanzar.

—¡Vamos!

En cinco minutos, en los que toda pisada o grito cercano era una señal de alerta, lograron entrar a los vestidores donde ya se encontraban impacientes los veinte hombres vestidos con el uniforme externo de la prisión.

—¡Ya chingamos! —explotó el capo—. ¿Ahora qué sigue?

—¡Toma, ponte este traje! —le ordenó Dámaso al arrojarle un uniforme—. ¡En cuanto lleguen Torres Peón y Ernesto Rodríguez nos vamos para la aduana!

**PUENTE GRANDE, JALISCO. 19 DE ENERO DEL 2001**

13:50 h

Como lo planearon, el comisario de la PFP activó su reloj para coincidir con el Chapo en la entrada de la aduana. Habían pasado cinco minutos desde que Lorenzana lo llamó para informarle que se encontraba cerca. Lo que más le preocupaba al abogado era que por un descuido de ellos el narcotraficante abordara la camioneta. De ocurrir, no le quedaría más que involucrar al general Vega en la fuga.

—Es por acá, Nico —le gritó Hugo al ver que cambiaba de dirección—. El Tex ya nos espera.

—¿Te importa si te adelantas? Tengo que ir al baño.

—Pero acá hay un... —sin terminar la frase, el comisario se alejó, y en cuanto dio la vuelta a la derecha, aceleró el paso.

Cuando dejó atrás la zona de comedor, Villalobos miró nuevamente su reloj y supo que llegaría a tiempo a su objetivo. Sólo confiaba en que no se adelantaran los emisarios de Giménez Luna.

—Buenas tardes, señores —pronunció el comisario al interceptar a los tres hombres—. ¡Qué sorpresa encontrarlos por aquí!

—¡Qué gusto, Silva! —le respondió Peón, al ser quien mejor se llevaba con el funcionario de la PFP.

—¿Y tú no me saludas, Rodríguez? —sin importarle que no le extendiera la mano el director de Prevención y Readaptación de la Secretaría de Gobernación, el comisario le dio una palmada en el hombro como previo a abordar al Chapo—. ¿Y tú eres quien creo, o te pareces? —sin responder, el capo aguardó a que sus protegidos lo hicieran por él, lo que no ocurrió.

—Vamos a trasladar a Joaquín a Nayarit —de la nada se lo inventó Rodríguez.

Sin responderle, Villalobos tomó al narcotraficante y lo alejó de la camioneta en la que viajaría.

—Tú te quedas conmigo y ustedes lárquense antes de que los arreste —

tomando del brazo a Guzmán, el comisario lo colocó contra la pared y aguardó a que la Suburban abandonara el penal—. Listo, abogado.

Para sorpresa del narcotraficante, Silva le colocó una gorra y juntos caminaron hacia el estacionamiento.



**PUENTE GRANDE, JALISCO. 19 DE ENERO DEL 2001**

14:15 h

—Aterrizo a un costado de ellos —le ordenó Lorenzana al piloto—. Les das un minuto para que aborden y te elevas de nuevo. ¿Entendiste?

Ricardo Morales, capitán del Ejército, se colocó a dos metros de su objetivo y, sin apagar el motor, comenzó a contar hasta sesenta.

—¡Rápido, suban!

Al estar abordo Joaquín y Nicolás, la aeronave retomó el vuelo bajó las miradas vigilantes de los soldados que no comprendían qué estaba pasando.

Sin fijar la vista en alguno de sus acompañantes, el abogado regresó al asiento del copiloto y le marcó a Manuel Caño. Su fuga empezaba en ese momento y tenía que concentrarse si no quería ser sorprendido.

—¿Ya tienes las cosas listas? —mezclando su voz con el sonido de las hélices, José Ángel le preguntó a su subordinado—. ¡Perfecto! Entonces nos vemos en el aeropuerto de Toluca en una hora —sin colocarse los audífonos, Lorenzana giró en busca de Villalobos quien, sin escuchar orden alguna de parte del abogado, le hizo saber con la mirada que entendía sus deseos.

Silva pasó la siguiente media hora atento escuchando las transmisiones de la banda policiaca, por si se reportaba la fuga de Joaquín quien, por el momento, se la pasaba fumando marihuana sin cesar.

—¡Tranquilo, Joaquín! ¡Pronto llegaremos a Toluca y obtendrás finalmente tu libertad!

—¿Me podrías bajar en Querétaro, Pepe?

—¡Claro, es tu fiesta y tú decides! —a pesar de que no era su intención, el abogado dejó hablando solo al Chapo. Tenía que dictarle las nuevas instrucciones al piloto y en un viaje tan corto el tiempo era esencial—. No te escuché, Joaquín. ¿Qué me decías?

Con cierto tono de rencor en la voz, el narcotraficante le comenzó a relatar lo mal planeada que estuvo su fuga. Él no podía aceptar que los cien millones de dólares que pagó no hayan alcanzado para comprar al reclusorio entero.

—Espero que comprendas mi molestia, Pepe —desde que escucharon la cantidad que la señora cobró, tanto Silva como el abogado justificaron el reclamo del capo—. Fuera del traslado que me hicieron a Ingreso y este helicóptero, lo demás ha sido un timo.

—Lo siento, Joaquín. Pero ese tipo de quejas debes hacérselas a tu prima —al concluir de esa manera los reclamos de Guzmán, la aeronave comenzó el descenso en el aeropuerto de Querétaro—. En cuanto estés en un lugar seguro, repórtate con ella y dile que yo cumplí.

—Así lo haré, Pepe. Y de verdad muchas gracias por todo, nuevamente me demostraste que eres un profesional en tu materia.

Al bajar del helicóptero, el Chapo le entregó una medalla de la virgen de Guadalupe al abogado, quien no comprendió el motivo.

—¿Y esta medalla para qué me la das? —le gritó López Lorenzana sin poner un pie fuera de la aeronave.

—Te regreso el favor, Pepe —sin dar otro paso, Guzmán volteó—. Lupita te mandó a sacarme de esa pocilga y ahora yo te la presto para que te salve la vida. Ojo por ojo, abogado. Ojo por ojo.

Cerrando la puerta de golpe, Lorenzana permaneció en el asiento trasero para conversar con el comisario. Aparte de que tenía que tratar asuntos importantes con él, sabía que su presencia en la cabina no era grata.

—Está listo lo de Caño, Nico.

—Lo está, Pepe. ¿Tú lo estás?

—Para ser honesto no, pero ahora no puedo darme el lujo de que me traicionen de nuevo. Más que en otras ocasiones mi vida corre peligro y ya no confié en él.

—Te comprendo, Pepe. En verdad —como el profesional que era, Silva contuvo sus ansias y esperó pacientemente a que su amigo le hiciera saber lo que había conversado con el Chapo.

—Me van a matar, Nico —le comentó de manera sencilla y simple José Ángel—. De eso me hablaba Guzmán.

—¿Y te dijo quién?

—No, pensé que tú me lo dirías.

—¿Yo? —al ver en el rostro de Villalobos su inocencia, Lorenzana le confesó finalmente que su asesino tenía rostro de mujer.

Sin hablar entre ellos el resto del vuelo, ambos se dedicaron a atender sus asuntos personales. La tensión empezaba a hacerse presente y sabían que esa

situación recrudecería con el paso de las horas.

## **AEROPUERTO DE TOLUCA. 19 DE ENERO DEL 2001**

16:00 h

A pesar de que el helicóptero aún no colocaba las ruedas sobre la pista, Lorenzana vio el rostro de Caño aguardándolo. Sin voltear a ver a Silva, en cuanto el capitán se los indicó, bajó de la aeronave y caminó a paso veloz al encuentro de su camioneta. No le era fácil controlar el miedo que sentía al saber que la amante del presidente lo quería ver muerto, pero el abogado hizo un gran esfuerzo para que no se le notara.

—¿Nos vamos, Pepe? —portando una ametralladora en sus manos, el guardaespaldas le preguntó a su jefe al tenerlo a menos de dos metros.

—No, espera. Silva viene con nosotros —sin tener que esperar mucho, Silva hizo su arribo portando una 9 mm en la mano derecha.

Al ver que el comisario había desenfundado su arma, Caño se preocupó y comenzó a voltear en todas las direcciones. No estaba informado si esperaban un ataque sorpresa, pero en el mundo de su jefe todo era posible.

—¡Vámonos, Manuel! —le indicó Villalobos al pasar frente a él.

Al estar abordo los tres, el sargento apretó el acelerador y abandonó el aeropuerto por la aduana. Ésa había sido la indicación de López Lorenzana y él no preguntó el motivo. Además, no tenía caso hacerlo, ya que su jefe no solía dar explicaciones ni compartir su pensamiento.

—Soy yo, amor. Todo va de acuerdo a lo planeado —absorto en sus pensamientos, José Ángel le informó de manera automática a su mujer al comunicarse con ella a través del celular—. Así que ve haciendo las maletas.

—¿No me estás mintiendo, bebé? —buscando verse preocupada, ella insistió.

—No me digas así, Isabel —escuchar la forma en que ahora Pepe le hablaba fue suficiente para que ella decidiera colgar. Ya habría tiempo para la docena de disculpas entre tortuosas explicaciones en las que ella siempre tenía la culpa—. ¡Me colgó la muy...! —se escuchó en el interior de la camioneta, provocando un silencio incómodo que se prolongó hasta el hotel donde se hospedaba el

abogado.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

21:00 h

—Ya se sabe, Gabriel —escuchó el director de Operación e Inteligencia de la Policía Federal Preventiva a través del auricular en cuanto tomó la llamada—, hace unos minutos me habló Becerril Santana, todo alterado, y me dijo que el Chapo no había contestado en el pase de lista, así que mandó a más de la mitad de su personal a buscarlo por todo el penal.

—¿Y qué le dijiste? —inquirió tranquilo el ingeniero.

—Lo acordado, que se calmara y que contaba con mi apoyo.

—¿Nada más eso? —preguntó el ingeniero un poco preocupado.

—Sí. ¡Bueno, no! También le ordené que lo siguiera buscando y, si en media hora no aparecía, me marcara de nuevo.

Pensativo, Gabriel Giménez Luna calló el tiempo suficiente para que su interlocutor, creyendo que se había molestado, lo comenzara a llamar insistentemente.

—Aquí sigo, Ernesto, no me he ido. Sólo estaba pensando si no olvidamos algún cabo suelto.

—Todo está cubierto, compadre. Tranquilo.

—¡Cómo voy a estar tranquilo, si la tranquilidad de todos me preocupa para no estar así!

—¿Cómo?

—Pues todo parece estar en orden y, pues quizá no esté. ¿Me entiendes?

—Sí, compadre. Pero por eso nombrarán a Silva como responsable de los Ceferesos, para cubrirnos —le recordó Ernesto Palencia Rodríguez, director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación.

Meditando lo dicho por su hombre de confianza, el ingeniero alejó unos centímetros la bocina e inhaló profundamente. A pesar de los ejercicios que realizaba todas las noches seguía arrastrando las palabras y mezclándolas, lo que le impedía comunicarse claramente con los demás.

—¡Es que no estoy seguro! —gritó molesto por no poder organizar sus ideas —. Me preocupan tantas cosas me ha ocultado Lorenzana.

—¡Tranquilo, Gabriel! Ya logramos fugar a Guzmán.

—¿Logramos? Si Lorenzana no se lleva al capo en el helicóptero nos hubieran detenido los militares.

—¡Bueno, Gabriel! Eso ahora es lo de menos, el punto es que debemos ver que la señora cumpla su parte —lo reconfortó Palencia Rodríguez en un tono cordial.

—¡Ése no es el problema! ¡Entiende!

—¿Entonces?

—Pues, así como el abogado me ocultó lo del helicóptero, puede haber otras cosas y algunas de ellas pueden ser en nuestro perjuicio y... —al darse cuenta de que se basaba en una intuición, el ingeniero decidió callar y se encaminó al servibar con el teléfono en la mano.

—Entonces, ¿a qué hora llegas Ernesto? —preguntó Giménez Luna al recargarse en la barra.

—Dame diez minutos y salgo para allá.

—Oye, por cierto, ¿cómo estuvieron las cosas por la mañana en Guadalajara?

—Sin problemas —contestó Palencia Rodríguez tras una pausa breve—. Todo salió como lo planeaste.

—¿Seguro?

—Sí, muy seguro. ¿Por qué la duda?

—Qué extraño.

—¿Por qué extraño? —cuestionó al tiempo que se sentaba en un sillón.

A diferencia de la lujosa oficina de Giménez Luna, el despacho de Ernesto Palencia tenía pocos muebles y era de una austeridad que reflejaba el estado depresivo en que vivía la mayor parte del tiempo.

—Pensé que Mireles Morfín armaría más desmadre y, por lo que me dices, ni pedo hizo.

—¿Quién dijo que no?

—Pues tú acabas de decirlo.

—Al contrario —interrumpió tajantemente—. Se armó un desmadre por culpa de esa pinche vieja, pero Becerril, sin sospechar que nos estaba salvando el cuello, la llevó a ver a los dos custodios que se habían quejado, y eso la calmó.

—¿Y qué pasó con esos putos?

—Lo de siempre, ya sabes, terminaron echándose para atrás.

—¡Oye! ¿Y Morales qué te dijo?

—¿Morales? —contestó Palencia Rodríguez algo extrañado.

—El director de la Policía Federal Preventiva.

—¡Ah, nada! Apenas y me saludó. Se la pasó hablando con Silva.

—¿Cuál Silva?

—Silva Villalobos.

—¿El coordinador de inteligencia de la PFP?

—Sí, el mismo.

—No sabía que había ido en la comitiva —profirió Gabriel Giménez Luna más para él que para su interlocutor—. ¿Y vio a Guzmán?

—No, trató de verlo, pero Javier Torres Peón se lo impidió.

Escuchando que el subsecretario de Seguridad Pública había hecho su trabajo, Giménez Luna le indicó que prefería seguir hablando del tema cara a cara. Le hizo ver a Ernesto Palencia la posible intervención de los teléfonos por parte de los gringos tras la fuga del narcotraficante.

—No se diga más, compadre. En unos minutos estoy contigo.

—Es lo mejor, y no olvides ser discreto ahora que vengas para acá —le recomendó antes de colgar—. Sólo es por precaución, Ernesto. Desde este momento tenemos que ser doblemente cuidadosos.

—Así lo haré.



**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

21:15 h

Tras apoyar los codos en la barra de la cantina, Lorenzana sonrió al recordar la cara de Guzmán cuando lo vio dentro del helicóptero. Era visible su asombro, el que duró unos instantes, cuando sintió el empujón por parte de Caño para que subiera al aparato.

—Sírve me otro Rye.

—¿Solo?

—Obvio, si te atreves a ponerle un hielo te mando asesinar —al escuchar el comentario del abogado, el *bartender* sonrió pensando que se trataba de una broma.

Un acorde de jazz proveniente de una de las esquinas del bar hizo que Lorenzana aprovechara el momento para disminuir la tensión, por lo que hizo algunos giros con el cuello, mientras iba exhalando profundamente. Bastaba ver en sus ojos las enormes ojeras para adivinar que había tenido un día largo y complicado.

—Aquí tiene, caballero.

—Otro igual —ordenó Manuel Caño al acercarse—. Ya empezó el show, Pepe.

—Se tardaron.

—Sí, tiene razón. Ya son... —con su mano izquierda, el guardaespaldas levantó la manga de su camisa y observó el reloj—. Las nueve con veinte minutos.

—¿Está todo listo?

—Sí, Pepe. Compré los boletos de avión para las seis de la mañana, como me ordenaste, y las maletas ya están en el aeropuerto.

—¿Tenemos algún pendiente más? —en un acto retórico, Lorenzana se preguntó así mismo—. No, creo que no.

Disfrutando la calidez de la bebida y el sonido de la música, ambos se mantuvieron callados los siguientes diez minutos y, de vez en vez, cerraban los

ojos para recordar lo vivido ese día.

—Es para ti, Pepe —de manera sorpresiva, Caño extendió el brazo portando su celular en la mano—. Dice llamarse Carlos Castañeda Forti.

—¿Castañeda Forti?

—Sí.

—No conozco a nadie con ese pinche apellido —con alegría, el abogado gritó a propósito cuando acercó la boca al auricular.

Para averiguar el motivo de la llamada, el guardaespaldas sostuvo un ligero dialogo con Castañeda Forti, quien hasta ese momento se identificó como el director jurídico de la SIEDO. Fue entonces que él pudo entender por qué tenía su número telefónico y que buscara a Lorenzana.

—Es gente de la SIEDO —no entendiendo qué asunto podría tener el jurídico de esa institución con él, el abogado tomó el teléfono.

—Escucho.

En cinco minutos, Carlos Castañeda Forti le recordó que se habían conocido el 31 de diciembre durante la fiesta en el salón presidencial. Pero la catarsis llegó cuando le hizo saber que tenía detenido en los separos de la institución a un sicario que había sido contratado para entrar a Puente Grande y matar a Joaquín Guzmán Loera.

Ni el mismo Lorenzana, que estaba acostumbrado a recibir todo tipo de noticias extraordinarias, pudo reservarse el asombro.

—Se llama Servando Gómez Martínez.

—Eso me vale madre, licenciado —ansioso por la noticia, le hizo saber Lorenzana—. Lo que ahora quiero que haga, es que mande a un par de hombres a vigilar la puerta y que nadie entre a excepción de usted.

—¿Quiere que lo interrogue?

—¿No lo ha interrogado? —le preguntó absorto—. ¿Y cómo chingados sabe que iba entrar a matar a Guzmán?

—El comandante de la Federal que lo puso a disposición fue quien me lo hizo saber, inclusive me ofreció diez mil dólares por enviarlo a Puente Grande hoy mismo.

—¡Pues entonces corre a interrogarlo en lo que yo llego! —para no quitarle tiempo al director jurídico de la SIEDO, el abogado colgó sin despedirse.

En cuanto el celular estuvo nuevamente en las manos de su guardaespaldas, Lorenzana sacó un puro y esperó a que el mesero le acercara la lumbre. No tenía la menor intención de dejar sobre la barra el Rye recién servido y buscó darle

una buena compañía.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

21:35 h

—Nací en Arteaga —contestó el detenido al dar inicio el interrogado hecho por Castañeda Forti—. ¡Justo donde nacen los hombres y no los hace una pinche plaquita mamona como la que portas! —agregó—: ¿Qué, pensabas que por estar arrestado me iba a quedar sin huevos frente a ti?

Sosteniendo la mirada del sicario, el director general de Asuntos Jurídicos de la Policía Federal Preventiva colocó las gafas sobre la mesa y exhaló profundamente.

—¿Entonces quieres irte a Puente Grande? —concluyó.

—Pos si quiere, licenciado.

—¿Entonces te da igual si te mando a otro Cefereso?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces quita la risa de pendejo.

—¿Me ves cara de pendejo?

Reconociendo el valor del pequeño hombre moreno, el jurídico se levantó de la silla lentamente y abandonó la habitación. Le daría unos minutos para que meditara su situación.

Sorprendido por estar solo, Servando Gómez Martínez se quedó mirando los papeles donde estaba anotada su declaración; por un segundo, tuvo la tentación de abrir la carpeta para leer lo que estaba escrito en ella, pero desistió al observar la cámara de vigilancia enfocándolo.

—¿Y ya pensaste mejor las cosas, mano? —insistió Castañeda Forti en cuanto regresó del baño.

—¿Pensar qué?

—¿Si vas a decirme quién te mando a matar al Chapo?

—Ya se lo dije, licenciado, no son rostros los que me contratan, son voces.

—¡No mames! ¿Tú crees que me voy a tragar ese cuento?

—No es ningún cuento y...

—Además, ¿qué hacías con un kilo de mota en la guantera? —lo interrumpió para que entendiera que lo mejor era que soltara la sopa de una vez.

—¿Pues de cuándo acá fumar mota es un delito? Y si lo es, pos la debo desde los quince años —insistió.

—¡La cantidad justa para que, con un amparo, te puedan liberar! —como si se tratara de un diálogo de teatro, Castañeda declamó—. Porque tu sentir, de que tienes la intención de entrar a la cárcel y matar a Guzmán, no me sirve de ni madres.

Para evadir el comentario, Servando Gómez Martínez se estiró en el asiento y cerró los ojos mientras bostezaba. Sabía que el argumento de Forti era verdadero y tenía que encontrar la forma para que el obeso hombre se concretara en mandarlo preso a Puente Grande.

—Pues la verdad es que se equivoca, licenciado —con la firme intención de engañarlo, fue como Servando retornó a la plática—. La mota nada tiene que ver con mi intención de entregarme.

—¡Pinche feo, sigues haciéndole al güey! Entiéndelo de una vez, chinga: ¡a mí nadie me ve la cara, mano! —tras sembrar aquella verdad en la mente del prisionero, el jurídico aprovechó para darle un trago largo al vaso con agua que se encontraba frente a él—, además debes saber que un juez te dará cinco, como mínimo.

—¿Cinco años?

—Si no es que más.

—¿Por un kilo de mota? No me dijo que lo del Chapo no cuenta.

—Un kilo y los madrazos que le acomodaste al de tránsito —agregó para hacerle saber que estaba enterado de cómo se había llevado a cabo su detención.

—Al menos me enviará a Puente Grande. Digo, en eso quedé con el comandante cuando me detuvieron.

—Ese arreglo no lo hiciste conmigo, feo.

—Pensé que...

—¡Te equivocaste! —añadió tajante Castañeda Forti.

—¡No me equivoqué, me mintieron! —mostrando ahora una mirada de preocupación Servando se llevó una mano al mentón y acarició su barba por algunos segundos. Sabía que necesitaba apuntalar lo que él pensaba que ya tenía asegurado.

—¿Algo más que se te ofrezca?

—Pues dígame de una vez cuánto me va a costar esto, licenciado.

—¿Qué cosa?

—Usted sabe.

—¡No, no sé! ¿De qué me hablas, cabrón? —ante la pregunta y, sobre todo, por el tono ríspido empleado, comprendió su error y replanteó su propuesta.

—No era mi intención ofenderlo, licenciado.

—¡Pues lo hiciste, feo!

—Yo sólo quería preguntarle si me haría el favor de mandarme a Puente Grande y, si es así, cuánto es de sus honorarios.

Sin reproche o huella de ofensa, Castañeda Forti tomó un cigarro de la cajetilla y le dio un par de fumadas antes de colocarlo sobre el cenicero. Sabía que esto era un negocio y no una cuestión personal.

—Antes dime, ¿por qué quieres que te mande a Jalisco?

—Ahí está mi gente.

—¿Y qué con eso?

—Pues, si usted me manda a La Palma, por ejemplo, me envía a una muerte segura.

—¿Tanto así?

—Sí, licenciado. Tal vez usted no lo sepa, pero yo tengo muchos enemigos.

Convencido de que detrás de las palabras de Servando se escondían muchos secretos, el director general de Asuntos Jurídicos de la Policía Federal Preventiva tomó nuevamente el cigarro y, tras arrojar una espesa nube de humo al techo, miró cómo ésta subía en zigzag hasta la rejilla de ventilación.

Permitiéndose algunos minutos para pensar la propuesta del detenido, Carlos guardó silencio y terminó pacientemente de fumar.

—No sé, feo. Estoy seguro de que no me estás diciendo toda la verdad —al escuchar la afirmación, el michoacano resopló nervioso el cálido aire que lo envolvía y bajó por un instante su mirada.

—No le oculto nada, licenciado. De eso puede estar seguro —contestó finalmente, mostrando un sombrío semblante.

—Yo nunca estoy seguro de nada ni de nadie, además, no me has dicho quién te mando a asesinar a Guzmán...

—¡Ya le dije que una voz fue la que me contrató!

—¡No me interrumpas, cabrón! —exclamó enardecido Castañeda y azotó el expediente contra la mesa—. ¡Y si crees que me trago esa historia, estás bien pendejo!

Al mirar por primera vez el verdadero rostro de la justicia, Servando Gómez Martínez rascó la mesa con las uñas de su mano derecha y comenzó a dar golpes suaves sobre ella.

—En verdad no sé qué decirle, licenciado. ¿Usted cree que la gente que me contrata no se cuida?

—Al menos dime si sabes el motivo para querer ver muerto a Guzmán.

Cansado de intentar convencer al jurídico que él sólo sabía que tenía que asesinar al capo, Servando le pidió un cigarrillo antes de comenzar a hablar.

—Entrar a Puente Grande es mi única salvación —murmuró al quebrar el cigarrillo contra el cenicero—, yo no soy burrero ni vendo droga.

—¿Eres gatillero?

—Le digo que yo no tengo nada que ver con la droga.

—¡Ah, chinga! Explícame entonces qué hacías con un kilo de mota en el asiento trasero de tu troca. ¿Era para tu consumo?

—Es una prueba.

—¿Prueba de qué?

—Quien me contrató lo solicitó como prueba de que el trabajo estaba hecho —contestó Servando no muy seguro de lo que decía—. Desafortunadamente, como lo sabe, las ganas por terminar el asunto de Guzmán me hicieron anticipar mi detención. Escuché rumores de que pronto lo iban a liberar y eso me hizo cometer este error.

—¿Rumores? ¿Dónde?

—En el medio —al escuchar la respuesta, Castañeda Forti soltó una sonora carcajada que casi lo hace caer de la silla.

—¡Ya ni la chingas, feo! Estás con un pie en Almoloya y sigues haciéndote el gracioso.

—¿Cómo?

—Lo que escuchaste, ¿por qué te sigues haciendo güey? —le repitió.

—¿Por qué me dice eso, licenciado?

—Te advierto que con esa actitud no hay forma de que te apoye —la advertencia resonó en la habitación y Servando regresó a su postura altanera; sin solicitarlo, cogió otro cigarro de la cajetilla.

—Mira, licenciado, para que te quede claro de una vez, yo no tengo porqué mentirte ni inventarte historias. La cosa es así de sencilla: o me mandas a Puente Grande o me matas de una vez, total, prefiero que sea en tus manos y no en las de mis enemigos.

—¿Las mías?

—¿Tiene problemas con eso? —sin contestarle, Castañeda giró su cabeza en círculos un par de veces tratando de aliviar el dolor que tenía en el cuello—. Quien me contrató para asesinar a Guzmán me matará si no le cumplo.

Las muchas horas de trabajo y tensión lo tenían agotado, y su experiencia le decía que la noche pintaba para larga.

—Mira, feo. La verdad es que no te creo nada, pero eso no importa, ¿verdad?

—Pues, no —contestó titubeante.

—Así que sólo nos queda concluir esto de la forma que más nos convenga a los dos, ¿no crees?

—¿O sea que hay forma de...?

—Siempre la hay cuando se tiene voluntad y algunos miles de dólares de por medio.

—Pues yo soy materia dispuesta, licenciado.

Alargando la tortura del detenido, Carlos Forti cogió el expediente antes de continuar. Al tenerlo en las manos lo leyó, consciente de que se trataba de un juego y saboreó cada una de las imputaciones que le hacían al michoacano. Con maestría, hizo diversos gestos fingiendo preocupación y encendió otro cigarrillo, mientras sonreía maliciosamente.

—Por tratarse de ti te cobraré barato, feo —le indicó.

—Lo escucho...

—Cincuenta mil dólares y mañana despiertas en Puente Grande.

Absorto por la cantidad que le pedía, Servando trató de ocultar su enojo, pero le resultó imposible. Ni él ni nadie podrían reaccionar de otra manera ante esa situación, pero respiró profundamente.

—Hecho —sin la necesidad de hacer otro comentario, Servando le solicitó el teléfono y un cigarro más.

En cuanto tuvo el celular entre sus dedos, el sicario comenzó a marcar obstinadamente hasta que finalmente una voz conocida contestó. Sabía que, al no ser un número conocido por los suyos, no contestarían si no insistía.

—Soy yo, Servando —indicó—. Necesito un favor —explicando brevemente la situación, el detenido le preguntó, en un momento a Castañeda Forti a quién le llevarían el dinero.

Cerrada y acordada la parte de la entrega, el licenciado tomó el expediente de la mesa y salió del cuarto para ordenarle a su particular que fuera a la calle a recoger un portafolio.



—No olvides llevarlo a mi oficina inmediatamente, Carlos. Y recuerda que nadie debe enterarse de esto o valiste madre.

—Sí, licenciado. No se preocupe.

Conforme, Castañeda Forti entró al baño del pasillo y colocó el expediente encima del lavabo. Permitiéndose unos segundos, se enjuagó la cara para espantar el sueño y pensó en la instrucción que Lorenzana le había dado. Por un momento, Castañeda sintió rabia al sentir que el abogado conocía mejor al detenido.

Finalmente, a pesar de que el ingreso de Servando a Puente Grande no le representaba un problema, el director jurídico de la PFP se dirigió a su oficina para tener lista la papeleta de ingreso cuando llegara Lorenzana.

No tenía la seguridad de que el sicario resultara ser de utilidad para el abogado y prefirió tener los papeles listos.

—Elena, venga a mi oficina, por favor —le indicó a su secretaria al pasar frente a su escritorio.

—Sí, licenciado —apresuró el paso y logró sentarse frente a su jefe un segundo antes de empezar a tomar dictado.

—Escriba.

—¿Con pluma o lápiz?

—Como quiera, pero apunte.

—Siendo las, las...

—¿Nueve de la noche?

—Siendo las 20:00 horas del 18 de enero de 2001, se recibe el registro de detención número DSPM-019/01/2001. Suscrito por el primer comandante de la Policía Regional de nombre José María Manuel Quezada, quien deja a disposición de esta fiscalía a un hombre de 35 años que responde al nombre de...

—¿Se va a La Palma o a Santa Miriam?

—¿Cómo dice, Elena? —la increpó Carlos, ante la interrupción.

—Nada, perdone.

—Como le decía, se han encontrado los elementos que acreditan la responsabilidad del detenido de acuerdo con fundamento en los artículos 45, 47, 103 y 105 del Código Penal y sustentados en los artículos 31 y 38 de la Ley del Proceso Penal. Por lo tanto, este órgano acusador dictamina que se traslade al C. Servando Gómez Martínez al Centro de Readaptación Social de Occidente.

—¿Puente Grande?

—Sí.

—¿Y por qué lo manda tan lejos?

—Ése no es su problema, así que regrese a su lugar y pase a la computadora la orden de traslado e ingreso, para que la firme.

—Sí, licenciado. Ahorita regreso, y disculpe.

Viendo salir su la secretaria, Castañeda Forti tomó un cigarrillo y buscó el encendedor.

Con la llama tiritando a escasos centímetros de sus dedos, se acercó a la cantina y se preparó un trago. Al pasar el primer sorbo la comodidad que le brindó la bebida hizo que en su rostro se dibujara una gran sonrisa.

Sabía que el día había sido productivo y lo mejor era que no tenía que participarle a su jefe un porcentaje de lo obtenido. Pero lo que más le alegró, fue saber que sería de utilidad para alguien como Lorenzana.

—¿Quién? —preguntó al escuchar un par de golpes en la puerta.

—Soy yo, Elena.

—Pásele.

—Aquí tiene el escrito para que lo firme —tras revisar el documento, el director jurídico tomó un bolígrafo y plasmó su firma en el par de hojas extendidas.

**QUERÉTARO. 19 DE ENERO DEL 2001**

22:45 h

—¡Prima! —gritó Guzmán Loera de manera efusiva al levantar el auricular—. ¡Te luciste!

—Muchas gracias, Joaquín. Te dije que no te fallaría.

—¡Ni hablar! En verdad muchas gracias.

—¿Andas con la familia? —al escuchar la pregunta, el capo cambió el tema y le preguntó a Miriam cómo había convencido a Lorenzana.

Con todo cinismo, ella le informó que no había sido cosa fácil. Inclusive le dio un «no» rotundo a Valente, pero gracias a que no se dio por vencida y viajó a España, de manera incógnita y habló en vivo con el abogado, logró convencerlo para que la ayudara.

—Pues muchas gracias, prima.

—¡Oye! ¿Cuándo me mandas el resto del dinero? La gente que nos ayudó me anda chingando por su pago.

—Ahorita mismo te lo mando a tu casa —a pesar de saber que su prima le mentía, el capo sabía que lo mejor era cumplir con lo acordado y mandar los veinte millones que faltaban.

Joaquín estaba consciente de que el sexenio iniciaba y con la ayuda del nuevo presidente, en menos de un año recuperaría los cien millones que pagó por su libertad. La demanda de cocaína en México crecía cada año y, si hacía los amarres correctos, se convertiría en el mayor distribuidor, desplazando a los otros cárteles.

—¡Oye, primo! No me has dicho si estás en casa.

—Mmm, sí. En casa —contestó no muy seguro.

Sabía que su respuesta podía darle una idea a la DEA de dónde se podía encontrar y no le gustó hacerlo. Claro que no tenía otra opción, Miriam podría tomarlo a mal y cerrar la puerta a futuros negocios.

—Me alegra, y salúdame a mis sobrinos.

—Con gusto prima.

—Búscame en una semana para que platiquemos del futuro —le indicó, al tiempo que una punzada en el cerebro la hizo cerrar los ojos—. Quiero presentarte a Valente para ver en qué te ayudamos.

—Con gusto, prima.

—Bueno, primo. Me despido, tengo una maldita migraña que me tiene de malas.

—Pensé que me preguntarías sobre lo de mi escape.

—Ahora que nos veamos me platicas —sin agregar otra palabra, la señora colgó y arrojó el aparato contra el suelo.

No atendería por el resto del día más llamadas o asuntos referentes al tema de la fuga; al menos esa era su intención.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

22:50 h

Acomodándose en uno de los sillones, Gabriel Giménez Luna bebió su trago, consciente que era el momento previo a la tormenta. Sabía que en algunos minutos su oficina se llenaría de gente que había participado en la fuga del Chapo Guzmán, y lo mejor era enfriar la cabeza para que las cosas no se le salieran de control.

Sin pensarlo, se levantó para tomar el fólder que tenía oculto en uno de los entrepaños del librero y empezó a pasar las hojas hasta encontrar la que contenía los nombres y las cantidades de dinero que cada uno había recibido, y los nombramientos firmados por Valente Zaqueda. Fue al llegar a estos últimos que empezó a revisar lo que había solicitado cada uno.

—¡Empecemos contigo, Alemán Bolaños! —articuló en voz alta al leer el primer nombre—. Mmm, nada mal tu idea de irte de diputado federal a tu tierra —se dijo a sí mismo, consciente de la avalancha de problemas que se avecinaba.

Revisando cuidadosamente el resto de las solicitudes, Giménez Luna perdió gradualmente el sentido del tiempo, y fue hasta que su secretaria lo llamó a su línea privada que rompió la concentración.

—Dime, Alicia.

—Lo busca Javier Torres Peón.

—Pásame la llamada —le indicó sin mucha convicción.

—Está aquí, en la recepción —apuntó la secretaria.

—Mmm, entonces dame unos minutos y lo haces pasar.

—Sí, ingeniero —con pereza, el ingeniero se levantó del cómodo asiento y regresó el fólder a su escondite, antes de pasar al baño a refrescarse.

Al tener la bragueta del pantalón cerrada, caminó de regreso a su escritorio en donde aguardó parado la aparición de su mentor.

—Buenas noches, Gabriel —pronunció Torres Peón al entrar al despacho. Se notaba alterado por el momento que le hizo esperar—. ¿Ya te enteraste?

—¿Lo de Guzmán?

—¿Qué otra cosa?

—Hace un momento Ernesto Palencia me lo dijo.

—¿Qué te dijo?

—Que Becerril Santana le habló para comunicarle que el Chapo no estaba en su dormitorio.

—¿Y qué instrucción le dio Palencia Rodríguez?

—Lo que acordamos. Que lo buscara otra vez y si seguía sin aparecer le volviera a llamar.

—¿Y Becerril qué ha hecho?

—Pues obedecer.

—¿Y ya le volvió a hablar?

—No, todo está tranquilo —complacido por los resultados que se habían dado hasta el momento, Javier tomó asiento en la sala y aguardó a que Gabriel Giménez lo acompañara.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

22:55 h

—Señor presidente, le traigo una mala nueva —portando el uniforme de gala, como el general Claudio Vega García sentía que debía vestir por su cargo como secretario de la Defensa, se paró frente al escritorio de Valente Zaqueda—. Mi personal me acaba de reportar la fuga de Joaquín Archivaldo Guzmán Loera, mejor conocido como el Chapo —al escuchar la noticia, Valente trató de hacerse el sorprendido buscando disimular su conocimiento de que eso iba a ocurrir.

Con fuerza, cerró la carpeta que contenía diversos documentos a firmar y se incorporó segundos antes de empezar a caminar en círculos por su oficina. En todo momento pudo percibir que era observado por el militar, quien sostenía la postura rígida y eso lo hizo tener que dramatizar el momento.

—Ahora sí deme el reporte, general.

Con muestras visibles de sudor en la frente, Claudio Vega le leyó la carpeta informativa que había preparado minutos antes en la que destacaba la presencia de Gabriel Luna, Tello Peón, Silva Villalobos, Hugo Martínez y la comisionada de Derechos Humanos en Puente Grande a lo largo del día.

—¿Y fueron revisadas las camionetas en donde viajaban los hombres y mujeres que mencionas?

—Sí, señor presidente. Pero no se encontraba nadie más en ellas.

—¿Me está diciendo que ellos no están involucrados?

—No, señor. Lo que le puedo asegurar es que el narcotraficante no salió del penal escondido en alguna de las unidades en las que ellos viajaban —al escuchar la afirmación del general, Valente tuvo la seguridad de que el plan de Luna había sido un desastre—. Mis hombres las revisaron a conciencia.

—¿Entonces?

—Al momento, el general Gilberto Hernández, comandante de la Zona Militar xv, ha desplegado un operativo dentro y fuera del Cefereso en busca del Chapo, pero no hay novedad alguna.

Para sorpresa del general, tras escuchar el reporte, el presidente no se

comunicó ni con el procurador ni con el secretario de Seguridad Pública Federal. Lo que hubiera sido lo razonable por las circunstancias; en cambio, mandó llamar a su coordinadora de presidencia.

Manteniéndose de pie en todo momento, Vega permaneció cerca de quince minutos hasta que hizo su arribo Miriam Gunsáh, luciendo a simple vista un semblante demacrado.

—¡Dime qué haces...! —al ver la presencia del militar, la señora contuvo su enojo y se acercó al militar para saludarlo de mano—. ¿Me llamaste?

—El general me acaba de reportar que Joaquín Guzmán se escapó de Puente Grande y necesito que me ayudes a coordinar su búsqueda —al escuchar la encomienda que el presidente le hacía a su pareja, el general no pudo contenerse y abrió los ojos de manera inusual—. Necesito que me mantengas informado de los avances.

—Así lo haré, señor.

—¿No ve más conveniente que Carbajal Manero realice esa función, señor?

Molesto, al sentir el comentario de su secretario de la Defensa como una ofensa, Valente Zaqueda regresó a su sillón y comenzó a redactar un borrador del encargo conferido a Miriam de manera oficial.

—Entrégaselo a mi secretaria para que lo pase en limpio y dile que me lo regrese para que lo firme —al comprender el error que había cometido, Claudio Vega solicitó permiso para regresar a sus labores.

El militar presentía que algo estaba ocurriendo y por alguna razón el presidente lo había mantenido al margen, por lo que tomó la decisión de apartarse y esperar a que él le solicitara su ayuda.

—Con su permiso, señor —con los zapatos chocando entre sí, dio inicio el paso marcial en dirección a la puerta—. Licenciada.

Al encontrarse solos en la habitación, Valente miró a Miriam por un par de segundos antes de comenzar a cuestionarla. Era comprensible que el presidente de México quisiera saber si estaba controlada la situación y le mencionó de inicio el gran problema que podría estar viviendo si no fuera por la oportuna participación de López Lorenzana.

—No quiero que esto me explote en la cara, Miriam. ¿Comprendes?

—¿Por qué dices eso?

—Si es necesario que recapturemos a Guzmán lo haremos. Así que mantente cerca de él y quiero que en todo momento sepas en qué parte del mundo o de México se encuentra.



Al percatarse de la forma en que el presidente la miraba, la señora aceptó que no era una buena opción tratar de hacerlo cambiar de parecer y se acercó a tomar la hoja que había quedado abandonada sobre el escritorio.

—Lo mantengo informado, señor presidente —al no haber respuesta por parte de Valente Zaqueda, la señora comprendió que las cosas habían cambiado y caminó presurosa a su habitación a tomar una dosis extra de barbitúricos.

CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001

22:56 h

Al finalizar el primer turno de la banda de jazz que tocaba, Manuel Caño volteó a ver al abogado y le preguntó si pedía la cuenta. Sin escuchar respuesta alguna, se acomodó nuevamente en el sillón de piel y se rascó el cuello.

Sentía una ligera urticaria que le echaba a perder por momentos el rato agradable que estaba pasando.

—Sigue sin quedarme claro cómo es que alguien se entrega para ser encarcelado y, sin ser sometido a algún tipo de presión, como un interrogatorio, confiesa que iba a matar al Chapo —al retomar el diálogo con su guardaespaldas, Lorenzana buscó que lo ayudara—. Me huele a timo.

—O un absurdo.

—¿Absurdo? ¿Eso qué tiene que ver?

—Pues si haces memoria, muchas de las situaciones que has resuelto han sido primero absurdos —ante las palabras de su amigo, el abogado levantó la copa mientras meditaba.

—Nunca lo había visto así, pero tienes razón.

—¿Entonces pido la cuenta?

—No, aún no, vamos a tomarnos un último whisky. Quiero averiguar qué logra el tal Castañeda Forti con el detenido —cómplice al momento, la banda de jazz comenzó a tocar «Stranger in the night», provocando que el abogado girara en dirección del pequeño escenario. Al escucharse el estribillo, Lorenzana se trasladó al largo patio donde solía jugar a la pelota con su hermano, mientras su madre cocinaba unas enchiladas verdes o adobo con carne de res. A la fecha, la sazón de ella no había sido superada por ninguno de los chefs a lo largo del mundo, por eso y otras razones, él viajaba de incógnito a Oaxaca durante el mes de febrero para verla y degustar sus famosos tacos de nada.

—*Strangers in the night, two lonely people, we were strangers in the night* —musitó el abogado mientras cerraba los ojos—. *Love was just a glance away, a warm embrace dance away and...* —riendo de manera distraída, el abogado se

levantó de la silla y tomó su saco.

Atento a los movimientos de su patrón, Manuel Caño arrojó la tarjeta de crédito sobre la mesa y le hizo una señal al mesero para indicarle que regresaría más tarde.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:00 h

Al cruzarse en el pasillo con su secretario, Castañeda Forti se acercó y sin hacer caso al sonido insistente de su celular, se detuvo frente a él.

Sin pedírselo, tomó el sobre amarillo que llevaba en la mano derecha y lo abrió para mirar el contenido. Sonrió satisfecho por su logro.

—¿Está completo, Carlos?

—¿Cómo? —preguntó desconcertado el joven estudiante de leyes.

—¿Que si el dinero está completo?

—¡Ah, no, no...! ¡No lo sé, señor! No lo he contado —contestó tartamudeando.

—¿No lo contaste? —preguntó Castañeda Forti en tono amenazante.

—No, es que...

—¡Cómo eres pendejo! —gritó violento—: ¿Y ahora cómo chingada madre se las armo de pedo si falta dinero?

Comprendiendo su error, Carlos agachó la mirada y lentamente fue bajando el sobre hasta recargarlo en su pierna.

—Déjalo en mi escritorio y vete a tu casa. Mañana hablaremos —molesto por el error que había cometido su hombre de confianza, el jurídico continuó su camino pensando en la forma de remediarlo si llegara a necesitarlo.

Para su dicha, antes de abrir la puerta y entrar a la habitación, se encontró a un viejo amigo que era visitador de la Procuraduría General de la República.

—¿Cómo has estado, César? Hace tiempo que no te veo —lo saludó mientras le daba un par de palmadas en la espalda.

—¡Mi querido Carlos! ¿Qué onda contigo, cabrón? —respondió feliz al abrazo que le daba Castañeda.

—Pues aquí en lo mismo, mano. Chingándome para medio tragar.

—Ésa ni tú te la crees, mi Paco. Si todo el mundo sabe que eres el brazo derecho del ingeniero, no te hagas.

—¿Quién te dijo tal pendejada? Al contrario, Gabriel no me quiere a su lado. Pero, bueno. ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? —le preguntó con interés.

—Pues hasta hace unos minutos estaba todo tranquilo, pero le hablaron de Guadalajara al procurador y aquí me ves, corriendo.

—¿Pues qué pasó?

—¿No lo sabes?

—No.

—¿En serio? —agregó en tono inquisitivo.

—¡No, cabrón, no sé qué pasó! Por eso te pregunto.

Intercambiando miradas por unos segundos, finalmente el visitador de la PGR levantó el rostro y le hizo saber a Carlos Castañeda Forti lo que había pasado en Puente Grande.

—Se escapó Joaquín Guzmán.

—¿El Chapo? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—¿Es en serio, César?

—Sí, lo raro es que tu jefe no te lo haya comunicado, Carlos.

—¿Por qué raro?

—¿Cómo que por qué? ¡Pues tú mero eres quién va a recibir a la gente detenida! —sin saber qué contestarle, el director jurídico calló el tiempo suficiente para darle pie a que éste se despidiera—. Pero bueno, mi querido amigo, ya no te entretengo y que te sea leve la noche. Cualquier cosa en la que te pueda ayudar no dudes en avisarme —tras darle a su colega un cálido abrazo, Castañeda Forti se sintió vulnerable y no creyó prudente entrar en ese estado a hablar con el michoacano.

Sólo pensar que tendría que estar las siguientes horas levantando declaraciones a tantos detenidos lo ponía de malas. Siempre había preferido negociar la liberación *por debajo del agua* y evitarse llenar cientos de hojas que repetían, una y otra vez, lo mismo. Claro que no era su culpa haber adquirido ese mal, sino de su tío Ricardo, hermano de su mamá, quien lo llevó a trabajar con una de sus conocidas a Querétaro cuando apenas tenía veinte años y cursaba el tercer año de leyes.

1985

Con tan sólo veinte años de edad viajé, en el verano de 1985, a la ciudad de Querétaro a realizar mi servicio social. Al hermano de mi mamá lo habían nombrado juez federal y, por solicitud de ella, le pidió a una de sus amigas, que era Ministerio Público, que me tuviera de su ayudante durante los dos meses que duran las vacaciones. Mi madre no quería verme de vago con mis amigos.

Así fue como llegué a la ciudad más limpia del mundo, un lunes de julio alrededor de las nueve de la mañana. Ya me estaba esperando el chofer de mi tío afuera de su casa; sin darme tiempo de dejar mis cosas, me pidió que subiera a la camioneta y me trasladó a la agencia III-A, ubicada en la colonia Casa Blanca.

—Licenciada —el hombre de traje gris que me había recibido llamaba así a una elegante mujer vestida de rojo que se encontraba en uno de los privados.

—¿Qué pasa, Sánchez? —le contestó.

—La busca un joven.

—Dile a Alcántara que lo atienda —le indicó la mujer.

—Es el sobrino del licenciado Forti García.

Sin preocuparle que yo la observara, ella se cubrió la boca con la mano derecha y resopló un par de veces antes de cerrar la carpeta que sostenía.

—Hazlo pasar —pidió.

Acercándose rápidamente a los escritorios en donde me encontraba, el bigotón me hizo gestos con la mano para que me acercara.

—¿Me llamaba, licenciado? —pregunté.

—Alejandro —me dijo.

—¿Cómo dice? —volví a preguntar.

—Que me llamo Alejandro —repitió y me tomó por el hombro para conducirme a la oficina de la amiga de mi tío.

—Así que tú eres el sobrino de mi querido Roberto —me saludó al entrar en su despacho.

—Sí, licenciada, Carlos Castañeda Forti, a sus órdenes.

Contrario al saludo firme que se acostumbra en esas ocasiones, al estrechar su mano sentí la suavidad de su piel y, como por arte de magia, perdí fuerzas en mis dedos.

—Pues, siéntate, mijo. Tenemos muchas cosas que platicar —me pidió al verme temblando.

Esa mañana pasé cerca de una hora escuchando sus indicaciones y aprendiéndome los nombres de algunos de sus colaboradores cercanos: Alejandro Paz y Karina Palacios.

—¿Alguna duda? —me cuestionó Susana Hernández después de detallarme mis funciones.

—No, todo quedó claro, licenciada —respondí un poco nervioso.

—Bueno, cualquier duda, se la preguntas a Alejandro.

A partir de ese día mi vida se volvió de veinticuatro por veinticuatro. Eso no fue lo peor, sino el par de fines de semana que mi novia fue a verme, porque tuve que trabajar de noche y terminaba tan cansado que me quedaba, a la mañana siguiente, dormido en la habitación de su hotel y ella desnuda a mi lado.

—Esta noche te toca levantar las actas, Carlos —me informó Karina a las tres semanas de mi llegada a Querétaro—. Te toca el primer turno.

Yo no podía protestar por aquella decisión de la licenciada Susana, así que me serví una taza de café antes de ocupar mi lugar.

«Buenas noches, ¿en qué le puedo servir?», esa fue la primera vez que pronuncié esas palabras que después se volvieron tan recurrentes en mi vida, tanto, que terminé por odiarlas.

—Voy por más café, Karina.

—Pero no tardes, flaco. Nos faltan cinco declaraciones más antes de que nos releven.

Apuré mi paso para darme tiempo de ir al baño. Un descuido de mi parte me hizo tropezar delante del cuarto de interrogatorios y escuché desde el suelo la voz de mi tío que hablaba con mi jefa.

—Porque somos amigos es que te cobro eso, Roberto —dijo firmemente la licenciada.

—Pero, Susana, ya habías quedado en que serían veinte mil dólares, ahora no me salgas con esto —escuché a mi tío desesperado.

—Sí, lo sé. Pero las cosas cambiaron y no puedo arriesgarme por tan poco.

—¿Se te hacen pocos veinte mil dólares?

—Sí, Roberto.

—Pero si sólo mandarás el expediente a modo para que yo pueda sacar a ese muchacho rápido a la calle.

Preocupado porque notaran mi presencia y la impertinente de Karina me

delatara, gateé hasta el baño y, sin encender la luz, empecé a orinar. Volví.

—¿Por qué tardaste tanto, güero? Ya se nos juntó la gente.

No le pude responder a la folclórica mujer, ocupé mi lugar y empecé a levantar actas una tras otra. Era tanta mi ansiedad que en menos de dos horas ya había terminado mi cuota de cinco.

—¡Bueno, Kari! Me voy a dormir un rato —dije satisfecho.

—Pero si aún falta casi una hora para que entre el siguiente turno —se quejó.

—Sí, pero yo ya terminé —le indiqué mientras me estiraba delante del asiento y empezaba a caminar al dormitorio del fondo.

—¡Carlos, Carlos! —me gritó mi tío tres días después de esa noche—. ¿A dónde vas?

—Pues a trabajar, tío —respondí.

—Ven un momento.

Sin comentarme sus intereses, me llevó a su despacho y cerró la puerta tras de nosotros.

—¿Qué tan cercano eres de la licenciada Susana? —me preguntó en cuanto se acomodó en uno de los sillones de la sala.

—¿Cercano? —me extrañó la pregunta.

—Sí, ¿qué tanto te llevas con ella? —insistió.

—Pues no, nada —contesté indiferente.

—¿Te la estás cogiendo?

Al escuchar aquella pregunta tan fuera de lugar, empecé a temblar y tartamudeando le dije que no.

—Entonces no te quiero cerca de ella. ¿Me comprendes?

—Sí, tío.

—Ni a la tienda con ella. ¿Quedó entendido?

Nunca había visto al hermano de mi mamá ponerse así conmigo, y me asusté.

Esa tarde, cuando llegué a la oficina algo en el ambiente no me gustó, pero no podía hallar la causa. Como era su costumbre, la licenciada Susana permanecía encerrada en su despacho fumando sus Benson mentolados.

—Buenas tardes, licenciada, ¿le puedo ayudar en algo? —le pregunté para saludarla.

A pesar de las indicaciones de mi tío, yo pensaba que no podía cambiar mi conducta tan drásticamente con ella, porque de inmediato lo notaría.



—Sí, hazme un favor —me respondió.

—El que usted ordene —dije servilmente.

—Ve con mi chofer a comprar tortas para todos. Él ya sabe a dónde ir.

Sin perder tiempo, salí de la oficina y me dirigí al estacionamiento y le pedí al hombre obeso que me llevara a la tortería que acostumbraba visitar su jefa. En ese momento no noté nada extraño, y así se lo dije al procurador cuando me interrogó al día siguiente, muy temprano en su oficina.

En fin, la cosa es que una hora después regresé con las tortas y refrescos para acompañarlas.

—Gracias, güero —me dijo Karina al tomar la suya.

—¿Tendrás una de milanesa?

—Sí, Alejandro, pero es para la licenciada —dije y le hice una seña para que la regresara a la bolsa.

—No, pues ni modo. Dame una de pierna.

Después de repartir me senté en mi lugar y tomé declaraciones por más de seis horas.

Por fin, alrededor de las once de la noche, la licenciada Susana abandonó su despacho para irse a su casa y pude descansar.

—¡Pensé que jamás se iría! —exclamó Alejandro Páez con aire de tranquilidad al verla abandonar el edificio.

Diez minutos después todo se volvió un caos. Gritos por todos lados y gente armada resguardaba la oficina de mi jefa. Las secretarias, que habían tenido que regresar por orden del director de Ministerios Públicos, lloraban histéricas mientras se abrazaban. Yo hice lo único que podía hacer: permanecer sentado en mi silla recordando sus palabras al salir:

—¿Te llevo a tu casa, Forti?

Jamás me había llamado por mi apellido y quizá por eso no lo olvidé.

—Tómale la declaración al oficial, sobrino —escuché que me ordenaba mi tío, que estaba parado detrás de mí.

—Sí —contesté de manera automática, y cuando levanté la vista vi a un hombre de un metro ochenta, medio calvo, obeso y moreno como la tierra.

—¿Nombre? —le pregunté en cuanto la computadora desplegó el machote que llenaría.

—Fernando Rodríguez

—¿Rodríguez qué?

—Larios.

—¿Edad?

—Treinta y cuatro años.

—¿Cargo?

—Agente B.

—¿Comisión?

—Escolta de la fiscal Susana Hernández Brito.

—¿Hechos?

Me relató desordenadamente cómo fueron perseguidos cerca de dos kilómetros por varias camionetas, hasta que los alcanzaron debajo del puente de la carretera Irapuato-Celaya, donde fueron rafageados con armas de diversos calibres. Conforme su relato iba avanzando, el imponente hombre fue degradándose hasta reflejar un semblante de fragilidad y miedo.

—¿Y cómo lograste sobrevivir? —lo cuestioné, interrumpiéndolo—: ¿Sí me escuchaste? —insistí al ver que no me respondía.

Finalizó su declaración y nunca respondió a mi última pregunta, entonces supe que estaba involucrado.

—¿Terminaste, sobrino? Necesito llevar al oficial a una casa de seguridad.

Como era su costumbre, mi tío no esperó mi respuesta y le indicó al agente que lo siguiera a la oficina de la occisa.

—Ya puedes irte a la casa, mañana temprano regresas a la capital —cortó mi tío.

—Pero...

—Te di una orden.

En cuanto amaneció me llevaron con el procurador y estuve con él poco menos que media hora. Al terminar, el hermano de mi mamá me mandó con su chofer a mi casa. Desde ese día, pasaron más de cinco años para aceptar que aquella conversación que había escuchado por equivocación había sido la causa de la muerte de la licenciada Susana Hernández Brito, en paz descanse.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:05 h

—¿Te sirvo una copa, Javier? —preguntó Giménez Luna en tono servil.

—Un coñac no estaría nada mal.

El ingeniero se dirigió a la cantina, colocó dos copas en la barra y sacó de una vitrina una botella de Louis XIII.

—¿Un habano?

—No fumo.

—¿Te importa si yo fumo?

—¡Adelante, adelante! Faltaba más. Estás en tu oficina.

Con las copas sobre la fina madera, el subsecretario de Seguridad de Seguridad Pública sacó a tema lo ocurrido por la mañana en Puente Grande.

—Ese Dámaso López es un pendejo de primera, Gabriel. La verdad es que no sé cómo lo tienes de jefe de Seguridad Interna en Puente Grande.

—¿Y ahora qué hizo mi compadre?

—¡Empinarnos!

—Sé claro, por favor.

—El muy pendejo le comentó a la loca de Derechos Humanos sobre la visita que hizo Palencia Rodríguez al Cefereso hace dos días.

—¿Y qué... qué dijo ella? —preocupado por la denuncia, el ingeniero tartamudeó al cuestionar a su mentor.

—Pues, primero empezó a preguntar por qué no se le había avisado, como nadie le contestó se puso más loca y empezó a exigir ver al capo.

—¿A Guzmán?

—¿A qué otro?

—¿No se te hace raro eso?

—¿Qué cosa?

—¡Eso! Que quisiera ver a Guzmán cuando su visita al penal era por los dos

custodios que se habían quejado.

—Pues ahora que lo dices, tienes razón —confirmó el subsecretario mirándolo con aprobación.

—¿Y cómo le hicieron para que desistiera y ya no lo quisiera ver?

—Fue un milagro que Luis Becerril, de manera espontánea, le propusiera a Mireles ver a los dos celadores —comentó, ratificando lo dicho por Ernesto Palencia Rodríguez—. Por eso te digo que Dámaso es un pendejo, estuvimos a nada de que nos pasara a chingar si ella no desiste de su deseo de ver a Guzmán.

Aceptando que Javier tenía razón en su reflexión sobre su compadre, Gabriel Giménez Luna tomó la botella y rellenó las copas.

—Lo bueno fue que no pasó nada.

—Pues, fue un milagro —hicieron sonar las copas en el aire y la plática sobre lo ocurrido por la mañana en el penal avanzó; pronto se refirieron a los dos funcionarios de la Policía Federal Preventiva que acompañaban al subsecretario.

—A mí, Hugo Morales no me preocupa, el que me tiene un poco inquieto es Silva Villalobos.

—¿Qué te preocupa de él?

—Pues que, siendo coordinador de inteligencia de la PFP, tiene canales de comunicación que no conocemos y quizá se entera de que lo usamos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Su actitud de esta mañana.

—Explícame.

Sin perder tiempo, Javier Torres le informó acerca de algunos comentarios hechos por el comisario de la Policía Federal Preventiva sobre lo relajada que estaba la seguridad en el penal, incluso, sin comunicarse con Gómez Manero, le dio la instrucción a Becerril Santana de cambiar de dormitorios a Arturo Martínez Herrera, alias el Texas o el Texano, y a Héctor Palma Salazar, alias el Güero Palma.

—¿Y por qué no interviniste? Digo, bien podías haberle dicho a Silva Villalobos que se estaba extralimitando en sus funciones. Toma en cuenta que Ernesto Palencia Rodríguez te hubiera apoyado en su calidad de director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación.

—Eso no iba a ser posible, ingeniero.

—¿Y por qué no?

—El lunes Nicolás Silva Villalobos tomará el control de los Centros Federales de Readaptación Social.

—¿Quién?

—Silva.

—No sabía —contestó Giménez Luna tras una pequeña pausa.

—Pues sí, y Palencia Rodríguez, sabiéndolo, no iba a atravesarse en su camino.

Aceptando la justificación que le daba sobre el actuar de su compadre, el ingeniero encendió finalmente su habano y se preguntó si había alguna información o pista que pudiera llevar a Silva Villalobos a sospechar de ellos.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:10 h

—Necesito que vengas a mi despacho, Miguel —le ordenó la señora por el celular, cuando el efecto de la benzodiacepina hizo efecto—. Pero ya estás aquí.

—En seguida —sin moverse de su lugar, Miriam se mantuvo golpeando el suelo con su tacón hasta que la puerta se abrió—. Ordene.

—Escucha bien, Miguel —sin quitarle la vista, lo señaló con la pluma—, en cuanto salgas de mi oficina comunícate con Gabriel Giménez Luna y coméntale que no asistiré a la reunión de hoy. Pero enfatízale que cuenta con mi apoyo, y si necesita algún tipo de ayuda, que te contacte —sin alzar la vista, el secretario particular de la señora anotó en su BlackBerry las indicaciones que le iban dictando.

Sorprendido por la forma tan enérgica en que le hablaban, Miguel guardó para sí la sonrisa que lo caracterizaba y en muchas ocasiones le ha servido para conseguir algunos favores entre los miembros del Senado y la Cámara baja. Ese día aprendió que, tratándose de asuntos del narcotráfico, lo único que funciona e importa es conseguir resultados positivos.

—¿Para el abogado Lorenzana hay alguna instrucción?

Al escuchar el nombre del abogado, la señora sintió una puñalada en su orgullo y arrojó el cigarro que fumaba contra la pared.

No podía aceptar ni reconocer que el hombre del que tanto se burló le hubiera salvado el pellejo y, aún más grave, poner en una situación comprometida al recién electo presidente de México.

—Yo me comunicaré con él —le hizo saber al reponerse—. Le debo al menos un agradecimiento.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:15 h

Recluido en el despacho presidencial, Valente se mantenía ocupado leyendo los diversos reportes sobre la fuga del capo, mientras esperaba la llamada de López Lorenzana. A diferencia de otras ocasiones, el abogado le había indicado que no podía darle una hora exacta ya que dependía de factores ajenos a él.

Moviendo la cabeza de derecha a izquierda, el presidente descalificaba las aberraciones que Giménez Luna le había hecho llegar: tachaba los nombres de los funcionarios propuestos para culparlos de la escapatoria del capo.

El coordinador de operaciones e inteligencia de la PFP desconocía que Valente ya tenía al suyo.

—Le llama el licenciado Nassali, señor presidente —tras tocar la puerta y ser invitada a entrar, Lucía le indicó a su jefe.

—Pásame la llamada —le ordenó Zaqueda, por pura obligación, al levantar el rostro.

Debido a una serie de cuestionamientos que le hizo el expresidente, la llamada se prolongó más de lo habitual. Al parecer no era el único preocupado por la reacción de los medios, a pesar de ser ellos dueños de la mayoría; sobre todo les empezaban a inquietar las redes sociales. Con el internet cualquier hijo de vecina podía creerse Jacobo Zabłudovsky y empezar a señalar a los responsables de la fuga del Chapo.

—Sigamos por el camino que Pepe ya nos señaló, Valente —conciliador, Carlos le recomendó a Zaqueda, tratando de no verse impositivo—. Hasta el momento nos ha librado de un serio problema y tengo la confianza de que así siga.

—Pienso lo mismo, Carlos. Por lo que ya he dado instrucciones a Carbajal Manero para que lo mande llamar y lo entretenga.

—¡Bien pensado, Valente! ¡Bien pensado! —rumiando en la bocina, el expresidente resopló durante un par de segundos antes de continuar—. Ahora veo necesario montar una cortina de humo parecida a la de hoy. Ya ves que fue

un *hitazo*.

—¿Y qué has pensado?

—Por el momento no mucho, Valente. Pero veo necesario que salgas en diversos medios y toques el tema.

—¿No es correr mucho riesgo? —al escuchar el temor del actual presidente, Nassali guardó silencio para meditar sus opciones—. Me sentiría más cómodo si Rafael da la cara y emitimos una cápsula en la que le reafirme al pueblo mi compromiso de recapturar al capo.

—Me parece bien, Valente —al no tener otra opción, Carlos aceptó la propuesta, no antes de indicarle que le pidiera su opinión a Lorenzana.

A disgusto, Zaqueda le hizo saber que así lo haría y colgó.



**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:16 h

—Ya conté el dinero, licenciado —se escuchó de pronto en el pasillo, en medio de una espesa nube de humo—, está completo.

—Me alegro por ti. Ahora ya te puedes ir a tu casa.

—¿No me necesita para algo más? —dijo solícito.

—No —agregó tajante Castañeda Forti —, son las nueve y media y es tiempo de que te vayas.

—Bueno, pero... si me lo permite me gustaría quedarme otro rato.

—¡Ya te dije que te fueras! ¿No fui claro? —le contestó ahora con los ojos cerrados y la suela del zapato recargada en la pared.

Escuchando los pasos alejarse hasta al elevador, el jurídico empuñó la perilla de la puerta, la giró lentamente y arrojó un cigarro al bote de la basura.

—Todo listo, feo. En cuanto le avise al comandante de traslados que ya tengo en mi escritorio el oficio, vienen por ti y te llevan a tu nuevo hogar. Así que fírmale de una vez —le dijo al acercarle un fólder que contenía varias hojas membretadas y selladas.

—No sabe cómo se lo agradezco, licenciado. En verdad me ha salvado la vida —acertó a decir el michoacano con una sonrisa en los labios.

—Pues me alegra haber podido ayudarte. Ahora que llegues a Puente Grande comunícate con tu abogado de inmediato para que salgas rápido o tardes un poquito, como prefieras.

—Sí, luego luego lo haré. Aquí tiene su pluma. ¿Algo más?

—Es todo. Y te dejo para terminar tu asunto.

—Adelante, licenciado, y muchas gracias —se dieron un firme apretón de manos, Castañeda Forti tomó los documentos y salió del cuarto de interrogatorios.

Sólo le faltaba entregárselos a Benito, el jefe de traslados, para poder irse a su casa con el dinero bien ganado, y lejos de los deseos del ingeniero.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:20

—¡Pensé que a estas horas ya te habrían detenido, compadre! —gritó a todo pulmón Ernesto Palencia Rodríguez al entrar de golpe, sin anunciarse, a la oficina del ingeniero— ¡Y mírate! Sentado, relajado y tomando una copa. ¡Eso es vida, chinga!

—¡No grites, cabrón! ¡Javier está en el baño y se va encabronar! —mirando en todas direcciones, el director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación buscó al subsecretario sin ver rastro de él.

—¿Y lleva mucho tiempo ahí escondido?

—No está escondido.

—¡Bueno! ¿Lleva mucho tiempo cagando? —soltó una carcajada, se encaminó al bar y tomó una copa limpia para servirse de la botella de coñac—. Veo que sigues apostando por tu mentor.

—¿Por qué dices eso, Ernesto?

—¿Por qué más, compadre? No abres todos los días una botella de tres mil dólares, o ¿sí? —sin importarle la cara que había puesto Gabriel Giménez Luna, Palencia Rodríguez cogió, como en otras ocasiones, un habano de la caja de puros y lo encendió dando profundas bocanadas—. ¿Y ya sabes qué te preocupa, compadre? —indagó Ernesto arrojando el humo.

—Sí, Nicolás Silva.

—¿Por lo que ocurrió en Puente Grande?

—¿Qué otra cosa?

—Pues deberías relajarte, si nos hubieran querido chingar ése era el momento y ve, al contrario, terminaron sacando a Guzmán en helicóptero.

—Pues, sí. Pero fue una chingadera que no nos hayan prevenido.

—Te puedo asegurar que ni él sabía que el abogado haría una maniobra así.

—¡No mames, claro que sabía! —aceptando lo dicho por su compadre, Rodríguez le solicitó nuevamente a Giménez que se relajara.

Ya habían ejecutado la parte difícil del plan y ahora restaba lidiar unos días

con la prensa.

—¿Qué es lo que te preocupa, Gabriel? —preguntó Torres Peón al salir del baño con las manos aún mojadas.

—¿Tú sabías que Gómez Manero mandaría a Suárez a Puente Grande, Javier? —le preguntó Ernesto Palencia al verlo salir del baño.

—No. Pero hasta donde he averiguado la indicación vino de López Lorenzana y no del secretario de Seguridad.

—¿Qué opinas de Villalobos? —preguntó ahora el ingeniero.

—¿Del comisario de la PFP?

—Sí.

—Pues, es un hombre de respeto y de línea dura.

—¿Qué tan cabrón es?

—¿Por qué la pregunta, Gabriel? ¿Hay algún problema por lo ocurrido esta tarde en Puente Grande?

—Al momento no. Y esperamos que así sigan las cosas.

—Seguirán, de eso puedes estar seguro. Por algo el presidente lo nombrará el lunes encargado de los Ceferesos a nivel nacional —al sentirse cómodo con esa información, Ernesto Palencia encendió un cigarro y se acomodó en uno de los sillones de piel.

Concluido el tema, Giménez Luna le avisó a su secretaria que necesitaba hablar con Carlos Castañeda Forti, su director jurídico. A esas horas ya había partido desde el aeropuerto de la Ciudad de México el equipo especial de la Secretaría de Seguridad Pública rumbo a Puente Grande, y no tardaría en estar frente a él Luis Becerril Santana y algunos de sus colaboradores detenidos.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:21 h

Al ir viajando en la camioneta del Estado Mayor, acompañado de Manuel Caño, el celular de López Lorenzana comenzó a vibrar y lo apagó al ver que se trataba del presidente.

El abogado sabía que era poco inteligente permitirle a Valente Zaqueda vincularse con él al encontrarse a media operación, y su obligación era protegerlo a pesar de que lo quería ver muerto.

Un descuido a esas alturas podría convertir la bien lograda operación en un problema innecesario.

—¿Pasa algo, Pepe? —preocupado, su guardaespaldas lo cuestionó al ver que colocaba el aparato en el compartimento entre los asientos.

—No, Manuel. Pendejadas de presidente novato.

—¿Él fue quien te marcó?

—¿Tú crees?

—¡Qué, pendejo! —al percatarse de que el sargento había bajado la música para escucharlos, Lorenzana cambió de tema y le comentó a su amigo su inquietud por el hombre que se encontraba detenido en la SIEDO.

De manera puntual y directa, le hizo ver que la encomienda que tenía de entrar a asesinar a Guzmán no era cosa menor y era conveniente saber de dónde vino el encargo. De entrada, el abogado señaló a los Arellano como los que encabezaban la lista, pero estaba consciente que ellos no tenían ni la fuerza ni el poder para arriesgarse de esa manera. Guzmán era un protegido del sistema y socio de los Carrillo Fuentes, y si se lo proponía, el capo podría reunir un ejército que diera muerte a cada uno de ellos en cuestión de meses.

—Había rumores de eso —intervino el militar dejando al abogado estupefacto—. Al principio no se tomaron en serio, pero cuando apareció una libreta en donde venía dibujado un croquis de la ubicación del Chapo dentro de Puente Grande en la casa de uno de los Arellano, se formó un equipo especial para averiguar.

—¿Y?

—Pues no me enteré de más, abogado. El general a quien servía fue jubilado y ya no me enteré de qué pasó.

—¿Y sospechaban de alguien? —de manera abrupta Caño cuestionó al sargento segundo—. Me refiero a quién quería asesinar al capo.

Al ver negar al militar con la cabeza como respuesta, Lorenzana le dio una pequeña palmada en la pierna a su hombre de confianza y tomó un habano de su saco.

El abogado sabía que el militar había hablado de más y la única forma de que continuara haciéndolo sería brindándole algún tipo de seguridad. Por esa razón tomó su celular y se comunicó con el general Claudio Vega para solicitarle que comisionara al teniente Alejandro Aponte Gómez, egresado del Colegio Militar, como personal de su seguridad.

Atento al diálogo de su superior con el abogado, el militar se sintió aliviado tras la indiscreción que había cometido y relajó los hombros.

—Le llama el expresidente Nassali, abogado —a punto de realizarle un interrogatorio al sargento, el aviso de Caño hizo que Lorenzana tomara el celular dejando para otro momento sus preguntas.

—¡Te escucho, Carlos!

—Me comunicó Valente que no le contestaste la llamada, inclusive, apagaste tu celular.

—Fue por seguridad, no me parece adecuado que creemos una vinculación ahora que estamos a media operación.

—Me parece inteligente lo que me dices.

Durante los siguientes cinco minutos Nassali se encargó de ponerlo al tanto del plan mediático que se le había ocurrido. Plan que no avaló y se lo hizo saber a pesar del problema que le podría representar.

Lorenzana le hizo ver al expresidente que los tiempos electorales habían pasado y los errores de Valente, que en su momento causaban gracia al pueblo mexicano, serían tomados ahora como parte de su inexperiencia y lo juzgarían sin piedad.

—A mi parecer lo conveniente es que se mantenga ajeno al problema. Dejemos que Manero y De la Concha enfrenten esta situación.

—¿Y por qué dejas fuera a mi general Vega, Pepe?

—Porque él no está involucrado, señor. Y si le ordena que trace una investigación puede dar con los culpables y lógicamente se sentirá traicionado al

enterarse de todo.

Complacido con las respuestas de su exconsejero, Carlos se despidió y le solicitó que lo mantuviera informado. Sobre todo, le encargó que en su momento se comunicara con Valente y lo orientara sobre la posición que asumiría ante los medios.

Reorientando su postura, el abogado realizó una pregunta al aire con el propósito de que, tanto su guardaespaldas como su ahora chofer oficial contestaran. Era una forma de hacer hablar al militar.

—Para mí la orden de asesinar a Guzmán vino de la gente de Monterrey y no de una persona —indico Caño al fijar su postura.

—¿No te parece que te subes mucho de nivel, Manuel?

—Yo pienso parecido a su amigo, abogado —intervino Aponte Gómez—. Sólo que no concuerdo sobre el grupo al que se refiere.

—¿Tú en quién piensas?

—En la gente de Guadalajara.

Tras escuchar que la tesis del sargento se basaba en una conspiración interna, Lorenzana bajo el vidrio de la camioneta para dejar escapar el humo del puro. A pesar de no haberle dado el golpe en los dos últimos minutos, la acumulación ya lo empezaba a molestar, así que rompió con los protocolos de seguridad.

—¡Pues ya averigüemos quién tiene la razón! —exclamó tras unos segundos de reflexión.

**PUERTO VALLARTA, JALISCO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:25 h

En cuanto Guzmán salió de la ducha ordenó a una de las muchachas del servicio que le fuera sirviendo la cena en lo que él terminaba de vestirse. Por protocolo de seguridad, Jonathan Salas Avilés, mejor conocido como el Fantasma, en cuanto la avioneta aterrizó en Michoacán trasladó a su patrón por diversos caminos para cerciorarse que no eran seguidos por algún satélite americano; ésa fue la razón por la que el capo postergó la hora de asearse. De acuerdo al recuento que hizo Joaquín al estar en la ducha, realizó diez cambios de auto y abordó dos helicópteros para, finalmente, llegar a Puerto Vallarta, donde pudo quitarse la suciedad de años de encierro.

—¿Salas se ha comunicado conmigo?

—No, patrón. Nada aún —pleno, el narcotraficante se acomodó en una de las sillas del comedor y comenzó a picar de los diversos platillos que Eufemia había colocado en la mesa.

«Nada como el whisky», pensó el capo al bajar la copa y ver el color ámbar dentro del envase de vidrio.

Acompañado por su jefe de escoltas, Guzmán trabó una charla con él sobre lo ocurrido ese día. No quería pasar ningún detalle por alto y comenzó a relatar a su hombre las horas de incertidumbre que vivió dentro del penal. A pesar de encontrarse involucrados altos funcionarios, en ningún momento se sintió seguro, y fue hasta que Lorenzana se asomó desde el interior de un helicóptero de la PFP y le hizo señas para que lo abordara, que supo que lograría escapar.

—Creo que sería bueno marcarle y agradecerle todo lo que hizo por mí. ¿No crees, Salas? —sin esperar la respuesta de su jefe de escoltas, Guzmán tomó su celular y le marcó al abogado.

Para su sorpresa, fue hasta el quinto intento que López Lorenzana le contestó, y no en un tono muy amable. Para el abogado era lógico que así fuera, ya que él no se sentía comprometido por tener contacto con el recién fugado. Pero no tuvo otra más que atender su llamado y advertirle que no se comunicara con la señora.

A pesar de que ya lo había hecho, Guzmán le aseguró que no lo haría y le solicitó unos minutos.

—Por eso es que necesitaba hablar contigo y decírtelo —recalcó Joaquín al terminar su largo monólogo—. ¡Pinche Giménez Luna, no tiene nivel para este tipo de asuntos! Por eso fue que, al verte, me sentí seguro. Asuntos como estos tú te los desayunas, y sin tomar café.

—No digas eso, Guzmán. Gabriel fue quien prácticamente hizo toda la parte operativa.

—Si tú lo dices, Pepe.

—Lo digo y lo afirmo.

—¿Entonces no hay diferencia entre ustedes dos?

Aburrido de contestar especulaciones del narcotraficante, Lorenzana decidió ser enfático:

—Sólo hay una cosa que me diferencia del resto, Guzmán, y tú ya deberías saberlo —al escuchar la afirmación, el capo se quedó callado y a la expectativa—. Es justo en estos momentos de presión, cuando todos huyen, que yo sigo adelante.

Emocionado ante esas palabras, el capo alzó su copa y brindó al aire por el hombre que lo tenía comiendo un succulento aguachile acompañado de un Buchanan's.



**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:28 h

—¡Licenciado! —gritó Elena al ver pasar a su jefe frente a ella.

—¿Qué pasó, mujer? ¿Por qué tanto escándalo?

—Un tal Servando Gómez Martínez quiere hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¡Ah, chinga! ¿Y ese güey qué quiere ahora? —se preguntó para sí mismo al colocar las manos sobre el escritorio de su secretaria.

—No me dijo.

—¿Sigue en el cuarto de interrogatorios?

—No, ya está en la camioneta que lo trasladará al aeropuerto de Toluca — dando por finalizada la conversación, Castañeda Forti apretó el asa del portafolio en el que llevaba los dólares y salió presuroso rumbo al estacionamiento.

Le incomodaba la sensación de desconcierto que la noticia le había generado y le urgía saber para qué lo requería el detenido.

—¡Licenciado! ¡Amigo! ¡Acá estoy! —exclamó a todo pulmón Servando al verlo salir del ascensor.

—¡Tranquilo, feo! ¡No grites!

—Es que...

—¿Te madrearon mis muchachos o qué?

—¡No, no es eso! Lo que pasa es que las cosas cambiaron y necesito que me ayude de nuevo.

—¿Yo, ayudarte? ¿De qué hablas? —señalando con la mirada las cámaras de seguridad, el jurídico tomó de la quijada al michoacano y simuló estar revisando que no tuviera golpes—. Pues estás limpio.

—Sí, pero...

—¿Entonces en qué te puedo ayudar?

Consciente de que eran observados por las cámaras, el detenido le comentó

al licenciado que estaba dispuesto a cooperar con ellos, pero sólo con él hablaría.

—¡A ver, Benito!

—Sí, licenciado.

—Bájame a este cabrón de la camioneta y llévalo al cuarto de interrogatorios. Parece ser que finalmente hablará.

—¿Entonces cancelo el traslado?

—¡No, aguanta! Primero déjame ver qué tan dispuesto está a cooperar este compa.

—Como usted ordene —viendo pasar a Servando frente a él, Castañeda Forti intentó adivinar qué había sucedido para que lo mandara llamar.

Era un hecho que tenía un asunto pendiente en Puente Grande, porque pagó para ser ingresado y, ahora, estaba dispuesto a perder el dinero.

—¿Tú qué piensas, Benito? ¿Por qué crees que al puto le dio por cooperar? —le preguntó al comandante de traslados a medio pasillo.

—Para serle honesto, no sé. Este güey es diferente a los narcos que conozco.

—Aventúrate y dime qué piensas.

—Algo pasó y eso es seguro. Cuando fui al cuarto por él hasta podría jurarle que iba satisfecho.

—¿Contento, dirás?

—¡No, fíjese que no! Iba satisfecho, como si hubiera logrado conseguir algo que ya daba por perdido.

Sin poder ocultar su enojo, el director general de Asuntos Jurídicos de la PFP se adelantó un par de pasos y empujó al detenido al interior del cuarto, provocando que se golpeará la cabeza con la pared acojinada.

—¿Ahora sí me vas a decir qué te traes, hijo de la chingada? —gritó molesto en cuanto colocó el seguro de la puerta—. ¿Qué pendejada fue esa de hablarme tan de cuates frente a mi gente? Si lo que buscas es chingarme por lo del dinero, de una vez te advierto que ya te la pelaste, güey.

—¡Tranquilo, licenciado! ¡Tranquilo!

—¡Qué tranquilo ni qué la chingada, feo! A mí tú no me...

—¡Nada de lo que usted piensa es verdad! Si le hablé de esa manera fue por mi desesperación.

—¿Y ahora qué quieres?

—Las cosas cambiaron y ahora quiero irme.

—¡No mames! ¡Esto no es un internado de niñas para que entres y salgas

cuando se te dé la chingada gana! Aquí tratamos asuntos federales y la cosa no es tan fácil. Hay mucha gente supervisando lo que nosotros hacemos.

Atento a las observaciones, Servando entendió que las cosas no se arreglaban como en su tierra.

—Allá en tu pueblo tal vez todo se pueda, pero aquí, ni madres.

Después de una breve lección sobre los diversos tipos de justicia en el país, el michoacano comprendió que en el centro, a pesar de ser los más corruptos de todos, los *business* se hacían con más cuidado.

—Pero...

—Acá nunca falta el envidioso que va de chismoso con el jefe, en el mejor de los casos, o directamente con los periodistas a venderles la nota, ¿comprendes? Por eso los costos son más altos y las posibilidades de librarla, pocas. En Ciudad Juárez, por poner un ejemplo, con diez o quince mil dólares la libras si te detienen por echarte a un cristiano; en cambio, en la capital, el precio se duplica o, como sucede la mayoría de las veces, el abogado te deja sin un peso con base en promesas incumplidas.

—Pero como usted lo dijo, hay que saber pedir un favor y yo se lo estoy pidiendo de rodillas. Y si quiere que me hinque, lo hago.

Al escuchar el ofrecimiento del detenido, Castañeda Forti le ordenó tomar asiento y le ofreció uno de sus cigarros.

—¿En verdad te quieres ir, mano? —le preguntó al sospechar que Gómez Martínez ya sabía que Guzmán se había fugado.

—Sí, licenciado.

—¿Estás seguro? ¿No piensas regresarte en cuanto veas la calle?

—Le juro que no.

—¡Bueno! Vamos a ver si es cierto que te quieres ir o es puro cuento el tuyo y...

—¡No, no es...!

—¡Para empezar, no me interrumpas, feo! Estoy seguro de que sabes cuándo debes callar y cuándo debes hablar, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues entonces cuéntame quién te contrató para ir a Puente Grande y matar a Guzmán —al escuchar la pregunta, Gómez Martínez pensó que Castañeda Forti ya tenía la respuesta y sólo estaba corroborando qué tan honesto estaba siendo con él.

—Le dicen el Mataamigos.

—¿Osiel?

—Sí.

—¿Lo conoces en persona?

—Sí.

—¿Cómo dices? No te escuché.

—Sí, licenciado.

—¿Y quién más está involucrado?

—Mi patrón.

—¿Ya empezamos con pendejadas, feo? —lo cuestionó Castañeda Forti con la mirada franca y la boca reseca.

Molesto por el mote que el licenciado le repetía con insistencia, Servando comenzó a hacer nuevamente el incómodo ruido con sus dedos en la mesa. Nadie que lo había llamado «feo» seguía con vida, y ahora tenía que aguantarse para poder conseguir su libertad.

—Mi patrón sólo me contacta por teléfono, y asimismo fue que recibí la orden —ante la negativa que mostraba el michoacano por delatar al resto de las personas que lo habían empleado, el jurídico le ordenó que escribiera en una hoja los datos y nombres que recordara, mientras él iba a su oficina a realizar unas llamadas.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:30

—¡Lo que faltaba! —incrédulo, Lorenzana gritó al ver en la pantalla del celular el número de Miriam Gunsáh—. ¡Cuelgo con uno y sigue el otro!

Al asumir su papel como espectador, Manuel Caño guardó silencio y observó a su jefe apretar, molesto, el aparato.

—Bueno.

—Buenas noches, Pepe —de manera formal, lo saludó la coordinadora de Presidencia—. ¿Estás ocupado?

—Buenas noches, Miriam —utilizando un tono agradable, el abogado corrigió su postura ante la actitud diplomática de ella—. Dime, ¿en qué te puedo servir?

Sin rodeos, la señora le hizo ver que la interrupción tenía la finalidad de agradecerle sus atenciones. En primer lugar, le hizo saber que tenía en su poder cinco millones de dólares que el capo le encargó para que se los entregara como bono. De ahí pasó a comunicarle que el presidente se encontraba muy contento por su gran labor.

Al escuchar la forma en que Miriam trataba de engatusarlo, Lorenzana puso el altavoz para que sus acompañantes la escucharan. Tenía la firme intención de divertirse un poco y no quería hacerlo solo.

—Tú me dirás si pasas por el dinero aquí a tu casa o si quieres que te los deposite en alguna cuenta bancaria.

—Si no es molestia, preferiría que me los depositara, Miriam.

—¡Claro, Pepe! ¡Cuál molestia! Sólo mándame el número de cuenta.

—La cuenta ya la tiene el presidente.

—Entonces me gustaría que me ayudaras con un asunto más, Pepe.

Al ver que había caído en su propia trampa, la señora guardó el júbilo y dijo de manera muy seria su verdadero interés al llamarlo:

—Valente está preocupado por lo de la fuga, y me ha dicho que si las cosas se complican tengo que entregarle a Joaquín. Algo que, tú entenderás, me es

imposible.

—¿Por qué le es imposible? Digo, técnicamente ya cumplió y lo puso en libertad, ahora si es recapturado no es problema suyo.

—No es tan fácil, Pepe.

—¿Qué le parece si me dice las cosas claras para poder ayudarla? —contundente al proceder, Lorenzana acotó los caminos que ella pudiera tomar.

Presuroso, el abogado quitó el altavoz y se colocó los audífonos para que, aparte de él, nadie escuchara lo que la futura primera dama le confesaba. Con cautela, en el par de preguntas que le hizo logró averiguar qué tan estrechos eran los lazos familiares que los unían y el compromiso que ella sentía hacía el capo.

Fue en ese momento que Lorenzana confirmó que era ella quien lo quería ver muerto.

—No le prometo nada respecto al presidente, Miriam. Pero sí le digo que haré lo que esté en mis manos para amortizar el golpe mediático.

—Pero, Pepe...

—Hace aproximadamente una hora envié un comunicado a los medios haciéndoles saber sobre la fuga del Joaquín. En dicha emisiva responsabilizo al director del penal y a un par de presos cercanos al mismo capo.

—¿Crees que con eso bastará?

—Entre menos ruido hagamos, mejor. Como se lo dije al expresidente, lo mejor es dejar que los diarios especulen, claro, mientras no empiecen a arrojar nombres a lo pendejo. Si eso hacen, empezaremos a meter a cabrones a la cárcel.

—¿Y qué te dijo Carlos?

—Está de acuerdo conmigo.

—Entonces no se hable más, queda todo en tus manos.

—Es lo mejor.

—Y sobre el dinero...

—No se preocupe, Miriam. Ya llegará en su momento la confirmación del depósito.

—De eso puedes estar seguro, Pepe —agradeciendo el detalle de la llamada, López Lorenzana se despidió de la recién nombrada vocera de la presidencia.

En él existía el deseo de no volver a tener tratos ni con ella ni con Valente Zaqueda.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:32 h

Enojado, Gabriel Giménez Luna tomó el teléfono antes de que volviera a sonar y preguntó de mala gana quién era. Al escuchar que se trataba del secretario de la señora pensó en disculparse, pero rápidamente advirtió que complicaría más las cosas, por lo que optó por escuchar el motivo de su llamada.

En segundos, Roberto le informó que Miriam no acudiría a la reunión programada, pero le mandaba a decir que contaba con su apoyo para lo que necesitara. Sin perder el optimismo, el atractivo joven rubio y de ojos azules le insistió en diversas ocasiones que ella confiaba en él y que no hiciera caso a las quejas y locuras que Javier Torres Peón le había hecho.

—Así lo haré, licenciado.

Sin deseos de seguir hablando con el secretario de la señora, Giménez Luna colocó la bocina en su lugar y se instaló frente al subsecretario de Seguridad Pública.

—¿Dime qué necesitas? —le preguntó a su mentor con voz sumisa y conciliadora.

Sin desviar la mirada al escuchar la pregunta, que más bien le parecía una súplica, Torres Peón resopló hasta que se sintió relajado y, sobre todo, complacido.

—Mira, Gabriel, si acepté participar en la fuga del Chapo Guzmán fue porque tú me aseguraste que todos estaban de acuerdo. Incluso, me mencionaste al mismo presidente, y tú y yo sabemos que fue su mujer la involucrada.

—Veinte millones de dólares que se le depositaron en su cuenta bancaria la involucran más que a alguno de nosotros, Javier.

—¿Tú crees que eso le importa a ella? Se ve que no la conoces. Esa mujer está ciega de poder.

—¡Como todos, Javier! Y claro que la conozco y sé lo que es capaz de hacer.

—¿Entonces?

—¿Olvidas que ella le propuso el negocio a Alemán y éste a mí?

—Entonces eso sí es verdad.

—Siempre lo fue.

—Pensé que era otra de tus mentiras.

—Yo no te he mentado, tú que te haces de ideas raras —después de escuchar la seguridad con la que le hablaba quien un día fue su protegido, al subsecretario no le quedó otra más que tratar de darle una disculpa, la que nunca se escuchó en la oficina, ya que el ingeniero le propuso un brindis para superar el incómodo momento.

—¿Y qué has pensado de la prensa?

—La prensa no me preocupa, con unas migajas que les aventemos cierran el pico.

—Entonces tenemos de qué preocuparnos, ¿o no?

—Antes de que te responda dime, ¿a ti qué te preocupa, Gabriel?

—Los olvidos —contestó tras pensar su respuesta un momento—. Hemos dejado al margen a un par de funcionarios, y eso no es nada bueno.

—¿Personas con poder?

—Sin duda, Javier. Aunque el poder de ellos es nada en comparación al nuestro si permanecemos juntos —moviendo la cabeza un par de veces, el subsecretario de Seguridad Pública le hizo saber que apoyaría sus decisiones.

Complacido, el ingeniero se levantó del asiento y caminó hasta su escritorio en busca del teléfono. Había pasado casi media hora y Castañeda Forti no había respondido a su llamado.

—¿Y Carlos, Alicia?

—Ya le avisé a su secretaria y lo está buscando.

—¿Cómo que le avisó?

—Sí, le dije que a usted le urgía hablar con él.

—¡Pues sí, me urge! Así que también vaya a buscarlo y no regrese sin él —le ordenó Giménez Luna, furioso, antes de azotar la bocina y colgar.



**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:35 h

Evadiendo a su secretaria, Castañeda Forti se refugió en su despacho y metió con dificultad los fajos de dólares en la pequeña bóveda escondida detrás de la fotografía del presidente de México. Necesitaba deshacerse temporalmente del lastre antes de llamar por teléfono al abogado y preguntarle en cuánto tiempo llegaba.

Al no ser contestada su llamada, colocó la bocina en el aparato y se dirigió al cuarto de interrogatorios, no sin antes escuchar en voz de su secretaria que era solicitado por Gabriel Giménez Luna en su oficina.

—Aquí tiene, licenciado. Anoté todo lo que pude recordar —le indicó Servando al verlo entrar.

Con severidad, Castañeda Forti dejó la hoja en el escritorio y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa; sin que el detenido sospechara, buscaba las palabras correctas que dieran pauta a un diálogo más abierto entre ellos.

—¿Te enteraste de que Guzmán ya no estaba en Puente Grande, feo? —lo cuestionó finalmente—. ¡Te estoy haciendo una pregunta y no es para que te me quedes viendo como pendejo!

—Escuché por la radio de la troca cuando me estaban subiendo —contestó para no causarse más problemas.

—¿Qué escuchaste?

—Eso, que el Chapo se había fugado de Puente Grande.

—Por eso empezaste a gritarle al comandante que necesitabas hablar conmigo, ¿verdad?

—Así es.

Castañeda Forti encendió otro cigarro y siguió caminando en círculos por toda la habitación. No podía tomar a la ligera la decisión de avalar a Servando Gómez Martínez con López Lorenzana y sabía el riesgo que corría si se equivocaba.

—¿Y usted sabe cómo se escapó? —cuestionó de la nada el michoacano.

—Al igual que tú, me acabo de enterar, feo —sin postergar la lectura de la hoja entregada, el licenciado levantó el papel y comenzó a leerlo.

Sorprendió de ver nombres de altos funcionarios, salió de su error al suponer que sólo los Arellano querían ver muerto a Guzmán. Sólo había un detalle que lo tenía confundido, y era que Servando mencionaba que en algunas reuniones había participado el cardenal de Guadalajara.

«¿Qué hacía usted con esa gente, como mi querido Iñaqui?», se preguntó antes de salir de la habitación y dirigirse al elevador. «¿Qué chingados me oculta este cabrón de Servando?».

—¿Sube, licenciado? —averiguó uno de los dos agentes al abrirse la puerta.

—¿Perdón?

—¿Que si sube?

—¡Ah, sí! —acompañado por los ministeriales, en siete de los ocho pisos para llegar a la oficina del ingeniero, Carlos prefirió olvidarse del michoacano y recordó, con los ojos abiertos y recargado en la fría pared de metal, el encuentro sexual que tuvo con su amante por la mañana...

### **ESE MISMO DÍA, MÁS TEMPRANO**

—¿Algún pendiente, Elena? —le pregunté al pasar frente a ella.

—Sí, licenciado —me contestó mientras saludaba al resto del personal.

—Entonces, pásale a mi oficina.

Ella no sospechaba que yo estaba muy excitado y necesitaba cogérmela antes de empezar a revisar los asuntos rezagados.

—¿Se puede, Carlos? —me preguntó al golpear suavemente la puerta con sus nudillos.

—Pásale y sírveme un trago —le ordené—. Y pon el seguro.

—¿Ya tan temprano vas a beber? —me cuestionó sin recibir respuesta—. ¿Lo quieres en las rocas?

—Sólo agua.

Viéndola caminar hasta el servibar, me froté la verga con la mano sobre el pantalón, mientras ella servía una onza de whisky en el vaso.

—Aquí tienes.

Sujeté su mano para no dejarla ir, la senté sobre mis piernas y comencé a besar su cuello. Lentamente coloqué la mano entre sus muslos y le pregunté si se había puesto el perfume que le había regalado o era el olor de su ano lo que provocaba que se me pusiera dura.

—No usé tu perfume —me susurró, acaricié sus senos y la tomé del cabello con agresividad, conduje sus labios hasta el cierre del pantalón, le indiqué que me desabrochara el cinturón y que bajara el zíper lentamente. Antes de que empezara a chupármela con sus suaves labios, quería que humedeciera mi calzón con la lengua.

Obligándome a cerrar los ojos con sus ríspidas mordidas en la punta del pene, logró que mi erección fuera más rígida y clavó sus uñas en mis testículos para sostenerla. Excitado por la manipulación efectiva, tomé del cajón del escritorio uno de los dildos y con un movimiento instalé a Elena con las nalgas al aire y empecé a darle unos fuetazos a su desnudo culo antes de meterle la verga de tajo. Una vez más le mostraría la técnica que se empleaba para lograr un orgasmo anal.

—¡Así, hijo de tu pinche madre! ¡Quiero llenarte el pito de mierda! —gritó cuando empecé a realizar un ocho dentro de su estrecho culo de adolescente—.

¡Así, no pares! —se escuchaba una tormenta de gemidos convulsionando la oficina, le apreté con todas mis fuerzas las tetas hasta que la vi caer casi desmayada por el orgasmo que le había provocado.

Mientras ella recuperaba el aliento y yo me abrochaba el pantalón, le recordé que tenía que buscarse una excusa con su marido para no llegar a casa, pues ya había alquilado una habitación en el Camino Real para esa noche, así como el servicio de cena romántica que brinda el lugar.

—Pero, ¿qué le digo? —me preguntó angustiada, con los pezones aún erectos recargados en la madera de mi escritorio.

—Tú sabrás, yo sólo te la meto —alcancé a responderle antes de cerrar la puerta de mi despacho y tomar camino con dirección al cuarto de interrogatorios para ver al detenido que acababa de llegar.

En cuanto bajó del elevador y pisó la alfombra que vestía la recepción, Castañeda Forti acechó la oficina de su jefe antes de avanzar lentamente en dirección al escritorio de la voluptuosa secretaria, celadora del despacho del ingeniero.

No tuvo que darle muchas vueltas, estaba casi seguro de que le informarían de la fuga del Chapo.

—Alicia, ¿está tu jefe?

—¡Licenciado Carlos! ¡Qué bueno que lo veo! En este momento me disponía a ir a buscarlo.

—Pues aquí me tienes.

—Ahorita lo anuncio —ocultando su alegría, ella tomó el intercomunicador para avisarle a su jefe que el director general de Asuntos Jurídicos se encontraba a su lado.

Un segundo después, se escuchó que el seguro de la puerta se descorría.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó Gabriel Giménez Luna molesto al verlo entrar a su oficina con un retraso de media hora.

—Lo siento, ingeniero. Pero aquí me tiene para lo que ordene.

—Siéntate —obedeciendo a su superior, Castañeda Forti se acomodó en una de las sillas frente al escritorio y aguardó con la pierna cruzada a que le dictaran las órdenes que ejecutaría.

Lo ocurrido en Puente Grande le beneficiaba doblemente y le facilitaba dejar en libertad a Gómez Martínez.

—¿Y ya saludaste al señor subsecretario? —le preguntó el ingeniero al darse cuenta de que no había notado su presencia.

—¡Lo siento, licenciado! —exclamó alarmado—. No lo vi al entrar. ¿Cómo está usted?

—¡Bien, bien! Pero no es necesario que se levante.

—Bueno, ¿y en dónde andas que no te reportas? —preguntó nuevamente Giménez Luna ante el desprecio que le hacían a su subalterno.

—En el cuarto de interrogatorios.

—No sabía que había alguien ahí.

—Sí, señor. Un michoacano que arrestaron los de tránsito y se lo pasaron a los muchachos.

—¿Por qué motivo? —cuestionó con curiosidad.

—Traía un kilo de marihuana cuando lo detuvieron —contestó con el mayor desinterés posible.

Extrañado porque los federales no le pidieron dinero o le quitaron la droga para cobrarse con ella su libertad, Giménez Luna alzó su copa y le dio un corto sorbo.

En algunas ocasiones un poco de alcohol le había ayudado a encontrar las respuestas, pero desgraciadamente esta vez no era una de ellas.

—¿Y no te ha ofrecido dinero?

—Poco.

—¿Cuánto?

—Veinte mil pesos.

—Al menos te ofreció más de lo que cuesta en su tierra un kilo de mota —contestó a carcajada suelta el ingeniero—. Ve y echa a la calle a ese vago y regresas. Necesito hablar contigo, pero antes quiero ese cuarto desocupado.

—¿Le pido los veinte? —sin que fuera necesaria una contestación directa, la mirada y los gestos de su jefe le dieron la respuesta que esperaba, gracias a que conocía su forma de pensar, desde que trabajaban en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional, Castañeda Forti no se equivocó al preguntarle si tomaba el dinero, como tampoco en la cantidad ofrecida por Gómez Martínez, cualquier cifra en dólares que hubiera dicho lo tendría ahora contra la pared.

—Con su permiso, regreso.

—¡No tardes, licenciado! —gritó el ingeniero al ver desaparecer a su subalterno.

**CIUDAD DE MÉXICO. 19 DE ENERO DEL 2001**

23:40 h

Para estupor de López Lorenzana, al cruzar por Circuito Interior, justo donde se encuentra la entrada al bosque de Chapultepec, el celular comenzó a vibrar nuevamente. No era algo inusual, pero al ver que se trataba del número de Isabel su corazón comenzó a latir con fuerza.

—¡Hola! —respondió emocionado—. ¿Cómo estás, mi amor?

—¿Cuándo regresas, Pepe? Te extraño —al escucharla hablar de esa manera, Lorenzana sintió deseos de cambiar de rumbo e ir al aeropuerto a tomar el primer vuelo que saliera a España—. Discúlpame por colgarte, pero...

—Entiendo, y pronto nos veremos —a pesar de contar con boletos de avión para el día siguiente, el abogado prefirió ser prudente y no brindarle esperanzas que pudieran frustrarse por una eventualidad—. Tú también me haces mucha falta.

—Fui una tonta, bebé. Debí irme contigo a México.

—No te recrimines, amor. Pronto estaremos juntos. ¿O quieres venir? —a pesar de no estar en las mejores circunstancias, Lorenzana insistió, para evitar que ella se hiciera de ideas absurdas.

—Ya te dije que no puedo dejar a mi hermana y a mi mamá solas.

—No estarán solas, Isabel.

—¿Cómo dices eso cuando yo estaré a doce horas de vuelo?

—Dejaré gente cuidándolas.

—No es lo mismo, bebé.

—Isabel, de cualquier modo, tu familia vive a siete horas.

—Sí, pero... —al darse cuenta de que caían en el mismo abismo de la noche anterior a su partida a tierra azteca, el abogado cedió y permaneció callado.

La llamada había sido una grata sorpresa y no pensaba arruinarla con una discusión sin sentido. Se sabía enamorado de ella, y si las cosas resultaban como las había planeado, en uno o dos días estarían juntos.

—En cuanto sepas qué día vienes, házmelo saber, bebé —le indicó Isabel con el mismo tono dulce del inicio de la llamada—. Por lo pronto seguiré en mi departamento.

A pesar de no estar de acuerdo con la decisión de su pareja, Lorenzana no hizo comentario alguno y se limitó a responder lo que ella deseaba escuchar. Conforme, Isabel le contó que el día anterior había asistido a La Cala a tomar café por los dos y había empezado a leer la misma novela que él. Sin que el abogado le preguntara, le dijo que le parecía un poco aburrida, pero muy romántica. Cuando ella le hizo saber que su amigo Pedro la había acompañado, las cosas se volvieron a complicar. Lorenzana sentía que el tipo era más que eso, o había sido más que eso, y le molestaba saber que se encontraba cerca de ella. La única vez que convivieron fue el día en que Isabel hizo una pequeña reunión para presentarlo como su novio. Al abogado le bastó ver la forma en que él la miraba para saber que algo estaba mal.

—¿Cómo que se está quedando en tu departamento?

—Sólo será por un par de días. No exageres, bebé.

—Pues no me parece, Isabel. Así que toma tus cosas y vete a quedar a la casa —le ordenó con toda autoridad.

—¡Ya te dije que no pienso ir a quedarme! —le refutó—. Y Pedro es mi amigo, así que deja de alucinar. Bien sabes que es casado y yo jamás me metería con un hombre casado.

—¿Es en serio lo que me estás diciendo?

Sin articular otra palabra, Isabel colgó nuevamente dejando a López Lorenzana con el teléfono en la mano.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:00 h

—¿Todo bien, licenciado? —preguntó Servando Gómez cuando vio entrar a Carlos a la habitación.

—Sí, feo.

—¿Seguro, licenciado?

—Si te lo estoy diciendo, ¿por qué insistes?

—Si es por dinero, dígame cuánto quiere y lo arreglamos.

Sin contestarle, Castañeda Forti indicó a sus muchachos que se llevaran de la mesa todos los objetos que estaban prohibidos.

En cualquier momento el consejero personal del presidente podía hacer su aparición y necesitaba que todo estuviera en orden.

—Viene a verte uno de los de arriba —le aclaró finalmente al detenido.

—¿El procurador?

—Mucho más arriba.

—No entiendo, ¿por qué alguien tan importante viene a verme?

—Yo lo llamé —sorprendido por la afirmación, Servando buscó un cigarro en la mesa, pero no lo encontró.

El michoacano olvidó que los agentes los habían recogido minutos antes y empezó a respirar agitadamente, mientras el sudor aparecía en su frente.

—Y se puede saber para qué lo llamó, licenciado.

—Es una sorpresa, feo. Tú tranquilo, que si eres quien dices ser te va ir muy bien.

—Pero...

—¡Tú tranquilo! ¿Te sirvo más café? —le preguntó Castañeda Forti obligando al detenido a realizar una pausa en el concierto de uñas que realizaba en la superficie de la mesa.

—¿Cómo dice?

—Que si quieres café...



—Pues si me regala un poco, se lo acepto —Castañeda Forti ordenó a través del radio un par de cafés a uno de sus agentes, pues se percató de que era un buen momento para hacerle plática al michoacano y averiguar un poco más sobre su vida.

—Ten, fúmatelo. No es bueno que andes así —le ordenó y le entregó su cigarro encendido.

—¿Cómo?

—¡Que te alivianes! —tras darle una profunda fumada al John Player Special, Servando perdió la postura en la silla y exhaló largamente—. ¿Y cómo fue que empezaste en estos *business*, feo? —le preguntó de pronto Castañeda Forti al verlo distraído.

—¿Cuáles? —contestó un tanto a la defensiva.

—¿Fue en tu pueblo o dónde?

—No sé a qué te refieres, licenciado.

—¿En dónde comenzaste a andar de sicario?

—¿Cómo?

—Lo que oíste —al ver los ojos del director general de Asuntos Jurídicos de la PFP, el michoacano entendió que podía meterse en un problema si trataba de engañarlo.

—En mi pueblo, Arteaga.

—Y has de ser muy bueno en tu oficio, ¿no?

—¿Por qué lo cree, licenciado? —interrogó el michoacano con gran curiosidad.

—Pues te contrataron para matar al Señor 3.

—El dinero manda, licenciado. Además, por ese trabajo me van a pagar muchos dólares.

—¿Y cuánto llevas trabajando para el narco?

—¡Yo no trabajo para el narco! ¡Ya se lo dije! —subiendo el tono de voz, Servando le rectificó lo dicho.

—¿Entonces?

—Trabajo para el que me contrate —contestó el michoacano con un tono humorístico que hizo sonreír a Castañeda Forti—. Oiga, licenciado, ¿y por qué tanta pregunta?

—Curiosidad —le dijo tajante—. ¿No puedo?

—De que puede, puede... —al hablar, el michoacano se veía pensativo y

Castañeda Forti tomó un cigarro de la cajetilla que guardaba en la bolsa de su saco y lo encendió.

—Por acá han pasado matones de todo tipo, feo —con tono conciliador, el director jurídico le comenzó a hablar—. Cabrones con mucha historia, novatos, mugrosos, adictos, niños ricos, etcétera. Pero, a diferencia tuya, estaban bien pinches locos —pronunció al dejar el filtro sobre el cenicero.

—Chilangos, ¿no?

—¡Puro loco!

—Por eso, chilangos —insistió Servando retándolo.

El jurídico miró fijamente al detenido, sacó una pastilla y la empezó a masticar con los dientes de enfrente. No encontraba motivo ni razón para tratar de etiquetar a los capitalinos de esa manera.

—¿Qué te traes contra los chilangos, feo?

—¿Yo? Nada, licenciado.

—¿Entonces por qué te expresas de ellos tan despectivamente?

—Le digo que son chilangos porque los que andan en estos jales y están bien locos, son puro puto de la capital —escuchando aquella respuesta ofensiva Castañeda Forti prefirió callar a emitir una serie de insultos en contra de aquel provinciano.

Sabía que tenía un motivo real para defenderse y la sangre lo obligaba a justificarse, pero prefirió dejarle claro que esas conductas alteradas son ocasionadas por el estrés tan alto en el que viven.

—Es lógico que viniendo de un pueblo que apenas aparece en el mapa te cueste trabajo entender el ritmo tan desquiciante en el que vivimos, feo. Pero sabes, a veces la locura es saludable.

—¿Usted cree?

—Te lo aseguro, si no, pregúntate por qué te voy a dejar ir. Al rato cabe la posibilidad de que te paguen por matarme, ¿no? —en silencio y sin saber qué contestar, el detenido se quedó mirando la mesa.

Servando nunca pensó que su comentario fuera tomado como una ofensa y antes de disculparse prefirió hablar de sus inicios como sicario.

—¿Quiere saber cómo empecé en esto, licenciado?

—Claro —contestó Castañeda Forti, sorprendido.

—Pero sería una plática informal, ¿no?

—Seguro.

—Pues si manda apagar las cámaras le cuento. Total, pronto me iré de aquí, ¿no?

Atendiendo la demanda del detenido, el director general de Asuntos Jurídicos dio la instrucción de apagar el sistema de vigilancia, así como el de audio.

Inseguro, Servando tomó la pluma del licenciado y empezó a apretarla nerviosamente. No le era fácil abrir un aspecto de su vida que pocos conocían, menos, hacerlo ante una persona que pertenecía al bando contrario.

—Como a los cinco o seis años fue que tomé por primera vez un arma, eso sí, me volví un profesional a los trece —sin ataduras o tapujos, Servando empezó a hablar de sus inicios como sicario—. Por cosas de la edad, como iba a la secundaria, los primeros dos años sólo atendí asuntos en mi tierra.

—¿Y a qué edad fue tu primera ejecución?

—Le digo que a los trece —repitió el michoacano un segundo antes de inclinarse a tomar un cigarro de la cajetilla que, por descuido, Castañeda Forti había dejado sobre la mesa.

Servando sabía que un requisito básico para ser un sicario era el anonimato y no le era fácil desnudarse ante un policía, aunque se tratara de una charla informal.

—¿Todo en orden, feo? —le preguntó ante el prolongado silencio.

—Sí, sólo estaba recordando para contarle bien.

Aceptando la justificación del sicario, buscó darle tiempo para que no se sintiera presionado.

—¿Y las cosas se te dieron fáciles?

—¿Fáciles? —preguntó Servando de manera sarcástica.

—¿A poco no?

—¡No, para nada, al contrario, me fue re difícil meterme al negocio! Más porque había cabrones a los que no les importaba jugársela por unos pocos dólares y, pues, pasaban a chingar a uno —lo encaró.

—¿Y ahora ya no es así?

—Claro que sí, licenciado. Ahora hay más pendejos metidos en esto y todo por ganarse un par de miles que ni para un entierro digno alcanzan —replicó el michoacano, sin darse tiempo de pasar el humo del cigarro—. Pero yo tengo mi historia en esto, y pues no me afecta, además, los batos de ahora hacen chingo de pendejadas que los terminan llevando al panteón.

—¿Como qué pendejadas, feo?

—Pues, no se rigen bajo el código y la cagan todo el tiempo.

—¿O sea que tienen un código?

—¡Sí, claro! Pero sólo los que somos sicarios de verdad lo conocemos. El resto es pura indiada que se anda robando las pertenencias del difunto o se ponen a vender droga —al escuchar un par de golpes en la puerta, Castañeda Forti interrumpió la plática y caminó a abrirla con cierta tranquilidad.

Gracias a que el radio no había sonado, sabía que no se trataba del consejero presidencial.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:01 h

—¿A qué hora partió el avión rumbo a Guadalajara, Ernesto? —averiguó Giménez Luna al integrarse a la charla.

—A las once de la noche.

—¿Y ya sabes qué vamos a hacer con Luis Becerril Santana, Gabriel?

—Refundirlo —gritó enardecido Javier Peón, mientras se despegaba del sillón violentamente.

—Dejarlo ir —replicó serenamente Ernesto Palencia Rodríguez.

—¡Ese hijo de su puta madre de Santana me traicionó!

—¿Cómo te traicionó si ni enterado estaba el pobre pendejo?

—¡No me refiero al asunto del Chapo!

—¿Entonces a qué? —interrumpió involuntariamente Castañeda Forti, cometiendo un gran error.

Sintiendo las miradas de los tres funcionarios sobre él, Carlos no tuvo otra más que agachar la vista y esperar a que su jefe lo salvara.

—¡Cálmate, Javier! Al final de cuentas el plan era para que Guzmán se fugara y lo conseguimos —indicó el ingeniero rompiendo con el molesto silencio que se había creado.

—Pero a ese puto lo quiero en la cárcel.

—¿Quieres meter a un inocente que además nos ayudó sin saberlo? —agregó Palencia Rodríguez y tomó la botella para rellenar su copa.

Molesto al no sentirse escuchado, Torres Peón golpeó un par de veces el respaldo de su sillón y finalmente estiró su copa en dirección al director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación, para que la llenara.

—Mira, Javier, vamos a calmarnos porque el pleito no es entre nosotros —intervino nuevamente Gabriel Giménez Luna para tranquilizar a los presentes—. Si quieres a Becerril Santana en la cárcel, te vamos a apoyar.

—¡Al fin alguien sensato! —profirió el subsecretario de Seguridad Pública dejando escapar el estrés.

—Por cierto, la señora mandó a decir con su secretario que si necesitamos algo, cualquier cosa, se lo hagamos saber para que nos ayude —agregó Giménez Luna aprovechando el momento de tranquilidad que vivían.

—¿Es decir que no viene? —preguntó Ernesto Palencia.

—No, no viene.

—¡Ya esperaba una mamada así! —agregó molesto al escuchar la noticia—. ¡Ese tipo de chingaderas son su especialidad! —insistió.

—Yo no veo ningún problema porque no venga, Ernesto. Así que mejor cálmate.

—Sí, ya veo que te sientes muy seguro.

—En esta vida lo único seguro es la muerte, Ernesto —al dejar sin argumentos a su compadre, Giménez Luna les propuso a los otros dos funcionarios que se dieran unos minutos de paz.

Aceptando la oferta, Tello Peón comenzó a platicar viejas historias familiares, hasta que a la botella se le vio el fondo.

—Nadie como Juana para hacer esas chambas, en verdad era una diosa —de pronto dijo Palencia Rodríguez con la mirada puesta en el pasado—. ¿O no, compadre?

—¿Juana la Tabasqueña? —se cercioró Luna.

—¡La misma culona con chichis de avispa! —en ese momento, dejando a sus dos acompañantes absortos, Torres Peón soltó una carcajada abierta.

—Lo siento, señores —les confesó finalmente Javier al controlar su risa—, ocurre que la mujer de la que hablan es la hermana de mi señora y pues no pude controlarme.

—¿Cómo dices? —preguntó atónito Giménez Luna mientras se incorporaba.

—¡La Tabasqueña, la culona y con chichis de avispa, es mi cuñada! —abatidos por la revelación que Torres Peón les hacía, los dos hombres se miraron buscando ayuda mutua.

Nunca esperaron que la susodicha fuera pariente del subsecretario de Seguridad Pública y sabían que estaban metidos en un serio problema.

—¡Oye, Javier! ¿Y no te estarás confundiendo? —le preguntó Palencia Rodríguez mientras sacaba una foto de su cartera y se la mostraba.

Al ver la foto de su cuñada con todo y dedicatoria, Tello Peón casi se ahoga con el tequila y tosía descontroladamente, por no escupirlo y que cayera sobre

alguno de sus compañeros, retuvo el líquido en la garganta hasta que terminó yéndoselo chueco.

—¿Te encuentras bien, Javier? —le preguntó el ingeniero un tanto preocupado por el semblante que tenía—. ¿Quieres un poco de agua?

Indicándole con la mano derecha que se encontraba bien, él mismo se dio un par de palmadas en el pecho para dejar de toser.

—Disculpen —pronunció al normalizar la respiración—. Ahora sí me hicieron reír como hace tiempo nadie lo hacía.

—Pues una disculpa de antemano, Javier. Te juro que no sabíamos que se trataba de tu cuñada —le confesó Palencia Rodríguez al guardar la foto en su cartera—, y déjame decirte que ella es para mí una mujer muy especial.

—Pues para mí es una puta.

Al escuchar la forma en que el subsecretario se refería a la hermana de su mujer, ambos se quedaron congelados. No sabían si reír o mantenerse solemnes ante la afirmación que había hecho. Podría tratarse de una trampa y decidieron mantener el rostro y la postura serias.

Platicando brevemente de su relación con Juana, Javier Torres Peón les hizo ver que no tenía razón o motivo para reclamarles por hablar de esa manera de ella; al contrario, para él ella era una experta en eso de la mamada y el metesaca.

—¿Entonces tú y...?

—Sí, y es por ese motivo que no tengo cara para reclamarles. Ella fue mi amante poco tiempo y no tengo por qué ocultarlo. Mi esposa está más que enterada —pronunció el subsecretario—, sólo les pido que jamás se lo hagan saber a mi cuñada.

—¿Qué cosa? —articuló Palencia Rodríguez preocupado.

—Lo de mi esposa.

—¡Ajá! ¿Pero qué cosa? —a pesar del tiempo que había transcurrido tras la larga charla, el director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación se encontraba todavía apenado por el momento y prefería dejar las cosas en claro.

—Que mi mujer está enterada de que anduve con ella —como un escape al desaguisado de la Juana, Giménez Luna levantó su copa y le dio un sorbo pausado; tan pausado que alcanzó a mirar cómo se iba mezclando, dentro del vaso, el humo del puro con el coñac.

Al regresar el recipiente de vidrio a la mesa, comenzó a narrar, de manera

desordenada, su paso en el Cisen; desde una perspectiva romántica se podría decir que él se consideraba un hombre sensible al que le importaba el país, y que su relación con varios narcotraficantes poderosos era parte de una estrategia para ayudar a estabilizarlo.

—Pero López Lorenzana tenía que aparecer y chingar el negocio al sacar a Guzmán de Puente Grande —ante la confesión del ingeniero, ambos se quedaron congelados con los caballitos de tequila en las manos—. Seguramente ya se está colgando la medalla que me correspondía.

—¿Por eso yo lo engañé! —exclamó Tello Peón de manera involuntaria.

—¿Tú lo engañaste?

—Aunque te sorprenda, Palencia.

—¿Y cómo lo engañaste? —intervino Giménez Luna.

Con un semblante diferente, el subsecretario tomó un habano de la robusta caja que descansaba en la mesa de centro y empezó a jugar con él hasta que se dijo a sí mismo que no se quedaría callado; en ese momento, dejó el puro y se sentó de manera correcta.

—Esto que les voy a platicar ya tiene como tres años y sólo un par de personas lo sabemos —pronunció Javier al tomar nuevamente el habano con la mano derecha y colocarlo en su boca—. Fue cuando el general Robles en persona me pidió que lo apoyara en un asunto que involucraba también a quien era presidente en aquella época.

—¿Zorrilla? —le preguntó Luna con puntualidad.

—El mismo.

—¿Y qué hiciste?

—No tuve otra opción y le contesté que lo apoyaría —continuó Torres Pintado—. La verdad es que no pensé que se tratara de algo tan delicado, y mucho menos que el abogado López Lorenzana fuera a ser la persona a la que engañaríamos.

—Lo busca el director de la Policía Federal Preventiva, ingeniero —se escuchó en la habitación a través del intercomunicador. Seguro de que la presencia de Hugo Morales González ocasionaría que Javier Torres Peón no terminara de contar su historia, Giménez Luna hizo caso omiso al llamado.

—Una semana después de la llamada del general, un lunes, Amado Carrillo visitó mi despacho muy temprano y me comentó que viajaría a Cuba por consejo del mismo presidente. Me contó que pensaba realizarse una serie de operaciones y quería solicitarme que le mandara los papeles de su nueva identidad a su



rancho en Morelos —al ver a su compadre con la boca abierta, el ingeniero le dio un pequeño toque, con la punta de su zapato, en la espinilla—. Pocos saben esto, pero Amado se quedó en la isla casi un año hasta que viajó a España, donde se entrevistó con el presidente nuevamente.

—¿Ahí negoció su muerte?

—No, ingeniero. Ésa ya había sido negociada, y a esas alturas Amado ya llevaba casi un año de haber fallecido en la capital.

—No entiendo.

—Te dije que no ibas a entender, Palencia.

—Ahí el engaño al abogado —afirmó Giménez Luna para que la conversación no se desviara por culpa de su compadre.

—Así es, ingeniero. José Ángel López Lorenzana nunca supo, hasta que regresó a México, que Carrillo seguía vivo —reconociendo la magnitud de lo narrado, el ingeniero se levantó de su sillón y caminó en un ir y venir del baño a su escritorio.

—¡Oye, Javier! ¿Y por qué hacerle eso al abogado? Hasta donde sé, él era una pieza importante del grupo en ese entonces.

Sin contestar la duda del ingeniero, Torres Peón lo miró un segundo y, por el rostro que le mostraba, parecía que nunca se había cuestionado lo que ahora le preguntaban.

—¿Por qué trataron así a López Lorenzana? No lo sé. Pero la idea fue de Amado Carrillo —le dijo no muy seguro—. Lo que no sabe Lorenzana es que Refugio, la que era su esposa, también trabajaba para Amado.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:05

—Continua, feo — le indicó Castañeda Forti al cerrar la puerta del cuarto.

Antes de hablar, Servando se acomodó en la silla y le pidió un poco más de café y otro cigarro.

—La verdad es que al principio me la rifé como pocos. Los encargos de mi patrón eran casi misiones suicidas, y pos yo sólo contaba con mi 32. Nada que ver con el equipo que tengo ahora, además, la vida era muy cabrona y las balas costaban caras.

—¿Y ya tenías algo de experiencia o le fuiste aprendiendo?

—Experiencia siempre la tuve, aunque para ser honesto, fue durante los primeros dos o tres años que la viví cabrón —contestó pensativo.

—¿Y eso?

—Pues los patronos se pasan de cabrones, y como me veían morro, me contrataban por una madre de lana —encendió el cigarro, le dio una profunda exhalación e hizo una breve pausa—. Obvio, yo todo pendejo, veía esos cinco o diez mil pesos que me daban como si fueran un millón. Afortunadamente, al poco tiempo mi situación cambió y recibí mi iniciación como sicario.

—¿Y las cosas cambiaron?

—¡Uy, claro que cambiaron, licenciado! A partir de ese día si alguien quería contratar mis servicios tenía que pagarme mínimo cincuenta mil pesos.

—¿Y te los dieron?

—¡Claro! Matar al Willis me dio mucho renombre en el medio —indicó orgulloso—. Ejecutarse a ese tipo de batos es otra cosa, licenciado. Esa gente no anda sola ni desarmada, al contrario, andan a las vergas y con el plomo en la mano.

—¿Y esto que me cuentas dónde pasó, feo?

—En El Infiernillo, un pueblo polvoriento y lleno de matones que se encuentra a las afueras de Lázaro Cárdenas, como a una media hora de camino para Guerrero.

—¿Y hasta allá fuiste a tus trece años?

—Pos no estaba lejos de donde yo vivía, licenciado —le contestó extrañado—. Recuerdo que por esos días el pueblo estaba en plena actividad y yo entré finalmente a la cantina Los Fierro para aguardar la llegada de mi objetivo y corroborar que todo estuviera como me habían indicado. En fin, ahí estaba yo, sentado en una de las mesas del centro disfrutando una birria, mientras dibujaba en una servilleta un plano de las pocas calles que rodeaban la plaza central. La verdad era que, descartando los alrededores de la iglesia y el palacio municipal, las opciones que tenía para ejecutar al Willis eran pocas, y más cuando el bato andaba protegido por una docena de personas armadas. Colocando la tercera cerveza de la noche junto al plato de carne seca que me habían servido como botana, rompí la servilleta, y cuando estaba por pedir la cuenta, que veo entrar al Willis a la cantina. Solito, solito, iba el cabrón, si hasta me rozó el hombro cuando pasó hacia las mesas del fondo que se encontraban a unos cinco metros de mí. Por lo morro que estaba, el primer impulso que tuve fue salir en busca de mi arma y regresar disparando; felizmente, mi destino no era morir en esa mugrosa cantina y de la nada una de las muchachas que fichaban que se me sienta en las piernas y no me permitía levantarme. «¿Me invitas una copa, mi amor?», me preguntó mientras con sus suaves y delgados brazos rodeaba mi cuello. Atento a su solicitud, le indiqué al mesero que nos mandara una botella de tequila. Para ser honesto, era la primera vez que sentía unas nalgas veinteañeras sobre los muslos y me provocó una gran erección.

—¿Qué edad tenías, feo?

—Trece, licenciado. Ya le dije.

—¿Y no te dijeron nada los encargados al verte tan chico?

—Tenía esa edad, pero me veía más grande, además estaba así de alto como ahora me ve, y con bigote —conforme con la respuesta, Castañeda Forti prendió un cigarro y lo miró fijamente para que continuara—. «¿Cómo te llamas?», me preguntó la morra después que le serví un caballito hasta el tope. En fin, la cosa es que la noche fue avanzando y las bebidas desapareciendo y apareciendo sobre la mesa. He de aceptar que por una hora me olvidé del motivo por el que estaba en ese pinche pueblito y no quité los ojos de las tetas de Consuelo, así se llamaba la puta. «Sólo porque me gustas te voy a cobrar ochenta dólares la noche completa. Por lo regular cobro doscientos, pero como te has portado a toda madre conmigo y, te repito, me gustas mucho, te daré tarifa especial», me dijo cuando mi boca empezó a merodear su pecho y las manos acariciaban sus acojinadas piernas. Sintiendo cómo subía la temperatura de mi cuerpo y a punto de aceptar su propuesta para irnos al hotel a quitarme las ganas, el instinto me

llevó a ver de reojo la mesa en donde estaba el Willis y noté su mirada de asesino. De no ser por eso ahora no estaría aquí, ya que...

Sintiendo la vibración de su celular, Castañeda Forti le indicó a Servando que guardara el recuerdo de ese momento mientras verificaba quién lo llamaba.

—Continua, feo —sin contestar, el jurídico colocó el celular sobre la mesa.

—Al ver la expresión del capo, comprendí que me encontraba en una trampa y tuve que controlarme para no salir corriendo. Ahí comprendí que la puta fue a sentarse conmigo no por casualidad, sino porque la mandaron a distraerme en lo que averiguaban qué hacía yo en esa cantina. Además, intuí que mi habitación estaba siendo revisada por gente del Willis y le recé a Malverde para que no encontraran la foto y el arma que estaban escondidas en el abanico.

—Y si hubieras tratado de salir corriendo de la cantina, ¿qué te hubiera pasado?

—Ni de la silla pasaba, licenciado. En ese momento no lo sabía, pero al capo le habían dado el pitazo de que lo intentarían asesinar por esos días, y todo extraño en el pueblo era sospechoso. Así que imagine cómo se puso la cosa en Los Fierro cuando escucharon mi acento de campo. En estos tiempos seguramente me hubieran dado piso sin preguntar, pero en aquella época se les tenía respeto a los civiles y eso me ayudó a librarla.

—¿Y qué pasó, feo?

—Pues esa noche en la cantina tenía las nalgas de la Consuelo bien agarradas, cuando se pararon tres cabrones detrás de mí y que se acercan lentamente. Para qué lo engaño, estaba que me meaba del miedo, pero aguanté y que le meto dos dedos a la pucha a la nalga.

—¡Ah, chinga! ¿Y eso para qué? —lo interrogó Castañeda Forti, sorprendido por aquella revelación.

—¿Qué, nunca le ha metido los dedos en la vagina a una vieja?

—¡Eso qué, cabrón! —exclamó de manera desafiante el jurídico, mientras golpeaba la mesa con su puño—. ¡Y para que lo sepas se los he metido a muchas!

—¿Entonces por qué la pregunta?

—Porque no entiendo la relación, feo.

Servando primero lo miró sorprendido y después le recordó la reacción que tienen las mujeres al ser sorprendidas por un dedo húmedo.

—¿Y en qué te ayudaba que ella se estremeciera de esa manera?

—¡Puff, en todo, licenciado! Más si pretendía pasar por un cliente.

—¿Y te funcionó?

—Pues se va a reír de mi respuesta, sobre todo luego de todo el show que le conté, pero la verdad es que no sé. Cuando menos lo esperaba ya estaba en el piso con una bota de cocodrilo apretándome el cogote. ¡Trío de putos, ahora me la pelan! Pero en ese entonces pues, ¿cuándo? Si no era con la pistola, era medio pendejo para eso de los chingadazos —calló un momento para darle una fumada al cigarro que se encontraba en el cenicero y dejó expectante al jurídico, quien no paraba de patear el suelo—. La cosa es que un chingo de batos empezaron a preguntarme al mismo tiempo qué hacía ahí. «¿De dónde eres, puto?», me preguntaban unos. «¿A qué viniste por estos lares?», gritaban otros. ¡Total! La cosa es que al final se acercó su patrón y les indicó que me sentaran en una de las sillas. «¿Viene armado?», fue lo primero que quiso saber antes de pararse frente a mí. En ese momento supe que no estaba tan equivocado al no cargar a la Mula por todos lados, como suelen hacerlo los que andan en estos jales.

—¿La pistola?

—La Mula, así le decía por las patadas que daba.

—¿Aún la tienes?

—¡Uy, claro, licenciado! Aunque ya no la uso, es uno de los pocos recuerdos que me quedan de esa época. La mayoría los perdí o me los mataron.

—Bueno, ¿y cómo fue que la libraste?

—Así nomás, aguantando los chingadazos y las quemaduras de cigarro que me dieron en las piernas. Por más que apretaban el cigarro contra la piel no canté y, para mi fortuna, Consuelo salió al paso a defenderme. Al final de cuentas no estuvo tan mal que eso me sucediera el primer día, porque pude andar sin pedos por el pueblo los dos días que me quedé para darle piso al culero del Willis.

—Acompañado de Consuelo, me imagino.

—Así es, licenciado. Fue mi cuartada, pero por nada estuvo a punto de convertirse en mi catrina. Afortunadamente, yo ya sospechaba que la culera se me había pegado para tenerme bien vigilado, pero nunca que fuera...

—¿Fuera qué?

—¡Aguánteme, aguánteme, licenciado! ¡No coma ansias! Si le adelanto los hechos va a perderle el chiste a la historia y luego de qué hablamos.

—Tienes razón, feo. Continúa...

—¡Bueno! La cosa es que después de la madriza me fueron a botar al hotel y Consuelo se quedó a curarme las heridas. Lo que sea de cada quien la morra sabía lo que hacía y eso ayudó a que al amanecer ya pudiera caminar. Aunque no

lo crea, yo me sorprendí cuando di los primeros pasos, no podía creer que las piernas me sostuvieran. Si usted las hubiera visto me comprendería. Todas negras, negras y rojas, rojas y amoreteadas, amoreteadas. Lo bueno es que soy moreno y pues casi no se me notaba.

Como lo temía Castañeda Forti, en ese momento su celular empezó a vibrar y tuvo que ordenarle al michoacano que callara.

El abogado había llegado y tenía que ir a recibirlo.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:06 h

Estacionada la camioneta a un costado del Monumento a la Revolución, frente a la entrada principal de la SIEDO, Manuel Caño descendió de la unidad y le indicó al sargento segundo que lo acompañara. López Lorenzana necesitaba unos minutos en soledad para concretar un par de llamadas.

Dentro de la unidad, tratando de relajarse, el abogado se mordió los labios en busca de arrancarse los pellejos reseco que le generaban una tortuosa ansiedad al sentirlos una y otra vez con su lengua. No lo consiguió, en cambio, un hilo de sangre emanó de los delgados labios rosados, que ahora se apretaban, el uno contra el otro, en busca de sentir alivio.

—¿Cómo van las cosas, Pepe? —a lo lejos, se escuchó la voz de Carlos Nassali emanando de la bocina—. ¿Me escuchas?

—Sí, Carlos. Te escucho perfectamente.

—¿Qué me cuentas?

—Me imagino que ya estás enterado de que ya saqué a Guzmán de Puente Grande, así que mejor te comento sobre la forma en que estoy operando la cuestión de medios.

—Te escucho.

Como era su costumbre, Lorenzana le dio un breve resumen al expresidente sobre las órdenes que le había hecho llegar a cada medio, ya fuera televisión, radio, prensa o sitios de internet que controlaban. Afortunadamente eran pocos los medios independientes y ninguno de ellos era de cuidado.

Sin ocultar su sarcasmo, soltó más de una vez una ligera carcajada que contenía en segundos por respeto al mandatario. Y era lógico que lo hiciera, ya que Carlos era uno de los hombres más ricos del mundo y su poder llegaba a la mayoría de los países del mundo.

—Como puede ver, el huracán cambió de rumbo y a lo mucho llegará a una tormenta tropical que los operadores de la señora pueden controlar.

—¿Y por qué no tú, Pepe?

—De ese tema le quiero hablar, señor presidente.

Al escuchar la manera en que se dirigía ahora a él, Nassali supo que estaban a punto de tener que privarse de los servicios de Lorenzana.

—Adelante, Pepe. Te escucho.

Con actitud humilde, el abogado le hizo saber al poderoso hombre que no se sentía con la capacidad de apoyar al Valente Zaqueda por el momento; desafortunadamente no se había recuperado del todo y en cuanto pisó suelo mexicano se percató de ello.

Así que lo más conveniente era no estorbar y permitirle a otro elemento del grupo realizar las funciones a las que él estaba encomendado. En cuanto él fuera dado de alta por su médico particular, si era requerido, regresaría con gusto para apoyar en lo que él considerara pertinente.

—¿Y has pensado en alguien para que ocupe tu lugar?

—En Giménez Luna.

Al escuchar el nombre del funcionario de la PFP, Carlos se sorprendió y no pudo guardárselo.

—Me sorprendes, Pepe. Pensé que me recomendarías a uno de los tuyos.

—Mi gente son dos, señor presidente. Y a ambos ya usted hizo favor de colocarlos en donde los requiero.

—Me imagino que te refieres a Silva, pero no me has dicho nada de Aguilera.

—Desafortunadamente, mi exsecretario ya está cansado y quiere permanecer ajeno a todo.

—¿Y no corremos algún riesgo?

—Ninguno, Carlos. Él ya tiene una vida en donde su ocupación principal es cuidar a sus nietos.

—Comprendo —despidiéndose del abogado de manera cordial y deseándole una pronta recuperación, el expresidente cortó la comunicación dejando a Lorenzana preguntándose si tenía que preocuparse de un posible atentado.

No vio conveniente preocuparse de momento por esa posibilidad, lejana, pero que al final representaba un riesgo. El abogado tomó nuevamente el teléfono y contactó a Silva Villalobos. Antes de entrar a la SIEDO para atender los dos asuntos que lo tenían ahí, necesitaba saber cómo iba el monitoreo que el comisario de la PFP realizaba de la fuga del Chapo.

—¿Para qué soy bueno, Pepe?

—Necesito saber cómo están las cosas, Nico. Me encuentro afuera de la



SIEDO y en unos diez minutos me entrevistaré con Giménez Luna.

—Te vas a sorprender, pero todo está de lo más tranquilo.

—Así lo esperaba, Nico.

—¿En serio? —extrañado, Silva le inquirió—. La verdad es que yo pensaba que se armaría un desmadre, y hasta pensé en la posibilidad de tener que sacar del país a Luna o a alguno de sus cercanos.

—Me da gusto que seas previsor, pero me da más gusto que no sea necesario.

—Claro, y como te iba diciendo, las cosas están en calma. Ya revisé las primeras planas de los periódicos y la cortina de humo que fabricaste resultará.

—¿Qué me dices de las televisoras?

—Así como se los indicaste, enfatizan la fuga, pero la hacen ver como una hazaña del Chapo en la que fue ayudado por otros presos.

—Perfecto. Al parecer el plan marcha sobre ruedas, así que sólo me queda avisarte que hoy parto para España —dijo Lorenzana, dejando mudo al comisario—. Me marcho por cuestiones de salud, Nico.

—¿Ya está informado Valente?

—No, pero Carlos ya lo sabe y comprendió el motivo.

—¿Y piensas regresar pronto?

—No mientras Zaqueda gobierne y su amante quiera asesinar me —le hizo saber el abogado—. Lo importante aquí, y te lo quiero comentar, es que Giménez Luna se quedará en mi lugar.

—¡No chingues! —exclamó Silva sin medir a quien le hablaba—. Ese pinche tartamudo ni idea tiene de dónde está su culo, menos va a poder dirigir algo tan delicado como el narcotráfico en el país.

—No podía proponerte, Nico. Carlos me hubiera mandado a la chingada y te podía poner en riesgo —al tratar de justificarse, Lorenzana le aclaró—: No tengo la menor idea de qué motivo es el que hace a Carlos a apoyar a ese imbécil, pero lo mejor es no entrometernos.

—Pues mientras él no se entrometa conmigo, llevaremos la fiesta en calma.

—Sabes bien que no puedo decirle eso, nos crearíamos un problema a lo pendejo.

Al percatarse de que López Lorenzana no tenía la menor intención de enfrentarse a Nassali, el comisario de la PFP se despidió del abogado, no antes de desearle un bien viaje.

—Cualquier anomalía te aviso, Pepe. Pero te puedo asegurar que serán días

de tranquilidad.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:10 h

Molesto, Hugo Morales González se olvidó de saludar a los presentes en cuanto entró al despacho y le solicitó una explicación a Giménez Luna por haberlo tenido esperando en la recepción.

—Estaba solucionando algunas diferencias con Javier y Ernesto, Hugo. Por eso tuve que pedirle a mi secretaria que te atendiera en lo que terminábamos.

—¿Y ahora qué se trae este par?

—Niñerías —le hizo saber de manera despreocupada—. Pero siéntate, sólo estamos esperando la llegada del licenciado Alemán Bolaños para empezar a acordar lo que haremos ahora que Guzmán se fugó.

—¿Y la señora?

—Ella no viene —le respondió Ernesto Palencia, mostrando su inconformidad y enojo.

—Su secretario me comunicó que ella estaba muy complacida por nuestro trabajo y cualquier cosa que necesitáramos no dudáramos en pedirselo —trató de rectificar Luna.

—Como digas, Gabriel, sólo espero que no empecemos a jugarnos sucio.

Al escuchar el desafortunado comentario, Ernesto se levantó para dirigirse al baño en donde permaneció por alrededor de cinco minutos. Sabía que tenía una boca muy grande y no quería complicar a su compadre otra vez diciendo algún comentario fuera de lugar.

—Hace rato hablábamos de Amado Carrillo —de la nada manifestó Torres Peón, como una forma de aligerar el momento.

—Y de López Lorenzana —agregó Giménez Luna para complementar el comentario.

—¿Y qué decían de mi compadre?

—¿Lorenzana es tu compadre?

—No, Gabriel. Me refiero a Amado.

—¡Qué era un cabrón! —respondió Palencia Rodríguez al abrir la puerta del baño.

Mirando de manera retadora al hombre de estatura media y rostro oaxaqueño, el director de la PFP se llevó la mano a la pistola.

—¿Por qué dices que mi compadre era un cabrón? —lo cuestionó al colocarse a menos de dos metros de distancia de él.

—Porque lo era —sostuvo el director de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación sin moverse un centímetro de su lugar.

—¿Qué te hizo a ti para afirmar eso?

—Olvidarme. ¿Te parece poco?

Quitando el dedo del gatillo, Morales González colocó su boca a centímetros del oído de Palencia Rodríguez y resopló antes de pronunciar unas cortas palabras.

—Él nunca se olvidó de sus amigos y, si usted lo era, no se olvidó de usted —murmuró apretándole el brazo.

A pesar de no haber escuchado lo que González había susurrado al oído de su compadre, el simple hecho de verlos regresar a la sala y tomar su lugar fue suficiente para que el ingeniero se relajara.

—¡Oye, Hugo! ¿Y tú dónde andabas cuando pasó lo de Amado Carrillo?

—¿Lo de su muerte? —preguntó mientras se servía una copa.

—Sí.

—A su lado, prácticamente, pero, ¿por qué la pregunta, Ernesto?

—Porque aquí Javier nos estaba platicando de las veces que tuvo que apoyar a López Lorenzana —anticipó Gabriel Giménez Luna.

Al escuchar el nombre del abogado, el director de la PFP volteó a ver a Torres Peón con cierto reproche. Sobre todo, sintió cierta preocupación al no saber qué información había dado a conocer.

—¡Ah qué mi Javier! —exclamó González dándole un par de palmadas a su rodilla derecha—, siempre tan presumido.

—No digas eso, Hugo. Primero averigua qué dije.

—Pues si hablabas de mi compadre y de cómo ha ayudado al abogado, seguro que les contaste sobre su muerte.

—De su muerte y de su resurrección —intervino Palencia Rodríguez.

—¡No, de eso no! —gritó tardíamente Torres Peón.

Meneando la cabeza en señal de desaprobación, el director de la PFP buscó

agarrar al toro por los cuernos y encaró al ingeniero.

—Y a todo esto, ¿a usted qué le importa esa historia, ingeniero? —le preguntó de manera seca—. Hasta donde sé, usted no tiene vela en este entierro, ¿no es así?

—Ni tengo ni me interesa prender una —fijó Gabriel su postura rápidamente—. Si estábamos platicando de nuestro pasado era para hacer más amena la espera.

—Ya veo, ingeniero —le respondió Morales—. Pero cuénteme usted qué sabe de la muerte de mi compadre. Ya que andamos quitándonos lo aburrido.

—Sólo lo que salió publicado en los diarios. De ahí en fuera, nada.

—Y lo que nos contó Javier —agregó Ernesto Palencia, volviendo a hacer un comentario impertinente.

—Bueno, eso también, aunque para ser honesto, no contó nada novedoso.

—¿O sea que ya sabías que Amado está vivo? —lo cuestionó Hugo al ver en sus ojos que le mentía.

Al no responder, Giménez Luna aceptó la derrota y bajó la mirada al suelo. Ese sencillo acto, fue suficiente para que el control de la reunión pasara a manos del director de la PFP, quien escuchaba en ese momento a través del intercomunicador la voz de Alicia anunciando la llegada del licenciado Alemán Bolaños Linares.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:25 h

Al ver a Castañeda Forti dejar el celular en la mesa, Servando le preguntó si continuaba la historia o la dejaban para otra ocasión.

—Dale, el abogado tardará unos diez minutos en llegar hasta aquí —le ordenó el director jurídico del SIEDO, al acercarle el encendedor para que el michoacano prendiera el cigarro que había tomado de su cajetilla.

—¿En qué me quedé? ¡Ah, sí! Como el pueblo no resultó ser tan chico y yo estaba cojo, fui a sentarme a una de las bancas que estaban afuera de la iglesia. Era sábado y en la calle principal había tianguis, que resultó ser el centro comercial de la región. Ahí se podía ver gente de Las Ollas, La Mira, Playa Azul, Buenos Aires, etcétera. Pura gente buena vendiendo la tradicional charanda, el aguacate, la manzana, limón, pescado, camarón, carnitas y demás cosas que se producían a los alrededores. «Invítame una olla», escuché de pronto que me dijo Consuelo a eso de las doce, cuando el sol empieza a arreciar y la piel se llena del rocío del deseo. Sin avisar, la morra envolvió su mano en la mía para apoyarme al caminar y avanzamos hasta uno de los puestos en donde ordenamos dos platos y media docena de chelas. La verdad era que la cosa no estaba tan mal y ya me sentía casi curado de la pierna; lo mejor de todo era que la gente del Willis ya no me consideraba una amenaza, al menos así lo creí en ese momento, y podía andar por el pueblo sin sentirme vigilado.

—Y te olvidaste de tu encargo por andar cogiéndote a la morra.

—¿Cómo cree, licenciado? Al contrario, ese andar por el pueblo me ayudó más que el primer día que me paseé y, finalmente, supe en dónde y a qué hora lo mataría. Todo era cosa de esperar que al otro día llamaran a misa.

—¿Y por qué esperaste hasta entonces?

—Pues, ya que Consuelo era una verdadera puta en la cama y yo un *puberto* ávido de cogérmela, en cuanto terminamos de comer nos fuimos a encerrar a la habitación y ella no fue por la noche a trabajar a la cantina, mientras yo terminaba como limón de jicamero.

—¡Limón de jicamero! —le interrumpió Forti al reír con todas sus fuerzas—. ¿Y cómo es eso, feo?

—¡Chupado, licenciado! —contestó el michoacano y se unió a la carcajada que invadía la habitación.

—¿Entonces te dejó bien servido?

—Así es, licenciado. Pero el problema empezó cuando bajé la foto y el arma del ventilador. Me descuidé, no me aseguré que la puerta del baño estuviera cerrada, y ella me vio dejar las cosas debajo de la ropa que tenía sobre una pequeña cómoda.

—¿Y cómo sabes que te vio?

—Salió justo en ese momento del baño con una toalla alrededor del cuerpo e intentó llegar a la cómoda. Claro que siempre me imponía y la llevaba cargando a la cama donde retozábamos antes de repetir la rutina. Obviamente al final no le gané, ya que en una de esas veces que la llevaba a la cama se me puso de cañón, y cuando estaba bajándome el pantalón para metérsela, corrió hasta la cómoda y tomó el arma.

—¿Te disparó?

—No, al contrario, se quedó bien sacada de onda, al menos esa fue la impresión que me dio en ese momento, y me preguntó para qué quería chico pistolón. Yo, aprovechando que la foto se quedó en su lugar, le dije que era para defenderme, que andar por esos lares no era cosa fácil. ¡Total! ¿Para qué me hago pendejo con usted? Después de una mamada que me acomodó, terminé por platicarle la verdad. Sé que suena estúpido lo que le cuento, pero entienda que la morra me cuidó toda la noche y se portó de lo mejor al otro día. Lástima que luego...

—¡Buenas noches, me permiten! —abriendo abruptamente la puerta, López Lorenzana se asomó para saludarlos. En sus ojos se veía la curiosidad de conocer al importante personaje que le habían dicho que estaba detenido.

—¡Adelante, abogado! —incorporándose de golpe, Castañeda Forti se acercó a saludarlo—. Aquí Servando y yo sólo estamos haciendo tiempo en lo que llegaba.

—Pues, continúen. Quiero escuchar en qué termina eso de la mamada.

Ambos se quedaron fríos al percatarse de que Lorenzana llevaba escuchándolos más tiempo de lo que pensaban.

Al ver las intenciones de disculparse por parte del director jurídico de la SIEDO, el abogado lo detuvo con una seña de mano y se acomodó en la única silla libre.

—¿Le sigo, licenciado? —con un leve movimiento de cabeza, éste le indicó que continuara contando su historia—. Pues, como le decía —pronunció el michoacano— para esas horas ya había matado a Consuelo en el cuarto e iba herido de un hombro, lo que me dificultaba tirar de lejos y por eso fue que decidí no subirme al campanario de la iglesia como lo había planeado.

—¡Oye, oye, párale! Primero cuéntanos cómo fue que mataste a la puta —le pidió el jurídico al interrumpirlo.

—¿La puta? —soltó una carcajada—, ésa de puta no tenía nada, al contrario, la vieja había empleado conmigo el arma más letal que tenía a su servicio.

—¿El arma más letal?

—Sí, licenciado, sus nalgas. ¿Qué otra cosa? Con ellas nos pueden trampear sin que nos demos cuenta y, cuando lo hacemos, ya tenemos el otro lado de la película en la cara. Y pues así me andaba pasando. En cuanto la vieja salió del baño, porque supuestamente ya se iba a ver a su hijo, quién sabe de dónde sacó una 9 mm y disparó tratando de matarme. Favorablemente, los dos tiros pegaron en mi hombro derecho, pero no así el que yo hice, que se introdujo en su ojo derecho provocando que en segundos su rostro se bañara de sangre.

—¿Tú qué calibre usaste? —le preguntó Lorenzana mientras achicaba los ojos.

—Una 45 que había ocultado debajo de la almohada.

—¡Ah, chinga! ¿Qué no llevabas una 38?

—También, sólo que ésa estaba junto a la foto y por eso Consuelo nunca esperó que tuviera otra guardada. Si lo hubiera sabido, le aseguro que no hubiera jugado conmigo y me hubiera metido un tiro en la cabeza sin rodeos. ¡Pinche vieja cabrona! Tiempo después me enteré de que ya llevaba catorce muertitos en su haber.

—¿Y sí se llamaba, Consuelo? —intervino nuevamente el abogado seguro de que la historia tenía otro final.

—No, Laura era su nombre y la Italiana, su apodo.

—Michoacana resultó la morra.

—No, licenciado. De verdad era de Italia. Por lo que me dijo uno de sus parientes antes de morir, desde morrilla la llevaron sus papás a vivir a El Infiernillo y, a la muerte de ellos en un accidente en la carretera, su tía se hizo cargo de criarla. Pero poco pudo hacer la doña contra la pobreza que se vive en ese pinche pueblo, y en vez de puta, Laura se dedicó a matar plebes.

—¿Y es común eso?



—¿Qué cosa?

—Mujeres sicarias.

—Pues tanto tanto como sicarias, no. Lo que hay son gatilleras.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Las gatilleras son amantes de un pinche narquillo o viejas de algún pistolero de segunda. Y pos, como no alcanza para el gasto, los muy putos las involucran sólo para que las terminen matando.

—¿Ése fue el caso de Consuelo?

—Supongo. No tuve tiempo de preguntarle al Willis si la morra era su querida o no.

—¡No seas mamón, feo! —le recriminó el director general de Asuntos Jurídicos de la SIEDO, al sentir que se estaba burlando de Lorenzana.

—Es en serio, licenciado. Deje que le termine de contar cómo estuvo la cosa y me va a comprender —le aclaró el michoacano muy serio.

—Pues hasta aquí le dejamos hoy...

—Servando, o Martínez —recordando que unas horas tomaría un vuelo a España para regresar a su cómoda vida al lado de Isabel, Lorenzana dio por terminado el relato del sicario.

Mientras tomaba de la bolsa interior de su saco, el abogado se quedó mirando fijamente al detenido. Emplearía el pedazo de hoja que se encontraba sobre la mesa para escribir lo necesario.

—Pues bien, Servando —pronunció López Lorenzana—, dime para qué eres bueno.

Al escuchar la pregunta, el sicario lo miró desconcertado. Sin emitir palabra alguna, Servando se limitó a contemplar la cicatriz que tenía el abogado en un costado de la cabeza y sonrió finalmente.

—Fue un balazo de una 9 mm, ¿verdad?

—Sí, fue de 9 mm.

—Y fue una mujer, ¿verdad? —sorprendido por la afirmación, Lorenzana borró la sonrisa de su rostro y le pidió a Castañeda Forti salir de la habitación.

Pacientemente, el abogado espero que el director jurídico de la SIEDO tomara sus cosas y abandonara el cuarto.

—¿Cómo sabes que fue una mujer?

—Una mujer que no sabía disparar y le temblaba el pulso.

—¡Contéstame! ¿Cómo sabías que fue una mujer?

—Una mujer que no sabía disparar, le temblaba el pulso y era zurda —al escuchar cómo el detenido seguía dando afirmaciones sin contestarle, el abogado golpeó con el puño cerrado la mesa—. Una mujer que no sabía disparar, le temblaba el pulso, era zurda y le tenía odio. ¿No es así, abogado? —finalmente el michoacano se dirigió a López Lorenzana.

—Sí, así es —le respondió buscando conservar la cordura—. Por eso dicen que del amor al odio hay un paso.

—Con razón lo de los tres tiros.

—¿Cómo es que sabes tanto, cabrón? ¿Acaso te contrataron para matarme? —le preguntó el abogado de manera directa y violenta, cansado de dar giros al diálogo.

—Si me hubieran contratado, usted estaría muerto.

—¿Tan bueno eres?

—El mejor —sin resentimiento, Lorenzana le ofreció un habano al detenido y aguardó a que la lumbre refulgiera en ambos puros.

Sabía que tenía que irse con pies de plomo antes de tomar la decisión de incorporarlo al equipo que estaba armando.

—¿Es todo, abogado? —averiguó Servando al sentir unas palmadas en la pierna.

—¿Entonces cómo supiste que era una mujer la que me había disparado?

—Por la entrada de la bala, abogado.

—Especifica.

—Si ve bien aquí...

—¡No me hables de bulto! —le gritó al ver que el michoacano trataba de llegar a él—. Y no vuelvas a hacer esa pendejada.

—Es que...

—¡Es que ni madres! ¡Te vuelves a parar y te mato! ¿Entendiste? —mostrándose paciente ante el arrebato del abogado, Servando le indicó que se acercara.

Nervioso por el requerimiento, el abogado abandonó la silla y se acercó lentamente.

—Como le decía, abogado, la entrada de las balas me cuentan su historia. ¡Mire! Por ejemplo, el color que guarda la piel de la cabeza me hace saber que el disparo fue de muy cerca y eso provocó que la bala saliera rápidamente y no pasara por lugares delicados del cerebro. Además, seguramente usted se encontraba sentado y de costado al momento del impacto.

—Así fue.

—Por eso fue que la bala viajó de la sien hacia la oreja. ¡Claro! No debemos olvidar que la mujer no tenía fuerza en las manos —articuló el michoacano, segundos antes de hacer una pausa—. ¡Oiga, tengo una duda!

—Dime.

—¿La mujer estaba embarazada? —sintiendo cómo el rostro se le congelaba, López Lorenzana llamó de un grito a Manuel Caño.

En silencio y con el puro en la mano, el abogado no le quitó la vista a Servando, que lo miraba sin el menor de los temores.

—Dime, Pepe. ¿Para qué soy bueno?

—Amarra a este cabrón —sin decir otra palabra, Caño sujetó las manos del michoacano a la silla con su corbata y volteó a ver a su jefe cuando lo tuvo listo—. Ahora sácale a tu revólver las balas y deja sólo una —comprendiendo las intenciones del abogado, Manuel hizo lo dispuesto y giró el cilindro en el oído de Servando, con la firme intención de que se diera cuenta de que no estaban jugando.

—Listo, abogado.

—Bien, ahora colócate a espaldas de este cabrón —sin chistar, el jefe de seguridad hizo lo solicitado y gritó «listo» como si estuviera en el ejército.

Nervioso por lo que podría ocurrirle, el michoacano le solicitó al abogado un cigarro y un poco de agua. Tenía los labios resecos y le empezaban a arder.

Explicándole al detenido el formato y las consecuencias de sus respuestas, López Lorenzana omitió contestar su solicitud y aguardó unos segundos antes de realizar la primera pregunta del juego que él, irónicamente, llamaba: la ruleta de la verdad.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:30 h

Al abrir los ojos, Miriam no logró identificar ninguno de los objetos que la rodeaban y entró en pánico. Más de una vez se preguntó si se encontraba viva o muerta. Al no tener una respuesta fija, buscó con la palma de su mano el celular que sabía se encontraba en el buró.

Luego de tirar al suelo media docena de objetos, finalmente dio con el pequeño aparato que se iluminó al contacto de sus dedos con la pantalla. Al colocarlo frente a sus ojos, se percató de que había una docena de llamadas perdidas por parte de Valente y se apresuró a marcarle.

—Veo que ya despertaste.

—Lo siento. Me encontraba muy cansada.

—No te llamé para algo importante.

Luego de platicarle sobre el sueño que acababa de tener, la señora pospuso hablar del tema de la fuga de Guzmán, al menos, en lo que despertaba.

De acuerdo a la nota informativa que su secretario le mandó a su correo, la situación se encontraba controlada y por el momento no era necesaria su presencia. Giménez Luna estaba reunido con el resto del equipo preparando el parte que enviarían a los medios, en el que informaría sobre la fuga de Guzmán.

—¿Hay algún problema con lo de mi primo? —finalmente le preguntó Miriam al desgastar el episodio que vivió en sueños.

—Sólo uno —de manera contundente, le hizo saber el presidente—. No estoy seguro de mandar asesinar a López Lorenzana.

—¿Ahora qué pasó?

—Todo.

—No te entiendo, Valente. ¿Podrías ser más explícito?

—Tú sabes que no me gusta deber favores, menos a pendejos como él.

—Ajá.

—Y ya le debo uno y no estoy seguro de que tenga que morir —al no

entender del todo a qué se refería Zaqueda, Miriam le solicitó ir a verlo a la oficina.

Ante la negativa del presidente, cerró los ojos y exhaló largamente con la firme intención de no permitirle a la ansiedad, que empezaba a dominarla, que se adueñara de sus pensamientos.

—Entonces al menos dime qué hizo por ti Lorenzana.

—Salvarte el pellejo —conteniendo su enojo, Valente se lo hizo saber—. Si no fuera por él a estas horas estarías siendo conducida a una prisión federal. ¡Bueno!, tú y esa bola de farsantes que contrataste. Claro que en su caso me alegraría.

Muda, con la respiración entrecortada, la señora permaneció los siguientes minutos, en los que digirió lo dicho por Valente. A pesar de no conocer la forma en que Lorenzana la había salvado, estaba claro que la sola intervención del abogado en el asunto de su primo ya era grave.

—¿Podrías decirme de qué manera intervino? —con lágrimas en los ojos, pero con una voz firme, solicitó la vocera.

—Me sorprende que no sepas, Miriam —le indicó Valente como reproche—. En fin, Pepe sacó a Guzmán en un helicóptero, de no haberlo hecho de esa manera, los soldados lo hubieran atrapado a bordo de la camioneta en donde viajaban Tello Peón y Ernesto Palacios.

—Pero Luna me aseguró que a ellos no los revisaba el Ejército.

—Sueños guajiros de ese cabrón. Hace un par de horas el general Vega, al informarme de la fuga de Guzmán, me aseguró que sus hombres revisaron la camioneta exhaustivamente y no existía la posibilidad de que hubiera escapado por ese medio.

—¿Y tú le crees? —al escuchar que su amante empezaba a dar patadas de ahogado, Valente le ordenó que por el momento no tuviera contacto con sus cómplices. López Lorenzana se encargaría de finiquitar la operación y lo que menos necesitaba era que le estorbaran. Sobre su muerte, en una semana tocarían el tema.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:45 h

—Haz pasar al licenciado Alemán, Alicia —segura en el andar, la secretaria se levantó de su asiento y acompañó al director general de la Secretaría de Gobernación hasta la entrada del despacho.

Prefería constatar si todo se encontraba en orden, porque de inicio no había reconocido la voz del ingeniero por el intercomunicador.

—Con su permiso —articuló al abrir la puerta para darle paso a Alemán Bolaños.

—¡Adelante, *lic!* ¡Adelante! —le indicó Giménez Luna al verlo entrar—  
¿Cómo estás?

—Bien, Gabriel. ¿Y tú?

—Perfecto, pero siéntate y dime, ¿te sirvo una copa? —con respeto, el licenciado Alemán Bolaños saludó de mano a cada uno de los presentes y, finalmente, ocupó un asiento individual de la sala.

Por estrategia, a pesar del tenso momento que acababan de vivir, todos tuvieron la prudencia de brindarle al segundo de la Secretaría de Gobernación la mejor de sus sonrisas, y eso hacía más relajado el momento.

—¿Y cómo van las cosas, Gabriel?

—De acuerdo con lo planeado.

—Me alegra escuchar eso —con tono convincente, Bolaños Linares se unió al festejo.

Llevándose un puño de nueces a la boca, el segundo de la Segob analizó por un momento el escenario que lo rodeaba y les propuso recapitular lo sucedido por la mañana en Puente Grande.

En ellos existía la creencia de que aún tenían que tomar ciertas decisiones que no podían aplazar.

—¿Me dan un segundo? —les indicó Giménez Luna al ver en el celular el número de Joaquín Guzmán—. Es el Chapo —con la mayor de las reservas, el coordinador de la PFP les indicó con el dedo que guardaran silencio para poder

activar el altavoz. Al momento, no entendía qué había orillado al capo a ponerse en contacto con él.

—¿Luna?

—El mismo. Dime, Joaquín, ¿para qué soy bueno?

—En verdad no sé cómo agrácele lo que hizo por mí, ingeniero. No lo esperaba.

—¿Qué no esperabas? —le cuestionó Gabriel. Prefería que las cosas quedaran claras entre ellos.

—¡Pos qué más! ¡Pos lo del helicóptero! No esperaba que me sacaran del penal de esa forma —le informó de manera festiva.

—¡Ya! Fue una idea que tuve de último momento. Por eso mis compañeros no te lo comunicaron.

—¡Ni falta que hacía! —con tono golpeado, típico del norte, Guzmán seguía respondiendo. Con habilidad, Giménez Luna aprovechó el momento para preguntarle al capo cómo había vivido el operativo de su liberación. Ante la pregunta, Joaquín se quedó mirando el cuadro de su madre, que colgaba en la habitación, y le dio una fumada a su cigarro de mariguana—. Muy tenso, Gabriel —articuló arrastrando la voz—. Desde antier que fue a verme Ernesto Palencia, no he dormido —confesó.

—¿Y eso?

—Los nervios de saber que me iba —contestó al tiempo que en su rostro se dibujaba una expresión de sorpresa—. Si no me crees, ven al rancho a verme. No suelto la *bacha* porque luego, luego, me altero —al capo le temblaban los dedos.

—Todo estaba bien planeado, Joaquín.

—Pues ahora me doy cuenta, pero al estar desde mi cama mirando la luz del foco, que llevaba casi ocho años encendida sin apagarse un minuto, pensé que sería la única luz que vería hasta que muriera. ¿Me entiende?

—Claro que te entiendo —le contestó fingiendo aflicción.

—No sé si lo sepa, ingeniero, pero la vida en la cárcel es como un manicomio, y hoy por la mañana, mientras desayunaba, casi me desmayo de la presión que sentía. De la nada, todo me empezó a dar vueltas y estuve a punto de caer, pero logré sostenerme de una de las mesas y avancé a tientas hasta mi cama, donde me recosté hasta las doce, hora en que el comandante pasó por mí.

—¿Fuiste a la enfermería?

—Yo lo que quería era irme, y cada segundo que pasaba era una tortura.

—Entonces fueron por ti alrededor del mediodía y de ahí te llevaron hasta

los dormitorios de los custodios, ¿es así?

—¡Ojalá hubiera sido así de fácil como lo cuenta, ingeniero! —se lamentó.

—¿Entonces?

—La cosa estuvo cabrona. Yo por un momento pensé que no salía.

—¿Y eso?

—¿No le dijo su gente?

—No, así que cuéntame tú —acotó Luna para no caer en un bache innecesario—. Pues todo iba bien hasta que subimos a un nivel superior. Ahí empecé a preocuparme, ya que en un par de ocasiones le dijeron a Dámaso que andaba uno de la PFP merodeando por los pasillos.

—¿El jefe de seguridad del penal?

—Sí.

—¿Y quién les informó que andaba alguien de la PFP cerca de ustedes?

—Los custodios. Si no es por ellos no sé qué hubiéramos hecho. Pero eso fue lo de menos, en cuanto pasamos a la zona de la cocina, como aún se encontraban algunos de los compañeros limpiando, habían cerca de diez custodios a lo largo del pasillo, así como en el interior y las escaleras, lo que obligó al comandante a ponerse cabrón con ellos.

—¿Y eso por qué?

—Por lo que pude darme cuenta, ninguno de ellos estaba cubierto y, pues, al verme, que les agarra la loquera y un par sacaron la 9 mm. La mera verdad estaba pesado el ambiente y creí que todo había valido madre, pero cuál, Dámaso López que le echa huevos y abrió a todos los que estaban ahí, así logramos llegar al siguiente nivel. Justo donde están los túneles para ir a las rejillas de prácticas y las habitaciones de los guardias.

—¿No exageras? —lo interrumpió Giménez Luna.

—Tú puedes pensar lo que quieras, pero yo que lo viví estoy seguro de lo que le digo. Parecía una pinche rata intentando salir de una ratonera, en donde el único escape era vigilado por una docena de gatos. Y ahí no quedó la cosa, no habían pasado ni cinco minutos cuando supimos que el de la PFP que andaba rondando en los pasillos, era el mero comisario, quien, además, tomaría el control de la prisión en unos días —al percatarse de que el capo estaba demasiado informado de lo ocurrido en Puente Grande, el coordinador de la PFP le solicitó que lo aguardara al teléfono algunos minutos. Necesitaba verificar algunos datos que le gustaría discutir con él.



**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

00:50 h

—Pues empecemos —anunció López Lorenzana al ver que ya todo estaba listo y el detenido estaba consciente de lo que se jugaba—. ¿Mataste al cardenal Iñiqui? —cuestionó con tono seco y la mirada inexpresiva.

—No.

En cuanto la respuesta llegó a los oídos del abogado, éste le hizo una seña a su jefe de escoltas, quien disparó contra la pared del fondo sin que saliera una bala.

—Tuviste mala suerte, Servando —le comentó Manuel Caño al seguir la bala dentro del cilindro—. Pero aún tienes otras oportunidades de salir vivo de ésta, así que va la segunda.

—¿Y para esto tengo que estar atado? —articuló el michoacano.

—¿Prefieres estar suelto?

—Lo prefiero.

—Si así lo quieres, te complaceré —le indicó de manera irónica—. ¡Suéltalo, Manuel! Y ya sabes, a la primera que se ponga pendejo te lo truenas.

Dándole unos minutos a su jefe de escoltas para desatar al michoacano, López Lorenzana se colocó el habano en la boca y recordó la última vez que vio a Refugio...

«Tengo un recado para ti de Calderoni», fueron sus últimas palabras antes de disparar, o ésas son las que recuerdo. Después de la detonación, sólo sentí un golpe seco en mi pecho que rompió mi chaleco antibalas, cerca del corazón. No sé cuánto tiempo pasó, estaba noqueado, pero sentí un segundo impacto en mi hombro derecho que me provocó mucho sangrado. Los doctores dicen que corrí con mucha suerte al estar sentado y de lado cuando me disparó. La bala, al chocar con la clavícula, se resbaló, guiada por el omóplato, hacia mi cadera y no me dio en los pulmones. Claro, como ellos no estuvieron un año sentados en

aquella pinche silla de ruedas, les vale madre. ¡Bueno! A algo sí le atinaron: el disparo que Refugio me dio en la cabeza fue una herida de un millón de dólares. Desde entonces, comencé a emplear en los interrogatorios el viejo juego de la ruleta rusa. Claro que yo le llamo la ruleta de la verdad, por simple romanticismo.

—¡Listo, Pepe!

—¿Cómo dices? —preguntó López Lorenzana totalmente absorto y con la mirada puesta en el horizonte.

—Que ya puede continuar con el interrogatorio.

Callado, el abogado levantó la mirada y sonrió cálidamente al encontrar los ojos del hombre robusto que lo protegía desde hacía más de cinco años.

Una de las primeras cosas que hizo Lorenzana cuando despertó del coma y empezó a hablar, fue asegurarse de que toda la familia de su jefe de escoltas tuviera las comodidades de una persona adinerada.

Luego de un año de amistad y sin que la madre de Caño lo conociera, se había hecho merecedor de su cariño y ella del de él.

—Pues terminemos con esto. Aún tengo que pasar a ver a la bola de hienas que se encuentran reunidas en la oficina de Giménez Luna.

—Sí, Pepe.

—Pues bien, mi amigo, ahí le va la siguiente —le advirtió López Lorenzana y se acomodó en la silla—. ¿Alguna vez te mandaron a matarme?

—No —ahora el cañón de la pistola no apuntaba a la pared sino a la sien del michoacano. Por lo que el sonido del percutor se escuchó más cerca y Servando dio un salto en la silla.

—¡Por qué su hombre disparó contra mí! —gritó iracundo el detenido—. ¡Ya le había dicho que jamás me habían contratado para matarlo!

Sin alterarse por la reacción del michoacano, quien prácticamente se encontraba acostado sobre la mesa, López Lorenzana aguardó a que Manuel lo regresara a la silla antes de hablar.

—Te vuelves a parar y doy la orden de que te maten —le indicó Lorenzana mientras arrojaba una nube de humo hacia el techo—. ¿Entendiste?

Asistiendo con la cabeza, Servando suspiró, bajó la mirada al suelo y se sujetó a la silla.

—¡Pues sigamos entonces con su pinche juego! —propuso altaneramente el

sicario.

—Me parece bien, pero otro día —le hizo saber el abogado, con huellas visibles de cansancio—. Ya es tiempo que hablemos de negocios, Servando.

Viendo a Manuel Caño guardar el arma, Servando se dio cuenta de que el juego había llegado a su fin y sólo le restaba esperar a que le informaran su situación.

—Seré directo contigo, quiero que trabajes para mí.

—¿Para usted?

—Sí, para mí.

—¿Haciendo qué? ¿De guardaespaldas?

—No, te necesito para que operes en tu tierra.

Al escuchar el trabajo que le ofrecían, el michoacano cabeceó un par de veces y apretó la boca antes de hablar.

—No sé, abogado. Es que...

—¿Qué te hace dudar?

—La verdad es que antes necesito que me explique con detalle de qué se trata todo esto.

—Me parece justa tu solicitud —le respondió López Lorenzana—. Sabes que el centro del país está hecho un desmadre, ¿no? Guerrero y Michoacán son un caos y Guadalajara va para allá. Por esa razón estoy realizando acciones urgentes antes de irme del país por una temporada.

—¿Como cuáles?

—Sólo te diré una —con autoridad, el abogado le indicó—, así podrás darte una idea del tipo de operación que planeo —en ese momento, mientras Servando contenía la respiración las palabras de López Lorenzana fueron un *knock out* que lo hizo caer de la silla—. Liberé esta noche a Joaquín Guzmán y necesito buscar un equilibrio.

—¿Y por qué lo liberó si va ir en contra de él? —replicó el michoacano con cierto recelo.

—Fue una petición a la que no me podía negar.

—¿Y cuáles serían mis tareas si acepto?

—Pelearías el centro del país contra él.

—¿Contra Guzmán?

—Sí —al saber su encomienda, Servando comprendió que era el momento de dar el paso que lo colocaría entre los grandes y dudar no era opción—. Van a

haber varios reacomodos en el país y necesito dejar algunas torres bien plantadas.

A pesar de que el michoacano tenía más preguntas, calló y miró el techo mientras decía una pequeña plegaria.

—¿Y con quién me contacto para concretar esto?

—¿Entonces, aceptas? —le preguntó el abogado para confirmar su respuesta.

—Eso dije —replicó Servando con seguridad.

Finalmente estaba convencido de que era el momento de dar un paso adelante y hacer a un lado su vida de sicario. No era una queja ni un arrepentimiento, al contrario, tenía mucho dinero gracias a las más de mil ejecuciones realizadas, pero era momento de ser alguien importante y, sobre todo, su propio patrón.

—Contarás con el apoyo del Ejército y el personal de la PGR y la PFP.

—¡Mejor mande a matar al Mataamigos! —riéndose por la solicitud hecha de golpe, el abogado arrojó una tarjeta a la mesa y le indicó al michoacano que se alistara para irse—. Mañana a las diez tienes una cita con Virginia Hauger en su oficina —en cuanto la recogió, el detenido caminó a la puerta y, sin despedirse de Lorenzana, apretó la manija de la puerta—. Mañana, cuando te presentes con Virginia, dile que lo busca la Tuta, no Servando Gómez Martínez.

—¿La Tuta?

—Sí, ése será tu nombre clave de hoy en adelante —le señaló mientras lo veía sostenerse del marco de la puerta—. Desde este instante así te anunciarás a donde llegues, ¿te quedó claro?

—¿Y eso del nombre clave para qué?

—El nombre es para que ocultes tu verdadera identidad y los tuyos no corran ningún riesgo. ¡Claro! Tú sabrás si lo conservas o lo terminas revelando.

—Como usted ordene, abogado. Y no se preocupe, no le fallaré.

—Yo no me preocupo, Tuta. Pero te recomiendo que tú sí lo hagas —le previno López Lorenzana sin quitarle la mirada al salir de la lúgubre habitación.

**CIUDAD DE MÉXICO. 20 DE ENERO DEL 2001**

1:05 h

—Buenos días a todos —al irrumpir en la oficina de Giménez Luna, López Lorenzana saludó a los presentes de voz, mientras le ordenaba a Castañeda Forti ocupar un lugar en la cómoda sala—. Tengo poco tiempo y necesito aclarar algunas cosas con ustedes.

Presurosos, todos los presentes se dirigieron a la mesa de trabajo, a petición del abogado, y ocuparon sus lugares.

—¿Usted cree que estos son modos, abogado? —alzó la voz Alemán Bolaños, quien aún se encontraba de pie—. ¿No le parece que debería dirigirse a uno con más respeto?

—Lo siento mucho señor subsecretario, pero en este momento no estoy para protocolos ni para pendejadas —le refutó el abogado sin voltearlo a ver—. Tengo que tomar un avión y aún no resuelvo algunos puntos que debo dejar solucionados o en marcha antes de irme.

—Pues no eres el único, Pepe. Nosotros estamos a punto de enviar la nota de la fuga del Chapo para que la publiquen y nos estás interrumpiendo.

—Eso ya lo hice, Alemán —le informó el asesor del presidente, pero ahora mirándolo fijamente a la cara—. Desde las once de la noche Sara envió a diversos medios impresos la nota para que la publiquen mañana en el periódico de la tarde. ¿Algo más? ¿No? Pues entonces comencemos.

Esperando a que el subsecretario de Gobernación diera una respuesta, sus huéspedes se mantuvieron en silencio hasta que finalmente se dirigió a ellos.

—¡Muchachos! A ver, hagamos un lugar en la mesa para que el consejero del presidente nos informe qué necesita.

Sin que ellos lo supieran, Lorenzana tenía poco menos de media hora para relegar funciones y el tiempo avanzaba rápidamente.

—Pues somos todo oídos, abogado —comentó Torres Peón al ver a los demás sentados.

Agradeciéndole al subsecretario de Seguridad su atención, Lorenzana

cambió de actitud y en sus ojos apareció un brillo inusual.

—En primer lugar, se olvidan de las pendejadas de nombramientos que el presidente les firmó. ¿Está claro? —al no recibir respuesta, Lorenzana continuó. Enseguida le notificó a Ernesto Palencia Rodríguez que, por razones de seguridad, seguiría bajo la protección del licenciado Alemán Bolaños quien, desafortunadamente, no ocuparía el puesto de procurador—. Ahora que empiecen a buscar un responsable de la fuga de Guzmán, tú serás de los hombres más señalados, Ernesto. Por ello, necesitamos colocarte alejado de las luces y las cámaras —le aclaró el abogado antes de que le replicara—. Ya hablé con el presidente y Bolaños Linares será diputado federal en Veracruz, así podrá protegerte.

—Como usted diga, abogado —contestó el subsecretario de Prevención y Readaptación Social, para hacerle ver que se alineaba al mandato presidencial.

—¿Algo que yo tenga que saber?

—No, Alemán. Sería todo, así que ya pueden retirarse tú y tu protegido.

—¿Y Guzmán?

—Por él no te preocupes, yo ya me encargué —le aclaró—. Mañana en tu escritorio encontrarás un sobre con las respuestas que le darás a la prensa.

—¿Y qué pasará con Becerril Santana?

—¿El director de Puente Grande?

—Sí.

—Ése, a la cárcel —intervino Torres Peón de manera abrupta, evitando la respuesta del abogado.

—¿Estás pendejo o qué? —exclamó Palencia Rodríguez alterado por el comentario de Javier.

Al ver la vergonzosa escena, Lorenzana no comprendió el porqué de la actitud agresiva de ambos funcionarios, ni era algo que le importara. Pero aun así miró con recelo hacia Alemán Bolaños y le indicó que controlara a su personal antes de que las cosas se salieran de control.

—¿Me regalas un puro, Luna? —le solicitó el abogado al darse cuenta de que ya no le quedaban de los suyos.

Atendiendo la petición, el ingeniero le acercó la fina caja de madera y sacó de la bolsa del pantalón un encendedor

—Muchas gracias, Gabriel.

—No hay por qué darlas, Pepe —dando largas inhalaciones para que el habano encendiera correctamente, Lorenzana alzó la vista en busca de Torres

Peón.

—Becerril Santana se va a la cárcel —afirmó categóricamente—. Sé que es tu amigo, Ernesto, y no es algo que te agrade, pero alguien tiene que pagar los platos rotos y no creo que quieras ser tú, ¿verdad?

—No, claro que no —murmuró Palencia Rodríguez resignado.

—¡Y tú, Javier! —gritó para llamar su atención—. No olvides darle las gracias a tu futuro jefe ahora que lo veas.

—¿Mi futuro jefe?

—Así es, Javier. Si no te mandé a la cárcel a chingarte con Becerril Santana fue gracias a él —en silencio, sin objetar la afirmación hecha, el subsecretario bajó la vista y, conteniendo el aliento, se acomodó en el asiento—. Pero bueno, es hora de que se retiren. Mañana tendrán un día muy complicado —viendo salir de la habitación a Javier Torres Peón y a Ernesto Palencia Rodríguez, el resto de los presentes guardaron silencio, expectantes de lo que se venía.

Sin que se notara, rezaban para no estar en la lista negra de López Lorenzana.

—Tú también ya te puedes ir, Alemán —le ordenó al verlo sentado frente a él—. Como te comenté, pronto te llegará la invitación del presidente del partido para postularte —sin estrechar la mano del director general de la Secretaría de Gobernación, el abogado aguardó a que éste saliera antes de continuar.

—¿Continuamos? —pronunció Giménez Luna ante el silencio que se había generado.

—¡Claro, Luna! —exclamó López Lorenzana con gran júbilo—. Finalmente quedamos los que tenemos que estar —enfaticó el abogado estirando sus brazos al techo—. Como ya se dieron cuenta el asunto del Chapo no es algo que me tenga aquí con ustedes, sino es algo más importante.

Atentos a las palabras del abogado, Giménez Luna, Hugo Morales González y Carlos Castañeda Forti se enteraron de los giros políticos que habría en el país y que estaban ligados con el narcotráfico. La llegada del candidato del PAN a la presidencia había provocado cambios drásticos en la estructura y se tenían que realizar de manera urgente ciertas adecuaciones. Entre ellas, se asignaría un operador que resolvería las operaciones mensuales de traslado de droga, lavado de dinero y venta de químicos para elaborar metanfetaminas de los hijos de la esposa del presidente.

Desafortunadamente para el grupo, él saldría del país por una larga temporada y decidió dejarle a Gabriel Giménez Luna ese encargo.

—Pues es un honor que me haya tomado en cuenta, abogado —le contestó el

ingeniero con voz temblorosa—. Tenga la seguridad que daré el mil por ciento.

—Sobre eso hablaremos en unos minutos, Gabriel, antes déjame hablar con Morales González.

Como era su costumbre, de manera directa López Lorenzana le informó al director de la PFP que en breve sería asignado como responsable de la seguridad de la familia Salid Hara. Por esa razón, le adelantaba que, en cuanto ocupara esa nueva función, contactara a Torres Peón, quien asumiría el mismo cargo, pero con la familia Zamorano.

—Necesito que lo asesores cuando las circunstancias así se lo requirieran.

—Así lo haré, abogado.

—Tienen que estar muy atentos en las presentaciones públicas, la situación de pobreza que está viviendo el país se agravará en los siguientes treinta años y necesito que protejan a los principales prestanombres del patrón.

—No se preocupe, abogado. Con mi vida cuidaré a don Carlos Salid, y cuando usted me ordene presento mi renuncia.

—Eso no será necesario ni es momento de hacerlo, Hugo. Tú eres otro de los que serán señalados como responsable de la fuga de Guzmán y necesito que aguantes antes ese vendaval.

—Eso ya lo tenía previsto, abogado. Desde el principio, cuando me solicitó que participara en la fuga, acepté mi futura responsabilidad con la seguridad de que usted nos apoyaría para salir bien librados de ésta —argumentó hábilmente el director de la PFP para recordarle a López Lorenzana su compromiso—. Y si no me requiere para otra cosa, me retiro, iré al aeropuerto a recibir a Becerril Santana y a los cuarenta detenidos que vienen acompañándolo.

—Adelante, González. Y, como siempre, un placer trabajar con usted —le hizo saber López Lorenzana al despedirse de él con un fuerte apretón de manos.

Aguardando la salida del director de la Policía Federal Preventiva, el abogado le solicitó a Manuel Caño que le sirviera una copa de whisky. Sentía la boca reseca por el puro y la sensación pastosa de la lengua le incomodaba.

—¿Solo, Pepe?

—Ponle un poco de agua mineral y un par de hielos.

Mientras esperaba su trago, el abogado platicó con Castañeda Forti sobre Servando Gómez Martínez y lo felicitó por haberlo detenido.

Le hizo ver que no era nada fácil darse cuenta del calibre de cabrón que era el michoacano y lo útil que les sería.

—Y si no es indiscreción, ¿en qué lo pondrá a chambear? —le preguntó el



director jurídico de la SIEDO, con cierto temor.

—Todo a su tiempo, Forti. Ya platicaremos tú y yo de ése y otros temas.

Pensativo, Carlos Castañeda Forti observó la llegada de Manuel Caño a la mesa.

—Bueno, Forti. Como contigo no tengo mucho de qué hablar, te voy agradecer que nos dejes solos. Ya es tarde y aún tengo que hablar con tu jefe.

Acto seguido, Lorenzana le hizo una seña a su jefe de escoltas para que acompañara hasta el elevador al que sería su futuro secretario particular.

Finalmente, Lorenzana se quedó a solas con el ingeniero y, a pesar de saber que no era la mejor de las ideas ponerlo al frente de las operaciones, tenía que ceder la estafeta.

—Por motivos de seguridad nacional te dejé hasta el final —le hizo saber el abogado en cuanto ocupó su lugar nuevamente—. El motivo es simple: tú ocuparás mi lugar dentro de la organización —le soltó de golpe para ver cómo reaccionaba.

—¿Y el encargo que me hizo de la señora?

—Olvídate de él, mi secretario se encargará de las operaciones del hijo mayor de la esposa del presidente. Tú, para que lo sepas, fuiste recomendado por Julián Salid directamente, así que desde mañana te harás cargo de los negocios de lavado de dinero, tráfico de droga y demás asuntos del grupo. En pocas palabras, serás uno de los hombres con más poder en México y con mucha responsabilidad.

—¿Y con qué grupos del narcotráfico trabajaré?

—Deja que termine de informarte —le solicitó el abogado molesto—. La tarea principal que tendrás será reorganizar los territorios como está establecido en las hojas que guardo en este sobre —hablando de golpe, el abogado lo colocó en la mesa.

—¿Puedo?

—Por el momento necesito que atiendas mis indicaciones, ya tendrás tiempo de leerlo.

—¿Y si tengo alguna duda? —tratando de ser tolerante con Giménez Luna, le indicó que le daría unos minutos para que lo abriera y si tenía alguna duda se la hiciera saber.

Con prisa, el ingeniero rompió el sello y tomó el par de hojas que se encontraban dentro. Balbuceando al leerlas, enumeró uno a uno los cárteles que se mantendrían y los territorios que trabajaría cada uno.

—¿Todo bien? —lo cuestionó al ver que dejaba las hojas sobre la mesa.

—¿Y los Arellano?

—¿Ellos qué?

—No están en la lista, y me sorprende.

—¿Eres amigo de ellos? —preguntó López Lorenzana con una discreta sonrisa en el rostro.

—¡No! ¡Cómo cree, abogado! ¡Yo nada tengo que ver con ellos!

—¡Está bien, pero no se me altere, ingeniero! Además, aunque usted fuera su amigo nada podría hacer por ellos.

—¿Y eso?

—El Chapo Guzmán no los quiere cerca. Dice que los Arellano andan todo el día hasta su madre por la cocaína y desconocen a la gente.

Validando el argumento de Joaquín con un simple movimiento de cabeza, Giménez Luna le solicitó hacer una pausa para ir al baño. El alcohol estaba haciendo efecto en su vejiga y no podía resistir más.

Al mirarse solo en la habitación, el abogado comenzó a reflexionar nuevamente sobre las decisiones que se habían tomado en el grupo y lo que pasaría si fallaba el ingeniero en las tareas asignadas.

«Estoy seguro de que la decisión de Julián de solicitarme que le propusiera a Carlos a Giménez Luna en mi lugar es una verdadera estupidez, pero nada puedo hacer —pensó López Lorenzana—. Mientras él sea el operador financiero del grupo, lo mejor que puedo hacer es largarme del país. Además, para cerrar con broche de oro, fue una locura haber puesto al *Cocacolo* en la presidencia. Bueno, más bien a su mujer, quien desde su llegada al poder se la pasa buscando participar en todos los negocios que representen grandes ganancias. Claro, ella sabe con quién cuenta y con quién no; en mi caso, bien sabía que si me hubiera pedido lo del Chapo Guzmán no se lo hubiera concedido y, hábilmente, lo hizo a través de su amante. E insisto, fue un gran error haber liberado a Joaquín Guzmán, ya que para ello tuvimos que quemar a gente de nuestra entera confianza, y eso a la larga nos debilitará. Por ejemplo, no contar con Alemán Bolaños nos aleja de la Profesora. El no tener a González y su grupo de matones profesionales para las operaciones riesgosas, obliga a crear uno en poco tiempo. Ahora se tendrá mucha gente, pero poco confiable. Si al menos me hubieran hecho caso de poner como procurador a Castañeda Fernández, contaríamos con el apoyo del Ejército, y no como ahora, que sólo se cuenta con una parte de éste tras la llegada de Miranda de la Concha. En fin, sólo espero que la selección que hice de los cárteles sea atendida al pie de la letra y el Gabriel no quiera, estando

en el poder, hacer lo que se le dé la chingada gana. Un error, por mínimo que sea, pondría a las familias en guerra y correría mucha sangre en todo el país».

—Listo, abogado —indicó Giménez Luna al salir del baño.

—Entonces sólo nos queda terminar de revisar lo anotado en las hojas para ver si no tiene alguna duda, y nos vamos. ¿Le parece?

—Como usted mande.

Sin que López Lorenzana se lo solicitara, el ingeniero sacó las hojas del sobre y las extendió sobre la mesa.

—¿Entonces los Carrillo y su gente se quedan con toda la parte alta del país?

—Así es, ellos van como el cártel que controlará desde Guadalajara hasta Tijuana, aunque sus operadores serán Nacho Coronel, Ismael Zambada y seguramente Joaquín Guzmán—agregó—. Por la experiencia que ellos tienen en estos negocios, te recomiendo que los escuches y aceptes algunas de sus propuestas.

—¿Qué tanto?

—¿Sus propuestas?

—Sí.

—Eso es a tu criterio, Gabriel.

Colocando la hoja a la altura de sus ojos, el ingeniero revisó a detalle cómo se dividirían los estados entre los operadores de los Carrillo y, tomando su pluma fuente, subrayó el llamado triángulo dorado.

—¿Y en realidad me haré cargo de todo lo que me indica, o será José Esparragoza quien mandará, abogado?

—¿A qué te refieres con eso?

—No quiero escucharme grosero, pero su relación con los Carrillo es muy estrecha, y como les das el control de las regiones principales, pues...

—¿A qué regiones te refieres? —lo interrumpió López Lorenzana, sin hacerle ver la ruptura que tenía con Amado.

—Al triángulo dorado —al escuchar la preocupación del director de operación e inteligencia de la PFP, el rostro del abogado adoptó una rigidez mortuoria, que espantaba de verla, y suspiró largamente.

—Se ve que no tienes ni puta idea de lo que dices —comentó preocupado López Lorenzana—. Cualquier otro se sentiría aliviado de saber que otros se encargarían de operar esa zona. Pero bueno, ya irás aprendiendo.

Comprendiendo su error, Gabriel regresó la vista a la hoja y continuó leyendo.

—El centro lo controlará un tal Tuta, ¿es así?

—Sí, es correcto.

Al no tener idea de quién era dicho personaje, el ingeniero se mostró desorientado, pero, evitando cometer un segundo error al hilo, continuó leyendo.

—Él controlará Michoacán, Guerrero, Veracruz, Guanajuato, Hidalgo, Tlaxcala, Puebla y Toluca. ¿Es correcto?

—Lo estás leyendo —le hizo ver López Lorenzana molesto—. Y a todo esto, ¿qué dudas tienes?

—¿Me puedes decir quién es el tal Tuta? —de manera tímida le pregunto Giménez Luna.

—Es mi nuevo operador y lo conocerás mañana a las diez de la mañana en la casa de Virginia Hauger. Por cierto, ¿la conoces? —indagó López Lorenzana al ver su rostro extraviado.

—Sí, sí la conozco —contestó tajantemente—. ¿Y para qué veré a la Reina?

—Ella será tu enlace directo con el grupo —le hizo saber el abogado sin el menor de los cuidados—. Como ella lo establezca, te reunirás en su casa o donde te cite, para que le reportes los resultados de las operaciones.

—Muy bien, ¿algo más? —articuló el ingeniero no muy complacido de saber que estaría bajo la supervisión de tan temible mujer.

—Espero que acates mi indicación, Gabriel —le exteriorizó López Lorenzana preocupado—. Virginia controlará un grupo de élite del Ejército para apoyar a los tres operadores, y no sería nada bueno que tuvieras problemas con ella.

—Haré lo que usted me indica, abogado. De eso puede estar seguro —afirmó acortando la amenaza que le hacían. Sin responderle, el abogado le acercó la siguiente hoja—. Al tercero de la lista tampoco lo conozco y...

—Como Pedro Díaz sé que no, pero, ¿qué tal como el Rey del Istmo?

Haciendo memoria, el ingeniero recordó cuando a sus veinticuatro años, en el 92, hubo una fuga en el Reclusorio Oriente y en los pasillos del Centro Nacional de Inteligencia se hablaba de un oaxaqueño que por segunda vez se lograba escapar. En esos años, él se desempeñaba como investigador y por eso tuvo un breve acercamiento al caso.

—Más bien a ese cabrón oaxaqueño lo conozco como el Matajueces —vociferó al recordar el cuerpo del juez Pedro Villafuerte acostado en la plancha del Semefo con treinta y tres tiros en todo el cuerpo y el rostro. Justo el número de años de la sentencia que el juez le había dado—. ¿Y nadie más puede sumarse

a estos tres?

—Nadie —contestó categóricamente López Lorenzana—. Si observas bien, el país está repartido en diferentes familias y tu primera tarea será unificarlo. Después, ponerlos a trabajar en orden y bien coordinados. De antemano te digo que no te será una tarea fácil acabar con los operadores de los demás grupos, pero con el equipo que te armé lo conseguirás —sin poder desaparecer el halo de preocupación que lo rodeaba, José López Lorenzana abandonó la silla y se despidió del ingeniero.

A paso firme, el abogado y Manuel Caño avanzaron por el pasillo hasta llegar al elevador que ya se encontraba esperándolos. Estando dentro, y con las puertas cerradas, bajaron sin hacer comentario alguno.

—Todos preparados —ordenó por radio Caño antes de que las puertas se abrieran.

Rodeado por quince hombres del Estado Mayor que portaban armas de alto calibre, López Lorenzana abordó la camioneta conducida por el sargento segundo Alejandro Aponte, y abandonó el edificio.

—¿Vamos al aeropuerto? —indagó su jefe de escoltas al circular sobre avenida Reforma.

—No, Manuel. Antes pasaremos a la casa de la amante del ingeniero.

—¿La francesa?

—¿Tiene otra? —interrogó un poco sorprendido.

—No, no tiene otra.

Ordenándole por radio al resto de las unidades que se dirigieran a la colonia Roma, en poco más de quince minutos la Suburban oscura en donde viajaba López Lorenzana se encontraba estacionada frente al departamento que ella compartía con una agente encubierta que Gabriel Giménez Luna le había puesto para cuidarla.

—Escucha bien, Carlos Castañeda Forti —le advirtió López Lorenzana en cuanto contestó el celular—. Como sabes, mañana me voy del país y necesito a una persona confiable para que me reporte todo lo que suceda en el país durante mi ausencia.

—Pues ahí sí le fallo, abogado. La verdad es que yo no tengo a alguien de ese nivel de confianza y...

—¡No mames, cabrón! Si estoy pensando en ti para ese puesto —lo calló de golpe. Animado por la invitación y muy, muy sorprendido, el jurídico empezó a agradecer de manera efusiva la invitación. Tanta era su alegría que a pesar de

hablar tropezadamente, seguía agradeciendo y agradeciendo—. Cálmate, que ya te pareces a tu jefe en lo tartamudo.

—Lo siento, abogado. Pero me da mucha alegría que finalmente mis esfuerzos se vean recompensados.

—Pues espero que sepas valorarlo.

—Ya verá que no le fallaré.

—Pues de entrada te digo que tienes unos zapatos muy grandes para llenar —le comentó para que disminuyera su entusiasmo—. En fin, tu primera chamba será convocar, sin que se entere Giménez Luna, a una reunión entre Servando Gómez Martínez, Amado Carrillo y Virginia Hauger. Te aviso de una vez que ella será quien quedará al frente de las operaciones en lo que regreso.

—¿Amado Carrillo? —sorprendido, le preguntó Castañeda Forti.

—Sí, ya te enterarás bien de las cosas, licenciado.

—¿Y Gabriel Giménez Luna?

—Mantenlo a distancia, no confío en él, fue un favor que los Salid le pidieron al Señor y él los apoyó. Pero a mí tu jefe se me hace un traidor y estoy seguro de que el poder lo cegará —sin hacer algún comentario, Castañeda Forti le confirmó los números celulares que le acababa de pasar, así como los nombres de las personas que citaría.

A pesar de conocer perfectamente a los capos, no dejaría nada al azar.

—¿Necesita algo más, abogado?

—No, Forti. Eso es todo, y no olvides mantenerme informado.

—Viene llegando el ingeniero, Pepe —interrumpió Manuel Caño, provocando que López Lorenzana colgara sin más.

—¿Dónde?

—En la camioneta negra.

—¿La Suburban?

—¡No, perdón! Viene en el Cadillac plateado, ¿qué ordeno?

—Nada, estamos aquí sólo para comprobar algo que sospecho.

—¿Entonces no le aviso a las unidades que se acerquen? Recuerda que están retiradas para que no las vean —insistió un poco preocupado.

—¡Tranquilo, Manuel! Te repito que sólo estamos aquí como observadores y, pase lo que pase, no me acercaré.

En silencio, vieron desde la camioneta cuando del Cadillac plateado bajaba el director de operación e investigación de la PFP acompañado de Javier Torres

Peón y Ernesto Palencia Rodríguez, quien no dejaba de abrazarlo y darle palmadas en la espalda.

—¿Vendrán borrachos, Pepe?

—Sin duda, pero de poder —para sorpresa de Manuel Caño y Alejandro Aponte, Suárez hizo su aparición de manera sorpresiva al asomarse por la ventana de la camioneta.

—¿Qué ése no es Morales González? —consultó el abogado, con los ojos muy abiertos, al ver bajar al director de la PFP de otra de las camionetas. Callado, López Lorenzana no perdió detalle de lo que estaba sucediendo y se comenzó a preguntar cuál era la razón para que no entraran al departamento. Era evidente que sin sus diferentes escoltas los cuatro estaban corriendo un alto riesgo, al menos eso parecía, y con lo poco o mucho que los conocía sabía que era algo que ellos no hacían—. ¡Qué chingados hacen estos pendejos a media calle! ¿Por qué se portan como si nada les pudiera pasar? —vociferó molesto López Lorenzana ante la desesperación que le originaba verlos sonriendo en plena madrugada y sin la menor de las preocupaciones—. ¡Algo se traen estos hijos de la chingada! —exclamó, mientras aplastaba su puro contra el respaldo del asiento—. ¡Ábreme, Manolo! —le ordenó con la mirada poseída—. ¿No escuchas, cabrón?

—Es mejor esperar dentro, Pepe —le sugirió tibiamente Caño—, la gente anda lejos.

—¿Y tú qué? ¿Te faltan huevos? Porque a mí no —al ver que Alejandro Aponte tenía la intención de abandonar el volante y proteger a Lorenzana, el guardaespaldas le gritó que regresara a su posición y se mantuviera alerta por si era necesario salir de emergencia.

—Dame tu arma, Manuel —sin contestar el jefe de escoltas le abrió la puerta al abogado—. ¡Que me entregues tu arma! —le repitió con la mano estirada—. Si me tengo que cuidar solo, al menos iré armado.

Sin refutarle, Caño le entregó la 9 mm al tiempo que Villalobos lo miraba desconcertado.

Escuchando las carcajadas de Torres Peón rebotando en sus oídos, José Ángel cortó cartucho antes de caminar en cuclillas a un costado de la camioneta.

—Si empiezan los disparos usted me perdonará si lo tiro al suelo —le avisó solemnemente Caño al estar a punto de llegar al frente de la camioneta.

Como lo esperaba el jefe de escoltas, López Lorenzana no le contestó y buscó colocarse a un costado del comisario, que ya lo franqueaba.

—¿Qué te pasa, Manuel? —le preguntó el abogado al sentir cómo era

detenido de golpe—. ¿No me escuchaste, cabrón?

—Shsss, silencio —le susurró mientras le señalaba la llegada de una camioneta amarilla acompañada por al menos veinte hombres armados que viajaban en dos más.

Regresando a la altura de la puerta trasera para no ser vistos, Manuel se adelantó al abogado y le ordenó que se situara en el asiento del copiloto. Desde ahí podría ver mejor cuando bajaran de la camioneta sus ocupantes.

—Beltrán Leyva acompañado de Osiel Cárdenas. ¿Quién lo iba a creer? —señaló Suárez.

—Y parece ser que agarraron a estos pendejos como al chinito, ¿no? —inquirió el abogado al ver cómo los gatilleros rodeaban a los funcionarios—. O es eso, o este cabrón de Luna no tardó ni una hora en empezar a hacer sus pendejadas —corrigió.

—Esperemos que no sea así, Pepe.

—Pues si lo es, a este país ya se lo cargó la chingada.

—¿Los matamos? —articuló Caño con tono recio, al tiempo que tomaba el radio para llamar al resto de los hombres.

—¡No! —exclamó el abogado tapando con su mano el aparato—. Ya nada podemos hacer por este país, lo mejor es irnos.

En ese momento, escuchando las gruesas voces de los narcotraficantes saludar con gran júbilo a Gabriel Giménez Luna, Suárez Villalobos se acercó a Manuel Caño y, utilizando un silenciador en su arma, disparó en cinco ocasiones a la cabeza del español. Al ver los borbotones de sangre emanar de los orificios, López Lorenzana volteó el cuerpo y le escupió en el rostro.

Consumado el plan, antes de abordar la camioneta y dirigirse al aeropuerto, el abogado observó cómo los cuatro funcionarios federales, acompañados por los dos capos, ingresaban al departamento de la francesa, amante del hombre que presidiría el mundo criminal los siguientes once años en México.



*La fuga del gran narco*, de Harel Farfán Mejía  
se imprimió y encuadernó en mayo de 2017  
en los talleres de Diversidad Gráfica, S. A. de C. V.,  
Privada de Avenida II, 4-5,  
El Vergel, CX-09880, Ciudad de México

**El gran narco está preso y la corrupción es su única esperanza para recuperar la libertad.**



Ésta es una novela de terror cotidiano y de justicia pospuesta en un México donde los cambios parecen siempre quedar en promesas vacías. Aquí la ficción se convierte en un espejo de lo que ocurre en el país todos los días. La historia sobre la fuga de un gran narcotraficante y el nacimiento de nuevos criminales que se disputan los territorios de la droga. Harel Farfán, autor de *El abogado del narco*, trae de vuelta a José Ángel López Lorenzana para construir una nueva historia de traición y muerte.



**Harel Farfán Mejía** nació en la Ciudad de México en 1977 y estudió en la Universidad Pontificia de México y en la UNAM. A los 28 años de edad, la muerte de su madre marcó su vida y propició el abandono de la abogacía para realizar una maestría en Letras Hispánicas. Se especializó en el género policiaco y trazó una saga en la que su personaje principal, José Ángel López Lorenzana, nos conduce por el oscuro mundo del narcotráfico en México. Es autor de la exitosa novela *El abogado del narco*.

Las opiniones y manifestaciones de cualquier tipo contenidas en la presente **obra**, no reflejan en modo alguno la forma de pensar o la posición de cualquier índole de **Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.**, ni de sus filiales o funcionarios, ya que son responsabilidad única y exclusiva del **autor**.

## La fuga del gran narco

Primera edición digital: mayo, 2018

D. R. © 2017, Harel Farfán Mejía

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.  
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,  
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,  
Ciudad de México

[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-316-689-8

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

## ÍNDICE

La fuga del gran narco

Granada, España. 15 de agosto del 2000  
8:05 h

Ciudad de México. México. 15 de agosto del 2000  
1:30 h

Granada, España. 15 agosto del 2000  
11:30 h

Ciudad de México. 15 agosto del 2000  
9:15 h

Granada, España. 15 de agosto del 2000  
12:30 h

1998

Granada, España. 15 agosto del 2000  
12:32 h

1992

Granada, España. 15 agosto del 2000  
1:45 h

Ciudad de México. 15 de agosto del 2000  
17:30 h

Granada, España. 22 agosto del 2000  
10:00 h

1999

Granada, España. 23 de agosto del 2000  
9:30 h

Granada, España. 23 de agosto del 2000  
18:30 h

Ciudad de México. 12 de septiembre del 2000  
12:30 h

Granada, España. 12 de septiembre del 2000  
21:30 h

Granda, España 15 de septiembre del 2000  
22:00 h

Ciudad de México. 1 de octubre del 2000  
13:30 h

Madrid, España. 1 de octubre del 2000  
23:00 h

Ciudad de México. 10 de octubre del 2000  
18:30 h

Granada, España. 25 de octubre del 2000  
9:00 h

Granada, España. 1 de noviembre del 2000  
11:00 h

San Francisco del Rincón, Guanajuato. 2 de noviembre del 2000  
17:30 h

Granada, España. 15 de noviembre del 2000  
12:30 h

Ciudad de México. 7 de noviembre del 2000  
10:30 h

Granada, España. 29 de noviembre del 2000  
16:30 h

Ciudad de México. México. 1 de diciembre del 2000  
8:30 h

Ciudad de México. México. 1 de diciembre del 2000  
13:00 h

Ciudad de México. México. 1 de diciembre del 2000  
15:30 h

Ciudad de México. México. 1 de diciembre del 2000  
19:50 h

Ciudad de México. 1 de julio de 1997

Ciudad de México. México. 1 de diciembre del 2000  
20:30 h

Ciudad de México. México. 1 de diciembre del 2000  
21: 00 h

Ciudad de México. 31 de diciembre del 2000  
21:50 h

Ciudad de México. 1 de enero del 2001  
11:15 h

Ciudad de México. 1 de enero del 2001  
19:15 h

Ciudad de México. 7 enero del 2001  
9:05 h

Casa presidencial, Ciudad de México. 15 de enero del 2001  
14:20 h

Puente Grande, Jalisco. 17 enero del 2001  
11:50 h

Ciudad de México. 18 enero del 2001  
17:48 h

Puente Grande, Jalisco. 19 de enero del 2001  
10:20 h

Puente Grande, Jalisco. 19 de enero del 2001  
12:18 h

Puente Grande, Jalisco. 19 de enero del 2001  
13:30 h

Puente Grande, Jalisco. 19 de enero del 2001  
13:50 h

Puente Grande, Jalisco. 19 de enero del 2001  
14:15 h

Aeropuerto de Toluca. 19 de enero del 2001  
16:00 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
21:00 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
21:15 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
21:35 h

Querétaro. 19 de enero del 2001  
22:45 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
22:50 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
22:55 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001



22:56 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:00 h

1985

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:05 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:10 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:15 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:16 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:20

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:21 h

Puerto Vallarta, Jalisco. 19 de enero del 2001  
23:25 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:28 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:30

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:32 h

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:35 h

Ese mismo día, más temprano

Ciudad de México. 19 de enero del 2001  
23:40 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:00 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:01 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:05

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:06 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:10 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:25 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:30 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:45 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
00:50 h

Ciudad de México. 20 de enero del 2001  
1:05 h

Créditos